



SÍGUENOS EN TELEGRAM COMO BOYS LOVE TOPENI

A Phi Fu le gustas, Moo

(A Phi Fu le gusta, Moo)

Si alguna vez leíste la novela *Pensando en ti: El sol de Tai*, seguramente habrás visto aparecer varias veces al personaje de Moo Ying. Aunque solo tuvo un papel como el mejor amigo de Tai, su personalidad traviesa y descarada llamaba mucho la atención.

En esta historia, titulada *A Phi Fu le gusta Moo*, Moo Ying —a quien apodan «La Estrella que provoca en el bar»— pasa a ser el protagonista principal. Junto a él, vivirás una historia de amor llena de caos y humor junto a Fu (también conocido como Fu Tong Qingshan), el heredero mayor de la familia Tong: un «tío» de ascendencia china que lleva años intentando conquistarlo sin conseguirlo ni una sola vez.

¿Cómo terminará esta relación entre el hijo mayor de una familia china, que heredó todas las costumbres y valores tradicionales de su linaje, y este joven tailandés con un carácter fuerte y picante, igual que un chile?

¡Te aseguro que te reirás de principio a fin mientras lees!

Capítulo 1

—¡Oye, oye!

—¿Qué pasa?

—Mira a las nueve en punto, el de la camisa negra... no te apresures, ¿eh?

—¿Qué camisa negra?

—El que está frente a los baños.

—¡Ah, ya veo...!

—¡Caray, te está mirando fijamente!

En cuanto su amigo le advirtió que alguien lo observaba, lo que antes era solo una mirada de reojo se convirtió en una mirada directa y decidida. Y efectivamente, tal como le habían dicho, allí estaba ese hombre de camisa negra, parado en el mismo sitio y con la vista puesta solo en él. Muy despacio, levantó la copa que tenía en la mano y le dedicó una sonrisa sutil. Y, por supuesto, el otro respondió al instante levantando también su copa en señal de saludo.

—¡Otra vez te estás ligando a alguien, Moo! Qué aburrido eres —dijo él.

Sonrió, levantó un par de veces las cejas y se tomó todo el trago de un solo golpe.

¿Quién más podría ser ese tal «Moo» del que todos hablan, si no es Moo Ying?

Me llamo Moo. Soy un chico que nació en una familia china. Mi papá es de origen chino, igual que mi mamá, y ni qué decir de mis abuelos: ahí la herencia se nota muchísimo más. Por eso mi cara tiene toda esa esencia, con facciones redonditas y muy típicas de la apariencia oriental. Si le preguntaran si le gustaba haber nacido con esa cara tan «de chino», respondería con toda sinceridad:

—¡Para nada me gusta!

No le agradaba verse tan chino. Hubiera preferido tener rasgos más marcados y afilados, en lugar de parecerse a una de esas muñecas de porcelana que su abuela guardaba en su cuarto. Pero ¿qué iba a hacer? Lo que nadie se imaginaba era que, al crecer, justo esa cara suya iba a llamar mucho la atención de la gente. No le gustaba decir que era «suerte», pero bueno, digamos que tenía sus cosas buenas y sus cosas malas.

Moo tenía una hermana mayor que se llamaba Jié Lí, y ya iba en cuarto año de la universidad; él apenas empezaba el segundo. Y la verdad es que en toda la familia todos eran muy guapos, no estaba exagerando nada. Si no te lo creías, solo tenías que ver al chico de la camisa negra que acababa de chocar su vaso con el de él.

—¡Salud! —le dijo el muchacho.

Tenía la cara con rasgos muy definidos, era alto, de ojos grandes, piel morena, con músculos bien marcados y el pelo totalmente rapado, al estilo cabezapela...

Era exactamente el tipo de hombre que le gustaba a Moo.

El sonido de los vasos chocándose se perdió entre la música fuerte y pesada que sonaba en el lugar. El muchacho lo miró fijo a los ojos durante unos segundos; tenía la mirada brillante y llena de picardía, y se le formó una sonrisita leve en los labios. De repente, una mano lo empujó como si estuviera tocando algo que quemaba, y le giró la cabeza de nuevo hacia donde estaban sus amigos.

—¡Oye! ¿Qué pasó?

—¡Ya basta de andar de fiesta! Te lo he dicho mil veces, Moo.

—¡Qué metiche eres, Tai!

Moo soltó la mano de su amigo con un suspiro. Ya no sabía dónde se había metido el chico de la camisa negra; seguro se había espantado con la mirada que le echó Tai, que parecía que lo iba a matar. Como ya no estaba, Moo volteó a ver de reojo al que estaba parado a su lado, de piel blanca tirando a amarilla. ¡Ay no! Seguro pensó que andaban juntos o que eran pareja.

Su amigo se llamaba Tai. Se conocían desde que eran chiquitos. Los dos venían de familias chinas. Tai tenía tres hermanos: él era el del medio, tenía un hermano mayor y uno menor. Vivían en la misma cuadra, fueron a la misma escuela y hasta estuvieron en el mismo salón desde la primaria hasta la universidad. Eran amigos inseparables, y por eso siempre se la pasaban quejándose juntos de todo lo que pasaba en sus familias.

Como andaban siempre juntos y tan pegados, mucha gente se hacía ideas equivocadas y pensaba que andaban saliendo. Pero Moo quería dejarlo bien claro desde el principio: ¡No! ¡De ninguna manera!

Con esa cara tan blanca, ojos chiquitos, cuerpo flaco y esa forma de hablar que tienen los descendientes de chinos en Tailandia... ¡para nada era el tipo de chico que le gustaba a Moo!

¿Se dan cuenta cómo se siente uno cuando crece y a donde sea que mire solo ve gente china? Desde que naces ya estás rodeado de ellos. Vas a la escuela y puros chinos. Vas a cualquier lado y solo ves caras iguales. Y ni les cuento cuando son las reuniones familiares, el festival de los bollitos de arroz o el Día de los Difuntos... ¡pura gente china, más gente china y todavía más gente china! De verdad... ya estaba harto de ver siempre las mismas caras.

Ya tenía suficiente de todo eso. Quería conocer algo diferente, algo que no se pareciera a lo de siempre. Por eso mismo, Moo Ying no aguantaba ni un poquito a los chicos que tenían esa cara tan típica de los de ascendencia china.

—Tai, ese chico sí me gustó.

—Ya basta, Moo. No puedes venir a un bar solo para buscar con quién enrollarte.

—¿Y entonces dónde se supone que tengo que buscar?

—Mira a las cuatro en punto.

—¿Mande?

—Que va a llegar alguien bien interesante a las cuatro en punto, ¡qué menso eres!

Al decirle eso, Tai se quedó sonriendo y se cruzó de brazos mirándolo fijo.

Moo se quedó totalmente paralizado, sin mover ni un dedo. Poco a poco fue bajando la vista hasta su celular, que estaba ahí sobre la mesa. Se quedó mirándolo como si todo a su alrededor se hubiera quedado congelado. Su aparato, que era de los bien caros, empezó a vibrar tan fuerte que casi se mueve solo y da vueltas por toda la mesa. Se encendió la pantalla y ahí apareció clarito el nombre de quien llamaba: “Hermano mayor de Tai”.

—Justo a las cuatro en punto —repitió Tai.

A Moo le dieron ganas de esconder la cara en un balde con hielo y agarrarse la cabeza con las dos manos en cuanto se dio cuenta de quién lo estaba llamando. Levantó la mirada hacia su amigo Tai, que se estaba riendo a más no poder, con los ojos casi cerrados de tanto reír. Tai movía su vaso de un lado a otro como si se estuviera burlando de él sin ningún reparo. Los otros amigos también se pusieron a reír, porque todos sabían muy bien lo que pasaría si Moo contestaba esa llamada.

¡No! ¡Hoy no pienso contestar!

—¿No vas a responder?

—¡No!

—¿Otra vez te estás haciendo el difícil con tu hermano mayor?

—¡Él no es mi jefa ni nada por el estilo!

—Como si a mí no me pasara lo mismo.

—¡Cállate ya, Tai!

—¡Oye, ya me está mandando mensajes a mí también, Moo!

Tai levantó su celular para mostrarle la pantalla, y se veía que le iban llegando mensajes uno tras otro sin parar. A Moo se le abrió la boca de puro susto; tenía ganas de gritar, pero se aguantó porque no quería armar un escándalo ni llamar la atención con la ropa que traía puesta.

«Contéstame ya mismo, Moo».

—¡Ay, qué molestia!

—¡Contesta de una vez!

—¡Ya voy, ya voy, ya contesto!

Al final no le quedó de otra más que ceder y contestar. Pero justo cuando iba a presionar el botón para atender, la llamada se cortó. Se quedó con el celular en la mano, esperando a que volviera a llamar. Luego se levantó de la mesa y se fue caminando hasta un rincón apartado para poder hablar sin que nadie escuchara. Tai se quedó mirándolo desde lejos, y Moo no se hizo esperar: le hizo la seña grosera con el dedo levantado. ¡Qué fastidio, de verdad!

Bueno... pues vamos a contestar entonces.

[¿Otra vez andas en el bar, Muay? (*)]

(* En el idioma tailandés, «Muay» no es un nombre propio con un significado especial o profundo, como los que vienen del sánscrito o el pali, sino que se usa como un apodo cariñoso y descriptivo. Se emplea muy seguido para llamar a las chicas que tienen rasgos típicos de ascendencia china —especialmente si tienen la cara redonda, los ojos rasgados o la piel muy blanca—, ya que su origen está relacionado con la idea de «chica de apariencia china».

En cuanto escuchó la voz al otro lado de la línea, Moo soltó un suspiro largo y pesado. En toda su vida nunca había odiado una palabra tanto como cuando esa persona lo llamaba así. ¡Lo detestaba! No le gustaba para nada que le dijeran de esa forma.

—¡Oye, contéstame! ¿Por qué se oye tanto ruido ahí?

—Sí, sí... ¿qué quieres?

—Esta semana ya has ido al bar cuatro veces.

—Eso es cosa mía. ¡Y deja de llamarme así! Ese no es mi nombre y nunca me ha gustado que me digan de esa manera.

—¿Dónde está Tai?

—Está ahí mismo, sentado en la mesa. ¿Quieres hablar con él?

—No te emborraches, ¿me oyes?

—¡Yo nunca me emborracho!

—Qué terco eres...

—Ya te dije que voy a colgar. Si vuelves a llamar, apago el celular y ya no me encuentras.

Dicho esto, cortó la llamada de inmediato. Regresó a la mesa caminando fuerte y golpeó el celular sobre la superficie con mucha rabia. Se le había ido por completo el buen humor y

las ganas de divertirse. Hizo una cara de muy malas pulgas, y Tai no pudo evitar soltar la risa. Moo lo miró con ojos de furia y le señaló la cara con el dedo.

¡Ay, Tai, Tai...! ¿por qué el hermano mayor de tu familia tiene que meterse tanto en mi vida?

—Me dijo que te tome una foto para verte. Ponte derecho, por favor.

—¡No me tomes fotos, ni se te ocurra!

—Si no lo hago, no va a dejar de llamarnos ni un segundo.

—¿Por qué tu hermano se mete en todo lo que hago? ¡Qué cosa tan fastidiosa!

—Con esa cara tan amargada que traes...

—¡Yo no soy nadie para ti ni me trates como si fuera menor!

—Pues pregúntale a Fu si le gustaría que fueras como su compañero o alguien cercano.

En cuanto escuchó el nombre de Fu que salió de la boca de Tai, el ceño de Moo se frunció aún más. Era un nombre que había escuchado desde que era muy chico, y cada vez que lo oía, inmediatamente se le venía a la mente la imagen de ese hombre alto, de piel pálida y ojos pequeños... y hasta podía escuchar su voz.

Si le preguntabas a Moo qué tipo de chico no le gustaba, sin dudar señalaba directamente al hermano mayor de su amigo.

¡Solo con verlo ya sabía que no era su tipo! ¡No le gustaban los hombres con rasgos chinos!
¡De ninguna manera lo quería con él!

Aunque tenía muy claro que no le interesaba nada con alguien así, la mayor ironía de su vida era que ese hombre seguía apareciendo en su vida de la forma más extraña posible. ¡Desde la secundaria no dejaba de andar detrás de él! Así es: Fu llevaba mucho tiempo intentando conquistarlo. ¡A Fu le gustaba Moo, le encantaba Moo Ying!

—En serio, ¿por qué no te cae bien mi hermano? ¡Es muy buena persona!

—¡Es que simplemente no me gusta! Alguien como él no es para mí. ¿Me entiendes, Tai?

Casi se ponía de rodillas al decirle eso. Su amigo siempre hacía lo mismo: intentaba juntarlo con su hermano mayor, aunque sabía perfectamente que a Moo nunca le iba a gustar la idea. La verdad es que ya estaba harto. Hasta de toda su familia estaba harto.

Pensó que al entrar a la universidad por fin se libraría de él, pero al final sus calificaciones solo le alcanzaron para entrar a esa institución, así que no le quedó de otra más que estudiar ahí. Lo único bueno era que quedaba cerca de su casa y que Tai estudiaba con él, pero el gran problema era que... ¡ahí también estaba Fu!

Y eso no era lo peor de todo.

Lo más feo era que sus papás todavía lo veían como si fuera un niño que apenas empieza a vivir. Cuando se enteraron de que iba a entrar a la universidad, se pusieron muy nerviosos y se llenaron de mil miedos y preocupaciones. Por eso mismo le pidieron que se inscribiera ahí: porque quedaba cerca de casa, porque estaba su amigo de toda la vida y, lo que era peor, porque Fu ya estudiaba ahí y era mayor que él.

Y sí... por culpa de tantas preocupaciones, sus papás lo obligaron a vivir en la misma habitación que Fu. Bueno, casi igual: vivían en el mismo edificio, y su cuarto estaba justo al lado del de él.

Se despertaba y se lo encontraba, se iba a dormir y también se lo encontraba, bajaba a comprar algo de comer y ahí estaba. Incluso cuando salía a correr o cuando se iba a buscar con quién pasar el rato, ¡siempre terminaba viendo a Fu aparecerse por ahí!

¡Ay, qué pesadez!

Pensó que al salir de casa por fin podría vivir como cualquier otro joven de su edad: ir a los bares, pasar el rato con sus amigos... pero Fu era como un fantasma viejo que no dejaba de rondar en su vida. Aunque en realidad no era tan mayor, le encantaba comportarse como un anciano amargado. Tenía el genio de un señor quejoso y llorón, y la verdad es que le daba un dolor de cabeza terrible. Le prohibía hacer esto, le prohibía hacer lo otro; lo único que sabía era dar órdenes y estar reclamando todo el tiempo. ¿Te imaginas que cuando se enteró de que tomaba alcohol, lo llamó como si estuviera desesperado y se puso a quejarse sin parar?

«¡Moo, no puede ser! ¡Eres un muchacho decente! ¿Qué te está pasando? ¿Acaso ya no eres el mismo de siempre? ¡Ya soy un adulto! ¡Tengo edad hasta para tener novio, por el amor de Dios!»

Le gustaba tratarlo como si fuera un niño pequeño y a la vez comportarse como un viejo cascarrabias, aunque en realidad no se llevaban tanta diferencia de edad. Moo no entendía qué le pasaba a Fu: era demasiado exigente, se fijaba en cada detalle y siempre estaba de mal humor, cosas que hacían que estuviera mucho más lejos de ser su tipo. De todos modos, a Moo nunca le habían gustado los chicos aburridos como él. ¡Para nada! A él le gustaban los hombres con carácter fuerte, con mucha presencia y atractivo. ¡Le encantaba lo que tenía chispa y emoción, ya me entiendes!

—Es solo porque Fu se preocupa mucho por ti.

—¿Y de qué se preocupa? ¡Que se preocupe mejor de sí mismo!

—Es que tiene miedo de que te emborraches... aunque siendo sinceros, aquí en este bar el que más se pasa de tragos seguro es otro.

—¡Eso es justo lo que me molesta de él! Siempre me trata como si yo fuera un niño que no sabe nada.

—Es porque te quiere muchísimo, de verdad.

—¡Uf, ya ni me digas!

—Es que son totalmente opuestos en todo, tanto en el carácter como en la forma de ser, Moo.

—¿Cómo dices?

—Solo con saber que tomas alcohol ya se pone a reclamar como si se le fuera a acabar la vida. Si se llega a enterar de que te hiciste un tatuaje, ya hasta tengo guardado el número de la ambulancia por si le da algo y tengo que llamar de urgencia.

—¡Pues tú no le cuentes nada, por favor!

Moo le dijo eso muy serio y regañándolo un poco, pero Tai solo movía la cabeza de un lado a otro y se reía sin parar. Le parecía lo más gracioso del mundo ver a su mejor amigo metido en esa batalla sin fin, donde siempre andaban discutiendo y peleando como si fueran enemigos, solo por culpa de su hermano mayor.

Hablando de tatuajes... sí, la verdad es que Moo se había hecho uno hacía poco, pero lo había hecho a escondidas en su casa. Estaba en una parte que queda cubierta por la ropa, así que no se veía a simple vista ni llamaba la atención de nadie. No era nada exagerado ni que saltara a la vista.

Pero tal como decía Tai: si Fu se llegaba a enterar, seguro le daría algo, parecería que le iba a dar un infarto del susto.

Para él, Moo seguía siendo ese niño pequeño de apenas tres años, al que le decían con cariño y que apenas estaba aprendiendo a caminar, al que le encantaba tomar leche en polvo que olía tan rico y correr y jugar entre los campos de flores de color lila. Y no estaba exagerando: Fu se lo había dicho muchas veces, incluso usaba esas voces tiernas y cursis para llamarlo con apodosos como si fuera un bebé.

Pero lo que Fu no sabía ni se imaginaba era que ese “niñito” al que veía tan inocente tenía mucha experiencia y sabía muy bien cómo eran las cosas en el mundo.

Había muchas cosas que Moo se moría por decirle en la cara, pero como era el hermano mayor de su mejor amigo, siempre se las tragaba y se quedaba callado por respeto.

—No seas tan malo con él, que solo te tiene cariño.

—¡Ja! Ni me digas.

—De verdad, eres demasiado duro.

Moo ya no le prestó más atención, levantó su vaso y siguió tomando. Se puso a mirar todo lo que pasaba a su alrededor y se concentró en la música que sonaba fuerte, tratando de olvidarse de su mal humor y de todo lo que le molestaba.

De repente, vio que su celular se había vuelto a encender. Le habían llegado varios mensajes. Se quedó con el trago a la mitad, bajó el vaso muy despacito, desbloqueó la pantalla y se puso a leer. Apenas terminó de leer lo que le habían escrito, sintió que no tenía ninguna oportunidad de oponerse y tuvo que rendirse ante él.

¡Uf... bueno, está bien!

Voy a ceder una vez más. Ya la próxima voy a ponerme más firme y no voy a hacerle caso. Esta es la última vez, ¿eh? Ya no va a haber otra más, te lo prometo.

Hermano mayor de Tai:

«¡Oye tú!»

«Te compré pan y yogur, como te gusta.»

«Cuando llegues a casa come algo y luego acuéstate a dormir. No te quedes hasta muy tarde despierto, por favor.»

«La verdad es que me preocupo mucho por ti, ¿sabes?»

—¡Ya me voy! —dijo Moo de repente.

—¿Qué te pasa? ¿A dónde vas tan de prisa? —le preguntó Tai sorprendido.

—Que ya me voy.

—¿Cómo?

—Tengo sueño, Tai. Me voy a ir ya.

—¿Cómo que sueño? ¡Si apenas son las cuatro de la tarde! ¿En serio te vas a ir a esta hora?

—Sí, ya me voy.

—Pero Moo, ¿a dónde vas?

—Ya te dije que me voy.

—¡Moo!

—Se me antojó comer ese pan. Ya no hablemos más del tema.

¡Qué aburrido!

¡Qué fastidio, qué molestia, qué pesadez todo esto!

¿Y sabes qué es lo que más me saca de quicio? Verlo a él con esa cara de tristeza. Eso me hace enojar muchísimo. No sé qué le pasa, pero esa es otra de las cosas que me ponen de mal humor al instante.

¡Ay, por Dios! ¿Hasta cuándo voy a seguir cediendo ante él? ¿Qué me pasa? Por más que intento hacerme el duro y no darle el gusto, al final siempre termino cediendo. Aunque ya había salido varios días seguidos esta semana, esta vez terminé aceptando y regresando mucho antes de lo que pensaba.

¡Y que nadie se equivoque! No lo hice por miedo a que alguien se pusiera triste. ¡Para nada! Alguien como a mí no le importa si los demás se enojan o se ponen tristes. ¡De ninguna manera!

—¡Te he dicho mil veces que no te pares afuera de mi cuarto esperándome!

—¿Por qué regresaste tan temprano hoy?

—Tengo sueño. Quítate del camino.

—¿Estás borracho?

Moo puso los ojos en blanco, soltó un suspiro muy largo y se dio la vuelta, poniendo las manos en la cintura para quedar frente a él. Ahí estaba parado ese chico alto, de ojos pequeños y facciones muy marcadas, mirando su celular y esperándolo justo afuera de su puerta. Lo había visto clarito desde que empezó a subir las escaleras.

Sí, era él: Fu, el hermano mayor de Tai.

Fu era el ejemplo perfecto de lo que Moo nunca querría tener de novio: tenía esa cara y esos rasgos tan típicos, con ojos chiquitos que lo hacían ver totalmente descendiente de chinos. Con solo verlo una vez, cualquiera se daba cuenta de que tenía toda esa herencia bien marcada. En la secundaria, él era el sueño de todas las chicas: era alto, de piel muy blanca, tenía los hombros anchos y la cintura delgada. Cuando sonreía, hacía que todas se desvivieran por él. A todo el mundo le caía bien. También había sido presidente del consejo estudiantil, sacaba las mejores calificaciones y además era muy bueno en todos los deportes.

Pero... ¡ese Fu no era para Moo! Ya lo había dicho mil veces: no le gustaban los hombres así, ni aunque fueran guapos, altos y tuvieran buen cuerpo. ¡Simply no le interesaba!

Esa noche, Fu traía puesta un pijama de cuadros azul marino, bastante holgada, y el cabello tan despeinado como siempre. Lo que más lo hacía distinguirse eran sus ojos, que tenían esa forma rasgada y se veían como si siempre estuvieran medio cerrados. En una mano traía una bolsa de plástico; Moo supuso que adentro venían el pan y el yogur que le había mencionado, y quizás también algún remedio.

—Goza ya y vete a dormir, Fu. Ya es tarde y tú nunca te acuestas tan tarde.

—¿Y Tai?

—Se quedó todavía en el bar.

—Entonces regresaste solo, ¿verdad?

Moo se quedó callado sin responder nada.

—La próxima vez avísame o llámame para acompañarte.

¡Ay, por el amor de Dios! Moo es capaz de regresar por su cuenta, perfectamente bien. ¡Él se sabía cuidar solo y no estaba tan borracho como él creía! Pero Fu siempre lo trataba como si fuera un niño chiquito e indefenso. Moo sabía muy bien que lo hacía porque se preocupaba y le tenía cariño, pero a veces se pasaba y lo hacía sentir muy agobiado, como si no pudiera hacer nada por sí mismo.

—Arréglate bien la ropa, que traes todo desacomodado.

—Ya me voy a meter a mi cuarto. Déjame pasar, por favor.

—¿De verdad fuiste al bar con la camisa tan abierta? ¡Traes el cuello tan desabotonado que casi se te ve el ombligo, por el amor de Dios!

—¡Deja de meterte en lo que no te importa!

—¡Uf, ¡qué terco eres...!

—Dame eso y vete ya a dormir de una vez.

¡Qué hombre tan pesado, por favor!

Moo abrió los ojos de par en par cuando, de repente, Fu se le acercó mucho y empezó a subirle todos los botones de la camisa, hasta dejarla totalmente cerrada hasta arriba. Moo frunció el ceño y empezó a quejarse bajito, refunfuñando por lo bajo. Al principio intentó quitárselo de encima o apartarse, pero se detuvo al pensar que, si se movía así de brusco, seguro se le iban a romper los botones de esa camisa que tanto le gustaba. Al final, no le quedó de otra más que quedarse totalmente quieto y dejar que Fu se la acomodara como él quería.

¡Qué vergüenza! ¿Cómo es posible que justo cuando estaba por entrar a mi cuarto, ahí mismo en la puerta, se pusiera a abotonarme la camisa como si yo no supiera hacerlo solo?

—Cuídate mucho, Muay.

—¡Oye, Hia Fu!

—¿Qué pasa?

—Escúchame bien, por favor.

—Dime, te estoy escuchando.

—Deja de llamarme Muay, te lo pido por favor. Y también deja de meterte en todo lo que hago. ¡Ya soy un adulto! ¡Ya no soy ningún niño chiquito, Phi!

—¿Y ya? ¿Algo más?

—¡Ay, escúchame un ratito, por favor!

—Eres muy terco, de verdad que eres demasiado terco, Muay.

—¡Ay, ya déjame!

Moo hizo una mueca de dolor cuando Phi Fu le dio unos golpecitos suaves en la cabeza una y otra vez. Rápidamente le quitó la mano de encima antes de que le empezara a doler de verdad. En cuanto se libró de él, se apartó de un paso. Phi Fu se quedó mirándolo,

movió la cabeza de un lado a otro como si no entendiera nada y luego le entregó la bolsa que traía en la mano.

—Vete a bañar y luego acuéstate a dormir. Mañana tienes clases por la tarde. Entra ya a tu cuarto.

—¡Ya lo sé! ¿Y tú cómo es que te sabes hasta mis horarios?

—Mmm... —fue lo único que respondió, y le mostró la pantalla de su celular.

A Moo se le abrió la boca de pura sorpresa al ver que la imagen que tenía de fondo de pantalla era exactamente su horario de clases.

¡No lo puedo creer! ¿Cuánta gente habrá en el mundo que usa el horario de otra persona como imagen de su celular? ¡De verdad, Tai! Tu hermano se pasa de la raya, no tiene límites.

—Phi Fu, te voy a hablar con toda sinceridad: por favor, deja de meterte en mis asuntos. ¿Me puedes dejar tranquilo de una buena vez?

—No.

—¡Phi Fu!

—Que no, y no, y no.

—¡Phi Fu!

—Es que ya no te estoy escuchando.

¡Ay, qué fastidio tan grande! ¡Ya me duele hasta la cabeza! ¿Por qué Hia Fu tiene que ser tan terco y necio?

—Si lo que quieres es rechazarme, hazlo nomás, Muay.

—¡Uf...! ¿Es que nunca te cansas, Hia Fu?

—Me gustas. Contigo nunca me canso.

—...

—¡Ah, mírate! Te pusiste rojo.

—¿¿Rojo?? ¡Qué dices! ¿Quién se puso rojo, ¿eh?

—Muchas palabras duras tienes, ¿verdad? Qué muchacho tan rebelde y difícil.

—¡Ay, qué fastidio tan grande! ¡Vete ya a donde tengas que ir!

Moo lo regañó y prácticamente lo empujó para que se fuera, luego entró corriendo a su cuarto y azotó la puerta con mucha fuerza. Entró dando pisotones de pura rabia y se tiró de golpe sobre la cama, soltando un suspiro largo y pesado. Pero casi al instante, su celular volvió a vibrar. Hizo una mueca de molestia, lo tomó y desbloqueó la pantalla. Eran

mensajes de ese muchacho de ascendencia china, enviados hace menos de un minuto.
¿Es que todavía seguía escribiéndole solo para sacarlo de quicio?

Hia Fu:

«Traes toda la cara llena de maquillaje. Lávate bien, ¿eh? Que luego te quejas de que te salen granitos».

«Mañana te voy a llamar bien temprano para despertarte».

«Y si sigues haciéndote el difícil conmigo, le voy a contar a tu papá que te la pasas saliendo de fiesta todo el tiempo».

«Me contaron que tu papá te bajó la mesada, ¿es cierto? Qué mala suerte, ¿no?».

«Que sueñes bonito. Te quiero muchísimo, Muay».

Está bien...

Respira profundo, Moo. Respira profundo...

Suelta el aire...

Toma aire otra vez...

Tranquilo, mantén la calma...

—¡Phi Fu, eres un completo idiota!

Capítulo 2

—¿Vas a ir hoy, Moo?

—Sí, claro que voy.

—Ya está bien, no te pases de la raya tomando. Y tú, Tian, tampoco lo andes invitando a cada rato.

—No es para tanto, Tai, te lo estás inventando todo.

—¿Que me invento qué? ¡Si ya gastas lo mismo en tragos que en la matrícula de la universidad!

—¡Tai, ya déjate de quejas!

—Estás mal, en serio. De vez en cuando dale un respiro al hígado, ¿no? —me dijo Tai, señalándome con el dedo.

Yo solo pude levantar las manos, todo confundido, pidiendo justicia con la mirada. Oye, no hables como si yo fuera un borracho empedernido o algo así. Suena horrible, ¡caray!

Uf... ¿por qué Tai se volvió tan quejón últimamente? Se la pasa reclamando por todo. ¿Será cosa de familia? ¿Viene en los genes o qué pasa?

—Hoy regresamos juntos, ¿está bien, Moo? Por favor, llévame hasta la residencia.

—Está bien, está bien... y eso que tienes auto y casi nunca lo usas —le respondí, y de paso me quejé también de mi otro amigo del grupo.

Ese amigo se llama Tian. Es el único de nosotros que es totalmente heterosexual. En cambio, Tai... bueno, él tampoco anda contando por ahí que le gustan los hombres; solo lo sabemos los amigos más cercanos. Los tres andamos siempre juntos a todos lados.

Tian es el único que tiene ascendencia tailandesa pura al cien por ciento. Tiene rasgos muy marcados, piel bronceada y una cara muy varonil que se ve atractiva desde cualquier ángulo. Créeme que cuando lo conocí, me moría por conquistarlo. Era exactamente mi tipo ideal: guapo, con facciones que llamaban mucho la atención y una cara que a cualquiera se le hacía agua la boca de verla.

Pero en cuanto empecé a tratarlo bien y a conocerlo de verdad, tuve que darme por vencido. Resulta que su forma de ser y su personalidad no combinaban para nada con la mía. ¡Conclusión final! Si no quieres salir herido ni sufrir, jamás te enamores de un chico que es heterosexual.

Volviendo al momento actual. Cuando terminaron las clases, me separé de Tai. Es un chico muy alto y casi nunca se le ve andando en grupos grandes. No es que sea antisocial ni nada de eso, es nomás que se enoja o se molesta con mucha facilidad. Sus días normales suelen ser así: se va directo a su cuarto y se pasa el rato abrazando y acariciando a su gato naranja que está bien gordo. Es de los que prefieren estar solos... bueno, claro, menos cuando estamos en el bar tomando algo, ahí sí cambia todo.

Créeme que lo sé perfectamente bien. Tai y yo somos como dos almas gemelas o dos fantasmas que se reconocen al instante: nos conocemos tan bien que sabemos hasta lo que está pensando el otro.

—¡Oye Moo, Moo! ¿Qué porcentaje de la calificación vale el trabajo que dejó la profesora Suphatra?

—Chii me dijo que es el quince por ciento.

—¿Cuándo nos ponemos a hacerlo? Bah, todavía falta muchísimo tiempo. Ya pensaremos en eso más adelante.

Seguí caminando y platicando con Tian hasta llegar al auto. Luego lo saqué de la universidad. A esa hora el sol pegaba con una fuerza terrible; todavía era pleno mediodía. Como no tenía clases en la tarde, decidí regresar a la residencia. Dejaba a Tian en su camino y luego me iba directo a mi cuarto.

—¡Oye, Moo...!

—¿Qué pasa?

—Un estudiante de años mayores me pidió tu contacto de la aplicación. ¿Qué hago?

—¿Y quién es ese muchacho? —pregunté, levantando una ceja.

La verdad es que no conocía a nadie que fuera compañero mayor de Tian. Ni siquiera tenía idea de cómo se veía. Supongo que conozco a tanta gente que ya ni me acuerdo de todos. Pero de repente que alguien le pida mi información a un amigo... no, no me gusta nada. Tenía que advertirle que no anduviera pasando mi número o contacto a cualquiera.

—Es Phi Yim.

—¿Cuál Phi Yim?

Sin que se diera cuenta, le eché una mirada rápida a la foto que me mostraba. Fue solo un segundo, pero me bastó para quedarme totalmente aturdido y sin palabras. Mis ojos, que casi siempre andaban entrecerrados, se abrieron de par en par del impacto al ver al chico que salía en la pantalla del celular de mi amigo.

¡Tenía rasgos muy marcados, piel bronceada, un poco de barba, cuerpo musculoso... ¡Dios mío, qué hombre!

—¡Moo! ¡Moo! ¡Moo! ¡Por todos los cielos, Moo, estás loco o qué!

—¡Oye, cálmate!

¡¡PUM!!!

—¡¡Ay, Moo!!!

Me quedé sentado ahí dentro del auto, totalmente paralizado y sin reacción. A mi lado, Tian se agarraba la cabeza con las dos manos, igual de asustado y alterado. El auto se había subido a la acera y se había estrellado directo contra un muro. La parte delantera quedó toda abollada y salía un humo blanco que lo cubría todo. Yo seguía agarrado con fuerza al

volante, con la boca abierta de pura sorpresa, sin poder creer lo que acababa de pasar. Simplemente no sabía ni qué decir ni qué hacer.

¡En ninguna parte te enseñan ni te preguntan qué debes hacer si te estrellas contra una pared justo cuando estás manejando!

¡Caray, qué desgracia! Yo sabía que algo así me iba a pasar. Me estrellé contra un muro solo por quedarme mirando la foto de un muchacho. Así es nomás... fue solo una mirada, una sola mirada, y ¡pum! Terminé chocando. Hasta me di con la cabeza en el volante y me salió un chichón bien grande. ¡Ay, qué dolor!

Al final, Tian tuvo que encargarse de todo. Sacó su celular, llamó a la grúa para que se llevaran el auto y resolvió todos los trámites y papeles, mientras que yo, que era el que estaba manejando, me quedaba ahí parado, aturdido y sin saber ni dónde estaba. Tian tuvo que explicarle todo al dueño del vehículo, y yo solo me aparté un poco, mirando con mucha tristeza cómo salía humo del coche, con el corazón a mil por hora y sintiendo que se me salía del pecho. No tenía ni idea de qué hacer. Me fui hasta la orilla de la acera, me senté y me escondí la cara entre las manos.

«¡Me van a matar! Mi papá me va a regañar tanto que mejor me muero ya mismo...»

—Aquí tienes tu celular.

—¿Ya se arregló todo?

—Sí, ya lo llevaron al taller. Ay, de verdad, Moo... ¡si apenas te dejé ver la foto de Phi Yim un segundito! ¿Por qué se te ocurrió girar el volante así de golpe?

—¡Tú fuiste el que me enseñó la foto en primer lugar! ¡La culpa es tuya!

—¡Ay...!

—¡Me pones enfrente la foto de un hombre casi sin ropa y esperas que yo siga manejando como si nada! ¡Qué lento eres!

—¡Oye, Moo! ¿Entonces soy yo el que está mal? Lo que tú necesitas es tener un poco más de control cuando ves a los hombres. ¡Por poco y te matas solo por ver a uno! En serio, ya ni qué decir.

Yo solo movía la cabeza de un lado a otro sin hacerle caso a todas sus quejas, y decidí llamar a Tai para que viniera a recogernos. En cuanto se enteró de lo que había pasado, tuve que apartar el teléfono de la oreja porque empezó a gritarme tan fuerte que ni siquiera entendía lo que me decía. Hasta ganas me dieron de echarle un balde de agua fría en la cara para que se calmara de una vez. Hasta miedo me dio de que le fuera a dar algo o se le reventara una vena de tanto enojarse.

«Ahí me quedo esperándote».

—¡Está bien, está bien! Pero apúrate, por favor.

Cuando terminé de hablar con él, Tian y yo nos quedamos ahí sentados, los dos soltando un suspiro bien largo. Hasta ganas me dieron de darme de golpes contra la pared. ¿Cuántas veces más me va a pasar esto solo por culpa de algún hombre? Mi debilidad son los muchachos con rasgos típicos tailandeses, ¡ya lo sé! Me da tanta rabia conmigo mismo, de verdad.

Nos quedamos ahí sentados hasta que vimos llegar despacito una motocicleta, que se detuvo justo enfrente de nosotros. Los dos levantamos la vista al mismo tiempo y nos quedamos con la boca abierta: el conductor se quitó el casco, movió un poquito la cabeza y nos regaló una sonrisa que parecía encantar a cualquiera.

¡No me puede estar pasando esto otra vez...!
Por favor, se lo pido a todos los santos...

—¡Ya llegó tu príncipe en caballo blanco, cariño!

¿¿Príncipe en caballo blanco?? ¡¿Pero qué dices?! ¡Ay no, Tai! ¡Otra vez con tus bromas tan tontas! ¿Por qué se te ocurrió llamar a Phi Fu para que viniera por mí? ¡¡Ay, nooo!!

¿Será que él sabe bien que su hermano mayor le dice «caballo blanco» a su pequeña moto? ¡Ya me estoy volviendo loco! ¡Estoy que me muero de los nervios!

(*) Se trata de un modelo de motocicleta pequeña muy popular, sobre todo entre los jóvenes. Tiene un estilo clásico, es muy fácil de manejar y se usa muchísimo en las ciudades. Por eso, en las novelas y conversaciones en Tailandia, cuando dicen «Fino», se refieren precisamente a este tipo de moto.

Al final, como siempre, no pude escaparme de Phi Fu y me tocó irme con él. Hacía un calor terrible, pero ahí iba yo, sentado detrás de él camino a la residencia. Tian ya había pedido un taxi y se había ido a su casa. Resulta que Phi Fu tampoco tenía clases en la tarde, así que tenía tiempo libre para venir a cuidarme y hacerme compañía, justo en lugar de Tai. ¡Y mi gran amigo se había ido tranquilamente al cine él solito y ni siquiera contestaba el celular cuando lo llamábamos! ¡Qué traidor! ¡Me dejó solo a merced de él!

—¡Phi Fu! Ya quiero irme directo a mi cuarto. ¿A dónde me estás llevando?

—Primero vamos a comer algo. Tai me dijo que todavía no has probado bocado en todo el día.

—No tengo nada de hambre.

—Mejor pedimos sopa de fideos finitos, ¿te parece bien?

—¡Phi Fu! ¡Por favor, escúchame un ratito!

—Y que le pongan mucha verdura, ¿verdad?

—¡¡Quiero fideos finitos en caldo claro y SIN NINGUNA VERDURA!!

—¡Ya, ya está bien! Eres demasiado terco, de verdad.

Como siempre, al final volví a ceder ante él. Phi Fu me miraba con una sonrisa llena de alegría, viendo lo enojado que yo estaba. Fue a pedirle la comida al dueño del lugar y luego me tomó del brazo para guiarme y hacerme pasar adentro. En cuanto prendieron los ventiladores, por fin se sintió un poquito más de alivio y se estuvo más fresco. Me senté a esperar, mientras él, con mucha elegancia y atención, me servía un vaso de agua fría. Yo solo tenía que mover las manos y comer lo que me servían. Y como mi querido amigo Phi se estaba esforzando tanto por atenderme, pues al menos tenía que aceptar probar un poco de todo, ¿no?

—Dicen que eres un excelente conductor. ¿Cómo es que hoy terminaste estrellándote contra un muro, cariño?

- ¡No me digas «cariño», por favor!
—Y mira, tienes un chichón enorme en la frente. Se te ve terrible, mi amor.
—¿A quién le estás diciendo que se ve terrible?!

A veces me dan ganas de abrirle la cabeza a este hermano de Tai solo para ver qué tiene adentro. Dice que me quiere y todo eso, pero cada vez que habla solo logra sacarme de quicio. ¡Este hombre no tiene ni idea de cómo tratar a la gente! Siempre me lleva la contraria en todo.

A veces hasta dudo de que en verdad esté tratando de conquistarme. ¡De todos los que alguna vez intentaron acercarse a mí, ninguno se comportaba de la forma en que lo hace Phi Fu!

Mientras esperábamos que nos trajeran la comida, Phi Fu extendió la mano y me tocó suavemente la frente. Antes de que me pudiera quejar o decirle algo, se levantó de golpe y salió del local, solo diciéndome que me quedara ahí sentado y no me moviera. No tenía ni la menor idea de a dónde había ido. Lo miré con mucha curiosidad, pero ya era demasiado tarde para preguntarle. Bueno, ni modo, solo me quedé esperando.

Esperé tanto tiempo que hasta ya nos habían servido los fideos en la mesa. Pasaron cinco minutos, luego diez... y Phi Fu seguía sin aparecer. Al final decidí empezar a comer yo solo. Estaba poniéndole condimentos a mi plato cuando, unos diez minutos después, por fin regresó y se sentó justo enfrente de mí.

- Levántame un poco la cara.
—¿Phi Fu? ¿Qué me vas a hacer? ¡Ay!
—Quédate quieto, no te muevas.
—¿Qué es eso que traes, Phi Fu? ¿Qué fuiste a buscar?
—Es un gel para ponerte en la frente, que tienes toda hinchada y golpeada.

Me quedé totalmente inmóvil mientras él me ponía con mucho cuidado el parche con el gel sobre el chichón. Cuando terminó, levantó la vista y nos quedamos mirándonos a los ojos. Otra vez me puso esa mirada tan extraña que no lograba entender. Cuando le hice una seña amenazante con los palillos para comer, él solo soltó una sonrisa como si le divertiera todo esto. ¿Qué tenía de gracioso? ¿Acaso ver a alguien con la cabeza golpeada le parecía motivo de risa?

- No seas tan terco, cariño.
—¡No soy terco!
—Lo que te gusta es tenerme siempre preocupado por ti.
—¡No es cierto...!
—Eres el número uno del mundo para discutir y llevarme la contraria.
—¡Oye, ¡qué dices!

- Con esa boca tan chica que tienes, ¿cómo es posible que hables tanto, ¿eh?
—¿Y tú vas a comer tus fideos o no?
—Tú come tú. Ya cuando termine de ponerte esto, como yo. ¿O es que tú puedes comer bien con una sola mano?

—...

—¡Come ya! ¿Por qué te quedas mirándome así?

Dejé de discutir con Phi Fu y me tragué todo el coraje que tenía. Bajé la cabeza y me puse a comer, mientras él seguía poniéndome el gel en la frente con mucho cuidado. De vez en cuando le echaba una mirada de reojo. Esperaba que en cualquier momento empezara a regañarme o a reclamarme como siempre hacía Tai, pero para mi sorpresa no dijo nada. Solo seguía ahí, muy atento y despacito, como si tuviera muchísimo miedo de lastimarme o hacerme daño sin querer.

—Mmm...

—¿Mande?

—¿Quieres...?

—...

—¿Quieres que te dé de comer?

—¿Me vas a dar de comer?

—Sí. ¿Lo quieres o no? Si no quieres, pues ya no comas.

—¡Ya va, ya va! Qué impaciente eres, por Dios.

Tomé unos palillos que estaban limpios, agarré una albóndiga del plato de Phi Fu y se la acerqué hasta la boca. Mientras tanto lo miraba con cara de pocos amigos, todavía molesto por lo que me había dicho. Él masticaba muy tranquilo y sin prisas, pero no dejaba de verme en ningún momento. Y tenía ese brillo en los ojos que... ¡uf! me daban unas ganas tremendas de clavarle los palillos justo ahí en los ojos para que dejara de verme así.

—Hoy te ves muy guapo, ¿sabes?

—¡Já! Ni me digas.

—Este hermano mayor también tiene corazón y sentimientos, ¿eh? No creas que no.

—¿Y qué con eso?

—Tengo rasgos un poco chinos, sí, pero aun así te parezco bien atractivo, ¿verdad?

¡De verdad...! ¿Es posible que este hombre se atreva a decirme esas cosas tan directamente y sin rodeos? ¿Así nomás, sin ningún miedo ni vergüenza?

—Yo no tengo nada de malo ni de raro. Mira, apenas te lastimaste y yo vine volando, corriendo a ponerte el remedio, a buscarte lo que necesitaras, hasta te cuidó para que no te piquen ni los mosquitos ni las hormigas. Te doy tanto, te cuidó tanto, y tú... tú solo me tratas así.

Phi Fu no paraba de hablar mientras seguía atendiéndome y poniéndome el gel en la frente. En ese preciso momento se veía exactamente como uno de esos abuelitos de cincuenta o sesenta años que cuidan con mucha ternura la herida de su nieto pequeño. ¿Pero qué le pasaba a este hombre? ¿Por qué se comportaba así?

—He tratado de conquistarte de todas las formas posibles que se me ocurrieron. ¿Es que ni siquiera un poquito te he llegado a gustar?

Phi Fu era un hombre muy extraño. Sabía perfectamente que no me gustaba, y aun así no se rendía y seguía insistiendo una y otra vez. Cada vez que intentaba mandarlo lejos o decirle que no, me daba miedo ser demasiado duro o hiriente con él. Al fin y al cabo, nos conocíamos desde que éramos niños, llevábamos toda la vida juntos, y de verdad que no me nacía tratarlo con maldad ni ser cruel.

Pero... la verdad es que Phi Fu definitivamente no era el hombre para mí.

A mí me gustan los muchachos muy varoniles, de los que juegan fútbol y tienen ese aire de fortaleza. En cambio, a Phi Fu lo que más le gusta es practicar artes marciales suaves y ejercicios tradicionales junto a su abuela.

Me atraen los chicos rebeldes, de los que parecen un poco peligrosos y que se salen de las reglas. Pero Phi Fu es de los que siguen todas las normas y enseñanzas, y en casi todas las fechas festivas solo come alimentos sin carne ni grasas, como dictan sus costumbres.

Y mientras yo me tomo las bebidas alcohólicas como si fuera agua corriente, él es de los que no fallan ni un solo día: toma su vaso de leche por la mañana al levantarse y por la noche antes de irse a dormir.

—...

—Otra vez te quedaste callado.

—Es que estoy comiendo, ¿no ves?

—¿Ah sí? Yo que pensé que te habías puesto colorado de la pena.

—¿Y por qué me iba a poner así? ¿Qué es lo que se supone que me haría ponerme rojo?

—Me duele mucho el corazón, ¿sabes? Tú eres un experto en hacérmelo pedazos y romperme por completo.

—Ya te lo he dicho muchas veces: deja de quererme, no te convengo.

—Ya sé que Yim te pidió tu contacto.

—¿Tú conoces al compañero mayor de Tian? —le pregunté, frunciendo el ceño con mucha sorpresa. De repente se puso a mencionar el nombre de Yim. ¿Cómo es posible? No me digas que también se conocen entre ellos. ¡Dios mío! Resulta que Phi Fu conoce a todo el mundo. Cada vez que alguien se interesa por mí o intenta acercarse, él se entera de inmediato. ¿Por qué tiene que tener ojos y oídos en todos lados? ¿Será que alguien siempre le está contando todo lo que hago?

—La verdad es que él no llega ni a los talones de mí. No es tan bueno como yo.

—Mmm... ya se oyó la comparación.

—¿Ves? Ni siquiera me crees.

—¿Y en qué cosa eres tan bueno tú, Phi Fu?

—En todo. En absolutamente todo lo que te imagines.

—¿Ah sí? ¿De verdad?

Y bueno... tenía que reconocer que era cierto. No había nada en lo que no fuera bueno. Pero salir con Phi Fu se sentiría igual que si estuviera teniendo algo prohibido con alguien que vive bajo reglas muy estrictas y buenas costumbres... me pasaría todo el tiempo sintiéndome culpable y mal conmigo mismo, sin poder disfrutar nada.

—Siempre me rechazas. Te entrego todo mi corazón y tú lo tiras como si fuera un papel de publicidad cualquiera.

—¿Qué dices? ¿Acaso estás haciendo pucheros?

—Me enojo y a ti ni te importa.

—Pues sí, ya lo sabes perfectamente.

—Espera un poquito más...

Al ver la cara que ponía Phi Fu, me solté a reír bajito y moví la cabeza, no podía creer lo exagerado que era. ¿Cómo podía ser tan dramático? De verdad que los hombres de ascendencia china de esta familia son lo más fastidioso que existe.

—Tener un novio que te lleva un año es una gran ventaja, ¿lo sabías, ¿eh? —me dijo con tono cariñoso.

—Sí, pero que sea alguien que no seas tú —le respondí de inmediato.

—Ay... mi vida, levanta un poquito el pie, por favor.

—¿Y eso por qué?

—Porque me estás pisando el corazón con mucha fuerza.

Está bien, Moo, cálmate. Así es Phi Fu, no va a cambiar.

—¡Qué desastre eres!

—¡Ay! —gritó de repente, dando un salto en la silla.

La mano con la que le estaba poniendo el gel se fue de lado de golpe. Él se tapó los ojos con las dos manos. Al parecer, cuando moví los palillos para comer, sin querer le salpicó un poco del caldo de la sopa directo al ojo. Los cerró con mucha fuerza y empezó a respirar agitado. «¡Dios mío!», pensé, ¿se le habrá hecho daño de verdad? ¡Y qué fuerte gritó!

Por un momento se me olvidó por completo que estábamos discutiendo. Me acerqué rápido, le quité las manos con mucho cuidado y me puse a revisarle los ojos para ver cómo estaba. Pero justo cuando teníamos las caras muy cerca una de la otra, vi que a Phi Fu se le levantaba una comisura de los labios y se puso a sonreír de oreja a oreja. De repente hizo el sonido de un beso: «¡Muac!».

Me quedé helado al darme cuenta de que una vez más había caído en su trampa. Sin pensarlo dos veces, le di una palmada tan fuerte como pude en ese brazo que tenía tan blanco. Esta vez sí gritó de verdad del dolor que sintió.

¡Bien merecido que se lo tenía! ¿Cómo se le ocurre bromear con algo así? ¡Nadie hace esas cosas! ¡Qué carácter tan difícil tiene!

¡Tai! ¡Ven ya mismo y llévate a tu hermano mayor lejos de mí, por favor!

—¿Te asustaste y estabas preocupado por mí, verdad...? —me dijo con voz suave.

—¡Cállate ya de una vez!

—¡Qué tierno eres, mi amor!

—¡Ya cállate de una buena vez!

—Te lo repito otra vez: ábreme tu corazón, por favor.

—¡Ay, por Dios!

—Ándale, mi vida... acéptame ya de una vez. Todavía estoy soltero, ¿sabes? Si se me adelanta alguien más, te vas a arrepentir toda la vida.

—Pues que me quiera, quien quiera que sea.

—Eso no se dice. Me haces sentir muy mal. Tratas mi corazón como si fuera de papel, eres un muchacho muy duro y sin sentimientos.

Me quedé callado en cuanto Phi Fu empezó a hablar con ese tono de queja y tristeza. Empecé a sentir que tal vez sí me había pasado de la raya y había sido demasiado cruel con él. Phi Fu pareció darse cuenta de que yo ya no estaba a gusto, y de inmediato se hizo un silencio incómodo entre los dos.

La verdad... es que esto no me gusta nada.

No es que odie al hermano de mi mejor amigo, para nada. Si yo pudiera elegir, preferiría que jamás se hubiera enamorado de mí. A veces es muy difícil y hasta vergonzoso ser el centro de los sentimientos de otra persona. Y, además, Phi Fu es alguien que está muy ligado a toda mi familia y a todo mi círculo cercano: es el hermano mayor de mi mejor amigo, ¡por el amor de Dios! Me da mucho miedo lastimarlo o hacerle daño sin querer algún día, sin darme cuenta.

—¿Por qué pones esa cara?

—¿Cuál cara?

—No le des tantas vueltas a las cosas ni pienses tanto.

—...

—Ya me he curado el corazón un millón de veces, mi amor.

—...

—Esta es nomás el número un millón uno. No es nada del otro mundo, ya estoy acostumbrado.

—Phi Fu...

—Dime lo que quieras, lo que se te ocurra. Ya no me duele, estoy bien, de verdad.

Phi Fu me dijo todo eso con una sonrisa en los labios. Luego alargó la mano y me acarició la cabeza con mucha suavidad y cariño. Soltó un suspiro profundo y siguió comiendo sus fideos. Los dos bajamos la cabeza y terminamos de comer sin decir ni una sola palabra

más. Cuando salimos del lugar, fue él quien pagó todo. Me volví a subir a su moto y nos fuimos de regreso a la residencia. Durante todo el camino, Phi Fu habló muy poco; se notaba claramente que se había quedado triste y afectado por lo que le había dicho.

¡Ay, qué situación tan fea! ¿Será que hoy me pasé y fui demasiado duro con él?

—Entra a tu cuarto y báñate bien. Mira, te compré este medicamento; pónitelo para que se te baje la hinchazón, ¿está bien?

—Phi Fu... sobre lo que te dije allá en el restaurante...

—...

—Yo no quería... ay, ¿cómo te explico? ¿Estás enojado conmigo, Phi Fu...?

—...

—Está bien... perdóname si me pasé y fui demasiado duro contigo.

—Es que eres muy terco, siempre andas haciendo travesuras y tienes una lengua que no le miente a nadie, eres el número uno diciendo cosas que duelen.

—...

Bueno... sí, ya lo sé.

Si no fuera tan buena gente y tan noble, ¿por qué seguiría queriéndome así? De verdad que no lo entiendo. Lo que le dije y cómo me porté fue tal cual como lo haría alguien malvado y sin corazón.

—No me vengas con preguntas como «¿por qué sigues aquí?» o «¿por qué no te vas y me dejas en paz?».

—...

—Porque te voy a hacer que te guste estar conmigo. Créeme, tengo toda la confianza del mundo en que lo voy a lograr.

—¡Já! Ya eres todo un hombre hecho y derecho y todavía andas diciendo puras tonterías y cosas sin sentido.

—Los fideos que comimos estaban muy ricos, sí... pero comerte a ti sería mucho más delicioso todavía. Si te pudiera tener así, se me olvidarían todos los problemas y todo lo demás.

—¡Ay, ¡qué dices! ¡Aléjate ya de mí, Phi!

—Te voy a hacer que me quieras con toda tu alma, que te enamores perdidamente de mí, que solo me desees a mí y a nadie más, y que llegues al punto de no poder comer ni dormir, solo llorar y llamarme a gritos porque me extrañas y me necesitas.

¡Este hombre está completamente loco! ¡Tai! ¡Tai! ¡Tu hermano mayor se volvió loco de remate!

—¡Ay! ¡Me pegaste y luego sales corriendo a encerrarte en tu cuarto! ¡Oye, así me gustas mucho más, sabes!

¡Ya no quiero saber nada! ¡Ya nunca más le voy a volver a hablar a Phi Fu! ¡Me duele la cabeza de tanto escucharlo!

Ya vas a ver... muy pronto me voy a conseguir novio. Es la única solución. Porque si no, Phi Fu nunca me va a dejar tranquilo ni un solo día de mi vida.

Fu Tong Qing Shan: «Tai»

Tai Tong: «¿Qué pasa?»

Fu Tong Qing Shan: «¿Por qué es tan lindo este muchacho al que le dicen Muay?»

Fu Tong Qing Shan: «Es tan hermoso, Dios mío, qué lindo es. Se ve tan pequeño y delicado, pero lleva dentro una ternura que parece del tamaño de todo el universo. Me dan ganas de comérmelo todo entero, de no dejar ni un pedacito para nadie más, de manera que ni siquiera puedan olerlo ni tocarlo. Solo quiero escuchar su voz, que solo me llame a mí, que me diga que me ama y que no hable ni piense en nadie más que en mí.»

Tai Tong: «Hia...»

Fu Tong Qing Shan: «¿Será que es tan difícil dejar de quererlo? Pues entonces lo voy a querer así, sin parar ni un instante, hasta que me muera de tanto amor que le tengo.»

Tai Tong: «¿Podrías dejar de estar tan obsesionado con él? De verdad que me da hasta miedo cómo eres.»

Capítulo 3

¿Alguna vez te ha pasado que te despiertas por la mañana y ya te estás preguntando cuál será la primera cosa que te va a hacer decir ¡caray, qué desgracia! en todo el día?

—¿Se te descompuso el auto? Ándale, ven, yo te llevo.

¡¡Caray!!

A sus veintiún años, Moo Ying se quedó parado ahí mismo con una cara de aburrimiento tremendo, apenas abrió la puerta de su cuarto y se encontró de frente con ese muchacho mayor, que estaba parado ahí esperándolo como si nada. Ese día Moo tenía clases a las nueve, así que salió de su cuarto como a las ocho, pensando que le sobraría bastante tiempo, pero jamás se imaginó que el hermano mayor de su amigo ya estaría ahí parado esperándolo desde tan temprano.

Por supuesto, como ya sabían, a causa del accidente cuando se estrelló contra el muro, tuvo que mandar su auto al taller, así que por el momento se tenía que arreglar por su cuenta. Tenía pensado tomar un taxi o usar cualquier otro transporte público, pero en ningún momento se le pasó por la mente esa tercera opción que tenía que ver precisamente con el hermano de su amigo.

—Phi Fu, yo puedo irme solo a clases, no te preocupes.

—Hablas demasiado, Muay. Camina ya, que yo te llevo.

—¡Ay, Phi Fu! ¡Ya te dije y te repetí que me puedo ir perfectamente solo!

—¡Qué terco y difícil eres! Me tomo la molestia y el trabajo de traerte y llevarte y ni siquiera te cobro nada por el favor...

—¡Como si yo te lo hubiera pedido! ¡Tú eres el que se ofrece y se mete solo sin que nadie te lo pida!

—¡Está bien, sí! Fui yo el que se ofreció a traerte personalmente, ¿ya quedaste satisfecho, mi vida? (*)

(*) Palabra que normalmente usan las mujeres al hablar, pero que cuando la dice un hombre es solo para ser cariñoso o coquetear de forma dulce.

Mientras le decía todo eso, Phi Fu se le fue acercando poco a poco e intentó quitarle la mochila para llevársela él mismo. Estuvieron forcejeando un buen rato, pero al final la mochila negra terminó quedando en las manos de este muchacho, que venía de esa familia de ascendencia china y tailandesa. Moo solo pudo apretar los dientes y cerrar los puños de pura rabia, mientras se quedaba mirándolo fijo a esos ojos rasgados que tanto conocía. Phi Fu no paraba de hacerle caras y gestos como si se estuviera burlando de él, y justo cuando

Moo estaba a punto de darle un golpe, él aprovechó el momento para pasarle el brazo por el cuello y arrastrarlo casi a la fuerza para sacarlo del edificio.

¡Dios mío! ¿Por qué el hermano mayor de Ai Tai tiene que ser tan fastidioso y molesto?

—Toma, pónitelo ya mismo, Muay.

—¿No puedo no usarlo? Hace un calor horrible.

—Que te lo pongas.

—¡Ya voy, ya me lo pongo!

Se lo puso nomás para que dejara de estar insistiendo y molestando.

Moo tomó el casco que le entregó Phi Fu y se lo acomodó en la cabeza. Phi Fu encendió su motocicleta, esa que tanto le gustaba, y esperó a que él se subiera. En cuanto se sentó atrás, Moo descubrió algo que no sabía: Phi Fu era de lo más estricto que existía con todas las reglas de tránsito. ¡Pero a un nivel que era exagerado! Siempre usaba las luces para avisar por dónde iba a dar la vuelta, se detenía totalmente en cada señal, le daba el paso a los demás cuando correspondía y manejaba exactamente a la velocidad que indicaban los letreros. Moo ni siquiera podía reclamarle nada, porque al final de cuentas lo que hacía estaba bien y cumplía con todo; era un ciudadano tan ejemplar que hasta daban ganas de pararse y aplaudirle de pie.

Poco tiempo después llegaron a la universidad. Estacionó la moto justo enfrente del edificio. Apenas se bajó, Moo se quitó el casco y se lo devolvió al momento sin decir ni una palabra. Phi Fu solo le sonrió muy despacito al ver la cara de pocos amigos que traía.

—Ya vete a hacer lo que tengas que hacer, Phi Fu.

—¡Oye!

—¿Qué pasa ahora?

—Tengo hambre.

—¿Y eso a mí qué me cuenta?

—Que tengo hambre, te digo.

—Pues es problema tuyo, no mío.

—¡Ay, Muay! ¿De verdad vas a ser tan sin corazón como para no darle ni un poco de comida ni agua a quien tuvo la amabilidad de traerte hasta acá?

—...

—¡Muayyyyy!

—¡Ya está bien, ya está bien, ya está bien! Yo invito, ¿qué se te antoja comer?

—Y no me hables con esas palabras tan feas ni groseras, ¿me oyes?

¡Ay, este Phi Fu! ¡De verdad que me dan unas ganas tremendas de estrellarle el casco justo en toda la cara!

Al fin y al cabo, en cuanto Moo aceptó invitarle el desayuno, Phi Fu se puso tan contento como un perrito pequeño y gordito, y lo siguió pegado como una sombra hasta la cafetería. Al principio, Moo ni siquiera tenía pensado comer nada, porque ya había desayunado pan con leche en su cuarto, pero el olor rico y la vista de todos esos platillos tan apetitosos le

hicieron entrar hambre también. Los dos se sentaron frente a frente y se terminaron cada uno su plato entero.

Pero... ¿por qué diablos se la pasaba Phi Fu mirándolo fijamente mientras comía? ¡Qué cosa tan fastidiosa! ¿A qué horas iba a llegar ya Tai, por favor?

—Hoy te vas a salir a las cuatro, ¿verdad?

—Ajá, así es.

—Entonces yo vengo por ti.

—No hace falta, de verdad.

—Que sí voy, te digo.

—¡Que yo me puedo regresar perfectamente solo!

—Que sí voy a ir y ya.

—¡Phi Fu...!

—¡Beee, beee! ¡Oye, no te enojés, ya te dejo en paz!

Phi Fu cada vez se ponía más juguetón y sin vergüenza. Moo ya estaba al límite de su paciencia, así que decidió gastarle una broma para asustarlo un poco: agarró un pedazo de limón que tenía en su plato e hizo como que le iba a exprimir el jugo encima de su comida. Solo así Phi Fu dejó de molestar y de insistir tanto.

Moo no entendía por qué tenía que andar siempre pegado a él a todos lados. ¿Es que nunca se cansaba de verle la cara? Deberían darse un poco de espacio y descansar uno del otro, porque ya se veían el uno al otro casi todo el tiempo. Y encima ahora que tenía el auto descompuesto, Phi Fu se ofrecía a llevarlo y traerlo todos los días... eso sí que iba a ser aburrido y pesado hasta no poder más.

—¿Ya se fue Tai o todavía no llega?

—Ni idea. Le mandé un montón de mensajes y ni me contesta. Ya debe estar en camino, supongo.

—¿Verdad que fue una suerte que se te rompiera el auto?

—Pero ¿qué dices? ¿De qué te sirve o qué tiene de bueno que mi auto se haya descompuesto?

—No te lo voy a decir, ya adivinarás.

¡Phi Fu, qué hombre tan difícil...! ¿Por qué siempre tiene que hacer que me enoje y me saque de quicio?

—Bueno, ya. Ya no te voy a molestar más. Me voy a mis clases. Tú quédate aquí sentado esperando a tu amigo, ¿me oyes, Muay?

—Mmm...

—No te vayas a distraer con cualquier cosa, ¿eh, Muay?

—¡Ya cállate de una vez! —le dijo Moo, mientras le quitaba de un manotazo la mano que se acercaba para despeinarlo.

Phi Fu soltó una sonrisa de oreja a oreja y se fue caminando, con muy buenos ánimos y feliz de la vida. Moo se quedó mirándolo mientras se alejaba y soltó un suspiro largo y pesado. No tenía ni idea de cuánto tiempo más iba a seguir metiéndose así en su vida y haciendo de las suyas. Como ya había dicho antes... Moo sabía perfectamente que le gustaba, pero el gran problema era que ¡a él no le gustaba Phi Fu! Todos los días trataba de alejarlo y mandarlo lejos, pero él nunca se iba ni se daba por vencido. De verdad que no entendía cómo podía aguantar tanto tiempo siendo rechazado una y otra vez.

—Ya lo vi todo, lo sé muy bien.

—¡¡Tai!! ¡Me diste un susto de muerte!

Moo casi se ahoga de la impresión cuando su mejor amigo apareció de repente y le susurró eso justo al oído. Menos mal que no se le ocurrió darle un golpe sin querer. Y ver esa cara que era casi idéntica a la de su hermano mayor le ponía los nervios de punta. ¿Por qué tenía Tai que parecerse tanto a Phi Fu? Era agotador y desesperante; era como si el hermano mayor fuera un fantasma que lo perseguía a todos lados y nunca lo dejaba en paz.

—Te trajo él, ¿verdad?

—Sí, sí, me trajo.

—Se nota que está presumiendo y feliz.

—¡Yo no hice nada! Él solo empezó y ya.

—No me refiero a ti, tonto. Hablo de él. Últimamente no hace otra cosa que andar presumiendo: te viene a buscar, te lleva y te trae a todos lados, y hasta se viene a sentar a desayunar contigo...

—¡Ai Tai, ya cállate!

—Déjame adivinar... también va a ir a buscarte esta tarde, ¿a que sí?

Ni hacía falta ser adivino ni tener poderes para saber eso, era más que obvio.

—¿A qué templo fuiste a pedir ese deseo, Moo? Porque mi hermano se te pegó como si fuera pegamento y no hay forma de que se despegue.

—¡Ni idea! Pero si lo supiera, ya me hubiera ido corriendo a quitarme ese embrujo o lo que sea que me tenga así, ¡ya te lo aseguro!

Tai ya no dijo nada más y se quedó ahí esperando a que Moo terminara de comer para irse juntos a clases. Se sentaron en los lugares de siempre. Ese día les tocaba una clase que compartían con alumnos de otra facultad, así que estaban en un salón muy grande, de esos con muchas filas de asientos. Desde donde ellos estaban sentados, se podía ver prácticamente a todos los estudiantes que había adentro.

—¡Oye, Tai, Tai...! ¿No es esa chica con la que salimos a tomar aquella vez? —le preguntó Tian, que estaba sentado al otro lado de Moo, inclinándose para susurrarle al oído.

Moo casi siempre andaba acompañado de estos dos. Dondequiera que estuviera, siempre iba con Tai o con Tian. La verdad es que tenía muchísimos amigos porque era muy sociable y le caía bien a todo el mundo, pero si se ponía a contar a los que realmente eran amigos de verdad, solo estaban ellos dos.

—Creo que sí, esa misma es.

—¡Qué linda es, ¿verdad?!

—Mejor ponte a estudiar bien y deja de ser tan distraído y alocado como Moo —le dijo Tai bromeando.

—Oye, ¡qué dices! —reclamó Moo de inmediato.

—¡Jajaja! Aún me da risa cuando me acuerdo... ¡tú chocando contra un muro solo por quedarte mirando los abdominales de un muchacho! ¡Aún no me lo creo! —se reía Tian sin parar.

—¡¡Cállate ya, Tian!! —le gritó Moo, dándole un fuerte golpe con el puño en el brazo.

¡Qué rabia le daba! Era la cosa más vergonzosa que le había pasado en toda su vida; cualquiera que se enterara se reiría de él sin parar. ¿A quién se le ocurre estrellar el auto solo por ver una foto de un hombre que se levantaba la camisa? De verdad que tenía que aprender a controlarse un poco más y no dejarse llevar así por sus impulsos.

La clase se hizo eterna y aburridísima, y Moo tenía tanto sueño que casi se queda dormido ahí mismo en su asiento. Se le cerraban los ojos y no entendía nada de lo que decía el maestro, hasta que Tai le dio un codazo fuerte en las costillas para despertarlo de golpe. Al parecer ya habían terminado y todos los estudiantes se estaban levantando para irse. Moo miró todo confundido a su alrededor, pero de repente se quedó totalmente paralizado y sin mover ni un solo músculo. Justo al lado de sus asientos estaban parados dos muchachos que no conocía. Uno de ellos tenía el cabello oscuro, rasgos muy marcados y varoniles... ¡era exactamente el tipo de hombre que siempre le había gustado! Se veía muy guapo y se notaba que tenía un cuerpo muy fuerte y musculoso.

¡Dios mío...! ¿Quién será? ¿Y qué hace parado justo aquí? ¡Qué hombre tan increíble!

—¡Moo, se te está haciendo agua la boca de tanto mirar! —le susurró Tian al oído.

Moo no dijo nada, solo le dio otro golpe fuerte para que se callara.

—¿Quieren unirse a nuestro grupo para hacer el trabajo que dejó el profesor Wisanu?

—preguntó uno de ellos.

Moo seguía inmóvil, observando cómo Tai hablaba con ellos con mucha confianza, como si se conocieran de toda la vida. Escuchó con atención todo lo que decían y así se enteró de que el maestro acababa de dejar un trabajo que debía hacerse en grupo, pero él ni se había enterado porque se la pasó medio dormido todo el tiempo.

—Ellos son mis amigos: él es Tian y este de aquí es Moo —les presentó Tai.

—Hola, yo me llamo Top.

—Y yo soy Jeng.

¡Ah... Jeng! Y vaya que hace honor a su nombre, que significa «magnífico» o «excelente».

¡Siento que el corazón se me va a salir del pecho de tan fuerte que late!

Rápido, a calificar: ¡le pongo un 80 de 100 sin dudar ni un segundo! ¡Es justo mi tipo de hombre ideal! ¡Me encanta, lo quiero, lo deseo con toda el alma!

—Está bien, ya nos iremos contando todo por el grupo de mensajes. Vámonos ya —dijo Tai.

Jeng y Top se despidieron con la mano y salieron del salón. En cuanto se fueron, Tian se soltó a reír sin parar al ver la cara que ponía Moo, que se quedó con la mirada fija siguiendo a Jeng mientras se alejaba.

—¡Tai! Mira que tu amigo casi sale corriendo detrás de él —se burló Tian.

—¿De dónde lo conoces, Tai? —preguntó Moo, ansioso.

—Ya sabía que me ibas a preguntar por él... —le dijo Tai, moviendo la cabeza de lado a lado mientras guardaba sus cosas. Se levantó y le dio un empujoncito en la frente a Moo, casi haciéndolo caer de espaldas.

—¡Ay!

—Jeng es amigo de unos amigos míos. Hemos salido un par de veces a tomar algo, como tres o cuatro veces nomás.

—¡¿Y por qué nunca me dijiste que tenías un amigo tan guapo como él?!

—No me mires así, como si fuera culpable de algo. Además, tú conoces a mucha más gente que yo, Moo.

—¡Sí, pero nadie de los que conozco es tan «buen partido» ni se ve tan increíble como él!

—¿Y qué me dices de Ball, el que estudia leyes?

—Bueno... él es otro caso...

—¿Y Tao, el de la facultad de Contaduría?

—¡Tai, por favor!

—¿O qué me dices de Phi Ton, el que estaba en el consejo estudiantil? ¡Ya solo te falta intentar conquistar al portero de la escuela o hasta a los maestros, Moo!

—¡Y al profesor Methas también, eh! —agregó Tian riendo.

—¡¡Tian!! ¡Eres un verdadero malvado! —le gritó Moo, que se levantó de un salto y le tapó la boca con las manos para que se callara.

Menos mal que casi todos los estudiantes ya se habían ido, si no se habrían metido en un buen lío. ¿Por qué no pueden hablar más bajito?! ¿Es que acaso quieren que todo el mundo se entere y me meta en problemas?!

Moo terminó de guardar todas sus cosas y se quedó señalando con el dedo a Tai y a Tian, que se estaban divirtiendo muchísimo burlando de él y de lo que le pasaba.

—De verdad que siento mucha lástima por mi hermano.

—¿Qué dices?

—Porque le gusta un muchacho tan coqueto y de ojos que se le van a todos lados como tú.

—¡Tai, no digas esas cosas!

—Es que te vas con cualquiera. En cuanto ves a alguien que es musculoso y de cabello oscuro, ya estás meneando la cola de gusto.

—¡Yo nunca he hecho eso!

—Claro que no, Moo, claro que no...

¡Ah, claro! Como si yo no te conociera...

—¿Y qué me dices de ese día que fuiste hasta la mesa de los alumnos mayores con tu copa de whisky en la mano, solo para bailar para él?

—¡¡Nooo!! ¡No fue así! ¡Ese no fui yo! ¡No te estoy escuchando, nunca hice eso ni en sueños! ¡Nunca!

Se tapó los oídos con las manos para no escuchar las risas de sus amigos y se fue caminando rápido para alejarse de ellos. ¡Qué cosa tan fastidiosa! Siempre que está con estos dos, terminan regañándolo o burlando de él. ¿Y qué si soy así? ¡Soy muy conocido y me caigo bien con todo el mundo! ¿Qué tiene de malo tener tantos amigos y conocidos? ¡Todos son como hermanos para mí! Por el amor de Dios, deberían tener más confianza en su propio amigo. Y aunque alguno que otro sea muy guapo y atractivo, apenas me doy cuenta de que no tenemos nada en común o que no nos entendemos, ahí mismo se acaba todo y ya está.

Apenas se había alejado un poco de ellos, cuando sintió que el celular le vibraba en el bolsillo. Era el hermano de Tai, Phi Fu. Se detuvo en seco, pensando si esperar mejor a que Tai llegara para hablar con él, pues no entendía por qué lo llamaba si apenas habían pasado menos de cuatro horas desde que se despidieron.

«Bueno... ni modo, mejor contesto y ya sé qué quiere».

—¿Qué se te ofrece? ¿Por qué me estás llamando?

«Muay, hoy te vas a las cuatro, ¿verdad?»

—¿Acaso no tienes mi horario bien guardado, Phi Fu? ¿No te lo sabes de memoria ya?

«Hoy me toca hacer unos trabajos con unos amigos. Mejor vete acompañado de Tai, ¿está bien?»

—¿Cómo dices? —Moo se quedó parado donde estaba y miró a Tai, que levantó una ceja sin entender nada. Le preguntó si Phi Fu ya se había comunicado con él, y Tai le dijo que efectivamente ya le había mandado un mensaje avisándole de todo.

Pero... ¡espera un momento! ¿Phi Fu dijo que iba a trabajar con amigos? ¿Phi Fu haciendo cosas con sus amigos? ¡Un momento, que me detengo a pensar bien esto...!

—Phi Fu, yo puedo esperar todo el tiempo que sea necesario para irme contigo, y puedo hacerlo. Llévame contigo a donde vaya, llámame y me voy. Te prometo que no te voy a molestar ni voy a estorbarte en nada.

[No]

Le respondió de golpe y muy en serio. Ni hacía falta ser adivino para darse cuenta de que en ese momento su ademán debía ser muy serio y poco amable.

—¡Ah! ¿Es que Tai tiene cosas que hacer, verdad, Tai? —preguntó con tono inocente.

—¡Mentiroso! —le dijo Tai sin dudar ni un segundo.

Moo levantó la mano como si fuera a darle un golpe, mientras Tian se tapaba la boca para no soltar la carcajada.

—¿Y a qué hora es? ¿Dónde? ¿En la biblioteca de tu facultad? ¡Está bien, ya voy!

[Muay, ni se te ocurra aparecer por ahí]

—¡Phi Fu, por favor, déjame ir contigo...!

[Que no vengas. Tai te va a acompañar y ya está dicho. Adiós]

—¡Espera! ¡Phi Fu! ¡Caray, qué situación tan fea! —gritó Moo lleno de rabia y frustración al ver que le había colgado el teléfono.

Por lo general, Phi Fu nunca le colgaba primero ni lo dejaba hablando solo.

¡¡Já! ¿Crees que así me vas a detener? ¡Ni lo sueñes!

—Ni se te ocurra ir detrás de él. Eres demasiado curioso y te gusta meterte donde no te llaman —le dijo Tai, dándole unos golpecitos en la cabeza.

—¡Oye! Seguro, seguro, seguro que ese muchacho nuevo que conocimos está trabajando justo con Phi Fu.

—¿¿Estás tan seguro de eso??

—¡Absolutamente seguro! No me cabe la menor duda.

—Pues entonces... ya entendí.

—¡¡Me voy a ir a ver a Phi Khamsong!! —gritó Moo lleno de emoción.

Empezó a moverse de un lado a otro, saltando de alegría solo con pensar en ese nombre. Tian y Tai se quedaron moviendo la cabeza, totalmente resignados y sin poder hacer nada ante esa situación. La verdadera razón por la que Moo tenía tantas ganas de ir a buscar a Phi Fu no era precisamente por él, sino por su amigo Khamsong.

Phi Khamsong era uno de esos hombres que eran exactamente como a él le gustaban, ¡era su tipo ideal y ocupaba el primer lugar en su corazón! De verdad que no entendía cómo alguien tan atractivo, interesante y con tanta personalidad podía ser amigo de alguien tan soso, tranquilo y sin gracia como Phi Fu.

¡¡De todas formas, hoy sí o sí tengo que ir a ver a Phi Khamsong!!

—Tranquilo, cálmate un poco, Moo —le dijo Tian, pasándole el brazo por encima de los hombros para que siguiera caminando y se calmara.

—De toda la gente que hay, ¿cómo se te ocurrió fijarte justo en mi hermano y en su amigo?
¡De verdad que no hay quien te detiene!

De verdad, si Moo se pusiera a contar todos los hombres que han pasado por el ojo de su vida, diría que Phi Khamsong era sin duda el mejor candidato para ser su novio. No sabía qué tenía, pero era increíblemente atractivo y de esos que enamoran a cualquiera con solo mirar. Cada vez que se veían, él siempre se mostraba muy cariñoso y coqueto con Moo. Y a Moo le encantaban así: hombres con mucho carisma, presencia y estilo.

¡Ya vas a ver! ¡Hoy sí lo voy a encontrar! ¡Quítate de mi camino, Phi Fu, ¡que no me vas a detener!

Durante toda la clase de la tarde, Moo no pudo concentrarse ni un segundo. Se la pasó todo el tiempo enviando mensajes a Phi Fu, preguntándole dónde estaban haciendo el trabajo. En realidad, ya tenía una idea más o menos clara de por dónde buscar, porque los alumnos de Arquitectura no tenían tantos lugares donde esconderse. Phi Fu leía todos los mensajes, pero no le contestaba nada; y cada vez que Moo le preguntaba directamente por Khamsong, solo le respondía con puntos suspensivos, sin decir ni una sola palabra más.

¡No me importa! Aunque no me diga nada, igual lo voy a encontrar, ¡ya lo verás!

—¿Te vas directo a la residencia, Moo?

—¡No!

—Entonces vas a ir a buscar a Phi Khamsong, ¿verdad?

—¡¡Sííí!! ¡Nos vemos luego!

—Eres increíble, de verdad. Se supone que están trabajando y concentrándose, y tú nomás vas a ir a molestar y a estorbar.

—¡No es cierto! ¡Yo solo voy a buscar a Phi Kham song! ¡Quítate ya de en medio!

—¡Te aviso que no te voy a ayudar si mi hermano se enoja y te echa de ahí a empujones!

—le gritó Tai mientras se iba.

—¡¡No me importa nada de eso!! ¡Adiós!

Apenas terminó la última clase, guardó todas sus cosas en la mochila a toda prisa, se despidió de sus amigos y salió corriendo del salón. Por suerte, la facultad donde estudiaba Phi Fu no quedaba nada lejos de la de Farmacia, donde iba Moo. Caminó unos diez minutos y llegó a su destino. Entró al edificio con toda la confianza del mundo, se acomodó bien la ropa y se peinó un poco para verse bien, y luego se asomó con cuidado hacia el salón grande con mesas largas, donde había unos cinco o seis estudiantes que estaban muy concentrados trabajando.

¡Ahí está Phi Fu! ¡Lo vi!

Se acercó caminando muy emocionado. En cuanto Phi Fu levantó la vista y lo vio parado ahí, su cara cambió de inmediato y se puso muy serio. Aun así, Moo le sonrió con toda dulzura y se fue a sentar en la mesa de al lado. Estiró el cuello y miró para todos lados con mucha atención, pero no vio ni rastro, ni sombra ni señal de ese tal Kham song que tanto quería ver.

Se estiró tanto para mirar por todos lados que casi se tuerce el cuello, pero no encontró absolutamente nada. Volvió a mirar a Phi Fu: seguía trabajando con mucha concentración, pero se notaba que se había dado cuenta de que lo estaba observando. Phi Fu levantó la vista, vio que él tenía el ceño fruncido y cambió su expresión seria por una sonrisa burlona. ¡Esa cara de triunfo que traía! ¿Pero qué le pasaba ahora, por Dios?

—Te dije claramente que no vinieras, Muay —le dijo.

Phi Fu dejó lo que tenía en las manos, soltó una risa y caminó directo hacia él. Se paró justo enfrente, se inclinó apoyando las manos sobre las rodillas y se quedó mirándolo fijamente, levantando una ceja con mucha intención. Esa mirada hizo que a Moo le empezaran a temblar las piernas de los nervios.

¿Qué pasa?! ¿Por qué me sonrío así?

—Viniste para nada, te lo digo yo.

Espera... no me digas que...

—Kham song ya dejó la carrera, Muay. Perdón por no haberte avisado antes, ¡qué lástima, verdad! ¡Pobrecito tú! —decía, imitando el sonido de alguien llorando solo para burlarse.

—¡¡Ay... esto... esto... Phi Fu! ¡Maldita sea! ¡Me las vas a pagar! —gritó Moo, lleno de rabia y frustración.

Capítulo 4

¡Toc, toc, toc!

—¡Ya voy, ya voy!

—Te levantaste demasiado tarde, como siempre.

—¡Qué fastidio eres! ¡Oye, ¿qué estás haciendo?! ¡No entres a mi cuarto!

—Mejor ve a bañarte antes de salir a cualquier lado.

—Con traerme la comida ya tenías suficiente. Y tú, Phi Fu, vete ya de regreso a tu cuarto, por favor.

—No, yo me quedo aquí contigo un rato.

—¡¡Phi Fu, salte de aquí ya mismoooo!!

Todo se convirtió en un alboroto en cuanto ese muchacho, que siempre traía una cara de pícaro y burlón, entró de golpe a mi habitación. Venía con una sonrisita de quien se cree muy listo y traía comida en las manos. Yo traté de detenerlo y jalarlo hacia atrás para que no avanzara ni un paso más, pero ni siquiera le podía ganar en fuerza ni resistencia. Al final no me quedó más remedio que dejarlo pasar y quedarme parado ahí sin saber qué hacer, viendo cómo se sentaba en mi cama con toda la tranquilidad del mundo, como si fuera el dueño absoluto del lugar.

¡Otra vez Phi Fu...! ¿Por qué tiene que aparecer tan temprano? ¡Qué pesadez! Solo acepté dejarlo entrar porque traía arroz caliente y buñuelos recién hechos. Él sirvió la comida en un tazón y me dijo que me fuera a bañar. ¡Yo nunca me levanto a las siete de la mañana! No es propio de mí, para nada. Estaba tan cansado que solo quería volver a meterme en la cama, pero después del baño me sentí un poco más despierto y fresco. Hoy es sábado, ¡día libre! y aun así se aparece aquí bien temprano solo para molestarme. ¡No es justo!

—Ven a comer ya, que si no se te va a enfriar.

—¿Y solo trajiste para mí? ¿Y tú qué vas a comer?

—¿Ah sí? ¿Estás preocupado por mí? ¿Te da miedo que me quede sin desayuno, cariño?

—¡Ay, ya! Como quieras, Phi Fu, me da igual. Ya no te pregunto nada más.

Me senté junto a él y agarré la tableta que estaba ahí cerca, para entretenerme mientras comía. No puedo comer simplemente sin hacer nada más al mismo tiempo. En cuanto me llevé la primera cucharada a la boca, vi de reojo que levantaba el celular como si me estuviera tomando una foto. Me di la vuelta de inmediato y lo descubrí justo a tiempo.

—¿Por qué me estás sacando fotos? ¡Bórrala ya mismo!

—¿Qué dices? ¿Quién te está sacando fotos a ti?

—¡Phi Fu, te vi!

—Cariño...

—¡Nooo, déjalo ya!

—¿Y eso por qué?

—¡Si no me he arreglado ni me he puesto nada de maquillaje, y encima me tomas la foto justo cuando tengo la boca llena! ¡Qué vergüenza tan grande! ¡Prohibido sacarme fotos!

—¿Qué tiene de malo que no estés arreglado? Te ves muy bien así, te ves guapo.

¡Que no me estoy poniendo colorado ni nada de eso! ¡De verdad que no!

—Ni se te ocurra seguir. ¡Te prohíbo que me saques fotos, está totalmente prohibido!

Me eché un poco hacia atrás y lo señalé con el dedo, poniendo cara de mucha amenaza. Phi Fu solo sonreía tanto que casi se le cerraban los ojos, pero no me prometió nada, aunque al menos ya no volvió a levantar el celular otra vez. Seguí comiendo, pero sin dejar de mirarlo de reojo de vez en cuando. Hoy traía puestos unos pantalones largos y una camiseta muy sencilla, y tenía el cabello todavía un poco alborotado y despeinado. Él me había dicho que me fuera a bañar, pero... ¿se habría bañado él ya o no?

—¿Qué miras tanto? Mejor sigue comiendo.

—La próxima vez no hace falta que me traigas nada. Si tengo hambre, yo mismo bajo y me compro lo que sea.

—De todas formas, te voy a seguir trayendo cosas, me guste a mí o te guste a ti.

—Escúchame bien, Phi Fu...

—Pero es que tú siempre te levantas a la una de la tarde, mi vida. Eso no es nada bueno para la salud, te vas a enfermar.

¡Já! ¡Claro, como si los estudiantes de Arquitectura que se pasan todas las noches sin dormir estuvieran hechos de oro y tuvieran una salud de hierro!

Siempre lo he visto que no tiene ni un minuto libre por culpa de su carrera y que se pasa la vida metida entre papeles y planos. A menudo trae a sus amigos varones a trabajar a su propio cuarto; a veces hacen tanto ruido que me toca ir yo mismo a decirles que se callen un poco. Y se quedan trabajando así hasta que sale el sol. Ya me sé muy bien esa imagen de Phi Fu con unas ojeras tan grandes que casi le cubren los ojos.

—¿Y tú qué haces todavía aquí en mi cuarto? Vete ya al tuyo. ¿Es que viniste solo para quedarte mirándome comer?

—Ajá, así es —me respondió muy tranquilo, y se echó en el suelo, recostado de lado. Se acomodó dándome la cara a mí.

La luz que entraba por la ventana era perfecta, ni muy fuerte ni muy tenue. Todo parecía una escena sacada directamente de una serie o una película: la luz suave de la mañana se colaba entre las cortinas y caía justo sobre el rostro del hermano de mi amigo. Phi Fu estaba ahí recostado, apoyando la cabeza en una mano, con los ojos cerrados y muy

relajado. Al verlo así, se me pasó por la cabeza que, bueno... en realidad sí que tiene algo que atrae mucho.

¡Oye, Moo, cálmate ya! Pon los pies en la tierra y sé sensato, por favor.

La verdad es que no voy a negar que Phi Fu es guapo: tiene la piel muy blanca, es bastante alto y sus facciones son finas y muy bien definidas —es el tipo de hombre que le gusta a casi todo el mundo, un modelo perfecto. Pero ese tipo no es para mí. Yo soy inmune a eso. Lo conozco desde que éramos unos bebés, he crecido viéndolo así y jamás, ni una sola vez, me ha hecho sentir nada que se parezca al amor o al deseo.

—Me estuviste mirando más de diez segundos seguidos.

—¿Qué dices? ¿Ahora mismo?

—Dicen que, si miras a alguien más de ocho segundos sin parar, es que te has enamorado de esa persona.

¿De dónde diablos saca esas teorías tan raras? Siempre se inventa cosas de la nada que no tienen ni pies ni cabeza.

—¿Es que no tienes nada que hacer ni trabajos que terminar? ¿Por qué tienes que venir a molestarme justo aquí, a mi cuarto?

—Acabo de terminar un proyecto muy difícil. Ahora me toca descansar un rato.

—¡Yo también estoy descansando! Y aun así vienes a hacerme la vida imposible. Mejor vete a tu cuarto y duerme ahí, que es lo que te hace falta.

—¿Ah sí? ¿Es que estás preocupado por mí, mi vida?

—¡No estoy preocupado por nada! Lo que pasa es que me resultas muy pesado y molesto, nada más.

—¡Ay, qué palabras tan duras tienes, cariño mío!

—¡Que te vayas ya de aquí! ¡Oye! ¡No te recuestes ahí, te dije!

Al ver que intentaba echarse en el suelo, abrí los ojos de par en par y le di un golpe fuerte en el brazo de inmediato. ¿Pero qué te pasa en la cabeza? ¡Acabo de decirte claramente que no te recuestes ni te quedes aquí adentro! ¡Qué hombre tan terco y difícil de convencer!

—Por favor, no seas tan duro conmigo ni me trates así...

—¿Por qué te empeñas tanto en estar conmigo y en buscarme?

—Porque tengo muchas ganas de verte y estar contigo, solo por eso.

—¡Phi Fu...!

—Y también te extrañaba mucho, por eso vine corriendo en cuanto pude.

¿Pero qué le pasa a este hombre? Si se siente tan solo y triste, lo que debería hacer es irse a dormir un poco y ya está. ¡Y que se le quite la idea de andar coqueteándome todo el tiempo, porque no se lo voy a permitir!

—Amor mío...

—¿Qué quieres ahora? Estoy comiendo, por favor deja de hablar tanto.

—Si el hecho de estar aquí molestándote te ayuda a despertar y estar despierto... ¿por qué entonces estar siempre presente en tu vida y en tu corazón no sirve para que me quieras un poquito?

—...

—Cariño... por favor no me mires así... porque ya no sé si lo que pasa es que tú eres el problema, o si simplemente es que soy demasiado guapo y no puedes resistirte a mí.

—...

—¡¡Amor mío!! ¡Ay...! ¡Bueno, al fin conseguí el golpe que tanto quería recibir!

Después de estar peleando y discutiendo con Phi Fu hasta que ya no me quedaban fuerzas, decidí que ese mismo día me tocaba limpiar y ordenar el cuarto. Como ya se me habían quitado las ganas de seguir durmiendo y el hermano de Tai había aparecido bien temprano para quedarse ahí, aproveché la oportunidad y lo puse a trabajar: a lavar los platos, a ordenar y a limpiar todo. Claro que al principio se quejó un poco y puso mala cara, pero al final terminó obedeciendo y haciendo todo lo que le pedí. Apenas había terminado sus exámenes el día anterior, así que hasta su propia habitación seguía un poco desordenada y llena de cosas por todos lados.

Yo me senté con las piernas cruzadas encima de la cama, mirando esa espalda ancha y fuerte mientras recogía todos los libros y cuadernos que había tirados por ahí. Phi Fu no paraba de preguntarme cómo quería que acomodara cada cosa y dónde debía ponerlas. La verdad es que me sentí un poquito culpable por estar usándolo así y tratándolo como si fuera mi ayudante, pero bueno... como él mismo se había aparecido ahí sin que nadie lo llamara y no hacía más que molestarme, decidí aprovechar la situación y sacarle provecho a su visita.

—¡Hoy vas a ser mi esclavo, Phi Fu! ¡Te toca obedecerme en todo!

—¿Phi Fu?

—¿Qué quieres ahora?

—Cuando termines de ordenar todo, ve a regar las plantas, ¿está bien?

—¡Sí, señora! ¡Enseguida lo hago!

—¿Y también puedes sacar mi manta al sol para que se seque y quede fresca?

—Claro que sí, lo hago sin ningún problema.

—Y acomoda también todo eso que está tirado por allá.

—Oye, Moo... ¿es que acaso quieres convertirte en mi esposa? Porque si es así, hasta tu ropa interior la ordeno y lavo yo mismo, ¿qué me dices a eso?

—¡¡Ay...!! ¡Phi Fu! ¡¿Qué disparates estás diciendo ahora?! ¡¿Esposa ni que nada?! ¡Cierra la boca ya mismo! —le grité con la cara totalmente roja de la rabia y la vergüenza, y le lancé una almohada con todas mis fuerzas.

Phi Fu se reía sin parar al ver que había logrado ponerme furioso. ¡Qué hombre tan difícil y fastidioso! Parece que le divierte y le hace mucha gracia verme molesto y sin saber qué hacer. Tai nunca se comporta así conmigo, ¡nada que ver!

—¡Qué tierno y lindo eres cuando te enojas así, mi vida!

—¡Que te calles de una vez!

—¡Ay! ¿Cuántas almohadas tienes en este cuarto, cariño? Me las voy a llevar todas, porque no haces más que lanzármelas cada vez que hablo. ¡Tienes un carácter que no hay quien te aguante!

Phi Fu se quejaba y refunfuñaba mientras me devolvía la almohada con mucha fuerza, dejándola caer sobre la cama para hacer mucho ruido y molestarme más. Yo me crucé de brazos y solté un soplando de pura rabia. ¡Qué situación tan desesperante! ¿A qué horas se decidirá ya a irse a su propio cuarto? Lo que yo quiero es poder ver películas y escuchar música tranquilo y sin que nadie me moleste ni interrumpa nada. ¡Este mes le voy a decir que me pague la mitad de las cuentas de luz y agua, por todo el tiempo que pasa aquí gastando y estorbando!

Cuando terminó de recoger y ordenar todo lo que estaba adentro, salió directo hacia el balcón. Me quedé mirándolo sin entender nada, sin tener ni la menor idea de qué se le habría ocurrido hacer ahora. Me levanté despacito para verlo mejor y me quedé totalmente sin palabras: ¡resulta que sí, que en serio se había puesto a regar las plantas tal como se lo había pedido! Corrí de inmediato hacia él para quitarle esa regadera de colores tan llamativos que tenía en la mano.

¡Dios mío! ¿Es posible que en verdad esté cumpliendo absolutamente todo lo que se me ocurrió pedirle? ¿De verdad lo está haciendo todo?

—¡Yo mismo puedo hacer esto, no hace falta que te molestes!

—¿Pero no fuiste tú el que me dijo que lo hiciera? ¿No me lo pediste claramente?

—¿Es que acaso vas a obedecer y cumplir cada una de las cosas que yo te ordene?

—¡Claro que sí! Sin ninguna duda y sin poner ninguna excusa.

Me quedé totalmente atónito con su respuesta. Jamás me imaginé que se tomaría todo eso tan en serio.

—Cuando se trata de ti, mi vida, nunca digo nada en broma ni juego con tus cosas.

—Pues entonces vete ya a tu cuarto y déjame tranquilo.

—No me voy.

—¡Qué terco eres, por Dios!

—El terco eres tú, cariño mío.

—¡Oye! ¡No me faltes al respeto ni me insultes!

—Está bien, pues tú riega las plantas y yo saco tu manta para que le dé el sol, ¿te parece bien?

—¡Oye, no hace falta que hagas nada de eso!

Traté de detenerlo, pero ya era demasiado tarde. Phi Fu entró y agarró la manta sin que yo pudiera evitarlo. Al final, no me quedó más remedio que dejarlo hacer lo que quisiera. Yo me puse a regar las plantas, mientras él se agachaba a mi lado, apoyaba la barbilla en la mano y se quedaba mirándome todo el tiempo.

—¿Y cómo se llama esta planta de aquí? —me preguntó.

—¿Cuál de todas?

—Esa que tiene las flores amarillas tan bonitas.

—Es una margarita amarilla, también la llaman margarita de Dahlberg. Crece muy bien donde hace mucho calor y casi no necesita agua.

—¡Qué hermosa se ve! —dijo él con voz muy dulce.

—¿Verdad que sí? Es mi favorita.

—No hablaba de la planta, mi vida... hablaba de ti.

Me quedé inmóvil un instante y lo miré fijamente. Él seguía sonriendo como siempre, con esa sonrisa que ya me sabía de memoria. Ya ni me acuerdo cuántas veces me ha dicho cosas tan dulces y llenas de cariño como esa. Me han dicho cosas bonitas otras personas antes, sí, pero cuando es él quien lo dice, nunca logro acostumbrarme, y encima lo hace más seguido que nadie en todo el mundo.

—Las campanas solo suenan cuando alguien las hace sonar... ¿qué tengo que hacer yo para llegar a ser tu novio? Dímelo y lo hago.

—No tienes que hacer absolutamente nada, porque ni, aunque hicieras todo lo que se te ocurra te voy a aceptar.

—¡Qué duro y cruel eres conmigo, mi amor! Ni el café negro sin nada de leche es tan amargo como tu indiferencia y frialdad conmigo.

—¿Es que quieres que te vuelva a pegar otra vez, Phi Fu? ¿Es eso lo que quieres?

—Yo estoy aquí parado sosteniendo el puente, y ya se está quemando todo... ¿es que no vas a ayudarme a cruzar ni un poquito? —me dijo, mientras se bajaba la camisa hasta dejar al descubierto un hombro, se mordía el labio y ponía una cara que quería ser muy atractiva y seductora.

Yo fruncí el ceño con mucha rabia y le di un golpe fuerte para que dejara ya de hacer esas cosas y de comportarse así conmigo.

—Soy buena gente, guapo, me gusta reír y hacerte reír... hace años que me estoy ofreciéndome a ti en cuerpo y alma, y tú ni te fijas en mí ni me haces caso, mi vida.

—Si ya lo sabes perfectamente, ¿para qué me lo preguntas o me lo dices?

—¡No! Yo soy como el príncipe Mahajanaka: creo firmemente que donde hay esfuerzo y ganas, al final siempre hay éxito y recompensa. (*)

(*) Es una historia tradicional budista que cuenta cómo el príncipe Mahajanaka nadó sin descanso durante siete días y siete noches enteros en medio del océano, sin rendirse ni un segundo, hasta que fue salvado. Representa el valor de la constancia y nunca darse por vencido.

¡Este Phi Fu ya se pasó de la raya con sus cosas! ¡Ya verás, no te voy a prestar ni un solo centavo ni te voy a compartir nada de lo que tengo! —pensé, levantando las dos manos como diciendo «ya me rindo, no puedo contigo».

—Pues te puedes esforzar todo lo que quieras y como quieras, que aun así a Moo nunca le vas a gustar. Te lo tengo dicho y te lo advierto una vez más.

—Pero es que en el fondo ya me quieres y me amas, cariño mío.

—...

—Es la pura verdad. Me quieres, solo que todavía no te atreves a reconocerlo ni aceptar lo que siente tu propio corazón.

—...

—¿Verdad que no miento? ¿Verdad que te toqué justo en lo más profundo? ¡Ay, Muay, ¡no te hagas el difícil ni el que no quiere! Ya sabes bien lo que pasa.

—¡Phi Fu...!

—Nos conocemos desde que éramos unos niños y jamás te he pedido nada ni te he exigido nada. Pero hoy sí te voy a pedir una cosa: que llegues a llevar mí mismo apellido, que te unas a mi familia y seas parte de nosotros, ¿me lo prometes, mi niño? ¡Oye! ¡Moo! ¡¿Cómo se te ocurre echarme agua con la ducha así, de repente y sin avisar?! ¡Oye, por favor!

¡Tong! ¡Tu apellido es Tong, ¿verdad?! ¿Qué le pasa a este hombre y por qué siempre tiene que mencionar su apellido? ¡¿Pero qué diablos tiene en la cabeza Tong Qing Shan?!

—¡Ya no aguanto más esta situación, Moo!

—¿Qué pasó ahora? ¿Por qué estás así?

—Estoy harto y cansado. ¿Por qué tuviste que ponerte a coquetear con Ball? ¡Ahora me anda pidiendo mi cuenta de Instagram y no me deja en paz!

—Pues no se la des, a mí no me cae bien ni me gusta nada ese chico.

—Es que eres demasiado atractivo y encantador con todo el mundo, y además eres muy famoso y querido por todos.

—¡Claro que sí, ¡qué se va a creer —le respondí, encogiéndome de hombros y echándome el cabello hacia atrás con mucha elegancia y soltura, sin prestarle ni la menor atención a la cara de molestia que traía mi amigo!

Ya estaba más que acostumbrado a que me dijera esas cosas y a que se quejara así. No era ni la primera ni la última vez que alguien me lo decía. El problema no era yo, en realidad. Yo también tenía todo el derecho del mundo a elegir libremente a quién quería y a quién entregaba mi corazón.

—Me muero de curiosidad por saber quién será tu novio. Con lo coqueto que eres con todo el mundo, ¿cómo es posible que todavía no tengas pareja?

—Simplemente pasa que todavía no he encontrado a la persona que realmente valga la pena y que sea la indicada para mí.

—Eso suena a pura mentira. ¿Es que nunca has tenido novio en tu vida, Mu?

—¡Cállate ya, Tian! —le dijo Moo, frunciendo el ceño con molestia.

Ese día habíamos salido juntos, Tian, Tai y yo. Tai quería ir a comprar algunas cosas para decorar su habitación, así que fuimos todos juntos al centro comercial. Mientras Tian y yo no parábamos de hablar y contarnos cosas, Tai iba como siempre: muy callado y reservado. Casi nunca hablaba, pero cuando abría la boca, lo que decía siempre era certero y muy directo.

—Mi hermano acaba de subir una historia. ¿Ese de ahí no eres tú? —nos preguntó de repente, deteniéndose en seco y mostrándonos la pantalla de su celular.

Tian y yo nos acercamos rápido para ver. Era una historia de Instagram publicada por Phi Fu: se veía una foto un poco borrosa en la que yo estaba agachado, regando las plantas.

Sin duda me la había tomado el día que vino a mi cuarto, y yo ni cuenta me di. Por suerte solo se veían mis piernas y mis pies, mi cara no aparecía por ningún lado. Pero, aun así, Tai me reconoció al instante.

—¿Qué está pasando realmente entre tú y mi hermano? —me preguntó muy serio.

—¡Nada de nada! Solo vino ese día a molestarme y a intentar conquistarme como siempre hace.

—Moo...

—¡Es la verdad! Tu hermano no hace otra cosa que andar detrás de mí, coqueteándome día y noche, por la mañana y por la tarde, y nunca se cansa ni se da por vencido.

—¿Y por qué lo dejaste entrar a tu cuarto si sabes cómo es?

—Porque ya sabes cómo es de terco y obstinado, ¡es imposible hacerlo cambiar de opinión o echarlo cuando se le mete algo en la cabeza!

—¿Y va muy seguido por ahí?

—¿A qué te refieres?

—Que si te pregunta es si viene muy a menudo a tu cuarto.

Me quedé totalmente callado y sin responder nada. No tenía ganas ni intención de admitir que Phi Fu iba a visitarme con tanta frecuencia que parecía que él fuera el dueño absoluto de mi habitación. ¡Hasta sabía perfectamente dónde tenía guardada cada cosa y dónde encontraba todo lo que necesitaba!

—Dices y repites una y otra vez que no lo quieres ni te gusta, pero con tu forma de actuar no haces más que darle esperanzas y dejarle ver que todavía tiene oportunidad. Eso no está nada bien, Moo, no es justo ni correcto.

—¡Yo no le doy ninguna esperanza! Al contrario, cada vez que me habla o se me acerca, yo lo rechazo y le digo claramente que no quiero nada con él.

—¡Bah! Pues te aseguro que tu forma de rechazarlo es muy distinta y diferente a cómo tratas y rechazas a todos los demás que se acercan a ti. Se nota mucho la diferencia.

—¿Qué dices? ¿Cómo que es diferente?

Me quedé parado con las manos en las caderas, mirando fijamente a Tai y a Tian. Parecía que hoy se habían puesto de acuerdo para atacarme los dos juntos.

—Mira cómo trataste y rechazaste a Ball: ni siquiera le diste tu cuenta de Instagram, ni querías verlo ni saber nada de él. Pero con mi hermano es todo lo contrario: aceptas todo lo que hace y todo lo que te da.

—¡Pero es que es tu hermano! No puedo ser dura ni cruel con él, no me nace hacerlo.

—Sí que puedes, y serías capaz si de verdad tuvieras la intención de dejar las cosas claras y cortar cualquier posibilidad de raíz.

—Es que no quiero crear problemas ni conflictos con tu familia, Tai. Si hago algo muy fuerte o drástico y él termina saliendo lastimado o dolido, al final todo el mundo me echará la culpa a mí y yo seré el que tenga problemas.

—Yo tampoco quiero pelear ni tener problemas con tu familia, Tai. Pero es tu hermano, y si hago algo muy duro y sale herido, al final todo el peso y el problema van a caer sobre mí, ya lo sé —le repetí con mucha seriedad.

—Te aseguro que mi hermano nunca te guardará rencor ni te culpará de nada. Si algún día lo lastimas o le dices cosas duras, créeme que lo aceptará y lo entenderá sin poner excusas —me respondió Tai esta vez con mucha firmeza y seguridad.

Hice un gesto de impaciencia con la lengua, quería cambiar de tema y hablar de cualquier otra cosa, pero me fue totalmente imposible. Los dos me estaban mirando fijamente, presionándome para que dijera la verdad de una vez por todas.

—Piénsalo bien y con calma, Moo. ¿Estás realmente rechazando a Phi Fu por lo que sientes o por lo que te pasa con él?

—¡Pues claro que sí, porque simplemente no me gusta tu hermano, por el amor de Dios! ¡¿Por qué se empeñan tanto en que cambie de opinión o de sentimientos?!

—¿No será solo porque no te atraen los hombres de ascendencia china? Esas razones tuyas son tan absurdas que me dan ganas de darte un golpe para que reacciones.

—¿Y qué si es así? Si voy a tener pareja o novio, es lógico y normal que quiera que sea alguien que se ajuste a mi gusto y a mi tipo ideal, ¿no? ¡Es lo más natural del mundo!

—Pero piensa: mi hermano se preocupa por ti, te cuida, hace cualquier cosa por ti y te da todo lo que tiene. Te quiere con toda su alma y de verdad... ¿no te parece que sería muy cruel de tu parte no darle ni siquiera una pequeña oportunidad?

—Es que el problema es que... —empecé a decir, pero me quedé callado sin saber cómo explicarme.

—¿Quieres que le pague yo mismo la cirugía estética para que cambie? —se metió Tian en la conversación de repente—. Mejor que se haga operar para verse más rudo, más fuerte y muy varonil, como uno de esos antiguos guerreros, ya que te gusta tanto ese estilo tan rústico y salvaje.

—¡No exageres ni digas disparates, por favor! —le grité, totalmente rojo de la vergüenza.

¿Sería verdad que tendría que operarse y cambiar toda su apariencia solo por mí? ¡Dios mío! Solo con imaginarme a Phi Fu apareciéndose un día con esa pinta tan dura y agresiva se me hacía algo muy extraño y hasta me daba cosa. Y la verdad, siendo sinceros... si algún día Phi Fu cambiara todo su aspecto físico y su forma de ser solo para tratar de agradarme, me sentiría mucho más incómodo y culpable de lo que me siento ahora mismo.

Aunque reconozco que no me atraen los hombres con rasgos asiáticos, de verdad deseo que Phi Fu encuentre a alguien que lo quiera y lo ame exactamente como es, sin que tenga que cambiar nada. No me gustaría en absoluto que nadie se modificara o cambiara su forma de ser o verse solo por intentar agradarme a mí.

—No te vas a morir ni te va a pasar nada malo si intentas darle una oportunidad a este «chinito», Moo.

—Es que no me nace ni quiero hacerlo.

—¿Es que en verdad te parece tan inadecuado o tan poco indicado para tí?

—Sí, totalmente.

—Pero si es guapo, todo el mundo lo dice.

—¿Y qué tiene que ver eso? No tiene rasgos marcados ni fuertes, no se ve atractivo ni provocativo... sencillamente no me llama la atención a la vista, no es lo que me gusta.

—¡Hablas como si él hubiera podido elegir su propia cara! Nació en esta familia china, y si hubiera tenido opción, seguro que se habría puesto una apariencia ruda y fuerte solo para que te gustara, ¡Muay!

—¡No me llames así, por favor!

—Hazme caso y escucha mi consejo, Moo. Phi Fu es la persona ideal y perfecta para ti, créeme.

—¡Que no y no!

—Yo apoyo al hermano de Tai con toda mi alma. Tú necesitas algo suave y tranquilo en tu vida, porque eres como un chile habanero, todo picante y fuerte, ¡vas a terminar muriéndote de risa con él!

—¡¡Nooo, para nada!!

¡No y mil veces no, maldición! ¡Dejen ya de intentar vendérmelo como si fuera lo mejor del mundo! ¡Tian, Tai, por favor dejen de andar promocionando a Phi Fu a cada rato!

¡Dios mío! ¿Qué tengo que hacer o decir para librarme de una vez por todas del hermano de mi mejor amigo? ¿Es que nunca me va a dejar en paz?

Capítulo 5

«Entonces, ¿quedamos en que nos vamos a las seis de la tarde, ¿verdad?»

—¡Sííí, vale!

«Está bien. Prepárate con tiempo.»

—¡Entendido!

«Y más te vale no llegar tarde esta vez. No me hagas esperar otra vez, por favor.»

—¿Y qué si te hago esperar un poco?

«Pues entonces no voy a buscarte, Moo. Ahí te quedas.»

—¡Ay, solo estaba bromeando, Tai! ¿Por qué te enojas tan rápido y por nada?

«Ya no tengo ganas de seguir hablando contigo. Mejor ve y prepárate ya mismo.»

—¡Está bien, está bien!

Colgué el teléfono y me quedé mirándome al espejo que tenía justo enfrente. Después de que Tai me apuró y me regañó así, ¿cómo iba a quedarme sentado sin hacer nada? Puse música bien alta y empecé a sacar ropa, una prenda tras otra, probándomelas todas delante del espejo hasta decidir cuál me quedaba mejor.

¡Hoy Moo Ying sale de caza! Esta noche me voy a convertir en una mariposa nocturna, brillante y llamativa como ninguna.

Desde que se me rompió el auto, había dejado de ir a los bares y lugares de fiesta. Mis amigos me escribían mensajes casi todos los días, preguntándome si iba a salir o si me había olvidado de todos. ¡Perfecto! ¡Hoy sí salgo y voy a dejar que todo el mundo me vea y se fije en mí!

Cuando terminé de vestirme, de arreglarme bien la cara y de peinarme para que me quedara perfecto, me eché bastante perfume, hasta que todo el cuarto quedó lleno de ese olor tan rico y elegante. Miré la hora y casi se me cae el alma a los pies: ¡ya casi era la hora de irme! Me rasqué la cabeza, sorprendido; ni me imaginé que el tiempo pasaría tan rápido.

Me puse frente al espejo otra vez, revisándome todo de arriba abajo para asegurarme de que todo estuviera en su lugar. Cuando ya quedé totalmente satisfecho con lo que veía, agarré mi bolso y salí de la habitación. Al pasar, miré de reojo hacia la puerta del cuarto de al lado. Estaba cerrada y me dio una sensación de calma y tranquilidad al verla así.

Si ese tonto de Phi Fu me viera ahora mismo así de arreglado y guapo, no solo me regañaría y me pegaría hasta dejarme todo lleno de moretones, sino que además me pasaría días y días enteros sin dejar de decirme cosas y regañarme sin parar.

Pero... ¡es mi vida! ¿Por qué tiene que meterse en todo y querer controlarme tanto? Ya soy todo un adulto, ¿no se da cuenta? Si salgo o me quedo, o lo que haga o deje de hacer, es asunto mío y de nadie más.

—¡Oye! ¿Ves? ¡No llegué tarde, como siempre! —le dije en cuanto lo vi.

—¡Maldición!

—Dime una cosa bien clara: ¿vas solo a beber o tienes pensado hacer algo más, Moo? ¿A dónde quieres llegar así?

—¿Y qué tiene de malo cómo me vestí? ¿Qué te pasa ahora?

—¡Ya muéstranos más, mejor! ¿Por qué no sales directamente sin ropa, ya que te gusta llamar tanto la atención?

—¡Cierra la boca de una vez y vámonos ya mismo!

Me acerqué a Tai y lo arrastré rápido hacia el auto que estaba estacionado. No paraba de criticar cada prenda que traía puesta. Pero ¿qué se cree? ¡Este es mi estilo y mi forma de ser! ¿De qué otra manera se supone que debo vestirme? Así es Moo Ying: un poquito atrevido, pero solo lo justo y necesario. Ni siquiera estoy enseñando demasiado ni voy escandaloso. La gente exagera todo demasiado. ¡Si vas a ir a un bar o a una fiesta, ¿cómo diablos esperan que te vistas?! ¿Con traje y corbata o como si fueras a misa?

Además: es mi cuerpo, y yo decido qué ponerme y qué no. Moo Ying usa exactamente lo que se le antoja y lo que le hace sentir bien. Y si alguien se atreve a seguir criticándome o metiéndose conmigo, lo único que voy a hacer es obligarlo a beber tanto alcohol que se le cierre la boca para siempre y se le quiten las ganas de hablar.

—¿Crees que mi hermano no se va a dar cuenta de cómo vas vestido? —me preguntó de repente.

—Si llega a verme así, todo va a ser mucho peor, ya lo sabes.

—¡Claro que sí! Si te ve, no te va a dejar en paz ni un segundo y te va a regañar tanto que te va a dejar sordo de tanto hablar y reclamar.

—¿Y a ti qué te importa tanto lo que pase o deje de pasar? ¿Por qué te preocupa tanto?

—Porque le gustas, ¿no te das cuenta? Si él no se preocupa por ti ni te cuida, ¿a quién se supone que va a cuidar entonces?

—¡Por favor, ya déjate de decir siempre lo mismo de que le gusto! ¡Me tienes harto con ese tema!

—Ya vas a ver, Moo... ya llegará el día en que te vas a arrepentir de haberlo rechazado tantas veces y de haberlo tratado así.

Moo no le hizo ni el menor caso ni prestó atención a esas palabras ni a sus advertencias. Al contrario, estiró la mano y subió el volumen de la música hasta el máximo, para sentirse con más energía y mucho más animado para lo que vendría después. Con la otra mano sacó el celular y se puso a responder mensajes sin parar ni un instante.

Cuando levanté la vista de nuevo, ya habíamos llegado al bar donde habíamos quedado de encontrarnos. Apenas entramos, mis amigos que ya estaban allí empezaron a agitar las manos y a llamarnos para que nos acercáramos.

Iba caminando justo detrás de Tai, pero me quedé parado en seco en cuanto llegamos a la mesa.

¡¡Dios mío! ¡Es Jeng! ¡Está aquí Jeng!

Mi mejor amigo pareció darse cuenta de inmediato de mi reacción, porque poco a poco fue volviendo la cabeza para mirarme. Me aclaré la garganta para calmarme un poco y caminé despacito hasta llegar a su lado. Saludé a todos con una sonrisa enorme y muy elegante, como si fuera una reina de belleza, pero sin dejar de mirarlo solo a él en ningún momento.

—No me imaginaba que ibas a venir —me dijo Jeng.

—Moo viene mucho más seguido que tú, Phi Jeng —comentó alguien más.

—Jaja... es solo que no me parecía que fuera el tipo de lugar donde le gusta estar —agregó él.

—Me estás dando demasiada importancia. ¡Ay! —respondí, pero me callé de golpe al sentir un pellizco.

—¿Y qué tiene de malo que yo sea así, eh, Ai Tai? —le pregunté, dándole yo también un buen pellizco en la cintura. Empezamos a hablar en voz baja solo entre nosotros dos.

Tai movía la cabeza de un lado a otro, se le notaba que estaba muy molesto y harto de la situación. Me empujó en la frente con tanta fuerza que casi me hace caer hacia atrás, y luego me jaló para que me sentara justo a su lado, dándome unas palmaditas fuertes en la espalda. Se notaba que hoy, más que nunca, estaba totalmente harto de su propio amigo.

Era como si Tai supiera perfectamente bien que Jeng me gustaba y que yo tenía mucho interés en él, por eso se estaba convirtiendo en un verdadero obstáculo en todo momento y a cada paso que daba. Si yo intentaba darle un vaso para prepararle una bebida, Tai se adelantaba, me lo quitaba de las manos y lo hacía él mismo. Si yo trataba de empezar una conversación o decirle algo, Tai se ponía justo en medio como si fuera un muro gigante. Me interrumpía siempre que podía, cambiaba el tema de lo que estábamos hablando... y cada vez que hacía eso, yo me ponía más furioso y me daba más rabia. Hasta Tian, que estaba sentado justo enfrente de mí, no paraba de reírse al ver mi cara de frustración y de impotencia.

—¿Vas a seguir actuando así y estorbándome todo el tiempo mucho más, Tai? —le pregunté con voz muy seria.

—¿Actuando cómo? ¿De qué hablas? —me respondió él, haciéndose el desentendido.

—Mejor cambiamos de sitio y nos sentamos en otro lugar, ¿qué te parece?

—No, nos quedamos aquí mismo —me dijo tajante, sin darme ninguna opción.

—¿Pero ¿qué tiene que ver mi edad contigo? ¿Por qué te pasas el día estorbándome y poniéndome obstáculos por todas partes?

—Por favor, intenta pasar un día sin coquetear con nadie, y no importa, ni te importa nada, Moo.

Mis dedos apretaron el vaso con tanta fuerza que se pusieron blancos los nudillos. Estaba furioso, más furioso que nunca. ¿Por qué tenía que cuidarlo y protegerlo, así como si fuera mi dueño o su guardaespaldas?

Al ver que tenía los dientes apretados de pura rabia, Tai soltó una carcajada muy fuerte. Eso hizo que el guapo de Jeng se diera la vuelta, curioso por ver qué pasaba. Tai le respondió con mucha calma y naturalidad, y Jeng perdió todo el interés al instante.

Yo me quedé observándolo a escondidas durante un buen rato, hasta que el local se fue llenando de gente. Ya pasaban de las once de la noche. Parecía que ese día iba a actuar un cantante muy famoso, aunque ni sabía quién era ni me importaba en absoluto.

Solo con haber salido de casa y haber podido ver a Jeng, ya todo había valido la pena. Eso sí: habría sido mucho mejor y más divertido si Tai no se hubiera metido en todo y no me hubiera estorbado en cada paso que daba. ¡Qué hombre tan metiche y entrometido!

—¡Oye! ¿A dónde va Jeng? —pregunté, con los ojos muy abiertos, dándole un codazo fuerte a Tai y hablando bajito, en cuanto vi que mi amigo tan guapo se levantaba y se alejaba del grupo.

Me estaba levantando de un salto para ir detrás de él, pero Tai me agarró y me detuvo en seco.

—Solo va al baño, déjalo tranquilo ahí.

—¡Pues entonces yo también voy! —le dije, decidido.

—Tranquilo, cálmate un poco, Moo, por favor.

—¡Tú lo que haces es ponerme trabas y estorbarme todo el tiempo! ¿Es que no te das cuenta de que esta es mi oportunidad de oro? ¡La mejor que he tenido!

¡Exacto! ¿Por qué tenía que meterse en mis cosas e impedirme todo? Todo el mundo sabía perfectamente que Jeng me gustaba y que tenía mucho interés en él. Si hubiera podido salir corriendo detrás de él, ya lo habría hecho hace mucho tiempo.

—¡Jeng es tu amigo, pero yo también soy tu amigo! —le grité, para que me oyera bien a pesar de la música tan alta que había—. ¿Qué es lo que te molesta tanto, Tai? ¿Por qué te comportas así conmigo?

Me quedé mirando la espalda de Jeng hasta que se perdió entre toda esa gente que había allí. Y luego, sin pensármelo ni un segundo más, me solté de la mano de Tai y salí corriendo detrás de él, haciendo totalmente caso omiso de todo lo que me decía ni de sus intentos de detenerme.

Cuando se trataba de muchachos y de asuntos del amor, Moo no tenía ningún tipo de reparo ni se esperaba nada malo. ¡Absolutamente nada de nada!

Siguió caminando hasta llegar a la zona de los baños. Miró a todos lados buscándolo, pero no había ni rastro de él. Tal vez ya había entrado, pensó. Empezó a caminar de un lado a otro mientras esperaba, estirando el cuello para ver si aparecía, pero nada.

¿A dónde se habrá ido? Llevo un buen rato esperando. Si todavía no había entrado, ya debería haberlo visto pasar. Y si ya estaba adentro, ¿por qué tardaba tanto en salir?

Se pasó una mano por el cabello, impaciente, y revisó el celular. Tai le había enviado mensajes pidiéndole que volviera a la mesa, pero no pensaba rendirse tan fácil y siguió esperando.

Al final, cansado de estar de pie, se sentó cerca de la puerta, dando vueltas al teléfono entre sus manos mientras esperaba. Hasta que, por fin, apareció la persona que tanto estaba esperando.

Moo se levantó al instante, echó el pecho hacia afuera, enderezó los hombros y se acomodó bien la ropa, listo para acercarse y hablarle... pero se quedó inmóvil, como una estatua.

De repente, Jeng salió acompañado de alguien más, y esa otra persona iba agarrada fuertemente de su brazo. Los dos tenían el cabello despeinado y la ropa un poco arrugada, como si acabaran de hacer algo que requirió mucho movimiento.

Con solo verlos, cualquiera podía imaginarse perfectamente lo que acababa de pasar allí adentro.

¡Vaya...!

Moo Ying se quedó totalmente aturdido. No podía creer lo que estaba viendo. Nunca antes nadie le había "arrebato el premio" de esa forma, tan descarada y delante de sus propias narices.

¡Ay... qué dolor...! Siento que se me rompe el corazón. ¿Por qué me pasa esto? ¿En qué me equivoqué? ¿Por qué, por qué a mí? ¿Es que otra vez perdí la oportunidad con alguien que realmente valía la pena? ¡Dios mío...!

—¡Por fin volviste! ¿Dónde te habías metido? ¿Te pasó algo? —le preguntaron en cuanto regresó a la mesa.

—¿Y Phi Jeng? ¿A dónde se fue? —preguntó él, con voz apagada.

—Ya se fue, dijo que tenía un asunto urgente que resolver —le respondieron.

¡Claro que sí! ¿Y qué otro «asunto urgente» podía tener, si no era ese?

Moo frunció el ceño con mucha rabia, agarró su copa y se la bebió de un solo trago, sin detenerse ni respirar. En cuanto se la terminó, se sirvió otra... y luego otra más... hasta que todos los que estaban en la mesa dejaron de hablar y se quedaron mirándolo con preocupación. Nadie entendía qué era lo que le había pasado ni por qué estaba tan alterado, hasta el punto de empezar a golpear el suelo con el puño cerrado de pura frustración.

¡Qué situación tan desesperante! Salí con todas las ganas del mundo a «cazar» y alguien más llegó primero y se llevó todo el mérito y el premio... ¡Me da tanta rabia que no aguanto!

La imagen de Jeng besando a esa otra persona en la mejilla y en la cabeza no paraba de repetirse en su mente, una y otra vez. Estaba furioso, lleno de rabia y de impotencia.

—Tranquilo, Moo, cálmate, que te vas a emborrachar demasiado —le advirtió Tian, acercándose para intentar quitarle el vaso de las manos.

—¿Y a ti qué te pasa ahora? ¿No decías que ibas a ir detrás de Phi Jeng? ¿Por qué se fue tan pronto y te dejó aquí? —le preguntó alguien más.

—¡Que no sé, que no sé, que no sé nada de nada! —gritó Moo, sin poder contenerse.

—¡Ah... ya entiendo! —dijo Tai con tono significativo.

—¿Qué pasa, Tai? ¿Tú sabes algo que yo no sé? —le preguntó, mirándolo con ojos llenos de ira.

—Esa persona era la exnovia de Jeng, ¿verdad?... Je, je... Hace un rato los vi irse juntos, muy agarrados del brazo y muy cariñosos —comentó Tian sin ningún reparo.

—¡¡Aaaaaah!! —gritó Moo, fuera de sí.

—¡¡Tian, cállate ya!! —le regañó Tai.

Moo se levantó de un salto, agarró el celular con tanta fuerza como si estuviera a punto de lanzárselo a la cabeza a Tian, pero tropezó con sus propios pies y casi tira toda la mesa al suelo. Sus amigos se asustaron muchísimo, y el ruido llamó la atención de todas las personas que estaban en las mesas de al lado.

No... no estoy borracho. Solo se me mueve un poco el mundo, nada más. En serio, apenas he bebido... estoy perfectamente bien, veo todo claro y sin problemas.

—Te dije que te calmaras y que bebieras con moderación —le insistió Tai, preocupado.

—¡Yo no me emborracho tan fácil ni tan rápido! Tengo mucha más resistencia al alcohol que tú, y lo sabes bien —le respondió Moo con voz arrastrada pero muy segura.

—Sí, ya lo sé, pero, aunque tengas mucho aguante, con todo lo que te has bebido esta noche vas a terminar muy mal y te vas a arrepentir mañana.

—¡¡Yo voy a encontrar a alguien mucho mejor que Phi Jeng! ¡Cien veces mejor, mil veces mejor, cien mil veces mejor! ¡Escúchame bien lo que te digo, porque es la verdad absoluta! —gritaba con los brazos en alto.

—¡Sí, sí, te oigo, te oigo...! —le decían sus amigos tratando de calmarlo.

—¡Yo soy Moo Ying! Tengo mi familia, vengo de una estirpe de guerreros que nunca se rinden. ¡Tengo mucha fuerza de voluntad y determinación! ¡Nadie me puede vencer ni derrotar!

—Tian, pon a grabar todo esto, no pierdas detalle —le dijo Tai.

—¡¡Ya llevo grabando desde que se despertó esta mañana, no te preocupes nada!! —respondió Tian—. Moo se va a hacer famoso y se va a volver viral en todas las redes sociales esta misma noche, ya lo verás.

—¡¡Yo... nunca... nunca me voy a rendir ante el destino ni ante nadie!! —seguía gritando Moo, totalmente fuera de sí.

—¡¡Oye, Moo!! ¡¡Baja de ahí inmediatamente, no te subas encima de la mesa!! ¡¡Oye, por favor, bájate ya!! —gritaban todos, corriendo hacia él.

—¡¡Hoy voy a llevarme a alguien a casa cueste lo que cueste!! ¡Ese chico tan lindo está aquí y es mío!

No sé cuánto tiempo pasó después de eso. Todo a mi alrededor se veía oscuro y borroso, como si todo girara sin parar. La música fuerte y ruidosa ya se había apagado, y ahora solo escuchaba las voces de dos personas que hablaban cerca de mí, aunque no entendía nada de lo que decían. Me sentía muy mareado y me dolía la cabeza de una forma que no se podía aguantar; tenía la mente totalmente nublada y no podía pensar con claridad ni concentrarme en nada. Al principio sentía mucho frío, pero ya se me había pasado.

Hoy llevaba puesta esa blusa tan fina, la misma que a Tai no le gustaba nada y por la que me regañó mucho, diciendo que se me veía todo y que era demasiado atrevida y reveladora. Dentro del local, con tanta gente apretada, el aire pesado y sofocante, además de haber estado bailando y sudando a chorros, ni cuenta me di ni sentí nada. Pero ahora, aquí afuera, me entraban escalofríos por todo el cuerpo. Por eso estaba tan agradecido con quien me había tapado con una manta o prenda; si no hubiera sido así, Moo Ying se habría quedado helado y enfermo.

—Pero ¿cómo es posible que Moo haya bebido tanto hasta ponerse así? —decía una voz que me resultaba muy conocida.

—¡Uf! ¡Ni me lo digas! —respondió la otra.

—Se lo buscó él solito, nadie lo obligó ni le puso una pistola en la cabeza. De verdad que no sé qué se cree ni quién se piensa que es.

—¿Y cómo permitiste que tu amigo saliera vestido así, con esa ropa? ¿Cómo pudiste dejarlo ir así?

—¡Como si yo hubiera podido hacer algo para detenerlo o cambiarlo! Ya sabes cómo es, es imposible hacerlo cambiar de opinión o de idea. Más te vale que lo aceptes tal cual es y no te quejes tanto —le respondió Tai.

¡Ay, qué fastidio me dan esas voces que no paran de hablar y susurrar! Solo quiero dormir y descansar en paz. Me duele muchísimo la cabeza... Llévenme ya a mi cama, o si no quieren hacerlo, déjenme aquí mismo, que yo me buscaré cualquier rincón donde acurrucarme y dormir un poco.

—Tai, de verdad que esto no me hace ni pizca de gracia ni me divierte. ¿Cómo es posible que Moo salga vestido así? ¿Pero qué diablos lleva puesto encima? ¡Da hasta vergüenza ajena verlo así!

—Pregúntaselo a él mismo, que es al que le gusta llamar la atención y presumir de todo. Siempre se viste así y siempre ha sido igual; esa es la ropa que le gusta, y hace mucho tiempo que tenía ganas de ponérsela y salir así a la calle, ya lo sabes bien.

—¡Ya, ya, lo sé...!

—Con esa forma de actuar tan horrible, tan llamativa y escandalosa... ¿cómo es posible que te guste tanto y que estés tan enamorado de él? No lo entiendo ni lo entenderé nunca.

—Eso es asunto mío y solo mío, a ti no te importa ni te afecta en nada.

—Te aseguro y te digo con toda seguridad que él no te quiere ni te ama como te mereces ni como tú lo haces. Te lo digo por tu propio bien, para que abras los ojos y no te hagas ilusiones.

—¡Bah! ¡Eso ya me lo dice él mucho más seguido y más veces de las que tú me lo has dicho a mí, Tai! Así que ya estoy acostumbrado.

—¿Y entonces qué piensas hacer ahora? ¿Cómo vas a arreglar todo este lío que se armó?

—Yo me encargo de todo esto y me ocupo de que todo salga bien. Tú mejor vete ya a tu cuarto y descansa un poco. ¿Estás seguro de que no bebiste nada ni te afectó el alcohol?

Ten mucho cuidado y no hagas nada de lo que te puedas arrepentir mañana, que esto puede traerte problemas muy graves.

—Sí, estoy perfectamente bien y no estoy borracho. Desde el principio tenía planeado ser yo quien se encargará de llevarte. Aún tengo que llevar a Tian también. Tú encárgate bien de cuidar a Moo y no lo pierdas de vista.

—¡Entendido!

—¿Crees que podrás hacerlo solo y sin ayuda? ¿Estás seguro?

—¡Claro que sí, no te preocupes nada por mí!

—Y no solo me refiero a cuidarlo como a un amigo... ya sabes muy bien a qué me refiero y de qué estamos hablando.

—También puedo con eso y con todo lo que venga. Me gusta estar con él, y sé muy bien cómo cumplir con mis responsabilidades y mis deberes, Tai. Soy lo suficientemente maduro y capaz para manejar todo esto.

Cerré los ojos con mucho gusto al sentir que alguien me acariciaba muy suavemente la cabeza. Era como si me estuviera pasando los dedos entre el cabello con mucho cariño. Cuanto más lo hacía, más sueño me daba y más ganas tenía de quedarme así para siempre.

—Ojalá todo esto sea real y no un sueño —susurró esa voz.

—¡Ojalá que sí! —respondió la otra.

—Y si se pone a llorar otra vez delante del espíritu guardián de la casa, te aseguro que le voy a dar un buen golpe en toda la cara para que se le pasen las ganas.

—¡Eres un tonto! ¡Soy tu hermano mayor, cómo se te ocurre hablarme así! —le dijo con tono de regaño.

—¡No te lo decía a ti, sino a él! —aclaró.

—¿Ah sí? ¿A quién te refieres?

—Si se vuelve a poner a llorar y a hacer escenas, dile a Moo que le voy a dar unos buenos golpes para que se le quite la costumbre.

—¡Uhhh...!

¡Ay...! Me duele muchísimo la cabeza, no aguanto más este dolor, siento que me va a estallar en cualquier momento.

¿Pero qué diablos pasó anoche? Me siento muy mareado, confundido y sin tener ni la menor idea de lo que hice o dije. No puedo pensar con claridad ni ordenar mis pensamientos. Hacía muchísimo tiempo que no me sentía tan mal como ahora... ¡Dios mío, qué desastre!

Me incorporé despacito en la cama, con los ojos todavía cerrados por el dolor y el malestar, y me quedé allí sentado, con el cabello totalmente despeinado y la mente llena de confusión. De repente escuché unos ruidos metálicos muy cerca de mí, así que hice un gran esfuerzo y abrí los ojos poco a poco. Fruncí el ceño con mucha sorpresa y molestia cuando vi a un hombre que me resultaba demasiado conocido, que estaba muy ocupado haciendo cosas en mi mesa.

¡Maldita sea! La pregunta de cómo diablos logró entrar Phi Fu otra vez a mi habitación me está dando vueltas y vueltas en la cabeza, y no encuentro ninguna respuesta.

—¡Phi Fu! —grité con voz ronca y débil.

—¿¿Ya estás despierto por fin??

—¿Cómo diablos entraste aquí?

—Antes de empezar a hacer preguntas, más te vale ir a lavarte la cara y cepillarte los dientes, cariño.

—Me duele muchísimo la cabeza, no aguanto más...

—¡Y tú que decías que eras tan fuerte y resistente! Terminaste borracho como una cuba, no había quien te aguante.

—¡Phi Fu, espera... Uaaarrgh!

—¡¡Oye, oye, ten cuidado!!

Golpeé la pared varias veces con el puño cerrado y salí corriendo directo al baño. Apenas me agarré al inodoro, me incliné y dejé salir todo lo que tenía dentro, sin intentar contenerme ni nada. El sonido de mis arcadas resonaba por todo el cuarto de baño y me hacía sentir el ser más desdichado del mundo. Me lloraban los ojos y la nariz sin parar, y ese sabor ácido me quemaba la garganta y hasta las fosas nasales. Me quedé allí casi cinco minutos enteros, hasta que por fin se me pasó un poco esa sensación de náuseas y ganas de vomitar.

Moo está totalmente acabado, destrozado, sin ninguna fuerza ni tampoco dignidad. Qué vergüenza tan grande...

—¿Te sientes un poco mejor? ¿Estás bien? —me preguntó.

Lo miré entrecerrando los ojos, casi sin ver nada. Phi Fu estaba justo a mi lado, pasándome la mano suavemente por la espalda para calmarme. Me sostuvo fuerte para que yo pudiera agarrarme bien al inodoro, y luego corrió rápido al lavabo para llenar un vaso con agua fresca y me lo dio. Yo ya no tenía ni fuerzas ni ganas para discutir ni pelear con él, ni para decirle nada.

—¿Por qué tuviste que beber tanto? ¿Por qué te empeñaste en beber así sin medida? ¡Eres demasiado terco y no hay quien te corrija! —me decía, mezclando regaño y preocupación.
—Es que... mis amigos me obligaron, no tuve opción —mentí con voz débil y entrecortada.
—¡No puedes dejar que te obliguen ni te hagan beber hasta perder el sentido! ¡Maldita sea!
¿Es que Tai no hizo nada para detenerte? ¿Te dejó hacer todo lo que querías?

—Phi Fu... por favor muévete un poco y hazte a un lado.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Sal de aquí un momento, déjame solo un ratito.

—¿Cómo que salga? ¿No decías que te sentías mal y que te daban vueltas las cosas?

¡Ay, Dios mío! ¡Qué vergüenza tan inmensa me da que me veas así, vomitando y hecho un desastre! ¿Por qué tienes que quedarte aquí parado mirando? ¿Es que te gusta ver a la gente en este estado o qué pasa contigo?

¡Dios mío! ¿Habré ensuciado también el suelo con todo esto? ¡Qué asco! No tengo ni la menor intención ni ganas de limpiar ni el baño ni nada de nada. Estoy harto, cansado, y encima me duele la cabeza como si me la estuvieran partiendo en dos... ¡Qué desastre de noche y qué desastre de día!

—Vamos, levántate ya y vete a descansar otra vez. ¿Ya te enjuagaste bien la boca y te lavaste los dientes? —me preguntó, sosteniéndome del brazo para ayudarme a ponerme de pie.

—Phi Fu, sal primero, que yo me encargo de limpiar el baño —le dije con voz débil pero decidida.

—Lo hago yo —respondió él sin dudar.

—¡No! ¡De ninguna manera! —exclamé, abriendo los ojos de golpe al escuchar que se ofrecía a limpiar el baño por mí. ¡Ni hablar! ¡Antes muero que dejar que haga eso! Ya me sentía lo suficientemente avergonzado como para agregarle eso también.

—¿De qué te avergüenzas? Si antes te mareabas en el auto y vomitabas mucho más seguido —comentó él con tranquilidad.

—¡Eso era antes! Ya dejé de marearme cuando iba en coche desde que estaba en la secundaria —le corregí.

—Para mí siempre vas a ser un niño. Mi muñequita de dos años —dijo con una sonrisa tierna.

—¡Oye, qué cosas dices! —protesté, sintiendo cómo se me subían los colores a la cara.

—Si ya he puesto mis manos para recoger lo que sacaste, ¿qué importancia tiene limpiar un poco más ahora? —agregó sin darle ninguna importancia.

¡Phi Fu, por favor ya detente! ¡Deja ya de hablar de eso!

Cuanto más lo escuchaba, más se me ponía la piel de gallina por todo el cuerpo. Al oírlo, me vinieron a la mente recuerdos de cuando éramos pequeños. Antes me mareaba mucho en los viajes, y en mi familia siempre nos gustaba salir de paseo. Íbamos a todas partes: al norte, al sur, a mi casa, a la suya... y siempre estábamos juntos. Y quien siempre se sentaba a mi lado, cuidándome y sin separarse ni un instante, era él. Por un lado, me molestaba un poco, pero jamás me imaginé que ya siendo adultos me vendría a recordar esas cosas justo en un momento como este. ¡Qué vergüenza tan grande! No importa cuánto crezca ni cuántos años tenga, para Phi Fu siempre voy a ser alguien a quien hay que cuidar como si fuera un niño pequeño.

—No te preocupes por limpiar ni nada de eso. Mejor preocúpate por otra cosa —me dijo con tono serio.

—¿Y eso por qué? ¿Qué pasa? —le pregunté confundido.

—Es que ahora eres toda una celebridad, muñequito mío —respondió con una media sonrisa.

—¿Cómo dices? ¿Qué me estás contando? —me quedé helado sin entender nada de lo que quería decirme. Por la forma en que me miraba y por su expresión, no parecía que fuera nada bueno precisamente.

Lo vi terminar de limpiar todo el baño, y luego me ayudó a salir y me acompañó hasta mi cama para que pudiera descansar bien. En cuanto me senté, estiré la mano buscando mi celular, y me llevé un susto tremendo al ver el último mensaje que había llegado al grupo de amigos: había un video y unas palabras que había escrito Tai.

—¡Vaya, si eres tú, Muay! ¿Verdad que eres tú? —me dijo con una sonrisa burlona.

Abrí el video y me quedé totalmente paralizado. En la pantalla se veía a un chico joven y delgado, parado encima de una mesa, cantando a todo pulmón y gritando la letra de la canción como si no hubiera mañana. El resto de mis amigos estaban alrededor, con sus celulares en alto grabando todo sin perderse ni un detalle. Me quedé con la boca abierta al ver cómo me movía de forma tan exagerada y descontrolada, como si me hubiera poseído un espíritu.

¿Quién diablos es ese loco de la camisa roja que baila como si estuviera fuera de sí? Ese... ese no puedo ser yo, ¿verdad? Es imposible. No me reconozco para nada.

—Pues sí, es Muay —repitió Phi Fu, riéndose.

—¡Cállate ya, por favor! —le grité, rojo de la vergüenza.

—Es indudable que eres tú, no hay ningún error posible. ¡Eres pura energía y fuego!

—¡Phi Fu, no te rías más! —exclamé, queriendo desaparecer.

—Tengo que admitir que te ganas a cualquiera, no te puedo ganar ni en locura ni en ganas de divertirme.

—¡Ay, por favor! —gemí, escondiendo la cara entre las manos.

—«Aunque tenga los ojos rasgados, igual te amo con toda mi alma... ¡Ay, no me pegues!»

—empezó a cantar él también, imitando mi tono de voz.

Capítulo 6

—Moo, ¿qué quieres comer hoy? ¿Arroz de qué tipo? —me preguntó Tian.

—Arroz con huevo frito, por favor —le respondí.

—¿Y tú, Tai? ¿Qué vas a pedir?

—Ya pedí lo mío hace un rato —dijo él sin mucho entusiasmo.

—¡Entendido! —asintió Tian y se fue a la caja a hacer el pedido.

Nos quedamos solos Tai y yo en la mesa. Después de las clases de la mañana, casi siempre veníamos a comer a la cafetería de la facultad. A veces nos íbamos a otras facultades solo para cambiar de aire y probar comidas diferentes. Y obviamente, yo era siempre el que tenía la iniciativa y sugería ir a sitios nuevos.

—¡Qué aburrimiento...! —suspiré profundamente.

—¿De qué te aburres? —me preguntó él, levantando una ceja.

—De todo esto —le dije, y le mostré la pantalla de mi celular para que viera lo que yo veía. Tai miró con atención, pero se notaba claramente que no entendía en absoluto a qué me refería ni por qué me sentía así.

—¡Otra vez desapareció la persona que me hacía juego! —me quejé.

—¿A qué te refieres? —preguntó Tai sin entender nada.

—Que la persona con la que estaba hablando ya no está, se esfumó —respondió Tian por mí, que acababa de volver con la comida. Se asomó a mirar mi pantalla y se echó a reír a carcajadas de inmediato.

Yo fruncí los labios, sin entender qué tenía de gracioso todo esto. ¡Si me había bajado esa maldita aplicación de citas precisamente para tener más oportunidades de conocer a alguien especial, con quien hacer conexión y quizás hasta tener novio! ¡Pero mira lo que pasa! ¡Cuántas veces me he emparejado con alguien, cuántos mensajes he enviado... y después de charlar un rato, todos terminan desapareciendo sin dejar rastro!

—¡Oye! ¿No decías que tenías hambre y que ibas a comer? ¿Ya te tragaste todo el arroz y te moriste o qué pasa contigo? —le grité, molesto por su risa.

—Sigo sin entender nada. ¿De qué están hablando? —insistió Tai, totalmente confundido.

Tian tomó aire y le explicó despacito para qué servía esa aplicación. Tai siempre era así: no se interesaba mucho por las modas ni las tendencias, ni le llamaban la atención esas cosas. Era muy normal que no supiera ni de qué iba, porque en nuestro grupo él era el típico estudiante aplicado, serio y responsable. Aunque mucha gente decía que no parecía de los que se fijan en el amor o las relaciones, la verdad es que era muy guapo: alto, bien parecido, con ese tipo de apariencia que atraía a casi todo el mundo. Pero... en el fondo, en secreto, ¡era el más perverso de todos nosotros! Yo siempre decía que, de todos, él era el más peligroso.

—¡Ah, ya entiendo! Es esa aplicación para encontrar marido, ¿verdad? —dijo Tai al fin.

—¡Sí, esa misma! —le respondí.

—De verdad que buscas por todos lados y sin descanso, Moo. ¿Y si te sale alguien que te engaña o te estafa? ¿Qué vas a hacer entonces? —me preguntó con preocupación.

¿¿Que me estafen?? ¡¿Cómo?! ¡Si lo que pasa es que hablo dos o tres días con cada uno y todos terminan desapareciendo como por arte de magia! ¡Eso es lo que me pasa siempre, nada más!

—Yo también la usé hace un tiempo, pero al final la borré. No encontré a nadie que me gustara de verdad —comentó Tian, mientras sacaba su celular para ponerse a jugar.

—Oye Tian... ¿cómo es el tipo de hombre que te gusta? —le pregunté de repente, con mucha curiosidad.

—Pues te digo ya mismo: no te pareces en nada a lo que me gusta a mí, Moo —me respondió sin dudar ni un segundo.

¡¡Ay, qué dolor!! Me rechazó sin rodeos ni suavidad, y eso que él sí cumple con todo lo que a mí me gusta. Aunque yo no lo veía de esa forma ni me atraía, que me dijera así, tan directo y sin compasión que no soy su tipo... ¡me dolió mucho!

¿Pero qué es lo que tengo de malo? ¿Por qué sigo estando solo? ¿Cuándo voy a encontrar por fin un novio que sea exactamente como me gusta, como si me lo hubieran enviado del cielo solo para mí?

—Moo, ven conmigo a casa el viernes —dijo Tai de repente.

—¿¿Eh?? ¿Ir a tu casa? ¿Y para qué? —pregunté confundido.

—¿Cómo? ¿En tu casa no te han dicho nada todavía? —se sorprendió él.

—¿Decirme qué? ¿Por qué tendrían que decírmelo? —fruncí el ceño, sin entender nada. Tai casi nunca me invitaba a ir con él. Por lo general solo iba a su casa cuando había fines de semana largos o vacaciones, no iba muy seguido.

—La tía Sim tuvo un bebé, es un niño. Mis papás quieren que vayamos todos juntos para celebrarlo —me explicó con una sonrisa.

—¿De verdad?! ¿Ya nació el bebé? —pregunté, y se me iluminaron los ojos de la emoción al oír esa noticia tan buena.

La tía Sim era, en pocas palabras, la esposa del tío de Tai. Siempre le decía «Sim Yok», y ese apodo se le quedó para siempre. En realidad, no era de ascendencia china, sino tailandesa, y tenía una cara muy fina, delicada y hermosa. Iba muchísimo a casa de Tai, así que tuve muchas oportunidades de conocerla bien y tratarnos. Era una persona muy amable y en quien yo confiaba plenamente.

Sim Yok estaba casada con el tío Yek, que era el hermano menor del papá de Tai y de Phi Fu. Llevaban juntos muchísimos años, desde que yo estaba en la secundaria. Pero a la tía Sim le costaba mucho quedarse embarazada. Probaron de todo, hicieron todo lo que estaba en sus manos, pero nada funcionaba. Hasta que la familia de Tai empezó a llevarla casi todos los años a diferentes templos para pedir bendiciones y agua bendita, con la esperanza de que por fin pudieran tener un nieto.

Al saber esta noticia, yo también me sentía muy feliz y emocionado. Me preguntaba por qué mis propios padres no me habían llamado para contármelo; ¡era algo tan importante y bonito!

¡Sin duda tengo que comprarle un regalo muy bonito y especial! Me muero de ganas de ver la carita de ese bebé.

Y más que nada... espero que haya heredado los rasgos tailandeses de su madre, y no tantos rasgos chinos de la familia Tong. Sería mucho más guapo así, seguro.

—¡Deja ya de hablar y guarda el celular de una vez! ¿Vas a comer o te vas a quedar ahí todo el día escribiendo? —me regañó Tai con voz seria.

Así que tuve que dejar el chat familiar. Había escrito un mensaje contando a todos que la tía Sim ya había tenido a su bebé, pero solo lo habían visto y leído mis papás y mi hermano pequeño Li. Li me contestó diciendo que estaba muy ocupado estudiando para los exámenes y que seguramente no podría ir con nosotros a la celebración.

Suspiré y guardé el celular, luego me concentré en terminarme el arroz que tenía enfrente. Los tres teníamos clase de laboratorio por la tarde, y en esa materia no se permitía llegar tarde bajo ninguna circunstancia. Teníamos que llegar con tiempo para firmar la hoja de asistencia; si no firmabas a tiempo, te contaba como falta. Ya tenía una: llegué justo cuando el ayudante estaba recogiendo la lista, y tuve que poner mi cara más tierna y suplicarle que me dejara firmar. ¡Casi me arrodillo ante él para que me hiciera el favor!

Después de almorzar, los dos me apuraban todo el tiempo, diciéndome que por mi culpa íbamos a llegar tarde, aunque yo ya caminaba lo más rápido que podía. Cuando llegamos al edificio, subimos todos juntos en el ascensor. Mientras subíamos, saqué otra vez el celular y me puse a deslizar perfiles en la aplicación de citas, pasando casi todos a la izquierda sin

prestarles mucha atención. Pero de repente apareció un perfil con una foto tan atractiva y llamativa que me quedé mirando la pantalla con la boca abierta, totalmente sin palabras.

¡Vaya...! Aunque no se le veía la cara completa, se notaba claramente que este chico era peligrosamente atractivo. Tenía esa mandíbula marcada y definida que se ve tan sexy... ¿de verdad es su foto? ¡Qué maravilla!

«Tong — 24 años, a 2 km de distancia».

¿Tong? Seguro que se llama así. ¡Este tiene que ser mío sí o sí! Jajaja. Te lo digo ya mismo, Tong: no vas a poder escapar de mí. Si esa foto es real y no es falsa, ¡no te voy a dejar ir nunca! Bueno... mejor le doy a la derecha y probamos, ¿no?

—¡Ha... oye! —exclamé sorprendido.

—¿Moo, qué demonios estás mirando con esos ojos? —me preguntó Tian.

—¡Mira... mira esto! ¡Hicimos juego! ¡Coincidimos los dos! —grité tapándome la boca con las manos de la emoción, y le acerqué el celular para que lo viera bien.

En cuanto Tian vio el perfil, puso una cara de desconfianza total y un gesto de duda.

—Estás exagerando demasiado. ¿Estás seguro de que es su foto real? ¿No la habrá bajado de internet o copiado de algún lado? —me preguntó escéptico.

—¡No lo sé todavía, pero ya puedo empezar a hablar con él y averiguarlo! ¡Dios mío, qué emoción tan grande! —le dije, casi saltando de alegría.

—Pero... se le ve la piel muy blanca y clara. ¿No será que es ese tipo de apariencia que a ti no te gusta nada y que siempre rechazas? —me advirtió él.

—¡Seguro que es solo por la luz o por cómo se tomó la foto, ¿no te parece?! —le respondí sin perder ni un segundo de ilusión.

—¡Está bien, está bien! No voy a discutir contigo ni a quitarte la ilusión. Solo espero que te salga bien y que no te llesves una decepción, cabeza dura y terca como eres —me dijo, resignado.

—Antes de que sepas si funcionará o no, ¿podrían salir del ascensor primero? ¿Es que quieren llegar tarde o qué?

¡Sí, señor! ¡Ya voy!

Guardé el teléfono en la mochila y salí del ascensor. Dejaría para más tarde el asunto del chico con los abdominales marcados. Por el bien de mis padres, me esforzaría por prestar atención en esa clase. Todo lo demás podría resolverlo después.

Al menos, esa era una buena noticia con la que contaba ese día.

Cuando terminaron las clases, corrí de vuelta a mi habitación. Me senté y luego me recosté, pensando un buen rato mientras sostenía el teléfono en la mano. En la pantalla aparecía la conversación con ese chico misterioso, de cuya existencia ni siquiera estaba totalmente seguro. Me mordí el labio con fuerza, reflexioné un instante y decidí escribirle yo primero.

No tenía muy claro qué decirle para que no desapareciera como habían hecho todos los demás.

¿Sentía nervios al hablar con un desconocido? En absoluto. Nunca me pongo nervioso. Me resulta mucho más fácil conversar con gente que no conozco que con aquellos con quienes ya tengo confianza. Mi lema siempre ha sido: «Como no me conoces, puedo hacer lo que quiera, no me da vergüenza». Tampoco usaba mi nombre real ni mostraba mi rostro en esta aplicación, ya que Tian me había pedido que no lo hiciera por razones de seguridad. Lo mejor era esperar a tener un poco más de confianza. Por eso solo había subido una fotografía en la que se veía sutilmente parte de mi pecho y mis hombros.

Aunque debo reconocer que esa imagen llamó la atención de bastantes personas.

Muy bien... Moo ya empieza a jugar.

M: Hola.

Me quedé mirando fijamente la pantalla, esperando ver si contestaba o si seguía desconectado. Esperé casi diez minutos y no hubo ninguna respuesta. Estaba a punto de abandonar la conversación cuando, de repente, la persona a la que esperaba me respondió. Leí el mensaje con mucha prisa.

Tong: Hola.

¿Qué... qué es esto?

M: Quería preguntarte una cosa, tengo mucha curiosidad.

Tong: De acuerdo.

M: ¿Esa foto de tu perfil es tuya? No me mientas, ¿está bien? Si me estás engañando, te voy a hacer...

Tong: Es mía.

M: ¿Y tienes realmente 24 años?

Tong: Sí.

¡Ay! ¿Por qué responde tan seco? Parece que no tiene ganas de hablar. Qué desesperación.

La verdad es que desde que empecé a usar esta aplicación, nadie me había sacado de quicio de esa manera. Nunca me había encontrado con alguien que solo responda «sí» o «de acuerdo» a todo. No sabía cómo seguir manteniendo la conversación. Se supone que quienes usan estas aplicaciones saben muy bien a lo que vienen y van directo al grano. ¿Por qué su forma de ser es tan diferente a lo que sugiere su foto de perfil?

M: Soy estudiante universitaria. ¿Y tú? ¿Sigues estudiando también?

Tong: Sí.

M: ¿Podrías dejar de responderme simplemente con «sí»? Es que no sé cómo seguir hablando.

Tong: Disculpa. No estoy muy acostumbrado a hablar con desconocidos. No sé muy bien de qué cosas se puede charlar.

M: No hace falta que solo digas «sí». Podemos hablar con total naturalidad y confianza.

Tong: Ah, vale.

M: ¿Es la primera vez que usas esta aplicación?

Tong: Sí. Fue un amigo quien me la instaló. Todavía me siento un poco perdido con todo esto.

M: Yo puedo enseñarte. Me ofrezco a explicarte cómo funciona todo.

Silencio. Un silencio absoluto.

Pasó un minuto...

Tres minutos...

Cinco minutos...

Media hora entera...

Muy bien. Se acabó. Todo terminó igual que siempre.

Lancé el teléfono sobre la cama y me dejé caer a su lado. Otra vez me habían dejado esperando sin más. Solté un gran suspiro. ¿Qué fue lo que hice mal? ¿Me mostré demasiado directo y sin rodeos? ¿O es que les doy una impresión demasiado fuerte e intimidante? No creo que haya sido para tanto. ¿Por qué de repente se esfumó y dejó de contestar? No lo entiendo en absoluto.

¿Será que algún día lograré encontrar un novio que cumpla con todo lo que me gusta y que sea exactamente mi tipo, sin que todo se venga abajo antes de empezar?

Toc, toc.

El sonido de alguien llamando a la puerta me hizo soltar un suspiro lleno de fastidio. Me levanté de la cama y fui a abrir. Cuando vi quién estaba esperando al otro lado, solo pude volver a suspirar. Era Phi Fu, como ocurría casi siempre.

—No tengo ganas de nada...

—Come algo por la noche, niño mimado.

—Está bien, vale —dije tras pensarlo un instante, porque empecé a sentir hambre. Además, ya eran más de las siete y lo último que había comido fue al mediodía. Salir a buscar algo para cenar no me pareció mala idea. Tomé mi cartera de la mesa que estaba junto a la puerta y salí, pero Phi Fu me agarró del brazo. Su rostro de rasgos chinos se puso muy serio y frunció el ceño al instante.

—¿Qué pasa?

—Está demasiado corto.

—No está corto.

—Ve a cambiarte ahora mismo.

—¡Dios mío! ¿Otra vez con lo mismo? Siempre me visto así y nunca ha pasado nada.

—Tiene como el largo de una mano. Y además se abre mucho, se puede ver todo lo que llevas dentro —dijo Phi Fu, y se le notaba que se estaba enfadando, mientras su tono se volvía más severo. En cuanto empezaba a regañarme sin parar, me daban ganas de hacer todo lo contrario de lo que me decía; mi lado más rebelde salía a la luz automáticamente.

Puse una mueca de disgusto y arrugué la cara.

—Y si no quiero cambiarme, ¿qué vas a hacerme?

—Moo, es que es demasiado corto. Y vas a ir a sentarte en un sitio público a comer.

—Siempre me visto así. ¡Ay, Phi Fu! Espera, ¡suéltame! —grité.

Aún no había terminado de hablar cuando me arrastró de vuelta a la habitación. Me dio la vuelta para ponerme de espaldas a él y, cuando intenté oponer un poco de resistencia, me dio un golpe tan fuerte en las nalgas que di un salto.

¡¿Pero qué te pasa?! ¡Ya no soy un niño pequeño! ¿Por qué no puedes dejar de darme golpes como cuando era pequeño?

—Eres terco como una mula.

—¡Ay! ¿Qué te pasa, Phi Fu? ¿Estás loco?

—Cámbiate los pantalones inmediatamente.

En sus ojos rasgados se veía una expresión tan seria y decidida que se me acabaron todos los argumentos. Cuando a Phi Fu se le metía algo en la cabeza, no había quien lo hiciera

cambiar de opinión ni escuchar razones. Y en ese momento estaba exactamente así. ¡Pero si Tailandia es un país tropical! Todo el mundo lleva pantalones cortos. ¿Cuál es el problema? ¡Siempre me he vestido así y nunca ha pasado nada malo!

—Solo vamos a comer a un sitio de aquí cerca.

—Cámbiate.

—No quiero, me da mucha pereza. ¿No ves que tengo mucha hambre?

—Ve a cambiarte ya mismo —dijo Phi Fu, con el rostro totalmente tenso y serio. Usaba ese tono de voz con el que me amenazaba desde que éramos pequeños, y que seguía usando, aunque yo ya era casi un adulto.

De los tres hermanos Tong, Phi Fu era el que más miedo me daba.

—No pongas esa cara de enfado.

—Es que no quiero cambiarme.

—¿Cómo puedes salir a la calle con algo tan corto? ¿Es que no te das cuenta de nada, Moo?

—Es que...

—Cuida un poco de ti mismo. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo?

—Es mi cuerpo y puedo vestirme como me dé la gana, ¿no? ¿Conoces esa frase de «no me digas cómo vestirme»?

—Tú no te cuidas, pero yo sí lo hago por ti.

—¿Qué...?

—Yo me encargo de cuidarte. ¿Lo entiendes bien?

... ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

¿De qué se pone celoso este loco? Si me conoce desde que era un niño pequeño, ¡y todavía quiere tener celos de todo el mundo! Me parece de lo más absurdo y ridículo.

—¿Es que te gusta que todo el mundo se quede mirando tus piernas?

—¿Puedes dejar de controlarme de esta manera? Lo que hago o dejo de hacer es asunto mío y de nadie más.

—Es que siempre te sientas y cruzas las piernas. ¿Te has fijado bien lo mucho que se abren esos pantalones cortos que llevas puestos?

—Phi Fu.

—No me gusta que te vistas así. No seas tan terco y obstinado.

—¿Así que tengo que cambiarme solo para que a ti te guste más, Phi Fu?

...

—A mí me gusta vestirme así. Me encanta llevar esta ropa. ¿Por qué me obligas a cambiarme si no hago nada malo?

—Es demasiado llamativo y atrevido.

—¿Atrevido en qué sentido? ¿De qué manera? Aunque me miren, ya me encargo yo de regañarlos bien. ¿Qué derecho tienen a quedarse mirándome? Me visto como quiero y como me gusta, pero eso no significa que me apetezca que me miren de esa forma.

—¿Y crees que vas a poder impedirselo?

—Cada uno debe saber controlarse a sí mismo, no andar diciéndole a los demás cómo tienen que vestir.

...

—Ya sea quien vende la ropa o quien la lleva puesta, lo que uno se pone es asunto exclusivamente suyo. ¿Por qué tienes que meterte en lo que hago?

—Moo.

—Además, tú y yo no tenemos ningún vínculo ni relación todavía. ¿Por qué tendría que importarme si sientes celos o no?

...

El hermano mayor de mi amigo se quedó totalmente callado al escuchar esa respuesta. El ambiente en la habitación se volvió incómodo y tenso al instante. Lo miré otra vez y solté un suspiro muy largo. Sabía que mis palabras habían sido un poco duras para alguien que, en secreto, sentía algo por mí. Pero era la pura verdad. Phi Fu me controlaba en exceso. Sabía que lo hacía porque se preocupaba por mí, pero este cuerpo es lo que más quiero y valoro en todo el mundo. Quiero hacerme tatuajes, quiero beber, quiero ir a fiestas, quiero vestir de forma llamativa... ¿qué tiene de malo hacerlo si es lo que me apetece? No entiendo por qué molesta tanto a los demás.

Después de toda esta discusión, se me había quitado la mitad del hambre. Me quedé parado allí, mirándolo fijamente. Él no decía nada, pero se notaba claramente que su expresión se había vuelto triste y apagada. Verlo así me causaba una cierta irritación. Al final, solo pude soltar un suspiro lleno de fastidio y darme la vuelta hacia mi armario.

—¡Está bien! Me cambiaré, ya está.

¡Qué pesadez! ¿Por qué tiene que armar todo este escándalo solo por si unos pantalones cortos son más o menos largos? Ni siquiera mi madre me dice nada. ¡Es un verdadero obsesivo por controlarlo todo!

Me cambio solo porque sí, pero seguiré llevando pantalones cortos. Solo elegiré unos que no sean tan ajustados ni dejen ver tanto. Lo hago únicamente porque no quiero volver a ver esa cara de tristeza que pone cuando se enfada o se decepciona. ¡Muy bien, solo por esta vez cedo! ¡Pero la próxima no me dejaré convencer tan fácilmente!

¡Viejo celoso y posesivo!

Capítulo 7

—No.

—[...] Moo.

—Ven a buscarme ahora mismo.

[No puedo ir, ya te lo dije. ¿Puedes dejar de ser tan caprichoso?]

—¡Tai! Es que no quiero ir con nadie más. Quiero ir contigo. Solo ven a buscarme un momento, ¿vale? Por favor, te lo pido.

[No. Esta vez no voy a ceder ante tus deseos, Moo.]

—¡Tai! ¡Tai, idiota!

En cuanto me colgó, empecé a dar patadas fuertes en el suelo para desahogar toda mi frustración.

Hoy era el día en que Tai tenía que venir conmigo a casa para visitar a Sim Yok, que acababa de tener a su bebé. Ya había salido del hospital y descansaba en su hogar. Como no teníamos clases, aprovechamos la oportunidad para ir a verla y llevarle un regalo al pequeño recién nacido.

¡Pero resulta que, a la hora que habíamos acordado por la mañana, Tai me llamó para decirme que no podía pasar a buscarme porque tenía un asunto urgente que atender, y que tendría que ir con su hermano mayor en su lugar! ¿¿Pero qué diablos?? ¿Cómo se le ocurre decirme que vaya con Phi Fu? ¿No era precisamente ir con él lo que siempre me causaba problemas y conflictos?

Se me arrugó toda la cara de pura molestia. Me puse de mal humor al instante solo de pensar que tendría que viajar y pasar todo ese tiempo con ese hombre tan gruñón y complicado. ¿De qué se pondría a quejarme esta vez?

Bueno... está bien, no voy a darle importancia. Solo aguanta un poco más, Moo. Pronto llegaremos a casa de la familia Tong y todo habrá terminado. Al fin y al cabo, no es nada del otro mundo: solo es el hermano mayor de mi mejor amigo. ¿Tan difícil puede ser aguantarlo un rato?

Me vestí con ropa adecuada y apropiada para la ocasión, tratando de dejar a un lado mi mal humor. Cuando tuve todo listo y preparados los regalos que llevábamos, salí de mi habitación y me paré justo enfrente de la puerta de Phi Fu. Respiré hondo, levanté la mano y llamé.

Primera vez: solo silencio absoluto al otro lado.

Llamé otra vez, con mucha más fuerza y ruido.

—¡Phi Fu... Phi Fu!

¿Pero qué pasa? ¿Por qué no contesta todavía? ¿Estará muerto o qué diablos le pasa?

—¡Phi Fu! —grité, aunque sin atreverme a levantar mucho la voz, por miedo a que saliera alguien de otra habitación y me regañara por hacer tanto escándalo.

Me aparté un poco, crucé los brazos y me quedé mirando fijamente esa puerta cerrada. A pesar de que había llamado con mucha fuerza y lo había llamado varias veces, la persona que estaba dentro no daba ni la más mínima señal de vida. Solté un gran suspiro que se escuchó claramente, dejé mis cosas en el suelo y saqué el teléfono para llamarlo directamente.

¿Qué estará haciendo ahí dentro? A este paso vamos a llegar tarde, vamos a llegar a casa mucho más tarde de lo planeado.

La primera llamada sonó muchísimo tiempo, hasta que finalmente se activó el buzón de voz. Volví a marcar su número una y otra vez, seguidas veces. Al final, por suerte, el cielo se apiadó de mí y Phi Fu contestó.

[¿Sí...?]

—Hermano Fu, ven a abrir la puerta ahora mismo. Tai me dijo que teníamos que ir juntos.

[¿Ir adónde?]

—¡Hoy vamos a ir a visitar a Sim Yok! ¡Por todos los cielos! ¿Es que todavía no te has despertado?

Empecé a quejarme por el teléfono. Su voz, lenta y arrastrada por el sueño, me hizo darme cuenta al instante de que Phi Fu todavía seguía metido en la cama. Otra vez estábamos en las mismas. Siempre que se le ocurría dormir hasta tarde, era increíblemente difícil lograr que se despertara. Podías llamarlo, gritarle o incluso hacer un escándalo que tirara la casa abajo, y él seguía sin enterarse de nada.

—Ven a abrirme la puerta, por favor.

[Voy...]

—¡Sí, pero levántate de una vez! No seas tan perezoso —tuve que hablarle con firmeza y casi amenazarlo, porque si no, Phi Fu se pasaba el tiempo dando vueltas en la cama y nunca se decidía a salir. Este hombre tenía un sueño tan pesado que era casi imposible despertarlo. No sé en qué clase de trabajo se pasa el tiempo que lo deja tan agotado.

Incluso cuando yo salgo de fiesta y vuelvo a las tres o cuatro de la madrugada, me cuesta mucho menos levantarme que a él.

Colgué y me quedé esperando. Al cabo de un buen rato, la puerta del dormitorio se abrió y apareció la figura alta de su dueño. Me quedé parado con las manos en las caderas, mirándolo con atención. Phi Fu estaba de pie, pero con los ojos todavía cerrados y la cabeza apoyada pesadamente contra el marco de la puerta. Parecía completamente acabado: tenía unas ojeras muy marcadas, el cabello totalmente revuelto... en verdad se veía en un estado lamentable.

—¡Por el amor de Dios, despierta de una vez! Hoy tenemos que ir a ver a la tía Sim —le dije, entrando en su habitación y tirando de su brazo para sacarlo de allí.

Detrás de mí no dejaba de oírse su forma de bostezar sin parar. Phi Fu ya tenía los ojos pequeños de por sí, pero en ese momento apenas se le veían; daba igual si los tenía abiertos o cerrados, porque no se notaba la diferencia.

Iba caminando, tambaleándose de un lado a otro, así que comprendí que tenía que tomar cartas en el asunto y ayudarlo. Apenas tenía ganas ni fuerzas para moverse. Ese muchacho lleno de energía y siempre tan pesado que conocí de pequeño había desaparecido por completo; ahora solo quedaba un hombre sumido en el sueño, que lo único que deseaba era volver a acostarse y seguir durmiendo.

Y su habitación... estaba más desordenada que nunca. Parecía como si hubieran soltado diez perros huski siberianos correteando por todos lados. Había papeles, envoltorios de golosinas y ropa tirada por cada rincón. ¡Qué desastre de hombre estaba hecho!

—¡Phi Fu! ¡Despierta de una vez!

—Sííí...

—¡Ve a bañarte ya mismo! Daté prisa, que si no vamos a llegar muy tarde —le dije, empujándolo hacia el baño.

Phi Fu asintió con mucha debilidad y se dio la vuelta para caminar... pero en lugar de entrar al baño, abrió la puerta que daba al pasillo.

¡Ay, Dios mío! ¿Cómo es posible que tenga tanto sueño?

—¡Ven aquí! —exclamé.

Decidí ocuparme yo mismo: lo agarré del brazo y lo llevé hasta el interior del baño. Lo puse de pie justo frente al lavabo y le eché agua fría en la cara. Phi Fu soltó un quejido de protesta, como si con eso hubiera empezado a recobrar un poco la conciencia. Me aparté un momento, fui a buscarle ropa adecuada y volví enseguida.

El guardarropa de Phi Fu se componía básicamente de camisetas sencillas y pantalones holgados, de ese estilo que usan los hombres ya mayores, como si fuera un tío cualquiera.

Cada vez que lo veía vestido así, me dolían hasta los ojos. Hasta Tai tenía un mínimo de gusto y sabía cómo vestir bien.

Saqué el conjunto que me pareció más apropiado para llevar hoy y regresé al baño. Entonces abrí los ojos de par en par, totalmente sorprendido: la cabeza pesada del hermano mayor de Tai ya estaba hundida por completo dentro del lavabo.

¡Dios mío! ¿Es que se ha quedado en cuarto grado de primaria? Siento como si estuviera cuidando y vigilando a un niño pequeño. ¡Qué cansancio me da todo esto!

—¡¡Despierta ya!! —le grité casi pegado a su oído.

—Sííí... —respondió esta vez con un poco más de reacción.

Se incorporó un poco, aunque seguía con los ojos cerrados. Volvió a bostezar, se rascó la cabeza —dejándose el cabello aún más revuelto si cabía— y tomó la ropa de mis manos. Luego, por fin, abrió los ojos y se quedó mirándome, mientras yo seguía parado frente a él con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Date prisa y báñate. Y procura no volver a quedarte dormido. ¡Muévete rápido!

—¿No podríamos ir mejor mañana, Moo? —me preguntó con voz cansada.

—¡De ninguna manera! —le respondí tajante.

—Es que solo me acosté a dormir a las ocho de la mañana. Acababa de llegar de entregar un trabajo en la universidad y estaba agotado.

Phi Fu murmuraba con voz queda. Bajé los brazos y lo miré a la cara; por su expresión, se notaba que decía la verdad. Parecía un zombi, completamente agotado y sin ninguna energía.

¡Qué pesadez! ¿No sería mejor que fuera yo solo? Con el sueño que tiene, dudo mucho que logre aguantar todo el trayecto sin caerse o quedarse dormido en cualquier sitio.

—Está bien, entonces me iré solo en taxi.

—No. No hace falta, ya estoy despierto —respondió de inmediato.

—Se te ve muy cansado. Deberías quedarte a descansar.

—No, no. Ya te digo que ahora mismo me meto a bañar y me despierto del todo.

—Lo digo en serio. ¿Por qué te empeñas en ir si estás tan agotado?

—Porque quiero ir contigo —dijo con firmeza.

¡Ay, bueno! Pues si tiene tantas ganas de acompañarme, que venga entonces. No entiendo nada: cada tres segundos parece que se va a caer de cara al suelo del sueño que tiene, y aun así se pone terco y no cambia de opinión. Siempre es él quien me regaña a mí por ser caprichoso, pero míralo ahora: cuando se le mete algo en la cabeza, no hay quien lo haga escuchar razones ni a nadie.

Salí de su habitación y me senté en el pasillo a jugar con el teléfono. Pasaron casi veinte minutos largos hasta que por fin dejaron de oírse ruidos y agua corriendo en el baño. Poco después, Phi Fu salió. Se le veía un poco más despierto que antes, aunque seguía teniendo ese aire apagado y lento, como si fuera un tío mayor sin ninguna prisa ni entusiasmo.

Como ninguno de los dos tenía coche, tomamos un taxi para ir hasta la casa de su familia. Antes le había preguntado por qué no le pedía uno a sus padres. Hasta Tai tenía el suyo propio, y aunque la familia Tong vivía bien, tampoco es que fueran millonarios ni nada por el estilo; comprar un coche de segunda mano no debería haber sido un problema tan grande. Sin embargo, él se empeñaba en seguir usando su moto vieja y destartalada. Bueno, al fin y al cabo, era asunto y problema suyo; no me interesaba meterme en eso ni discutirlo.

—¿Phi Fu? —llamé su atención.

Apenas habíamos salido del edificio de apartamentos cuando la cabeza pesada del hermano mayor Tong se desplomó de golpe sobre mi hombro. Su respiración se volvió lenta y regular; se había quedado profundamente dormido en cuestión de segundos. Le di varios codazos y lo moví un poco, pero fue inútil: no hubo forma de despertarlo ni de que reaccionara.

—Phi Fu... me duele el hombro, pesa demasiado —me quejé.

No habíamos viajado ni diez minutos y ya me sentía cargar con todo su peso. Sus hombros eran anchos y fuertes, y su cabeza me parecía increíblemente pesada. Solté un suspiro, con mucho cuidado levanté su cabeza y la acomodé suavemente sobre mis rodillas. Phi Fu se movió y se removió un poco al cambiarlo de posición, pero enseguida se quedó inmóvil y tranquilo otra vez.

Me incliné un poco hacia abajo para observarlo mientras dormía allí mismo, recostado sobre mis piernas. Sin esa energía intensa y esa mirada siempre alerta y exigente que tenía cuando estaba despierto, no parecía más que un chico normal y corriente, igual que cualquier otro. Se veía tranquilo, sin malas intenciones ni esa actitud que tanto me sacaba de quicio.

¿Es esta la misma boca que no para de regañarme y decirme qué hacer?

Me entraron ganas de hacer travesuras y empecé a darle pequeños toquecitos con el dedo en la cara. Cuando vi que fruncía el ceño y soltaba unos quejidos bajos, me pareció todavía más divertido. Le toqué la mejilla, luego la nariz... así se me hacía más corto el viaje y menos aburrido.

—¡Ay! —exclamé y me quedé totalmente inmóvil cuando una mano grande atrapó la mía, que seguía tocándole la cara. Phi Fu agarró mi mano y la apretó contra su propio rostro. Su aliento cálido me rozaba el brazo y me provocaba una sensación extraña, algo que no estaba acostumbrado a sentir y que me descolocaba un poco.

Por el amor de Dios, Moo, quita la mano ya mismo. ¿Por qué se la dejas sujetar así? ¿Qué estás haciendo?

Pero al instante siguiente me quedé completamente paralizado: Phi Fu cambió de postura y giró la cabeza hacia mi mano, de modo que mis dedos rozaron sus labios. Me quedé rígido, sin atreverme a mover ni un músculo ni hacer nada. Sabía que probablemente no lo había hecho con intención, pero a cualquiera le resultaría incómodo sentir cómo los labios de otra persona le tocan la mano de esa manera.

Y mucho menos si esa persona era Phi Fu.

Aquello no era muy diferente de si me hubiera dado un beso en la mano...

Quise retirar mi mano de inmediato, pero me detuve y dudé. Era la primera vez que veía a Phi Fu dormir tan profundamente, tan tranquilo y apacible, igual que un niño pequeño. Al final solo pude soltar un suspiro y dejar mi mano allí, como si fuera su almohada. Me quedé mirándolo dormir, y la verdad es que resultaba bastante agradable verlo así. Me ayudó mucho a pasar el tiempo durante todo el recorrido. Incluso le di unas cuantas palmaditas suaves en la espalda o en los glúteos. Este hombre dormía con una tranquilidad y un sosiego increíbles, como si fuera un bebé.

Pasó casi una hora entera hasta que por fin llegamos a la casa de Phi Fu. Lo sacudí con cuidado para despertarlo. Me miró totalmente confundido y desorientado, con el cabello hecho un desastre y los ojos apenas entreabiertos, sin entender dónde estaba ni qué pasaba. Le dije que esperara fuera un momento mientras yo pagaba al taxista. Si le hubiera dicho que pagáramos a medias, seguramente ni se habría enterado ni habría reaccionado de ninguna manera. Seguía con un sueño tremendo y pesado. En ese momento hubiera sido muy fácil aprovecharme de él o hacerle cualquier broma... pero por supuesto que no lo haría. Era el hermano mayor de mi mejor amigo; jamás se me ocurriría tratarlo así ni abusar de su estado.

Caminamos juntos por el callejón que llevaba hasta la casa. El coche de Tai estaba aparcado justo en la entrada. Nos quitamos los zapatos y entramos al mismo tiempo. En cuanto vi a Sim Yok sentada en el sofá, sosteniendo entre sus brazos al pequeño recién nacido, se me iluminó la cara con una gran sonrisa y corrí directo hacia ella.

—¡Tía Siiim! ¿Dónde está mi sobrino? —pregunté con los ojos brillantes de emoción, mientras me agachaba para ver al pequeño bebé de piel sonrosada. Era realmente precioso y se parecía muchísimo a su madre. Sonreí aún más al verlo bostezar con la boca muy abierta. ¡Qué ternura más grande!

—Tío Jek Pa, muy buenos días —dije, volviéndome para saludar al esposo de la tía Sim. Luego saludé también a los padres de Phi Fu y a la abuela, que estaba sentada cerca,

observándolo todo con una sonrisa amable. La verdad es que tengo una relación muy estrecha y cariñosa con toda esta familia. Aunque no somos parientes de sangre, nuestros padres se llevan tan bien como si fueran hermanos. Y claro, tampoco es casualidad: solo hay dos familias de ascendencia china en todo el barrio, así que es normal que se tengan tanto aprecio y se lleven tan bien.

—¡Oye, Ah Fu! ¿Adónde vas con tanta prisa? —le preguntó su madre.

—Me voy a dormir un rato, mamá. Tengo mucho sueño —respondió él con pocas palabras, mientras subía las escaleras con paso inseguro y pesado.

Se notaba claramente que el hermano mayor de Tai estaba tan agotado que ya no podía más. Ni siquiera se detuvo un momento para ver o saludar al recién nacido, su propio sobrino.

—¿Por qué tiene tanto sueño? —me preguntó Tai en voz baja, acercándose a mí.

—Me dijo que se había acostado a dormir a las ocho de la mañana —le conté.

—¿¡A las ocho de la mañana!? ¿Qué diablos estaba haciendo despierto a esas horas? —se sorprendió él.

—Supongo que trabajaba o estudiaba, como siempre —respondí, basándome en lo que sabía de él. Phi Fu cursaba la carrera de arquitectura y pasaba noches enteras sin dormir, terminando proyectos y trabajos que les encargaban los profesores. A veces incluso traía compañeros a su habitación y hacían ruido hasta el amanecer, pero en cuanto conseguía meterse en la cama, se quedaba profundamente dormido como un tronco, y nada ni nadie lograba despertarlo.

—Ya entiendo —dijo Tai.

¡Claro que entiendes! ¡Si vivo en el mismo edificio y mi habitación está justo al lado de la de tu hermano! ¿Cómo no iba a saberlo?

—Tío Ti, ¿dónde habías ido a hacer las compras? ¿Por qué tardaste tanto? —llamó Jek Pa, pidiendo que se acercara alguien más.

Entró entonces con paso tranquilo un chico alto y le entregó lo que había traído. Cuando me vio, levantó la mano para saludarme, manteniendo siempre una expresión muy seria y formal. Apenas tuve tiempo de devolverle el saludo, tan rápido había sido todo.

Este chico se llama Ti y es el hijo menor de la familia Tong. En esta casa, Phi Fu es el mayor, Tai ocupa el lugar del medio y Ti es el pequeño de todos. Creo que lo conozco bastante bien. Ahora está en la secundaria, y va al mismo colegio al que yo fui cuando tenía su edad. No solo yo, sino casi todos los jóvenes que viven por esta zona estudian allí.

De los tres hermanos, Ti es sin duda el que más me cuesta comprender y tratar. Créanme cuando les digo que, aparte de los rasgos de la cara, los tres hijos de la familia Tong no se

parecen en nada el uno al otro. El hermano menor es muy reservado y casi nunca me dirige la palabra, aunque voy a su casa con mucha frecuencia. No es nada amable ni abierto a la conversación como sí lo son Tai o Phi Fu.

Me quedé un buen rato sentado charlando con todos los presentes en casa de los Tong, hasta que finalmente pedí permiso para retirarme. Fue entonces cuando Tai me pidió que subiera a despertar a Phi Fu para que bajara a almorzar. Ya era casi la una de la tarde y nadie sabía si seguía dormido o qué le había pasado, pues había desaparecido por completo. Hasta la abuela había preguntado por él con mucha curiosidad. Al principio no tenía ninguna intención de subir y molestarlo, pero al final no pude resistirme a tanta insistencia por parte de Tai y terminé aceptando hacerlo.

¡Qué pesadez! Solo subo y lo hago por complacer a la abuela, ¿eh? ¡Qué lata tener que hacer esto!

—Phi Fu —llamé suavemente mientras abría la puerta de la habitación del hermano mayor de Tai y entraba.

¿Cómo sabía yo cuál era su habitación? Sin ánimo de presumir ni nada por el estilo, pero cuando éramos pequeños esta casa era nuestro patio de juegos y pasábamos aquí el día entero. Conozco cada rincón, cada pasillo y cada habitación mejor que los propios dueños de la casa.

Ya había estado antes en esta habitación, concretamente cuando estábamos en la escuela primaria. En esa época éramos muy traviosos y rebeldes, y corríamos de un lado a otro jugando al escondite en todos los rincones de la casa. Solo de acordarme de aquellos tiempos se me escapa una sonrisa. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había puesto un pie aquí, y todo había cambiado bastante con el paso de los años. Esta habitación estaba mucho más ordenada y arreglada que el desastre que había visto esa misma mañana en su apartamento.

Se me escapó una pequeña risa al verlo allí, tendido completamente inmóvil sobre la cama. Decidí dejarlo descansar unos minutos más y aproveché ese momento para mirar con atención todo lo que había a mi alrededor. Había pilas y pilas de libros de texto universitarios mezclados con algunos cómics. Al mirar con más detenimiento, descubrí en una esquina un mueble con vitrinas donde guardaba sus trofeos y reconocimientos. Allí también había fotografías muy bien enmarcadas de Phi Fu cuando estudiaba la secundaria, que se veían muy bien cuidadas.

Todos en esta familia tienen una gran facilidad para estudiar y aprender; sin duda es algo que han heredado de sus padres, que también fueron muy buenos estudiantes en su época.

Seguí caminando despacio hasta detenerme frente al escritorio que estaba situado justo al lado de la ventana. Me senté allí y me quedé mirando cómo se movían suavemente las ramas de los árboles bajo la luz brillante del sol. Me quedé observando ese movimiento un buen rato y, sin darme ni cuenta, empecé a sonreír con tranquilidad y calma.

—Toma.

—¿Qué es?

—Que te lo lleves.

—Pero ¿qué es esto?

—Es una muñeca que funciona con energía solar. Se mueve cuando le da la luz del sol.

—Ah, ¡qué bonito! Muchas gracias.

—¿Es verdad que te vas a cambiar de colegio cuando empieces la secundaria? Seguro que te olvidas de mí, ahora que vas a empezar el último curso y estás tan crecido.

—¡Qué exagerado eres! ¿Cómo iba a olvidarme de un niño tan travieso como tú? Esta misma tarde subiré a tu habitación y jugaremos juntos a Tai y a ti.

—Jaja. Phi Fu, ¿es que no vas a...?

—Dime Fu, solo Fu.

—¿Qué te pasa, mi príncipe?

—¿Podemos hablar un momento, por favor?

En ese punto detuve todos mis pensamientos y recuerdos, y me volví hacia la cama para mirar a la persona que seguía profundamente dormida. Ni siquiera parecía darse cuenta de que había alguien allí observándolo.

Phi Fu, con sus veintidós o veintitrés años, no había cambiado casi nada. Seguía siendo exactamente la misma persona de siempre.

Era igual en todo: ese rostro de rasgos asiáticos, su cuerpo alto y delgado, esa personalidad de hombre serio y a veces un poco gruñón... y, sin embargo, era quien mejor cuidaba de todos nosotros y quien más se preocupaba por los demás. El que cumplía a la perfección con su papel de hermano mayor responsable, tanto con Tai como con Ti, y también conmigo...

Suspiré profundamente.

¿En qué tonterías estás pensando ahora otra vez, Moo?

Ya ha pasado mucho tiempo desde aquellos días en que solía darle golpes en la cabeza con un palo o un bate de jugar...

Todo eso solo debe quedar como un recuerdo, nada más, Moo. Con Phi Fu... las cosas son así y no pueden ser de otra manera.

—Phi Fu, ¿se puede tener novia cuando se está en tercer año de secundaria?

—¿Qué dices? Vete a jugar a otra parte y déjame tranquilo.

—¿Con quién estás hablando ahí en secreto? Se lo voy a contar todo a la abuela, ya lo verás.

—¡Para ya mismo de hacer eso!

—¿Es que ya tienes novia o todavía no tienes a nadie?

—¿Y qué si la tengo? ¿Es que tienes celos o qué te pasa?

—¿Te gustan las chicas?

—Si no me dejas que me gusten las chicas, ¿entonces quieres que me gusten chicos como tú?

...

—¿Acaso no a todos los hombres les gustan las mujeres? Tú también deberías fijarte en alguna chica, Moo. ¡Hasta te vi escondiendo un regalo para alguien! ¿Quién era esa estudiante mayor que tú? Vamos, dímelo. ¡Oye! ¿Adónde corres ahora, Moo... Moo!

Me siento tan tonto por haber llegado a sentir algo tan absurdo alguna vez.

Maldición...

Ese Phi Fu.

Ese idiota.

Capítulo 8

—¡Si ibas a venir tan temprano, por qué no pasaste a buscarme a las tres de la madrugada, idiota!

—¿De qué te quejas? ¿Estás de mal humor solo porque he venido a llevarte a la universidad?

—¡Ay! ¿Qué te pasa hoy? Y encima me obligas a levantarme antes de tiempo. ¡Qué pesadez!

—Hablas demasiado. Si no condujeras como un loco, no tendrías que depender de mi coche para ir a ninguna parte.

—Estoy harto de ti. Pásate a buscarme cuando te dé la gana, como siempre haces lo que te da la real gana.

—Sube de una vez.

—¡Ya voy, ya voy!

—Siempre estás poniendo pegas y haciendo berrinches conmigo. Si prefieres ir con mi hermano mayor, solo tienes que decirlo. No hace falta que te hagas del rogar ni que pongas tantas trabas. Se nota mucho, ¿sabes? La próxima vez, deja que sea él quien te lleve. Al fin y al cabo, vivís en el mismo edificio.

—¡Tai, cierra la boca ahora mismo! Te digo claramente que no me subo a la moto de tu hermano mayor, ¿me oyes bien?

Moo puso una mueca de disgusto antes de subir al coche de Tai. Se puso el cinturón de seguridad y se quedó esperando a que él lo llevara hasta la universidad. Tai tenía un humor extraño ese día: se había levantado muy temprano para hacer ejercicio y había decidido pasar a buscarlo a las siete de la mañana. Lo había llamado para despertarlo a las seis. ¡A las seis de la madrugada! Habían discutido un buen rato por teléfono antes de encontrarse. Moo no entendía cuál era la prisa ni por qué tanta urgencia; la universidad estaba apenas a unos pocos kilómetros de distancia. ¡Qué forma de ser la de Tai! Siempre tan caprichoso y arbitrario. Se había levantado temprano para salir a correr y tenía prisa por llegar rápido a la facultad, pero ni siquiera se había molestado en preguntar a su amigo si también quería madrugar tanto. Por supuesto, Moo no tuvo más remedio que aceptar y ceder. Al fin y al cabo, dependía del coche de Tai para llegar a las clases, así que tuvo que levantarse cuando todavía estaba oscuro y prepararse con mucha prisa.

—Deja de poner esa cara de enfado. No es para tanto.

—¡Pero si las clases empiezan a las nueve y apenas son las siete de la mañana!

—Luego te quejarás también cuando vayamos a desayunar. ¿Acaso alguna vez has llegado con tiempo suficiente para esperar al profesor antes de que empiece la clase?

—Sí, claro que sí.

—Pues todo eso es gracias a que yo te apuro y te hago madrugar.

—Ay, ¡qué pesado eres!

Le dolía tener que reconocerlo, pero no podía llevarle la contraria porque era verdad. Dentro de nuestro grupo de amigos, Tai siempre era quien se encargaba de llevarnos a todos y de organizarlo todo.

—¿Prefieres desayunar fuera o en la propia universidad?

—Mejor aquí, en la cafetería. Así esperamos a que llegue Tian.

—De acuerdo.

Tai condujo directamente hasta el edificio de la facultad. Como todavía faltaba casi una hora para que empezaran las clases, decidieron quedarse esperando en la cafetería hasta que apareciera Tian. Él solía venir en transporte público, por lo que casi siempre llegaba más tarde que el resto, normalmente a esa misma hora.

Moo bajó la vista para mirar el reloj y, cuando volvió a levantar la cabeza, su otro amigo ya estaba sentado a la mesa con ellos.

—¿Cómo es que has llegado tan temprano hoy, Moo?

—¿Y qué otra razón puede haber? Tai se empeñó en pasar a buscarme a primera hora. Si fuera por mí, todavía estaría durmiendo en mi cama.

—¿Fuiste tú quien pasó a buscarlo?

—Sí, claro.

—Pero ¿qué te pasa hoy? ¿No me habías dicho antes que preferías que fuera con tu hermano mayor?

—Simplemente me desperté temprano y se me ocurrió venir a buscarlo. ¿Ya has terminado de comer? Date prisa, que tenemos que subir a las aulas —dijo Tai con tono de queja, mientras empujaba el plato de arroz con cerdo hacia Tian para que comiera más rápido.

—Te estás comportando de una forma muy extraña hoy. ¿Estás seguro de que no te pasa nada ni tienes ningún problema? —le preguntó Tian, extrañado por su actitud.

—Estoy perfectamente. ¿Por qué lo preguntas? ¿Es que no puedo levantarme temprano para hacer ejercicio de vez en cuando?

—No, no... solo preguntaba. Si no te pasa nada, mucho mejor.

Si Tai decía que todo iba bien, Moo no tenía intención de insistir más. Su buen amigo podía ponerse de muy mal humor por las mañanas y era mejor no molestarlo.

—Oye, Moo —le dijo Tian de repente, mientras desayunaban, dándole un codazo suave en el brazo.

—¿Qué pasa? —preguntó Moo levantando una ceja, esperando a que continuara.

—¿Te acuerdas de ese amigo mío del que te hablé? El que está en el mismo grupo de inglés y con el que hacemos los trabajos en equipo. Ese chico tan amable y agradable.

—Ah... —asintió Moo despacio. Recordaba vagamente que Tian le había contado que ese chico siempre lo ayudaba con las tareas y que incluso le había traído un montón de dulces y golosinas como agradecimiento por haberlo ayudado a aprobar un trabajo escrito importante.

—Pues es él. Me pidió que te preguntara si estás soltero.

—Este Moo no está soltero —intervino Tai de inmediato.

—¡Tai! —exclamó Moo, molesto. A veces Tai se quedaba callado como una tumba, pero otras veces soltaba comentarios muy directos e inoportunos sin ningún reparo. ¡Qué pesado podía llegar a ser!

—Yo le dije que sí lo estabas, pero no creo que le gustes tanto. Es muy probable que ya tenga a otra persona que le interesa y que solo me preguntara por pura curiosidad —comentó Tian.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque es muy tranquilo y reservado, igual que tú. Y, además, te aviso, es mucho más guapo y agradable que tú.

¡Vaya! ¿Es que hoy se habían puesto todos de acuerdo para meterse conmigo? ¿Por qué de repente tanto Tai como Tian empezaban a tratarme así? ¿Qué es lo que no me hacía agradable o atractivo? Con mis ojos de párpado único, tan típicos de rasgos chinos, y mis mejillas redondas y suaves como bollos recién hechos... ¿cómo era posible que no me consideraran guapo? De verdad que no entendía nada de lo que pasaba.

—¡Yo sí soy muy atractivo y encantador! —afirmó Moo, indignado.

—Tienes un rostro bonito y agradable, sí, pero cuando uno llega a conocerte bien y descubre cómo eres en realidad... —empezó a decir Tai.

—Pero ¿qué pasa con mi personalidad? Habla claro y bien, Tai, ¿qué quieres decir exactamente?

—En ese caso, mejor me callo y no digo nada. Me voy ya mismo —dijo Tai levantándose de la mesa.

—¡Tai! ¡Oye, espera, Tai!

¡Qué pesadez insoportable! ¿Cuál era el problema que tenía mi amigo conmigo hoy? ¿Por qué se comportaba así?

Moo señaló con el dedo la espalda de Tai mientras se alejaba caminando hacia el edificio. Su amigo, que tenía una lengua muy afilada y maliciosa, se dio la vuelta y le hizo un gesto grosero con la mano antes de irse definitivamente, dejándolo solo con Tian, que todavía estaba terminando su desayuno. Tian soltó una risa al ver esa escena.

—¿Por qué se pelean todos los días sin falta? Incluso Tai, que suele ser tan tranquilo...

—¡Porque siempre es él el que empieza a molestar y a provocar a la gente, ¿verdad que sí?! —se defendió Moo.

—Bueno, tienes razón, pero tú tampoco te quedas muy atrás en eso, pequeño chino —le dijo Tian con una sonrisa burlona.

—¡Te he pedido mil veces que dejes de llamarme así, ¿me oyes?! —le reclamó Moo, molesto.

—Sin embargo, cuando ese otro chico te llama “hermano mayor”, no te quejas ni te enfadas tanto como conmigo —señaló Tian.

¡Si me he quejado tanto y tantas veces que ya no sé ni qué más decir ni cómo protestar! Al final me cansé de hacerlo y decidí dejarlo correr y no darle más importancia.

—Hace tiempo que no veo a tu Phi Fu —comentó Tian de repente.

—¿Cómo lo vas a ver si hace poco que entregó un trabajo muy importante y difícil? Lo más seguro es que esté profundamente dormido en su habitación, como si hubiera muerto —respondió Moo.

—Otra vez hablando mal y diciendo palabrotas del hermano mayor de tu mejor amigo —le reprochó Tian mientras recogía sus cubiertos. Con mucha amabilidad, también tomó el plato de Moo para llevarlo junto con el suyo.

Caminaron juntos hacia el edificio de clases y entraron al aula, donde apenas había la mitad de los estudiantes matriculados. Esto era algo muy habitual y normal: en las clases de la mañana, especialmente cuando empezaban a las ocho y media, casi nadie tenía ganas de

levantarse temprano y asistir. El propio Moo ya había faltado a varias de estas clases en otras ocasiones.

—¡Ejem, señor Famoso! Deja ya de sacar fotos para subir a tus historias de redes sociales. ¿Es que vas a prestar atención o piensas pasar toda la clase distraído? —le dijo Moo a Tai.

—¡Un momento, solo un momento más! —respondió él sin dejar de mirar la pantalla.

—Ya ha entrado el profesor y sigues ahí con el teléfono y esa cara de enfado. Si yo fuera el maestro, ya te habría regañado y castigado hace mucho tiempo —le advirtió Moo.

Moo puso una mueca de disgusto y le dio un pequeño empujón en la cabeza como forma de castigo por haber estado molestándolo y metiéndose con él desde primera hora de la mañana. No sabía muy bien por qué razón, pero cada día que pasaba, Tai se volvía más hábil y experto en sacar de quicio a los demás. ¡Qué lengua más afilada y cortante tenía ese chico!

—¡Oigan! Moo, guarda ya el teléfono, y tú también, señor Tai —les llamó la atención el profesor desde el frente del aula.

—Está bien, solo un segundo más —respondió Tai.

—¿Qué estás haciendo ahora? No paras de escribir mensajes sin descanso —le preguntó Moo.

—Me está escribiendo un amigo de mi hermano mayor. Dice que no logra ponerse en contacto con él, que no le contesta ni a las llamadas ni a los mensajes. ¡Me está volviendo loco con esto otra vez! —se quejó Tai.

La mano de Moo, que estaba a punto de coger un bolígrafo, se detuvo de repente. Sin querer, aguzó el oído. Era extraño. Los amigos de Fu no solían escribirle a Tai. Siempre que terminaba algún trabajo o proyecto, Fu se quedaba profundamente dormido durante dos o tres días y luego empezaba a contestar a todos por su cuenta y sin ayuda de nadie.

Pero esta vez había algo raro. Desde el sábado, cuando fuimos juntos a visitar a la tía, Moo no había vuelto a ver a Fu. No lo había visto salir de su habitación ni aparecer por ningún sitio. Y ya estábamos a lunes. ¿Era posible que en estos dos días no hubiera salido de su cuarto ni se hubiera puesto en contacto con nadie?

Vaya... ¿será que de verdad le ha pasado algo grave?

Moo tenía mucho miedo a los fantasmas. Y si se tratara del fantasma de Fu, seguramente sería algo aterrador y espantoso.

¡Ay, Moo! Te estás pasando de la raya. ¿Cómo se te ocurre pensar en esas cosas y competir incluso con la muerte del hermano mayor de tu amigo? ¡Qué forma más fea de pensar!

Aunque sacudió la cabeza con fuerza para quitarse esas ideas de la mente, durante toda la clase no pudo pensar en otra cosa que en el hecho de que Fu no daba señales de vida ni respondía a nadie. A su lado, Tai seguía contestando mensajes a los amigos de su hermano y tratando de ponerse en contacto con él por todos los medios posibles. Pero por más veces que llamaba o escribía, nadie contestaba. Incluso Tai, que era el que más disfrutaba y le gustaba asistir a las clases, empezó a quejarse de la situación y de lo difícil que era todo esto.

Era totalmente inaudito y fuera de lo normal. ¿Qué diablos estaría haciendo Fu? ¡Todo el mundo lo estaba buscando y nadie lograba dar con él!

—¡Oigan! La clase de esta tarde ha sido cancelada. El profesor lo acaba de anunciar esta misma mañana. Lo he visto escrito en el grupo de mensajes —comentó Tian cuando ya llevaban casi tres horas de lección.

Por fin, el maestro terminó de hablar. Moo recogió todas sus cosas con mucha rapidez, deseando salir de aquella aula tan aburrida e irse a comer algo rico. Sin embargo, al escuchar que la clase de la tarde no se iba a celebrar, sintió como si le hubieran estallado fuegos artificiales dentro de la cabeza. ¡Perfecto! Era sin duda la mejor noticia y lo mejor que le podía pasar en un lunes como este.

—¿Qué vamos a hacer entonces? ¿Nos vamos ya mismo?

—¡Claro! ¿Qué otra cosa podríamos hacer quedándonos aquí sin nada que hacer?

—¿Y tú, Tai? ¿Vas a volver a casa para ver cómo está tu hermano mayor? —le preguntó Tian, mencionando así a Fu, mientras los tres caminaban hacia el aparcamiento de la universidad.

Tai lanzó una mirada rápida hacia Moo. Este hizo todo lo posible por fingir que no se había dado cuenta ni se enteraba de nada. ¡No! No me mires a mí. Yo no tengo ninguna intención de ir a ver ni a preguntar por Fu. Si empiezo a demostrar que me importa o que me preocupo, ese hombre se va a poner aún más arrogante y creído de lo que ya está. Y ya es bastante molesto y pesado tal como es, no hace falta que empeore más.

—Está bien. Mi hermano es fuerte como una roca. Si sus amigos siguen sin poder ponerse en contacto con él, iré sin falta a echar un vistazo a su habitación más tarde.

Después de despedirse, Tai acompañó a Moo de vuelta a su residencia. Durante todo el camino, Moo no paró de bostezar. Estaba agotado. ¡Y todo por culpa de Tai, que lo había despertado a las seis de la mañana! Por lo general, se levantaba una o dos horas más tarde. Los lunes, Moo solía faltar a todas las clases de la mañana. Su lema era: si no puedes hacerlo, no te fuerces.

Arrastrando los pies y con los ojos casi cerrados, subió hasta su piso. Estaba a punto de abrir la puerta de su habitación cuando se detuvo de repente, al acordarse del chico que vivía en la habitación contigua, que además era el hermano mayor de su amigo. Cambió de dirección y se paró frente a la puerta de Fu.

No es que quisiera portarse bien ni ser amable ni nada por el estilo. Solo quería asegurarse de que seguía vivo. Al fin y al cabo, Moo tenía miedo a los fantasmas. Y un fantasma como Fu sería sin duda algo aterrador.

Toc, toc.

—¡Phi Fu...?

Llamó a la puerta mientras hablaba. No escuchó ningún ruido ni movimiento. Entonces llamó con más fuerza, esta vez repetidamente y a un ritmo rápido, hasta que le empezaron a doler los nudillos.

¡Ay! ¿Por qué tardaba tanto? ¿Estaría realmente dentro?

—¡Phi Fu! ¡Phi Fu! ¡Oye, Phi...!

Después de golpear la puerta con todas sus fuerzas y llamar sin parar, la puerta por fin se abrió lentamente. Moo ya tenía la boca abierta, listo para regañarlo, pero en cuanto vio el rostro del otro, su expresión cambió de ira a preocupación.

¡Dios mío! ¿Es que Fu se estaba muriendo de verdad? ¿Por qué estaba tan pálido como un cadáver?

—...Phi Fu.

—¿Qué pasa?

—¿Te encuentras mal?

—No es nada. Vuelve a tu habitación.

—¡Oye! ¡Estás ardiendo de fiebre!

—Moo, por favor, solo...

¡Dios mío! Ahora entendía perfectamente por qué nadie había logrado ponerse en contacto con él. Estaba enfermo, al borde del colapso. Tenía el cuerpo tan caliente que Moo se asustó mucho en cuanto lo tocó.

A Fu apenas le quedaban fuerzas para mantener los ojos abiertos y se tambaleaba de tal manera que parecía que iba a caerse en cualquier momento. Al final, Moo no pudo dejarlo en ese estado. Lo ayudó a entrar en la habitación y lo acompañó hasta la cama; en cuanto sintió la suavidad del colchón, Fu se dejó caer y quedó tendido allí mismo.

Moo retrocedió unos pasos y se quedó de pie con las manos en las caderas, mirando a su alrededor. La habitación, que siempre había sido un auténtico desastre, estaba ahora mucho más limpia y ordenada que la última vez que la había visto. Al parecer, Fu había

limpiado todo a fondo justo antes de caer enfermo. El lugar estaba impecable, pero su dueño tenía un aspecto lamentable, como si lo hubieran cocido en agua hirviendo. Si ya se veía mal el sábado, hoy su estado era diez veces peor. No quedaba ni rastro de esa actitud serena y autoritaria que siempre tenía, ni de ese aire de hermano mayor que solía llevar con orgullo.

Moo se acercó de nuevo a la cama y le tocó la frente y el cuerpo: estaba temblando de frío y fiebre. Cuanto más lo miraba, más se enfadaba y se impacientaba. Y, por si fuera poco, ¡el aire acondicionado estaba puesto a dieciséis grados! Oye, eres de ascendencia china, no un esquimal que vive en el Polo Norte. ¡Cualquiera se enfermaría con este frío tan intenso! Sentía unas ganas enormes de agarrar el mando a distancia y darle un buen golpe en la cabeza con él.

—Phi Fu... Phi Fu, ¿has comido algo en todo este tiempo?

—Mmm... —fue todo lo que respondió, sin fuerzas.

—¿Y cuánto tiempo llevas así? ¿Te empezó a doler nada más volver de casa de tus padres? ¿Ya has ido al médico o te ha visto algún profesional?

—Me duele muchísimo la cabeza... —se quejó él con voz débil.

—Te he preguntado desde cuándo estás así. Respóndeme bien y claro, por favor —insistió Moo, elevando un poco el tono y hablando con más firmeza.

Fu abrió lentamente los ojos y lo miró con dificultad. Se cubrió hasta la nariz con la manta y contestó con una voz tan ronca y débil que apenas se oía, como el zumbido de un mosquito.

—No te he oído nada. Contéstame bien. ¿Desde cuándo estás enfermo? ¿Empezó ayer o ya te sentías mal desde el sábado?

—Empecé a sentirme así... ayer mismo —dijo con mucho esfuerzo.

—Dime la verdad, no te atrevas a mentirme a mí. Si hubieras empezado el sábado, ya te habría llevado yo mismo al médico. Tener fiebre durante dos o tres días seguidos sin mejorar nada es algo muy grave y peligroso.

—Te lo juro que fue ayer... —dijo entre una y otra tos—. Terminé de limpiar toda la habitación... y de repente me empezó a doler mucho la cabeza, así que me metí en la cama y no me he levantado más.

—¿Y has estado durmiendo sin parar desde ayer?

—Mmm... —volvió a responder con ese mismo sonido débil.

Moo soltó un largo suspiro. Tenía muchas ganas de darle un buen golpe en la cabeza al hermano mayor de su amigo. ¿Por qué no se cuidaba ni se preocupaba por sí mismo?

Parecía que no había comido ni tomado ninguna medicina en todo este tiempo. Sentía unas ganas enormes de darle un puñetazo. Era el hermano mayor, pero cuando se trataba de cuidarse a sí mismo, ni siquiera se podía comparar con sus dos hermanos menores. Si Moo no hubiera ido a verlo, ¿se habría quedado allí solo hasta morir?

Al ver que no podía dejarlo en ese estado, fue al baño de Fu, sacó una palangana pequeña y la llenó con agua tibia. Luego buscó algo para limpiarlo y encontró una camiseta. No sabía si ya la había usado, pero en ese momento le serviría igual. Cuando tuvo todo listo, apartó la manta. Al darse cuenta de que solo llevaba puestos unos calzoncillos, fue rápido a buscar unos pantalones largos. Volvió a la cama, mojó la camiseta y estaba a punto de empezar a limpiarlo, pero Fu se resistió.

—Phi Fu, te voy a limpiar el cuerpo. ¡No te agarres así de la ropa ni te muevas!

—No quiero... yo solo me limpio... —decía entre una tos y otra.

—¡Sigues igual de terco! Suéltame ya mismo. No creas que soy tan bueno ni tan paciente, así que no esperes que te deje hacer lo que quieras ni que te perdone por esto.

—Solo límpiame los brazos y las piernas.

...

—¿¿Está bien??

¡Qué pesadez! ¿Es que se estaba haciendo el difícil o se estaba quejando?

Moo suspiró y miró la mano, todavía caliente por la fiebre, que le sujetaba la muñeca.

—Está bien —dijo al final. Si solo quería que le limpiara los brazos y las piernas, pues eso haría. En cuanto Moo aceptó y cedió, Fu dejó de oponerse y lo dejó seguir sin poner más trabas. Se quedó acostado allí, observándolo todo en silencio.

Moo empezó a limpiarlo desde el cuello hasta los brazos; le costaba mucho moverlo porque pesaba bastante. Siguió bajando hasta llegar a las manos, y se detuvo en seco al ver una herida entre sus dedos.

—¿Qué es esta herida? ¿Por qué no te has puesto ni una tirita ni nada para curarla?

—Me corté con un cuchillo mientras estaba trabajando. No es nada grave —respondió él con voz débil.

—¿Por qué no te cuidas ni te preocupas por ti mismo en absoluto?

—¡Ay!

—... ¡Perdóname, por favor! —se disculpó Moo muy nervioso, ya que sin querer le había tocado justo en la herida.

¿Cómo no me di cuenta de esto cuando fuimos a visitar a la tía el sábado? ¿Qué estaba pasando? ¿Es que Fu había dejado la herida así, sin curar ni nada? ¿Se creía acaso algún tipo de superhéroe al que las heridas se le curan solas sin necesidad de hacer nada? Sentía unas ganas tremendas de darle un buen golpe. ¡Este hombre de la familia Tong vivía de una forma que se merecía una buena paliza para reaccionar!

Cuando terminó de limpiarlo, Moo estaba empapado en sudor por el esfuerzo. Tuvo que ir también a su propia habitación a buscar vendas para curar la mano de Fu; sin duda, si no hubiera sido por él, Fu habría acabado muy mal o incluso podría haber muerto. Una vez que le puso el vendaje, se sentó un rato observándolo: seguía acostado en la cama y se le veía claramente muy débil y sin fuerzas.

—Voy a bajar a comprarte un poco de sopa de arroz y las medicinas que necesitas. Te comes algo primero y luego te vuelves a dormir, ¿está bien?

—Moo —lo llamó él con voz suave.

Justo cuando se disponía a levantarse, Fu alargó la mano y lo agarró del brazo para detenerlo. La verdad es que, con la poca fuerza que le quedaba, Moo podría haberse soltado con mucha facilidad, pero al ver esa expresión de súplica en su rostro y esos ojos rojos y cansados, no tuvo valor para hacerlo.

Otra vez más. ¿Por qué siempre le daba oportunidades y dejaba espacios abiertos para que Fu se metiera en su vida y en sus sentimientos?

—¿Qué más quieres ahora?

—Otra vez te estás portando muy bien y cariñoso conmigo.

—¿Y qué? Solo estoy salvando la vida a alguien que está a punto de morir y que no sabe cuidarse solo —respondió Moo con tono seco.

—Tienes una lengua muy cruel y afilada, pequeño chino. Mírame, soy tan débil y estoy tan enfermo, me das mucha lástima —le dijo con voz suave y quejumbrosa.

...

—Gracias por todo lo que estás haciendo.

—...Mmm —fue todo lo que respondió Moo.

Se sentía incómodo y extraño al escuchar a Fu darle las gracias; no estaba acostumbrado a que se comportara así. Por lo general, todo lo que había entre ellos eran discusiones, gritos y momentos molestos y desagradables. Fu siempre estaba metiéndose con él o provocándolo, y Moo siempre le contestaba gritando o enfadándose.

—¿Para qué llevas teléfono si nunca contestas ni a las llamadas ni a los mensajes? ¿Lo tienes ahí solo para que se lo coman los gusanos y el polvo?

—No seas tan malo y duro conmigo, Moo. Es que seguramente se quedó sin batería por completo. Me quedé profundamente dormido ayer por la tarde y ni siquiera me acordé de ponerlo a cargar —se excusó él.

—Tienes que cuidarte mucho mejor y prestar más atención a tu salud.

—¿No podrías cuidarme tú de vez en cuando? —le preguntó Fu mirándolo fijamente.

—Algún día tendré novio y entonces ya no podré dedicarte tiempo... ¡Ay, ¡qué he dicho! —se le escapó a Moo sin querer.

—Yo no quiero que tengas novio —respondió él con firmeza y seriedad.

...

—¿No podrías ser solo mío, Moo?

...

—¿Es verdad que no sientes nada por mí solo porque no soy el tipo de persona que sueles elegir? Qué cruel eres conmigo, Moo.

Moo se quedó totalmente callado, sin responder ni una sola palabra. Fu se acercó un poco más, le rodeó la cintura con los brazos y apoyó su cabeza pesada sobre las rodillas de Moo. Apretó suavemente la mano de Moo, como si estuviera suplicando una y otra vez con ese gesto. ¡Qué cambio tan repentino! Ahora se ha vuelto todo cariñoso y dependiente. Cuando se pone enfermo, se vuelve tan quejoso y dramático que no hay quien lo aguante.

—Me gustas desde hace muchísimo tiempo, Moo. He estado detrás de ti, siguiéndote como un perro fiel, durante todos estos años... —dijo entre una fuerte tos y otra.

...

—¿Es que no me quieres ni un poquito?

—Suéltame ya —le pidió Moo.

—¿Me darías al menos una oportunidad, Moo?

Cuando Moo intentó levantarse, Fu lo abrazó con mucha más fuerza, impidiéndole moverse. En ese momento, Moo tenía el rostro completamente rojo, al igual que los ojos y la punta de la nariz. Dan unas ganas tremendas de darle un buen golpe hasta que se desmaye. ¿Cómo es posible que estando tan enfermo todavía tenga fuerzas para decirme todas estas cosas? ¿No me había dicho antes que le dolía muchísimo la cabeza? Si le dolía tanto como decía, debería haberse quedado callado y haber seguido durmiendo.

El hermano mayor de Tai tomó suavemente la mano de Moo y depositó un beso muy tierno sobre ella. Moo apretó los labios con mucha fuerza al ver esa mirada de súplica que le dirigía desde abajo, con la cabeza apoyada en sus rodillas.

Fu es realmente muy astuto y malvado. Sabe perfectamente muy bien qué hacer y cómo actuar en momentos como este para conseguir lo que quiere.

—¿Me darás esa oportunidad que tanto te pido?

Te odio con toda mi alma. Te odio con cada parte de mi ser.

—Deja de verme solo como al hermano mayor de Tai.

...

—Abre un poquito tu corazón para mí. Ya no quiero ser solo eso en tu vida, quiero ser mucho más.

Esa es precisamente la razón por la que lo odio tanto y por la que me cuesta tanto tratar con él.

Moo se quedó totalmente paralizado y sin saber qué decir.

Uno levanta muros y barreras altísimas para que nadie pueda acercarse ni cruzar, y aun así este hombre tiene el valor y el descaro de lanzarse contra ellos de cabeza, poniendo siempre una cara de inocencia que engaña a cualquiera.

—Mejor descansa un poco ya —le dijo Moo al fin.

—Moo... —lo llamó él con voz suave y cariñosa.

—Cuando te sientas mejor... ya hablaremos de todo esto con más calma.

Capítulo 9

Toc, toc.

—¡Buenos días, muñequito mío!

—Por qué me miras así y pones los ojos en blanco, ¿eh?

—¿Por qué tienes que usar siempre palabras y formas tan raras y distintas para dirigirte a mí, Phi Fu?

—Porque quiero que tu vida sea emocionante y llena de sorpresas, ¿verdad que sí?

No hace falta que inventes formas nuevas de llamarme ni nada de eso para que mi vida sea interesante. Con solo ver la cara de Phi Fu ya se me acelera el corazón del miedo que me da, pensando que en cualquier momento va a hacer alguna locura o alguna tontería de las tuyas otra vez.

Lo miré de arriba abajo con mucha atención. Phi Fu se veía mucho mejor y con mucha más energía que en estos últimos días, cuando estaba totalmente descuidado, con el cabello revuelto y el aspecto demacrado y enfermo. Hoy se había recogido el pelo en un pequeño moño en la parte trasera del cuello, y esa imagen me produjo una sensación extraña y nueva; no estaba nada acostumbrado a verlo así.

Su cabello ya le ha crecido bastante...

—Vamos, que hoy te llevo yo mismo a la universidad —me dijo con voz amable y alegre.

—¿Ya te encuentras bien del todo? —le pregunté con cierta preocupación.

Salí primero de mi habitación y cerré la puerta con llave. Phi Fu me miró con una gran sonrisa, de esas que le hacían arrugar los ojos, y empezó a caminar a mi lado, acompañándome todo el tiempo.

La verdad sea dicha: desde que Phi Fu se recuperó de su enfermedad, se está comportando de una forma tan extraña que hasta me da un poco de miedo y desconfianza. Antes ya solía ser bastante cariñoso y empalagoso, pero ahora ha llevado todo eso a un nivel totalmente distinto y exagerado. Tengo unas ganas tremendas de pellizcarlo y apretarlo hasta que se quede morado de dolor.

—El simple hecho de que te preocupes por mí demuestra que también sientes algo por mí —afirmó con seguridad.

—Te lo estás imaginando todo en tu cabeza, no es verdad —le respondí secamente.

—Pues puede que sí, pero solo pasa cuando se trata de ti, mi dulce y querido Moo —me dijo con voz suave.

Phi Fu frunció un poco el ceño y luego alargó la mano para revolverme suavemente el cabello. Intenté apartarlo y empujarlo, pero él fue más rápido que yo, retiró la mano al instante y me sacó la lengua con una mueca de niño travieso. ¡Qué rabia! ¡No logré detenerlo ni alcanzarlo! En cuanto lo tenga cerca y pueda agarrarlo, le voy a dar tantos apretones y golpes que se quedará lleno de morados y moretones por todo el cuerpo.

—¡Deja ya de molestarme, Phi Fu! Me estás poniendo realmente de muy mal humor y me sacas de quicio —le dije, fingiendo estar muy enfadado y molesto con la intención de que dejara de hacerlo y me dejara tranquilo. Sin embargo, mis palabras parecieron tener justo el efecto contrario al que buscaba, ya que Phi Fu sonrió aún más ampliamente y con mayor alegría.

—Prepárate bien, pequeñín. A partir de ahora voy a dedicarme a conquistarte y a tratar de ganarte con todo lo que tengo y con todas mis fuerzas. No voy a dejarte tranquilo ni un solo segundo ni a darte ni un minuto de descanso.

—¿¿Eh??

—Phi Fu es un chico bueno, el mejor de todos, y ha venido especialmente para conquistar tu corazón.

¡Oye...!

Me quedé sin palabras, con la boca totalmente abierta de pura sorpresa.

Phi Fu soltó una risita suave, levantó una mano con ese gesto que él cree que le hace parecer muy guapo y arqueó las cejas un par de veces. Todo eso hizo que me quedara aún más atónito y sin saber qué decir. Se rió con ganas, tomó mi mochila, empezó a caminar delante de mí con pasos firmes y decididos, y me dejó allí parado, todavía intentando comprender y asimilar las palabras tan descaradas que acababa de decirme.

¿Pero qué demonios...? ¿Cómo se atreve a decirme cosas así?

—No te quedes ahí parado como una estatua, Moo. Esto no es nada, es solo el principio de todo.

—¡Oye, Phi Fu! ¡Espera!

—Más te vale que te vayas preparando bien, porque, aunque al principio no llame mucho la atención alguien como yo, cuando pasas un tiempo observándolo y conociéndolo... al final terminas totalmente enganchado y sin poder vivir sin él.

¡Ayúdame, por favor! ¡Que alguien venga a salvarme!

¡El hermano mayor de este tailandés se ha vuelto completamente loco! ¡Ha perdido el juicio por completo!

Caminé detrás de Phi Fu hasta llegar a su moto, esa que tanto le gusta y de la que siempre está presumiendo. Me subí al asiento trasero como hacía siempre, pero cuando me agaché para coger mi propio casco, él me lo arrebató de las manos de repente y me lo puso en la cabeza antes de que pudiera reaccionar siquiera. Cuando empecé a moverme y a resistirme para quitármelo y ponérmelo yo mismo como siempre hacía, él se rió a carcajadas y me dio unos golpecitos suaves en la cabeza a través del plástico del casco. Aunque en realidad no me estaba golpeando con fuerza ni haciéndome daño, me molestó y me irritó mucho que hiciera eso.

—¡Oye! ¿Pero qué te pasa hoy? ¿Te has vuelto loco o qué?

—Moo ya se lo sabe poner perfectamente solo. La próxima vez no vuelvas a hacerlo, por favor —le dije, molesto.

—Pues a mí me gusta ponértelo yo a ti —respondió él con voz dulce y cariñosa.

—Phi Fu, ¿podrías comportarte como una persona normal y corriente? Por favor, deja ya de hacer todas estas cosas raras.

—¿Y por qué no voy a poder hacerlo si me apetece? —me preguntó con toda calma.

—Es que... bueno, es que no es normal —intenté explicarle sin saber muy bien qué decir.

—¿Es que te estás poniendo rojo y te da vergüenza?! ¡Ay, qué rápido te pones así, mi pequeño y dulce Moo! ¡Qué tierno y adorable eres! —decía con esa voz que me ponía de los nervios.

—¡Que te den, abuelo viejo! ¿Pero qué tonterías estás diciendo ahora mismo? Deja ya de hablar disparates y llévame a la universidad de una vez, por favor —le grité, dándole un fuerte puñetazo en el brazo.

Phi Fu puso una mueca exagerada de dolor y ofensa, como si le hubiera hecho algo realmente grave y terrible.

¡Ja, qué forma tan dulce y cariñosa de ser! ¿Pero qué clase de hombre es este? ¿Por qué tiene tanto talento y es tan experto en molestarme y provocarme? Tengo unas ganas tremendas de pellizcarlo, apretarlo y darle puñetazos en todo el cuerpo. Con solo mirar su cara se me ponen las manos inquietas y me dan ganas de hacerle algo. ¿De verdad piensa que va a lograr conquistarme y ganarse mi corazón actuando así? ¡Este tailandés...! ¿Por qué nadie se ha tomado la molestia de enseñarle buenos modales y educación a su propio hermano mayor?

—Moo.

—¿Qué pasa ahora?

—Agárrate bien fuerte. Si te caes en medio de la calle y te atropella un camión de diez ruedas, no voy a ir a enterrarte, ¿eh?

—¡Phi Fu!

—¡Ay, ay! ¡No me pegues tanto! Me vas a dejar todo lleno de morados, muñequita mía.

—¡Conduce de una vez y cierra la boca!

—A sus órdenes, mi dulce muñequita.

Cuando por fin Phi Fu dejó de molestarme, estaba totalmente agotado. Completamente rendido. Estaba harto de tener que estar todo el tiempo frenándolo y regañándolo para que no se pasara de la raya ni se excediera.

El día en que Phi Fu me pidió que le diera una oportunidad, acepté porque me conmovió todo el esfuerzo que había hecho y todo el tiempo que había dedicado durante tantos años. Pero ahora que me pongo a pensarlo con calma y seriedad, me doy cuenta de que no estaba preparado para nada de esto. De repente, sin más, Phi Fu había mejorado muchísimo su forma de tratarme y de acercarse a mí. Ya de por sí se le daba muy bien decir cosas dulces y empalagosas, pero ahora lo hacía con el doble de intensidad y sin ningún reparo.

Parece que tomaste una decisión totalmente equivocada, Moo. ¡Qué mala suerte tengo!

Por suerte, durante todo el camino hasta la universidad, Phi Fu se mantuvo en silencio y no abrió la boca ni una sola vez. Al cabo de un rato, llegamos al edificio de mi facultad.

—Cuando terminen tus clases, llámame, muñequita, ¿vale? —me dijo antes de que me bajara.

—Por favor, deja ya de usarme palabras tan cursis y formas tan raras de llamarme, de una vez por todas —le pedí, ya cansado de eso.

—Ni esto te gusta, ni te gusta lo otro... Es muy difícil darte gusto y complacerte en todo, mi pequeña muñequita —me dijo con tono de burla y diversión.

Se notaba claramente que se divertía muchísimo cada vez que me veía fruncir el ceño o apretar los puños de la rabia y la impotencia. Se quedó apoyado con el brazo sobre el manillar de la moto, mirándome fijamente a la cara con una expresión que parecía decir claramente:

«Si es tan difícil y complicado como dices, mejor sería que te rindieras y lo dejaras estar».

—¡Ni hablar! He puesto tanto empeño y he invertido tanto tiempo y esfuerzo en todo esto que no voy a rendirme ni a tirar la toalla ahora —respondió con firmeza y determinación.

—...

—Te aseguro que voy a conquistar tu corazón, sin ninguna duda. Dentro de tres días, o quizás siete, me llamarás tú a mí y me dirás que me quieres.

¡Qué arrogante y qué seguridad tiene ese hombre, por todos los cielos!

Puse los ojos en blanco con tanta fuerza que casi se me salen de las órbitas. ¿Cómo puede presumir tanto y tener tanta confianza en sí mismo?

Sacudí la cabeza para quitarme esas ideas, le devolví el casco de un empujón y Phi Fu se despidió con la mano antes de irse hacia su propia facultad. Yo me dirigí a la mesa de piedra que había frente al edificio, donde había quedado con mis amigos. En cuanto me acerqué, Tian y Tai, que no me habían quitado la vista de encima desde que llegué, empezaron inmediatamente a molestarme y hacer comentarios. Mi respuesta fue hacerles un gesto grosero con el dedo.

Estoy harto de verdad de esta pareja. Parece que adoran y veneran a Phi Fu como si fuera un dios. Un día de estos los voy a atar juntos para que no me molesten más.

—¿Qué era esa atmósfera tan dulce y rosa que se sentía hace un momento? —me preguntó Tian con tono burlón.

—¡Vete al diablo, Tian! —le respondí malhumorado.

—Oye, vi a Phi Fu sonriendo de una forma tan dulce y cariñosa... ¿Qué pasa entre vosotros? ¿Es que ya estáis saliendo juntos o algo así? —se metió también Tai.

—¡Largaos de aquí, idiotas los dos! —les grité.

—Vamos, cuéntanos... insinuó Tian.

—Phi Fu siempre ha sido tan exagerado y dramático como ahora. ¿Dónde está mi desayuno? —cambié de tema rápidamente, sin darles importancia.

Dejé caer mi mochila en el suelo y me senté junto a Tai, preguntando por el desayuno que había encargado. Cuando vi que era arroz glutinoso con cerdo asado, solté un suspiro profundo y pesado.

¡¿Otra vez cerdo asado?! ¡No puede ser, por favor...!

—No te quejes sin parar. Cómete lo que hay. Lo que nos costó conseguirlo ya es un favor enorme que te hacemos, Moo —me dijo Tian, como si me estuviera leyendo el pensamiento, cortándome la palabra antes de que pudiera protestar.

Miré el cerdo asado que tenía en la mano y volví a suspirar. Bueno, al fin y al cabo, cerdo asado es cerdo asado. Tai se había tomado la molestia de ir a comprarlo y ni siquiera me había cobrado nada.

Si lo piensas bien, mi rutina diaria es bastante aburrida y monótona. Me levanto muy temprano y tengo clases a las ocho y media todos los lunes, martes y miércoles. Por las tardes casi siempre tengo prácticas de laboratorio, y algunos días las clases se alargan hasta muy tarde. Farmacia es una carrera realmente dura y exigente, pero, aun así, Mu, Tian, Tai y yo siempre encontramos tiempo para salir a tomar algo casi todos los días. Salimos con tanta frecuencia que la tarjeta de cliente de nuestro bar habitual prácticamente huele ya a cerveza rancia y vieja.

Y hablando de salir y divertirse... ya me están picando los dedos y tengo ganas de volver a hacerlo. Echo mucho de menos la música en directo y también el alcohol. Creo que tengo que convencer a mis amigos para que salgamos hoy mismo sin falta.

—¡Tai, Tai...!

—Moo, ¿podrías estudiar un poco, por favor?

Puse una cara de aburrimiento cuando vi que mi mejor amigo fruncía el ceño con disgusto. Me lo decía en voz muy baja y susurrando; no entendía por qué le preocupaba que el profesor nos oyera si estábamos sentados en las últimas filas, muy lejos de todo. Estaba seguro de que ni siquiera nos prestaba atención ni se daba cuenta de nada.

Llevaba horas escuchando la misma lección y me estaba muriendo de aburrimiento. Alguien como yo, que se distrae con cualquier cosa y no tiene mucha paciencia, ya no podía aguantar ni un minuto más.

—Vámonos hoy a divertirnos un rato —le propuse en voz baja.

—No.

—¡Vamos, no seas así! ¿Es que no tienes ganas? Hace muchísimo tiempo que no salimos juntos.

—¿Tú crees que hace mucho? ¿Cuántos días saliste la semana pasada, ¿eh? —me replicó él.

—¡Eso son solo rumores y mentiras! Alguien se está dedicando a hablar mal de mí y a difamarme. Lo que dicen no es verdad, son solo noticias falsas —me defendí.

—Tian, por favor, llévatelo lejos de aquí y no me lo traigas hasta que aprenda a comportarse —dijo Tai, que ya estaba empezando a hartarse de mí y de mis tonterías. Me empujó la cabeza con la mano para que me callara.

Tian solo se echó a reír, divertido por la situación. Se notaba que le encantaba ver cómo Tai me regañaba y me trataba así. Y es que este Tai siempre se comporta igual conmigo; nunca entiendo por qué tiene que estar todo el tiempo riñéndome o llamándome la atención. Si todavía tuviera mi propio coche, no tendría que estar aquí pidiéndoles favores ni

dependiendo de ellos. Podría conducir a todas horas, por la mañana, por la tarde y por la noche, o incluso justo después de comer.

¡Ah...! Es verdad. Casi se me había olvidado por completo que mi padre me había prohibido conducir y me había quitado el coche como castigo.

En ese momento, mi mente se quedó totalmente en blanco y vacía. No estaba entendiendo ni siguiendo nada de lo que el profesor intentaba explicar. Al final, lo único que podía hacer era quedarme allí sentado con los brazos cruzados, mirando fijamente las diapositivas que se iban pasando una tras otra, pero mi mente estaba en otra parte y me distraía con cualquier cosa.

Saqué mi teléfono del bolsillo y empecé a jugar con él, abriendo y cerrando aplicaciones sin ningún sentido hasta que entré en esa aplicación de citas que suelo usar siempre. Abrí la conversación que tenía con un chico; el último mensaje que habíamos intercambiado era de hacía ya bastantes días. Eché una rápida mirada al compañero que tenía sentado al lado y me incliné un poco hacia atrás para escribir con más discreción y que nadie me viera.

«Moo está muy aburrido ahora mismo. Moo necesita alguien con quien hablar».

«¿Buscas compañía y ligas durante las clases...? Qué bien te lo montas, Moo. Si tu padre se entera de esto, seguro que te da una buena paliza y te castiga sin salir».

M: ¡Hoooooolaa!

M: ¿Podemos hablar un ratito?

Le envié el mensaje a ese chico misterioso que tenía por nombre de usuario Tong. Tengo que reconocer que, en ese momento, era la única persona con la que me estaba comunicando y hablando habitualmente. Todos los demás habían desaparecido o ya no me hacían caso. Tong era el único que todavía me contestaba y se preocupaba por hablar conmigo. Además, fue la primera persona con la que logré mantener una conversación continuada durante más de tres días seguidos sin que me dejara de lado ni me ignorara. Por lo general, solía responder bastante tarde y sus mensajes eran siempre cortos y breves, pero al menos tenía la amabilidad de contestarme y no me dejaba siempre con la palabra en la boca.

Mis dedos pulsaban suavemente sobre la pantalla mientras me quedaba mirando el teléfono durante varios minutos. Estaba a punto de rendirme y buscar a otra persona cuando finalmente llegó un mensaje. Lo abrí con mucha rapidez.

Tong: Sí.

M: Estoy aburridísimo.

Tong: Vale.

¡Dios mío! ¿Por qué otra vez solo me responde con un simple «vale»? Parece que no tiene ninguna gana de hablar conmigo. ¡Qué cruel es conmigo!

M: ¿Es que no tienes ganas de charlar conmigo? Siempre me contestas con frases tan cortas y secas...

Tong: ¿Quieres que te diga la verdad?

M: ...

Tong: En realidad, fue un amigo quien me creó esta cuenta. Solo quería que probara a conocer gente nueva y ver qué pasaba.

Tong: Pero ya hay alguien que me gusta de verdad. Lo siento mucho. Probablemente dentro de poco borraré esta aplicación y ya no volveré a entrar.

Me quedé totalmente paralizado, como si me hubiera caído un cubo de agua helada encima. No me lo podía creer.

Jamás me había imaginado que me pasaría algo así. Me hizo tener esperanzas y sentirme especial, y ahora de repente se va y me deja para siempre. ¡Me han rechazado incluso antes de haber podido conocerlo en persona! La verdad es que me siento fatal y me duele mucho, tengo que admitirlo. Y es que, viendo las fotos que tenía, este chico no era cualquiera ni un hombre normal y corriente. Aunque no se le veía claramente la cara, solo con ver su cuerpo ya había conseguido llamar toda mi atención y conquistarme por completo. ¿Quién será esa chica tan afortunada que le gusta?

M: Por favor, no borres tu cuenta, te lo ruego.

M: Si esa persona no te corresponde o no te quiere, ya sabes que siempre puedes volver a mí. Yo te estaré esperando aquí todo el tiempo que haga falta.

Tong: ¿Es que te gusto?

M: ¡Claro que sí! Si no fuera así, ¿crees que te escribiría todos los días o que te ofrecería todo lo que tengo? ¿Cómo no me vas a gustar si eres así?

Tong: Lo siento mucho, pero te aseguro que ya hay alguien que me gusta de verdad y no pienso cambiar de opinión.

M: Bueno, está bien. Si de verdad te gusta tanto, ve y lucha por conquistar su corazón y haz que se fije en ti.

Tong: Ojalá fuera tan fácil como tú dices conseguir que se fije en mí y que me quiera.

Fruncí el ceño, molesto por ese mensaje. La verdad es que soy de carácter directo y decidido. Cuando me gusta alguien, no me quedo esperando. Voy por esa persona, me entrego por completo. No me gusta perder el tiempo ni andar con rodeos ni medias tintas. Probablemente por eso me cuesta mucho entender a quienes se enamoran en secreto o se insinúan de forma tan sutil y discreta.

M: No seas cobarde. Si te gusta, díselo directamente. ¿Qué tiene eso de difícil o complicado?

Tong: Ya se lo he dicho.

M: Si ya se lo dijiste y no pasó nada ni cambió nada, significa simplemente que no le gustas ni siente nada por ti.

Tong: ¿De verdad lo crees así?

M: Cuando llegas al punto de confesar tus sentimientos y la otra persona no muestra ningún interés ni reacción, solo puede significar una cosa.

Tong: Pero el problema es que... solo ahora me está dando una oportunidad.

M: Ah... Entonces puede que esté intentando abrirte su corazón poco a poco... o quizás solo está poniendo a prueba cuánto interés tienes realmente y te tiene ahí cerca simplemente para sentirse más importante y elevar su orgullo. Si me preguntas a mí, creo que la segunda opción es mucho más probable y tiene más sentido.

Tong: ¿Entonces no importa lo que haga ni lo que intente? ¿Es posible que nunca llegue a gustarle ni a sentir nada por mí?

—¡Pero qué demonios es todo esto! —exclamé sin darme cuenta.

—Moo, estás hablando demasiado alto, baja la voz —me advirtió Tian.

—Perdona, es que estoy muy enfadado y me ha molestado mucho lo que ha dicho.

—¿Y qué es lo que te ha molestado tanto?

—¡Mira esto! —le acerqué la pantalla del teléfono para que leyera la conversación. Él leyó todos los mensajes con atención y luego me devolvió el teléfono con un movimiento de mano.

—Bueno, ya te ha dicho claramente que hay alguien que le gusta. Y, además, tú nunca has estado enamorado en secreto ni has tenido que sufrir por amor, ¿qué vas a saber tú de todo esto ni de cómo se siente la gente?

—Pues si la situación es tan clara como dice, debería darse cuenta de que es muy probable que la otra persona no sienta lo mismo ni le corresponda.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro de eso? ¿Acaso eres tú la persona que le gusta a él para saberlo con tanta certeza?

—No, pero si lleva tanto tiempo intentándolo y nada cambia ni avanza, significa que la otra persona no siente absolutamente nada por él, ¿no es así?

—¿Y qué pasa si ocurre que la persona que me gusta todavía no se ha dado cuenta ni comprende sus propios sentimientos? —me preguntó Tian. Dejó el bolígrafo sobre la mesa, apoyó la barbilla en una mano y me miró con una expresión muy seria y reflexiva. Esa cara tan seria y tranquila me hizo detenerme y volver a pensar en todo lo que habíamos dicho, poniendo en duda todo lo que yo creía que era cierto.

—¿Y qué pasa si la persona que le gusta todavía no sabe bien lo que siente o no se ha dado cuenta de sus propios sentimientos...?

—¡Exacto, eso es justo lo que digo!

—Pero ¿cómo puede ser tan tonto y no darse cuenta?

—¡Oye! ¿Cómo te atreves a decir eso? Tú eres precisamente el que... —Tian puso una cara como si quisiera agarrarme y pellizcarme, pero como todavía estábamos en mitad de la clase, solo pudo mirarme con ojos furiosos y llenos de rabia.

—Te lo digo totalmente en serio. Si yo fuera la persona que le gusta a este chico, incluso si todavía no entendiera bien lo que siento o no me hubiera dado cuenta, lo agarraría y no lo dejaría escapar ni un segundo. Un hombre de tan alta calidad y valor como él, si no te lo quedas tú, es que estás loco o no tienes sentido común.

—¡Hablas como si fuera todo tan fácil y sencillo! Sin embargo, cuando es Phi Fu quien se insinúa, te confiesa sus sentimientos y se preocupa por ti y te cuida de todas las formas posibles, tú ni siquiera le prestas atención ni le das importancia —me replicó él con calma.

—¡Pero es que no es lo mismo ni se parece en nada! —me defendí.

—¿Y en qué se diferencia? Es exactamente igual y la misma situación. Este chico también está intentando acercarse y mostrar su cariño solo por su parte, mientras que la otra persona no muestra ningún tipo de interés ni reacción. Es idéntico a lo que te pasa a ti con él.

—Phi Fu no es igual que este Tong... —empecé a decir, pero sin mucha convicción.

—La verdad es que ya empiezo a sentir mucha lástima por él, igual que siento lástima por Phi Fu —dijo Tian, sacudiendo la cabeza con aire de fastidio y cansancio. Tocó la pantalla de mi teléfono con el dedo y luego volvió a centrar su atención en su tableta, dejándome solo con mis propios pensamientos y dudas.

¡Maldita sea! Todo esto es culpa de Tian. Al principio no me importaba ni me preocupaba tanto este asunto ni me lo tomaba tan en serio. Bueno, está bien, puedo permitirme sentir un poco de compasión por él. Solo con imaginar que existe en este mundo otro hombre igual de bueno y valioso que Phi Fu y que tiene que sufrir por amor, ya me da mucha pena y dolor de corazón.

M: Tengo una pregunta importante. ¿Sabes realmente cómo se conquista el corazón de alguien y cómo se hace para que se enamoren de ti?

Tong: Creía que sí lo sabía y que tenía claro qué hacer, pero cuando lo intento con él, nada de lo que hago funciona ni da resultado.

M: Qué pena más grande me da oír eso...

M: Pero por favor, no borres la aplicación ni tu cuenta, te lo ruego.

Tong: ¿?

M: Voy a ayudarte yo mismo. Piénsalo como una obra de caridad o ayuda al prójimo. Me da mucha rabia y me enfada mucho ver a gente que no tiene ni idea de cómo tratar ni conquistar a la persona que les gusta y que se equivocan siempre en todo lo que hacen.

Tong: ¿De verdad harías eso por mí?

M: ¡Claro que sí!

M: Olvida todo lo que creías que sabías o que te habían enseñado antes. Voy a enseñarte yo mismo todo lo que tienes que hacer.

M: Te aseguro que si ese chico tuyo no termina enamorado perdidamente de ti y loco por ti, te enviaré mi ubicación exacta e iré personalmente a tu casa solo para darte una buena patada en la cara y dejarte bien marcado, ¿entendido?

Capítulo 10

—Tengo ganas de beber.

—Ya basta, Moo. ¿Quieres que terminemos el trabajo o no?

—Lo digo en serio, Tai. Han pasado casi dos semanas. Seguro que mis amigos ya me echan de menos.

—Dios mío...

Ya no aguanto más. Ayúdenme. Se me hace la boca agua. Tengo ganas de beber, de salir a escuchar música en vivo, de sentir las luces y todo el ambiente. Ya no quiero seguir encerrado en mi habitación. Por favor, que alguien me lleve a un bar. Aunque sea medianoche, estoy listo. Me puedo quedar hasta la mañana siguiente, no me quejaré más. Ya no quiero trabajar más. Estoy aburrido. Todo me parece aburrido y sin sentido.

Me dejé caer sobre la cama y me quedé mirando fijamente el techo de mi habitación. Mientras tanto, podía escuchar a Tian y a Tai discutiendo sobre el trabajo a poca distancia. Habíamos quedado hoy para terminar una tarea de una asignatura optativa que habíamos elegido sin pensar mucho ni tener mucho interés. Suspiré profundamente y cogí el teléfono para distraerme un rato. Me voy a tomar un descanso de diez minutos, porque si sigo así, voy a terminar vomitando encima de todos los papeles y apuntes. Llevamos trabajando sin parar desde las seis de la tarde y ya son las doce de la noche.

Estaba pasando de una aplicación a otra sin ningún orden ni sentido. Cuando vi las historias de Instagram de amigos de otras facultades y carreras que estaban de fiesta, sentí una punzada fuerte en el estómago y me entraron ganas inmensas de teletransportarme directamente hasta ese bar y estar con ellos. Varios de ellos me habían etiquetado en sus publicaciones. ¡Ay! Si me dejan salir, voy a beber tanto que no voy a saber ni cómo volver a mi residencia. Ya lo veréis.

Toc, toc.

Justo en ese momento, alguien llamó a la puerta. Salté de la cama y fui a abrir. Me llevé una pequeña sorpresa al ver que era el hermano mayor de Tai, Phi Fu. Llevaba puesta una sudadera con capucha y pantalones largos, con el aspecto de quien se está preparando para irse a dormir.

—¿Qué pasa? ¿Has venido a buscar a Tai? Está ocupado terminando el trabajo —le dije, poniendo una mano en la cintura y señalando con la cabeza hacia el interior de la habitación.

—No. He venido a buscarte a ti, muñequita mía.

¿Qué? ¿Por qué has venido a buscarme a estas horas? ¿En plena medianoche?

—¿Todavía no han terminado el trabajo?

—Casi... creo.

—¿Bajas un momento?

—¿¿Eh??

—Vamos abajo a comer algo.

—¡Sí, sí, sí! —asentí repetidamente con la cabeza. Con solo escuchar esas palabras, mi corazón empezó a latir de alegría y emoción. Corrí de vuelta a la habitación, agarré mi bolso y el teléfono, y me puse una chaqueta rápidamente. Tian y Tai dejaron lo que estaban haciendo y me miraron frunciendo el ceño con sorpresa.

—Cambias de opinión con una rapidez increíble. Hace apenas unos minutos estabas tirado en la cama como si estuvieras al borde de la muerte, ¿verdad que sí?

—Tai, por favor, tomémonos un pequeño descanso. Llevamos trabajando muchísimo tiempo sin parar. Solo voy a bajar un ratito para comer algo y vuelvo enseguida.

—Estoy totalmente de acuerdo con Moo. Deberíamos descansar un poco... además, tengo mucha hambre. Yo también voy contigo —dijo Tian levantándose de inmediato.

—¡Ejem! —tosió fuerte y claramente Phi Fu, llamando la atención de todos.

Tian, que ya estaba a punto de salir por la puerta, se detuvo en seco. Frunció el ceño, confundido, pero al instante abrió la boca como si acabara de comprenderlo todo y volvió a sentarse lentamente, mirándome con una sonrisa traviesa y llena de malicia.

—Por favor, tráeme una buena sopa caliente de wantanes —dijo Tian levantando el dedo índice en el aire.

—¿Entonces ya no vienes con nosotros? —le pregunté mientras me ajustaba bien la chaqueta.

—No, me quedo aquí.

—Como tú quieras. ¿Y tú, Tai? ¿Qué se te antoja o qué quieres que te traiga?

—Un café y una bolsa de patatas fritas con sabor a algas —respondió él sin levantar la vista.

—Está bien. ¿Nada más aparte de eso?

—Si se me ocurre algo más, te lo escribo por mensaje —me contestó, volviendo enseguida a concentrarse totalmente en su tarea. Siguió moviendo el ratón del ordenador y preparando las diapositivas de la presentación, totalmente ajeno a todo lo que pasaba a su alrededor.

Me encogí de hombros. Le había dicho claramente que debería descansar un rato, pero seguía trabajando como si estuviera poseído o como si no tuviera fin. Este hombre es realmente quien hace todo el trabajo duro de todo el grupo. Desde que estábamos en la escuela primaria hasta llegar a la universidad, Tai siempre ha sido mi gran apoyo y quien siempre me ayuda y me salva de todos los problemas y dificultades.

Al final, solo bajamos Phi Fu y yo. Él llevaba ambas manos metidas profundamente en los bolsillos de su pantalón. Mientras caminábamos, no dejaba de mirarme de vez en cuando y, a veces, se quedaba sonriendo para sí mismo y en silencio.

Empecé a sentirme cada vez más sospechoso y con la mosca detrás de la oreja. ¿Qué le pasa hoy? ¿Por qué sonrío así de esa forma tan extraña? ¿Es que tengo algo raro o sucio en la cara? ¿Por qué no deja de mirarme y sonreírme así de esa manera tan extraña y misteriosa?

—Deja ya de poner esa cara tan rara.

—Pero ¿qué te pasa? Camina recto y sin desviarte. ¿Por qué no dejas de mirarme de esa forma?

—Muñequita.

—¿¿Qué??

—Estás muy guapo.

¡Dios mío!

—¡Oye! Casi me caigo y me tropiezo por tu culpa.

—¡Suéltame y no me agarres más!

Me aparté rápidamente de la mano que Phi Fu había alargado hacia mí. Me había dicho algo tan bonito y halagador de repente, sin previo aviso ni motivo aparente. ¿Es que se pueden decir cosas así de la nada y sin más? ¡Ay, qué fuerte! Creo que tengo que mantener más distancia con él. ¡No se puede confiar en el hermano mayor de Tai! Los hombres como él son muy peligrosos y hay que tener cuidado.

—Esa chaqueta la llevas usando desde que estábamos en la secundaria, ¿verdad que sí?

—¿Y qué pasa con eso? Todavía me queda bien y me sirve. ¿Acaso todo el mundo crece tan rápido y tanto como tú, que pareces un monstruo?

—Te queda muy bien, y además me contestas siempre con tanta agudeza y rapidez.

—¡Oye, no te acerques! ¡Cuidado, que me voy a caer por las escaleras! —le grité, apartándome rápido en cuanto vi que intentaba hacerme cosquillas en la cintura. Por suerte, todavía no habíamos empezado a bajar las escaleras que llevaban a las habitaciones, porque si no, seguramente me habría hecho daño de verdad. Soy muy sensible a las cosquillas; cada vez que alguien me toca o me hace esto, me retuerzo y me muevo como un gusano. Y por si fuera poco, Phi Fu sabe perfectamente dónde tengo mi punto más débil. ¡Qué pesado y molesto es siempre con lo mismo!

No sé cómo es posible que sepa tantas cosas y detalles sobre mí.

—Tai me ha contado que estás desesperado y que te mueres de ganas por salir a beber y divertirse —me dijo de repente.

¡Ese Tai y su boca que nunca sabe guardar un secreto! Otra vez metiéndose en mis asuntos y contándolo todo.

—Lo que deberías beber es leche. Mira qué pequeño y bajito eres todavía.

—Ya la bebo todos los días y aun así no crezco ni un centímetro más. Ve a engañar y a contarles esas mentiras a los niños pequeños, que a mí no me la das.

—¿Engañarte a ti? Ni se me ocurriría. Llevo toda la vida diciéndote que deberías beber más leche desde que eras apenas un niño pequeño. Si hubieras hecho caso y la hubieras bebido todo este tiempo sin falta, ahora serías mucho más alto y tendrías un cuerpo más fuerte, Moo —me dijo Phi Fu, soltando una gran carcajada. Luego se acercó un poco más a mí, me revolvió el pelo con mucho cuidado y, de repente, me atrajo hacia él por el cuello de la chaqueta para darme un fuerte abrazo. Esos brazos tan grandes y pesados me molestaban bastante. Me irrita y me molesta mucho cuando me abraza así sin más ni más. ¿Es que no puede dejar ya de comportarse como un salvaje y tener más modales?

—¡Suéltame ya! ¡Camina derecho y sin desviarte!

—Cuando eras pequeño me hacías caso en todo y siempre me obedecías. ¿Cómo es posible que al crecer te hayas vuelto tan terco y difícil?

—¡Yo no soy terco ni nada de eso! —le respondí resoplando, muy molesto.

Al ver que me estaba enfadando de verdad, Phi Fu siguió molestándome aún más y con mayor intensidad. Creo que tiene algún tipo de problema o trastorno, porque le encanta ver cómo frunzo el ceño y me irrita. Tengo unas ganas tremendas de darle un buen pellizco.

Salimos juntos del edificio de la residencia. Al principio pensé que solo compraríamos la sopa de fideos que quería Tian y luego iríamos a la tienda 7-Eleven a buscar cualquier otra cosa para comer nosotros. Pero cuando pasamos por el puesto de fideos y me llegó el olor delicioso y apetecible de un gran cuenco de sopa que acababan de servirle a alguien que tenía al lado, se me hizo la boca agua sin poder evitarlo. Sin pararme a pensar ni un segundo, me acerqué y pedí de inmediato mi plato favorito.

Si no puedo beber alcohol, no pasa nada ni me importa. Hoy me conformaré con un buen plato de wantanes al estilo tom yum.

—¿De qué te ríes otra vez? ¿Te has vuelto loco o qué? Primero sonríes sin motivo y ahora te ríes... —le dije, en cuanto hice el pedido, me di la vuelta para mirar al hermano mayor de mi amigo, que seguía de pie justo a mi lado.

Allí estaba otra vez, sonriendo mientras me miraba fijamente. Esta vez Phi Fu no respondió ni dijo ni una sola palabra, solo me siguió con calma y se sentó conmigo a la mesa. Mientras esperábamos a que nos sirvieran la comida, no dejó de mirarme ni un solo instante, hasta que empecé a sentirme muy incómodo y agitado. Cada vez que fruncía el ceño con fastidio, él soltaba una risita baja y suave. Al final, le di una fuerte patada en la espinilla con toda mi fuerza. Phi Fu dio un salto en el sitio y soltó un grito, lo que hizo que todas las personas que estaban sentadas en las mesas de al lado se volvieran a mirarnos con curiosidad.

—¡Qué violento y agresivo eres, muñequita mía! —se quejó él.

—Pero ¿qué te pasa hoy? No paras de sonreír y reírte sin motivo ni sentido alguno. ¿Es que has tomado algo o qué te pasa?

—Estoy loco por ti.

—Sí, ya lo sé, estás totalmente loco, eso está clarísimo.

—Es que te ves increíblemente guapo y adorable hoy, mi dulce amor. ¿Tiene algo de malo que me esté sonriendo?

¿Qué es lo que le pasa hoy en día?

Phi Fu se está comportando de una forma muy extraña y diferente a lo habitual. Ya me ha dicho dos veces que soy guapo y encantador. Yo ya sé que soy atractivo y muy guapo, eso lo tengo claro, pero no logro entender por qué de repente me lo dice todo tan directamente y sin rodeos. Por lo general, cuando no está riñéndome o llamándome la atención, se dedica a criticarme o a encontrarme algún defecto en todo lo que hago.

—¿Te gusta que te diga esas cosas?

—¿Qué cosa? ¿Que me halagues y me digas cosas bonitas? Ja, qué extraño te oyes diciéndome esto. Deja ya de decirme cosas así y de tratarme de esa forma.

—No es eso. Lo que te estoy preguntando es si yo te gusto.

—¡No!

—Ay, mi dulce amor... ¿podrías pensártelo, aunque sea un segundo?

—¡Que no! ¡Bla, bla, bla y más bla!

—Creo que soy bastante guapo, ¿sabes? ¿Es verdad que no te gusto ni un poquito?

—Aunque a mí me gusten las caras bonitas, también me fijo mucho en la personalidad y en cómo es la persona por dentro —le respondí.

Dije esto apoyando la barbilla en una mano y apartándome el pelo de la cara con mucho aire de orgullo y arrogancia, para dejarle bien claro que cuando yo busco pareja, lo hago con mucha exigencia y cuidado. No soy de los que se lanzan y se enamoran solo porque alguien tiene buena cara.

—Estoy hablando de una persona, no de una botella de licor de la que puedas sacar lo que te dé la gana. Y encima, eres bastante bajito y pequeño —añadí.

—¡No me pellizques la mejilla! ¡Ay! —grité, apartando rápidamente su mano de un empujón.

Este hombre tiene unas manos increíblemente rápidas y ágiles. Primero me agarra del cuello para abrazarme, y ahora me coge de las mejillas. ¡Qué pesado y molesto es siempre! No creas que por tener las piernas cortas no puedo darte una patada justo en el cuello. Si sigues tocándome y tratándome así sin mi permiso, te voy a dejar todo lleno de morados y moretones.

—¿Qué ventajas o cualidades tengo yo, aparte de poder ir a comprar cosas a la tienda 7-Eleven? —preguntó él con voz suave y melancólica.

—Me alegra mucho que te des cuenta y lo sepas. Moo no es nada fácil de conquistar ni de tratar, te lo advierto y te aviso ya desde ahora —le respondí con seriedad.

—Si te pierdes por el camino, necesitas un mapa para volver. Entonces, si te enamoras de este chico, ¿qué es lo que se supone que debes hacer? —me preguntó con una sonrisa.

—¡Jajajaja! —me eché a reír sin poder evitarlo.

—¡Phi Fu! ¿Pero qué estás haciendo? ¡Ay, para ya! —le grité.

Casi tuve ganas de levantarme y salir corriendo de ese lugar. En cuanto dije eso, se puso de pie de repente, formó un corazón con las manos y me lanzó un beso desde lejos. Todas las personas que estaban a nuestro alrededor se volvieron a mirarnos con curiosidad. Algunas se reían bajito, otras sonreían ante esa actitud tan infantil y tonta, y hubo incluso quien casi se ahoga con los fideos que estaba comiendo.

—¿Cómo es posible que alguien tan guapo y atractivo como tú siga estando soltero y sin pareja? —me dijo con voz dulce y cariñosa.

...

—Si te crece mucho el pelo, te puede molestar y meterte en los ojos. Pero si me enamoro de ti, te prometo solemnemente que nunca te abandonaré ni te dejaré solo —me juró con mucha seriedad.

—¡Ya está bien de tonterías! ¡Siéntate inmediatamente y compórtate bien! —le ordené, ya rojo de la vergüenza.

¡Ay, qué vergüenza más grande! ¿Pero qué le pasa a este hombre? ¿Qué espíritu se ha apoderado del cuerpo de Phi Fu?

Lo agarré del brazo y lo obligué a volver a sentarse. Hace apenas un momento hacía todas esas cosas sin importarle nada ni nadie, y ahora está ahí sentado tan tranquilo bebiendo agua y arqueando las cejas con una sonrisa llena de malicia y picardía. ¡Qué hombre más insoportable y molesto! ¡Tengo ganas de devolvérselo a Tai ya mismo!

Cuando nos trajeron los fideos, bajé la cabeza y empecé a comer sin levantar la vista ni una sola vez. Podía escuchar cómo Phi Fu se reía bajito y suavemente. No quería mirarlo ni a él ni a esa sonrisa de loco que no se le iba de la cara.

—¿Ahora te gusta cómo me comporto?

—No me gusta nada en absoluto. Si no dejas de decirme todas esas cosas absurdas y sin sentido, no te voy a volver a dirigir la palabra nunca más —le advertí.

—Moo.

—¿Qué más quieres ahora? ¿Podrías estar callado de una vez? Moo está comiendo sus fideos con tranquilidad.

—Me han contado que estás hablando con un estudiante de cursos superiores, mi dulce amor. ¿Cómo se llama ese chico... Jack, ¿verdad?

¿Cómo diablos se ha enterado Phi Fu de esto? Conseguí su contacto con mucha discreción y cuidado, sin contárselo a nadie. Me lo dio otro amigo de la universidad, y ni siquiera Tai ni Tian sabían nada del asunto. Esto me sorprendió y me desconcertó muchísimo. Levanté la cabeza y lo miré fijamente.

Phi Fu estaba sentado con los brazos cruzados sobre el pecho y con una sonrisa que ocultaba segundas intenciones y planes secretos. Apreté con mucha fuerza el tenedor y la cuchara que tenía en las manos. ¡Tuve unas ganas inmensas de clavárselos justo en los ojos!

—No hace falta que sepas cómo me he enterado. Lo único que tienes que saber es que Jack ya está hablando con otra persona. Seguro que es esa chica a la que todos consideran la diosa de la universidad, ¿verdad?

—Te lo estás inventando todo y me estás mintiendo.

—No me lo invento ni miento. Es la pura realidad y la verdad. Pero de todos modos no importa, muy pronto te darás cuenta tú mismo y comprobarás que es cierto —dijo Phi Fu, encogiéndose de hombros como si no le diera ninguna importancia, y luego me sirvió agua en el vaso con la jarra de plástico que había en la mesa.

—Porque yo te voy a esperar, igual que la espuma limpiadora se queda hasta que desaparece la suciedad, esperaré hasta que te canses de ver siempre su misma cara.

—¿¿Qué has dicho??

—Tú serás quien decida si quieres ser el ángel que vive en mi corazón o la mosca que molesta en el suyo. La decisión está únicamente en tus manos.

¡Oh... eh... ¡Phi Fu!

¿Pero qué demonios le pasa? ¿Es que puede decir frases tan cursis y empalagosas cada vez que le da la gana sin más ni más?

—Muñequita.

—¡Cállate y no digas nada! ¡No te estoy escuchando ni quiero oírte! ¡Estoy comiendo mis fideos y quiero estar tranquilo!

—Mi dulce amor, se te han puesto las orejas totalmente rojas... ¡Ay! ¡Me has vuelto a dar una patada en la espinilla, ¿verdad?

¡Ya es suficiente con todo esto! Lo mejor que puedo hacer es terminarme rápido estos fideos y correr de vuelta a mi habitación sin perder ni un segundo. Si me quedo más tiempo junto a Phi Fu, voy a terminar perdiendo la razón y volviéndome loco mucho antes de que tengamos que entregar el trabajo.

¡Pum!

—¡Toma, aquí tenéis todo lo que pedisteis!

—Moo, cierra la puerta con más cuidado y sin hacer tanto ruido. Si no lo haces así, seguro que vendrá alguien a regañarte y a llamarte la atención.

—Pero ¿qué le pasa a este chico? ¿Por qué se comporta así?

—¿Y cómo voy a saber yo? Seguro que tiene muchas ganas de ir al baño o algo así. En cuanto entré en la habitación, fue directo hacia el cuarto de baño sin parar ni un instante.

Una vez que estuve dentro del baño y con la puerta bien cerrada y asegurada, me quedé quieto en el mismo sitio, intentando calmarme y recuperar la tranquilidad. Me miré fijamente al espejo y luego me froté las mejillas con mucha fuerza. Sentía que todo mi cuerpo estaba

ardiendo y muy caliente, así que me quité la chaqueta y la tiré directamente a la cesta de la ropa sucia. No entendía qué me estaba pasando ni por qué de repente me sentía tan nervioso y alterado.

No, definitivamente no es culpa de Phi Fu ni tiene nada que ver con él. Él no tiene ningún poder ni influencia sobre mí. Seguro que todo esto es simplemente por lo picante que estaba la sopa de tom yum que me acababa de comer.

—¡Muñequita mía!

—¿Qué pasa ahora? ¡Deja ya de llamarme así de una vez por todas! ¡Vete a tu propia habitación y déjame en paz! ¡Ya me has molestado y fastidiado bastante por hoy, no quiero saber nada más de ti!

—¿Qué te apetece comer mañana por la mañana para desayunar?

—¿Por qué me preguntas eso de repente?

—Porque te lo voy a comprar yo mismo y te lo traigo.

—No hace falta que te tomes esa molestia ni que hagas eso por mí.

—Deberías desayunar todos los días sin falta. No solo debes llenarte el estómago con alcohol, eso no es bueno ni saludable.

—¡Eso es asunto mío y solo mío!

—Es que me preocupo por ti, ¿sabes? Me importas mucho.

...

—Y todavía quiero cuidarte y estar siempre a tu lado, muñequita mía.

—¡Dios mío...! —me tapé la cara con las manos, que me ardían por completo, y me fui deslizando poco a poco hasta quedarme sentado en el suelo, apoyado contra la puerta del baño.

Justo en ese momento, la pantalla de mi teléfono se iluminó. Lo agarré rápidamente y me llevé una sorpresa al ver que se trataba de un mensaje del chico que vive justo al lado, con el que hacía apenas unos minutos habíamos terminado nuestra conversación.

Respiré hondo y con mucha fuerza... «Vamos, Moo, contéstale. Riñele y dile que se comporte bien. No dejes que las locuras y palabras de Phi Fu te hagan olvidarte del chico tailandés que te gusta y que te interesa».

El hermano mayor de Tai: Tai me acaba de decir que ya han terminado el trabajo.

El hermano mayor de Tai: Vete ya a dormir ahora mismo. No seas terco y no te pongas a hacer cosas sin sentido a estas horas. Mañana a las siete en punto vendré a buscarte para ir a comer sopa de arroz.

El hermano mayor de Tai: Mensaje de voz enviado.

Me quedé mirando fijamente todos esos mensajes mientras me abrazaba las rodillas contra el pecho. Al cabo de un rato, dejé el teléfono en el suelo y pulsé la pantalla para escuchar el mensaje de voz que me había enviado.

«Si te pasas la vida buscando a la persona de tus sueños y la pareja perfecta, corres el gran riesgo de perder a esa persona maravillosa que ya tienes justo a tu lado y que te quiere de verdad».

...

«Me gustas, y punto. No me preguntes por qué ni cómo pasó, simplemente es así».

—¡Ay...! —suspiré sin darme cuenta.

[No sé por qué sigues siendo tan terco y difícil conmigo, pero más te vale que te vayas preparando. Si no es mañana, será pasado mañana, pero te aseguro que voy a ponerme totalmente serio y a luchar por ti sin descanso, muñequita mía.]

—¡Phi Fu, eres un completo idiota! —exclamé con voz ahogada.

[¿Me has escuchado bien lo que te he dicho? ¡Contéstame y dime que sí, muñequita mía!]

Tong: Hoy he puesto en práctica todo lo que me dijiste. No estoy muy seguro de si ha funcionado o no, pero tengo la impresión de que sí ha dado resultado.

Tong: Al principio, cuando me dijiste que tenía que decirle cosas dulces y bonitas para hacerle sonrojar y ponerse colorado, no podía ni imaginarme cómo se vería él así, porque por lo general lo único que hace es darme patadas y tratarme con dureza.

Tong: De todos los días que llevo intentando conquistar su corazón y demostrarle lo que siento, hoy ha sido el primero en el que he tenido la sensación real de que he logrado hacer temblar todos esos muros y barreras que siempre ha levantado alrededor de sí mismo.

Tong: En resumen, tu método funcionó. Así que voy a cumplir mi promesa.

Tong: Acabo de subir una nueva serie de fotos a mi perfil. Ve a echarles un vistazo.

Tong: De hecho, las he puesto solo para presumir de mis abdominales. Qué poca vergüenza tengo, ¿verdad?

Capítulo 11

Hace mucho tiempo que en la vida de estudiante de Moo no existe lo que se llama un día libre de verdad.

Un día libre en el que puedes quedarte todo el tiempo que quieras en la cama, abrazado a la almohada y bajo una manta calentita. Un día que sea completamente tuyo: sin trabajos que hacer, sin nadie que te llame ni te escriba, sin nadie que llame a tu puerta para molestarte. Ese es el tipo de vida con la que Moo sueña para siempre. Dormir, comer, ver películas, y luego volver a dormir, comer y ver películas... en un ciclo que nunca se acaba hasta el fin de mis días. ¿Es pedir demasiado, acaso?

Ya eran las tres de la tarde y yo seguía tumbado en la cama, tan perezoso como siempre. A mi alrededor todo estaba hecho un desastre: la tableta, el ordenador portátil con una película pausada, aperitivos y bebidas esparcidos por todas partes. Todo colocado y preparado a la perfección para estar lo más cómodo posible.

Ya había terminado de ver varias películas, había pasado bastante tiempo revisando todo lo que tenía en el teléfono, me había dado vueltas y más vueltas en la cama como un cerdo y hasta me había echado una siesta de tres o cuatro horas. Ya lo había hecho todo. Al final, como no tenía nada más que hacer, terminé entrando en la aplicación de citas en busca de un poco de felicidad momentánea y pasajera. Se me iluminaron los ojos al ver que tenía un mensaje nuevo. ¡Era de ese chico, Tong!

¡Y además, me había dicho que ya había subido esas fotos con sus abdominales que yo le había pedido!

¡Vaya! ¿A qué estoy esperando? Vamos a verlas ya mismo, Moo.

Y por supuesto, en cuanto las vi, tuve que agarrarme el pecho con la mano. El cuerpo de ese chico misterioso me había dejado totalmente impresionado y sin palabras. No sabía cómo se veía su cara, pero por las fotos que me había enviado... este hombre no era nadie común y corriente. Para nada. ¿Por qué? ¿Por qué el destino tuvo que ponérmelo en el camino tan tarde? Me daba mucha rabia y me molestaba muchísimo que viniera a pedirme consejos solo para conquistar a la persona que le gustaba a él.

Lo quiero solo para mí... Moo habla totalmente en serio, no está bromeando ni nada de eso.

M: Phi

M: ¿Podemos vernos? Tengo muchas ganas de ver tu cara. Solo un ratito, por favor.

No lo dudé ni un solo instante. Le contesté al momento. El corazón me latía con fuerza; me moría de ganas de conocer a este chico. Aún no había visto su rostro y ya sentía esa necesidad. Si resultaba que su cara también era de mi gusto... Moo iba a luchar por él sin ninguna duda.

En resumidas cuentas, a Tong solo le «gustaba» esa persona. Ni siquiera estaban saliendo todavía. ¡Moo también tenía una oportunidad!

Ese día le había dado unos cuantos consejos: si de verdad quería conquistar a alguien, tenía que ser constante y mostrar claramente sus intenciones, porque si no, su presa se le escaparía de las manos. Le di algunas recomendaciones generales y, por lo que se veía, realmente le habían funcionado bien. Como siempre digo, este método Moo tiene un cien por cien de efectividad para hacer dudar y cambiar de opinión a cualquiera... siempre y cuando esa persona sea del tipo adecuado.

Me encantan los hombres atractivos y con un punto de picardía y travesura. Son los mejores para enamorar y para el corazón.

Tong: No.

¡Oye! ¿Por qué me ha contestado tan rápido hoy? ¿Es que le intereso? Estoy seguro de que sí.

Fue muy bueno que me respondiera enseguida, pero cuando vi ese «No», me desanimé un poco. Qué rabia.

Tong: Hoy voy a probar con algo diferente. Ya te diré si me da buen resultado.

Tong: El profesor M también te manda muchos saludos y sus mejores deseos.

Después de eso, Tong desapareció y no volvió a escribir. Yo no le contesté. Solo fruncí los labios con enfado y cerré la aplicación. Me sentía muy molesto al ver cómo un hombre de tan alta calidad y valor casi se me escapaba entre los dedos. Además de que me atraía muchísimo físicamente, Tong era la primera persona de toda esa aplicación con la que realmente había logrado mantener una conversación durante tanto tiempo. Por lo general, la gente solo hablaba un rato y luego desaparecía sin dejar rastro, o solo quería quedar enseguida sin tomarse ni el tiempo mínimo para conocerse un poco primero. Qué pesadez.

¡Toc, toc!

Estaba allí tumbado en la cama, compadeciéndome de mí mismo y dándole vueltas a todo esto, cuando escuché unos golpes en la puerta. Me levanté con mucha pereza y fui a abrir. En cuanto vi quién estaba allí, puse los ojos en blanco con fastidio.

—¿Ya te has bañado, muñequita mía?

—Si no voy a ir a ningún sitio, ¿para qué me voy a bañar?

—Pues yo creo que estoy mucho más limpio que tú.

—¡No te pongas a regañarme! ¡Oye, espera!

Me planté delante del hermano mayor de Tai. Como siempre, entré en mi habitación sin pedir permiso ni esperar a que se lo diera. Yo, que soy el dueño del cuarto, me quedé allí parado con las manos en la cintura y el ceño fruncido, sin saber qué hacer. Mientras tanto, ese intruso alto y grande ya se había acomodado muy cómodamente en mi cama. Phi Fu traía una bolsa con varias cosas dentro. Me miró y me dedicó una gran sonrisa.

—Date un baño y salimos a comer. Te he comprado un montón de cosas que te gustan.

—¿Y qué es todo esto que traes?

—Atención y cariño, todo para ti.

—¿¿Qué dices??

—Claro que sí. Si me he propuesto conquistarte y ganarme tu corazón, tengo que tratarte con mucho mimo y cuidado. Lo digo tal cual lo siento y sin andar con rodeos ni medias palabras.

Me quedé totalmente atónito y sin palabras. Moo se quedó inmóvil en mitad de la habitación, con los ojos muy abiertos, mirando al hermano de mi amigo con una expresión de absoluta sorpresa y asombro.

¿Qué está pasando? ¿Desde cuándo se atreve Phi Fu a hacer y decir tantas cosas así?
¿Desde cuándo se ha vuelto tan directo y claro con lo que siente y quiere?

—Vete a bañar y ven luego a comer. También te he traído un montón de dulces y golosinas.

—Deja ya de hacer todo esto, antes que nada.

—¿Dejar de hacer qué cosa, exactamente?

—¡Oye! ¿Qué te pasa últimamente? ¿Es que alguien te ha estado diciendo cosas raras o extrañas al oído o qué te han hecho?

—¿Ah, sí? ¿Te pones así de nervioso y alterado solo porque te digo unas pocas cosas bonitas y cariñosas? Eres muy sensible y te afecta todo demasiado, mi dulce amor.

—¡Tú... tú...! —le señalé con un dedo que me temblaba sin poderlo evitar. Últimamente tenía la sensación de que me estaba ganando y superando con mucha facilidad en todo. Al ver mi reacción, el hermano mayor de Tai sonrió con aire triunfal y satisfecho.

Discutimos y nos peleamos un poco más durante unos minutos, y luego salí corriendo hacia el baño para intentar calmarme y recuperar la tranquilidad. Me froté la cara con mucha fuerza con las manos mientras intentaba poner mis pensamientos en orden y serenarme.

Si me quedaba mucho más tiempo cerca de Phi Fu, estaba totalmente seguro de que me acabaría doliendo mucho la cabeza y me pondría enfermo. No sabía qué era lo que había comido o qué le había pasado últimamente, pero su forma de tratarme y de intentar

acercarse a mí había mejorado y cambiado totalmente, y para mucho mejor. Sabía que ya le gustaba desde hacía tiempo, pero antes su forma de actuar siempre era torpe y sin mucha gracia. Phi Fu parecía alguien que no tenía ni idea de cómo conquistar a nadie: solo se dedicaba a molestarme, a hacer bromas sin sentido todo el día, y además era muy mandón y siempre se quejaba de todo. Pero míralo ahora. No sé quién habrá sido o qué persona habrá logrado influir en él y cambiarlo, pero de repente se ha vuelto alguien que me trata con todos los mimos del mundo y no para de decirme frases dulces y empalagosas. Tengo que reconocer que todo esto me ha dejado totalmente sorprendido y desconcertado. Completamente atónito.

Me di una fuerte bofetada en la cara para recuperar la calma y decidí terminar de ducharme. Ya que me había levantado de la cama, empecé a tararear suavemente mientras me enjabonaba. Pero en cuanto me enjuagué y me quité todo el jabón, abrí los ojos de par en par, totalmente aterrorizado: me había olvidado por completo de llevar la toalla y la ropa limpia.

¡Maldición! ¡Esta vez sí que la he liado bien!

¿Qué voy a hacer ahora? ¿Salir con la misma ropa sucia que llevaba puesta y luego cambiarme otra vez?

—¡Muñequita!

¡Dios mío!

«Tranquilo, Moo, tranquilízate. ¿Por qué te pones así de asustado? ¡Es solo Phi Fu llamando a la puerta del baño!»

—¿Q-qué pasa? ¿Qué quieres? ¡Estoy bañándome!

—¿Y cómo te bañas sin traer ni siquiera una toalla?

—¡Claro que sí que tengo! —le grité en respuesta, aunque en realidad no tenía absolutamente nada. Estaba completamente desnudo. ¡Ay, qué vergüenza!

—Cuando entraste al baño, me di cuenta de que no llevabas nada contigo.

...

«¿Cómo es posible que se haya fijado en eso? ¿Me estuvo mirando todo el tiempo hasta que entré aquí? Sabía que era muy observador, ¡pero hasta ese punto no me lo esperaba!»

—Mira, te he traído una. Abre un poco la puerta y cógela.

—¡Ya te he dicho que sí que tengo! ¿Es que no me estás escuchando?

—Bueno, como tú prefieras... La dejaré aquí fuera, en el suelo.

...

Phi Fu dijo eso y luego se quedó totalmente callado. Supuse que habría dejado la toalla y se habría ido de vuelta a mi habitación. Me quedé allí parado, sin saber muy bien qué hacer ni decidirme por nada. Podía salir vestido con la ropa que llevaba antes, coger la toalla y volver a entrar para cambiarme, pero aun así, tampoco tendría nada con lo que secarme el cuerpo. Pensé que abrir la puerta solo un segundo no debería suponer ningún problema ni correr ningún riesgo...

Abrí con mucho cuidado un pequeño resquicio de la puerta del baño y eché un vistazo. No muy lejos de allí había un montón de toallas y ropa limpia preparada. Estiré el brazo para cogerlo todo, pero de repente ocurrió algo inesperado: resbalé con el suelo mojado y me caí con mucha fuerza. Se escuchó un fuerte «¡Pum!», y el que estaba sentado de espaldas se dio la vuelta al instante.

—¡Date la vuelta ahora mismo! —le grité.

Phi Fu se quedó muy sorprendido. Al principio intentó levantarse para ayudarme, pero al final se quedó sentado muy recto, sin moverse ni un milímetro. Agarré rápidamente toda la ropa y volví a meterme en el baño. El sonido de la puerta al cerrarse me ayudó a recuperar un poco la calma. ¡Qué dolor de cabeza! No entendía qué me pasaba hoy. Supuse que Phi Fu no había visto nada que me hiciera pasar más vergüenza, pero aun así... había sido algo realmente bochornoso y vergonzoso.

Me vestí deprisa y corriendo con la ropa que Phi Fu había preparado. Cuando me di cuenta de que también había puesto ropa interior, tuve unas ganas inmensas de darle un puñetazo. ¡Eso significaba que había elegido cada una de las prendas! ¿Es que había entrado en mi armario sin permiso? ¡Tenía que regañarle muy seriamente por esto!

—¡Phi Fu, la próxima vez no te metas con mi ropa ni con mis cosas! —le dije enfadado.

—¡Oye, si te vi salir sin nada de ropa, solo fui a buscarte algo para que te pudieras poner!
—se defendió él.

—¡De todas formas no puedes entrar en el armario de otra persona y revolverlo todo así como así! —le grité, saliendo del baño con las manos en la cintura y empezando a regañarle sin parar.

Phi Fu volvió a poner esa cara de sorpresa que tanto me molestaba. Muy irritado, le tiré la toalla con fuerza, pero fallé el tiro y fue a dar justo encima de una silla que había cerca.

—¿Por qué te da tanta vergüenza? Te enfadas por cualquier cosa sin sentido —me dijo con calma.

—¡No me da vergüenza ninguna! —le respondí a la defensiva.

—¿Será que estás así de malhumorado porque tienes hambre? Vamos, ven aquí y siéntate a comer.

Phi Fu me acercó una silla y me invitó a sentarme. Toda la comida que había traído ya estaba servida y lista para comer. Al final, el hambre fue más fuerte que mi orgullo. Moo decidió hacer una tregua temporal, así que me senté junto a él. Desde la mañana no había probado bocado, solo había comido algunos aperitivos y bebido refrescos. Tengo que reconocer que me había dado mucha pereza salir a buscar comida. Parecía que Phi Fu sabía perfectamente que seguramente no había comido nada en todo el día, porque había traído tal cantidad de platos que casi ocupaba toda la mesa. Y por si fuera poco, ¡eran todos mis platos favoritos! ¿Es que este hombre nunca se cansa de hacer cosas por mí?

—Tú come tranquilo, que yo te seco el pelo —me dijo de repente.

Y no se quedó parado ni un segundo. Me quitó la toalla que tenía puesta en la cabeza y empezó a frotarme el cabello con mucho cuidado y suavidad. La mano con la que estaba llevando el arroz a mi boca se detuvo en seco. Phi Fu levantó levemente una ceja, pero al ver que no le ponía ninguna objeción ni le decía nada, siguió secándome el pelo muy despacio y con mucho mimo.

Bueno, si quiere secármelo, que lo haga. Tampoco me apetecía hacerlo yo mismo. Lo que más quiero ahora es comer, tengo muchísima hambre.

—No te pases el día entero durmiendo. Aprende a comer como es debido, ¿vale?

—¿De qué otra cosa me vas a regañar ahora?

—Si no te hubiera traído yo la comida, te habrías quedado en la cama pudriéndote todo el día, ¿no es así?

—Bueno, si realmente hubiera tenido hambre, habría salido a comprarme algo. No hacía falta que trajeras tanta cantidad.

—Si yo no me cuido de ti, ¿de quién voy a cuidar entonces, muñequita mía?

—Ni idea. Pues búscate a otra persona nueva.

—Eres todo un experto en dejarme de lado, ¿verdad? Si de verdad tuviera a alguien más, te pondrías celoso.

—Ja.

Me metí un poco de arroz en la boca. De repente, ya no tenía ganas de seguir hablando con Phi Fu. Comía con cara de enfado, mientras él seguía allí de pie secándome el pelo. En realidad, no era algo extraño que Phi Fu me secara el pelo. Desde que éramos niños, siempre me había tratado de esta forma. Si soy sincero, Phi Fu me cuidaba casi como si fuera su propio hermano pequeño. Al ser el mayor, seguramente le habían educado para que se ocupara de los más jóvenes.

—Si de verdad tuviera otro novio, te pondrías celoso.

Ja. Bueno, que se lo crea. A mí no me importa en absoluto. Incluso sería mejor, así alguien más comparte conmigo la carga de aguantarlo.

Maldición... ¿por qué de repente la comida ya no me sabe tan bien como antes?

—Traga el arroz.

—¿Qué?

—Sigues teniendo el arroz en la boca. Haces lo mismo desde que eras pequeño, muñequita mía.

—No te metas en mis asuntos.

—¿Tienes las mejillas hinchadas por el arroz o porque estás enfadado?

—¡No me pellizques la mejilla!

—...O tal vez es que simplemente estás engordando. ¡Ay! Pero qué fuerte me has dado, mi dulce amor. ¿Es que en tu vida anterior eras batería? Tienes una mano muy pesada.

—¡Cállate ya! —le grité, antes incluso de que pudiera ponerle cara, ya que Phi Fu se vengó frotándome la cabeza con mucha fuerza con la toalla. Su risa resonó por toda la habitación. Al principio tenía muchas ganas de pegarle, pero terminamos corriendo el uno tras el otro por todo el cuarto. Phi Fu sonreía muy contento, al ver que había logrado ponerme nervioso y molesto. Saltó encima de la cama y yo corrí detrás de él para darle un golpe. Se desató una pequeña guerra entre los dos. Phi Fu agarró una almohada grande para protegerse. Yo intenté quitársela y tirarla lejos, así que terminamos forcejeando los dos por la misma almohada.

—¡Suéltala ya!

—Pareces un perrito pequeño, muñequita mía.

—¡No me llames perrito! Si Moo es un perrito, entonces Phi Fu es un toro bravo y feroz.

—¡Vaya, qué lengua más venenosa y afilada tienes!

—¡Eres un verdadero fastidio y una molestia!

Como los dos estábamos de pie sobre el colchón, era muy difícil mantener el equilibrio. Al final, nuestra batalla de almohadas terminó de forma sencilla: Phi Fu tiró con mucha fuerza y yo salí volando junto con la almohada. Los dos caímos de espaldas sobre la cama, arrastrados por la gravedad. Me movía y me retorecía encima de él, pero me quedé totalmente inmóvil y rígido en cuanto me di cuenta de que me había rodeado con sus brazos y no me dejaba escapar.

¡Maldita sea! ¡Caí directamente en su trampa!

—Te he atrapado y ya no te escapas.

—¡Suéltame! ¡Déjame ir ahora mismo!

—Eres demasiado terco y difícil. Ya me he cansado de discutir y pelear contigo todo el tiempo.

—¿Y qué pasa? Si estás aburrido, vete a recortar figuras o maquetas a tu propia habitación.

—Ya me cansé de recortar y armar maquetas. Ahora lo que quiero es recortarte y tenerte a ti.

—¿Qué has dicho?

—Estoy totalmente enganchado a ti y no puedo dejarte. ¡Ay, ay, ay!

—¡Se te ha pegado a la cara esa tontería! ¡Suéltame de una vez!

—Cuando eras pequeño, no te separabas de mí ni un segundo, mi pequeña muñequita. Si no jugaba contigo, te ponías a llorar con los ojos hinchados y corrías a contárselo todo a mi madre: «¿Dónde se ha metido ese niño tan regordete de mejillas sonrosadas y trasero grande? ¿Por qué ya solo queda este Moo tan gruñón y difícil de tratar?».

—¡Si Moo era un niño tan feo y pesado como dices, ¿por qué te gusto ahora?!

—Antes no me gustabas. Pero ahora sí.

Phi Fu me apretó con más fuerza contra su cuerpo. Me retorcí y luché hasta que me quedé sin aliento, y al final no tuve más remedio que rendirme. Este hombre tiene una fuerza increíble. ¿No se supone que ya no es tan activo como antes? ¿Cómo puede ser tan fuerte? Me tenía sujeto con tanta firmeza como una pitón que se traga un perro entero.

¡Espera un momento! ¿Por qué me estoy comparando yo mismo con un perro? ¡Moo no es ningún perro!

Me quedé mirando su cara. Él sonreía ampliamente, con esos ojitos que se le cerraban al sonreír, algo que me irritaba todavía más. Últimamente tenía la sensación de que Phi Fu tenía un encanto extraño que no había notado antes. No podía seguir mirándolo ni un segundo más, así que terminé desviando la mirada hacia la ventana.

¡Qué pesado y molesto es este hombre de ojos pequeños! ¡Ya estoy harto de todo esto!

—¿Cuándo vas a empezar a sentir algo por mí, muñequita mía?

—Nunca.

—Qué cruel eres conmigo.

—Suéltame ya. Y no pongas esa cara de pena.

—Si aceptas ser mi novio ahora mismo, mañana mismo te llevo a que te hagan un traje rojo a medida. Hablo totalmente en serio.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué tonterías estás diciendo?

—Serías como mi cuñada mayor. Llevarías cadenas de oro muy gruesas y tendrías tu propia casa y propiedades.

—No lo quiero ni lo deseo.

—La verdadera razón por la que sigues rechazándome no es solo porque tengo los ojos pequeños, ¿verdad?

...

—No importa si no me lo dices ahora mismo, mi dulce amor. Voy a seguir esperando. Con mucha paciencia.

—... Phi Fu.

—Tú puedes esperar... pero nadie es capaz de esperar eternamente, mi dulce amor.

...

Para mi querido Tai: Hia

Para mi querido Tai: Tengo una compañera que acaba de empezar el primer año de Arquitectura. Me hace muchas preguntas raras y no sé cómo responderle. ¿Podrías hablar con ella un rato?

Para mi querido Tai: [se envió un contacto]

Para mi querido Tai: Se llama Kim. Cuídala bien, Hia.

Capítulo 12

—¡Moo, date prisa!

—¡Ya voy, ya voy!

—¡Otra vez con esa ropa...!

—¿Y qué tiene? Me queda muy bien, es el estilo propio de Moo Ying.

—Un día de estos voy a registrarte la habitación y voy a tirarlo todo a la basura.

—¡Ay! ¡Tian, ayúdame! ¡Tai es muy malo conmigo!

—Sube ya mismo. Todos tus amigos que están en la mesa te están esperando.

Tian le dio un golpe juguetón en el brazo a Moo para que se diera más prisa. Al oír eso, Moo no tuvo más remedio que asentir y caminar con paso rápido hacia el coche. Si se retrasaba más, le regañarían hasta que le dolieran los oídos. Abrió la puerta, se sentó en el asiento del acompañante y se puso el cinturón de seguridad; en ese mismo instante, Tai puso el motor en marcha. Se dirigieron directamente al bar de ocio donde se reunirían con el resto de sus amigos. Ya estaba completamente oscuro y seguro que el local estaría lleno de gente, con un ambiente muy animado y alegre.

Por supuesto, Moo Ying había salido hoy de caza. Y se había prometido a sí mismo que no volvería a su habitación con las manos vacías. ¡Ropa preparada, maquillaje perfecto y el teléfono con la batería al cien por cien! ¡Allá vamos!

—¡Vaya, otra vez Moo robando todo el protagonismo!

—¿Quién te ha dicho que iba a ser suave ni delicado? ¿Quién te ha contado eso?

En cuanto entró, todos sus amigos, de todas clases y estilos, empezaron a gritar y a bromear con él. Moo caminó hasta llegar a su mesa con mucha elegancia y porte, manteniendo la cabeza bien alta como si fuera una verdadera reina. Ya les había advertido a todos que Moo Ying no había venido hoy para perder el tiempo ni jugar. Agarró varias copas y empezó a preparar bebidas para todos. Moo era, sin duda, el mejor preparador de cócteles de toda su generación. Cualquiera que probaba una bebida hecha por él decía que era una experiencia inolvidable y maravillosa.

—Moo, esto está muy fuerte, casi no se puede beber.

—No te quejes, no te quejes —dijo, alzando su copa y brindando con todos los demás. A Moo le encantaba este ambiente: salir, relacionarse con la gente, relajarse escuchando

música y conocer personas nuevas. Era algo que hacía que alguien tan sociable como él se sintiera realmente vivo y pleno.

—Moo... ¿ese de allí cumple con tus requisitos? —preguntó Tian, que estaba sentado a su lado cumpliendo muy bien su papel de ayudante. Miraba a su alrededor por todo el local y, en cuanto veía un posible candidato, se lo señalaba. Moo lo examinó con la mirada durante unos segundos y luego negó con la cabeza.

No, todavía no. Ese no había logrado llegar al corazón de Moo Ying.

En ese momento, sus amigos empezaron a salir uno tras otro a la pista de baile. Moo no se levantó para acompañarlos; se quedó sentado en la mesa animándolos, pero sin dejar de echar vistazos de vez en cuando a la mesa de al lado. Algunos levantaban sus copas para hacerle una señal, pero si no se atrevían a acercarse a hablarle directamente, para él no tenían ningún valor ni importancia. Apartó la mirada y se volvió hacia Tai. Él estaba sentado apoyado con la barbilla en una mano, moviendo suavemente la cabeza al ritmo de la música. Tian ya estaba empezando a emborracharse: se había apoyado todo el peso sobre Tai y se puso a cantar a voz en grito, hasta que este tuvo que apartarle la cabeza con la mano porque le estaba molestando demasiado.

Como ya no había nada más interesante que ver ni hacer, Moo cogió su teléfono y empezó a entretenerse con él. Subió unas cuantas fotos para ver qué comentarios y puntuaciones le ponían los demás, luego abrió esa aplicación de citas y estuvo deslizando perfiles un buen rato hasta que, de repente, coincidió y se emparejó con un chico. Se detuvo en seco, se giró rápidamente y dio un codazo al amigo que tenía al lado para que también lo viera.

—¡¡¡Uuuuuh!!! ¡Esta vez sí que vas en serio, ¿verdad?! ¡Este está muy bien, Moo!
—exclamó su amigo emocionado.

—Espera un momento... ¿Tú conoces a este chico? —le preguntó Moo.

—Déjame verlo bien y con calma.

...

—¡Ah! ¡Este es el que quedó segundo en ese concurso de no sé qué mes, ¿verdad?! ¡Ying, ayúdame a confirmar si es el mismo! —dijo el otro amigo.

—A ver... Sí, sí, ¡es él mismo! ¡Qué pasada de hombre! ¿Moo, ya has conseguido que se interese por ti? —respondió Ying.

Moo levantó las cejas con aire de suficiencia y se encogió de hombros. Luego recuperó su teléfono y no hizo ningún caso a las bromas y comentarios de sus amigos. Abrió la conversación y le escribió al momento. Supuso que ese chico debía estar en ese mismo bar, porque tenía activada la búsqueda solo en un radio muy cercano. ¡Y si no estaba aquí, seguro que estaría en el local de al lado!

En cuanto empezó a hablar con alguien que le gustaba, todo se volvió mucho más divertido. Sus ganas de conocerlo en persona aumentaron hasta llegar al máximo nivel posible. Estaba mirando la pantalla con gran emoción y entusiasmo, cuando escuchó que uno de sus amigos le hacía una pregunta a Tai en voz alta.

Al principio pensó en hacer como que no se había enterado ni le importaba, pero al escuchar ciertas palabras, su atención se activó por sí sola y no pudo evitar escuchar todo lo que decían.

—¡Tai! Yo... sé que tienes un hermano mayor.

—¿Y qué pasa con eso?

—He estado mirando el perfil de Facebook de tu hermano. ¡Me ha encantado todo lo que he visto! ¡Me gusta mucho tu hermano!

¿Ese...?

¿Se refería a Phi Fu? ¿A Tong Qing Shan?

¿Es que había alguien a quien le gustara Phi Fu? ¿A ese Phi Fu de ojos pequeños y personalidad tan extraña y rara?

Phi Fu tenía un aspecto muy poco llamativo, sin nada especial, totalmente corriente y normal, como cualquiera.

Moo fingió que no le importaba nada y siguió hablando con el chico de la aplicación, pero con el rabllo del ojo no dejaba de mirar a Tai. Su amigo seguía insistiendo y pidiéndole a Tai que le diera el nombre de usuario de Phi Fu en Instagram.

—¿De verdad te gusta mi hermano? —le preguntó Tai.

—¡Sí, muchísimo! —respondió el otro con gran entusiasmo.

—¿Y por qué te gusta?

—¡Tu hermano es increíblemente guapo! Me tiene totalmente enamorado. Tiene la piel muy clara y su cara parece la de un niño... ¡es exactamente el tipo de hombre que siempre me ha gustado! Se me ha derretido el corazón solo de verlo.

Moo puso una cara de desagrado y asco. No podía creer que todavía hubiera gente que se volviera loca por hombres de piel clara y cara infantil. ¿Phi Fu, guapo? Ni siquiera se acercaba ni a una milésima parte de lo atractivo que era el chico con el que estaba hablando Moo en ese mismo momento. ¡Ja!

—Cuéntame más cosas sobre tu hermano, por favor, quiero saberlo todo —insistió su amigo.

—¿Es que estás borracho o te ha pasado algo en la cabeza? —le respondió Tai con extrañeza.

—¡No, nada de eso! ¡Cuéntame, por favor! ¡Me gusta muchísimo!

—Pues te diré que no es de los que salen de fiesta ni les gusta el ruido. Lo que realmente le apasiona es ir al templo a meditar y llevar una dieta estricta en la que solo come comida vegetariana.

—¡Oh, me encantan los chicos que solo comen verduras! ¡Me parecen tan dulces y encantadores! —exclamó el otro con mucha emoción.

—¡Mírate a ti mismo primero...! Te gustan los chicos que llevan una vida sana y tranquila, ¿y crees que alguien así se va a fijar en un borracho como tú?

—¡No me llesves la contraria ni me discutas! ¡Solo quiero hablar con Tai!

Cuando empezaron a hablar sin parar sobre Phi Fu, a Moo le empezó a molestar mucho todo eso. Cada vez se acercaba más gente preguntando por él, y además Tai se lo tomaba todo muy en serio. Hasta les enseñaba fotografías suyas, y todos los que las veían empezaban a gritar de admiración justo al lado de su oído. Al principio, hablar con el chico que había conocido en la aplicación le estaba resultando muy divertido, pero poco a poco todo ese ambiente se le volvió insoportable y pesado. Ya no tenía ni la más mínima gana de seguir hablando con nadie.

¡Dejad ya de hablar de Phi Fu de una vez por todas! ¡No es para tanto ni es tan guapo como decís, no hace falta que gritéis, así como locos!

—Moo, ¿por qué estás bebiendo tan deprisa y sin parar? Ve con más calma, por favor —le dijo otro de sus amigos, que lo vio vaciarse la copa de un solo trago y de golpe, y le puso una mano en el hombro para detenerlo un poco.

Pero Moo se quitó la mano de encima de un movimiento brusco, se sirvió otra copa y se la bebió entera igual que la anterior. Entre los gritos y ánimos de todos los que estaban allí, Moo empezó a beber sin ningún control ni medida. Aceptaba y se tomaba cada copa que le ofrecían o que le pasaban.

¡Ay...!

Todo lo que tenía delante de sus ojos empezó a parecerse al chico que conocía desde el instituto. Se sentía muy mareado, todo le daba vueltas sin parar y además le dolía mucho el estómago.

—Moo ya está totalmente perdido y ha entrado en un estado en el que ya no sabe ni dónde está.

¿Dónde está ese tal Emperador de Jade? Lo único que veo por todas partes es a Tiao Po Yai.

—¡Tai! ¡Dame ya el usuario de Instagram de tu hermano! ¡Oye, Moo! ¿Por qué me estás agarrando la cara así?

—¡Escúchame bien...! —le dijo Moo.

Se abalanzó directamente sobre ese amigo que no paraba de pedir la cuenta de Phi Fu, le agarró la cara con las dos manos para obligarlo a mirarlo a los ojos y lo quedó observando fijamente y con mucha atención antes de hablarle muy despacio y con mucha firmeza y énfasis en cada palabra:

—...¿Ese chico?

—El hermano mayor de Tai es un auténtico imbécil... ¡un completo estúpido! No sirve absolutamente para nada y tiene un carácter terrible y muy difícil. No te guste ni te enamores de él... créeme y hazme caso, por tu propio bien.

—¿De verdad es así como dices? —le preguntó el otro, sorprendido.

—En las fotografías parece muy guapo y todo muy bonito, pero cuando lo conoces en persona te das cuenta de que no vale nada ni tiene ningún encanto.

—¿Es verdad eso que me cuentas?

—Mira, mira bien a este chico que tengo aquí —le dijo Moo señalando a otro lado.

—¿Este es... el que descartaste y rechazaste hace un rato? Vaya...

—Ya me dio su cuenta de Line. Tómatela tú. Te doy este contacto a cambio.

—¿En serio me lo das?

—¡Claro que sí, cógelo! Solo se lo puedo dar a un chico, amigo mío. Tómallo, no lo dejes pasar.

—Vale, vale, ya es suficiente, Moo. Estás completamente borracho —dijeron Tian y Tai, apartándolo de su amigo.

En ese momento estaba tan bebido que apenas podía mantener la cabeza erguida. Escuchaba cómo se reían de las caras graciosas que ponía. Tian y Tai recogieron todas sus cosas y lo ayudaron a salir del local. El único que seguía totalmente sobrio era Tai. Ni Moo ni Tian podían tenerse en pie por sí mismos. Salieron del bar apoyados el uno en el otro, caminando con pasos inestables y tambaleantes, intentando sin éxito avanzar en línea recta como si nada pasara.

—¡Esta gente...! Siempre me dejan a mí todo el trabajo duro y las molestias —se quejaba Tai.

Moo y Tian se miraron el uno al otro y se echaron a reír, y luego se dieron un fuerte golpe de palmas en señal de complicidad.

—¡Dejad ya de hacer tonterías! ¡Entrad en el coche de una vez! Maldición, ya no sé cuánto más voy a poder aguantar con vosotros —decía Tai, empujándolos con cuidado para que se subieran al vehículo. Encendió el motor y se puso en marcha de inmediato.

Moo y Tian iban tirados en los asientos, riéndose y cantando a todo pulmón. Cuando Tian se incorporó un poco, bajó la ventanilla y sacó la cabeza hacia fuera como si quisiera cantarles a todos los que pasaban, lo que provocó que Moo se partiera de risa sin poder parar. Tuvo que ser Tai quien lo agarrara por el cuello de la camisa y lo metiera de nuevo dentro del coche.

Durante todo el trayecto solo se escuchaban las carcajadas de Moo, los gritos de Tian y las constantes quejas y maldiciones de Tai. Este último le dio a Tian una larga y detallada reprimenda, tan larga que Moo no paraba de reírse hasta casi no poder respirar, mientras Tai seguía hablando y hablando sin detenerse ni un instante. Moo sentía que tenía los párpados cada vez más pesados y apenas podía mantener los ojos abiertos, ya que todo lo que veía estaba borroso y sin forma clara. Al final, perdió totalmente el conocimiento y se quedó profundamente dormido.

—...Uf...

—¡Ya hemos llegado! Tian, esta noche te quedas a dormir en la habitación de Moo. No tengo ninguna gana de llevarte hasta tu cuarto... ¡Despierta ya, vamos!

—Uf...

—¡Tú también, Moo! ¡Despiértate ahora mismo!

—Uf...

—Qué desastre sois los dos, de verdad.

Moo apartó de un manotazo la mano de Tai que intentaba moverlo para despertarlo. A medio dormir, podía escuchar cómo este murmuraba y se quejaba en voz baja y entre dientes. Hizo un gran esfuerzo por abrir los ojos, que se sentían como si estuvieran hechos de plomo, y vio que Tai estaba hablando por teléfono con alguien.

Como todavía no había recuperado la sobriedad del todo, se sentó en el borde de la cama y miró a su alrededor. Vio que su otro amigo seguía profundamente dormido, así que se subió encima de él y empezó a molestarle y a moverlo sin parar hasta que logró despertarlo. Luego acercó mucho su cara a la de él y empezó a oler suavemente su cuello y su piel.

—Tian huele realmente muy bien.

—¡Moo! ¡Moo! ¡Es Tian, idiota! ¿Cómo es posible que te hayas emborrachado tanto? ¡Uf, ¿por qué siempre me hacéis sufrir tanto dolor de cabeza vosotros dos?! —gritó Tai enfadado.

Moo soltó un quejido, apartó la mano que tenía encima y siguió subiéndose encima de Tian. Lo miró y se echó a reír con una risa tonta. Le agarró la cara con ambas manos y le dio un beso muy fuerte en las mejillas. Tai volvió a gritar, pero antes de que pudiera hacer nada más, su cuerpo fue arrastrado de repente, como si alguien lo hubiera sacado del coche a toda velocidad. Apenas podía mantenerse en pie; sentía que el mundo giraba cada vez más rápido a su alrededor. No lograba sostenerse por sí mismo, así que se abrazó con fuerza a la persona que tenía justo detrás.

—Uf...

—Hia, vigílalo un rato, por favor. Todavía tengo que ocuparme de Tian.

—Está bien, déjalo en mis manos.

Sentía como si su cuerpo flotara en el aire. Las voces de Tian y Tai se fueron alejando poco a poco hasta casi desaparecer. Notó que alguien lo llevaba en brazos con mucho cuidado. Intentó abrir los ojos, pero la luz era demasiado intensa y brillante, así que los volvió a cerrar enseguida.

—No te duermas todavía.

—Uf...

—¿Por qué tenía que emborracharse y hacer estas cosas? ¿Cómo se le puede ocurrir actuar así?

—Uf... déjame en paz y déjame irme...

—Aunque se tratara de Tian... maldita sea...

—Todo me da vueltas sin parar...

Escuchó cómo se abría y se cerraba una puerta. Enseguida sintió que lo depositaban suavemente sobre una cama muy cómoda y mullida.

En el mismo instante en que su espalda tocó el colchón suave, todo su cuerpo se estiró y se relajó por completo de forma automática.

—Quédate bien tumbado y quieto. Mira tú camisa... ¡está hecha un desastre! No te muevas, que se ha desgarrado y está toda abierta.

—¡Uf, solo quiero dormir y descansar!

—¡¡¡Moo!!!

Le dieron la vuelta para que quedara tumbado boca arriba. Cada vez que le decían algo o le regañaban, empezaba a dar patadas y a moverse hasta ponerse en la postura que más le gustaba y en la que se sentía más cómodo. Escuchó que alguien murmuraba maldiciones y suspiraba a su lado. Levantó los brazos por encima de la cabeza para estar mejor, pero golpeó sin querer algo que había encima del cabecero de la cama. La persona que estaba en la habitación soltó un grito de susto. Moo abrió los ojos al instante y vio cómo Phi Fu se lanzaba rápidamente a atrapar el objeto para evitar que le cayera justo en la cara y le hiciera daño.

¿Eh?

«¿Es... es Phi Fu el que está aquí?»

—Phi Fu —susurró con voz entrecortada.

El hermano mayor de Tai lo miró fijamente, con una expresión de gran sorpresa en su rostro. Moo frunció el ceño y miró a su alrededor. Se dio cuenta de que no estaba en su propia habitación, pero reconoció el lugar sin ninguna dificultad.

¡Ah...! Pero en ese momento le dolía la cabeza de una forma terrible. Lo único que quería era dormir y descansar. Le resultaba imposible mantener los ojos abiertos ni un segundo más.

—No te muevas tanto mientras duermes —le regañó suavemente Phi Fu, mientras acomodaba y colocaba bien el objeto que se había caído.

Aprovechando que Phi Fu estaba distraído un instante, Moo le rodeó la cintura con las piernas y tiró de él con fuerza para que se tumbara a su lado en la cama. Se echó a reír por haber hecho otra de sus travesuras y cosas graciosas.

—¡Moo! No estoy jugando ni bromeando contigo ahora mismo —le dijo él con seriedad.

—Mira qué guapo es... ja, ja —murmuró Moo entre risas.

—Quédate quieto y tumbado como es debido.

—No eres nada guapo.

—¡Moo!

—No eres guapo, no eres guapo. Phi Fu no es guapo en absoluto —repetía una y otra vez sin parar.

—Vaya, lo sigues diciendo incluso estando completamente borracho. Eres increíble, muchacho, de verdad —le respondió Phi Fu, sin saber si enfadarse o reírse.

—No... no lo eres...

...

—Uf... Tai... no... no pegues a Phi Fu —balbuceó sin sentido.

...

—No se lo des ni se lo entregues a Phi Fu —decía con voz pastosa y arrastrando las palabras.

—¡Moo...!

—Sí... eso es...

—¡Dios mío...! ¡Qué chico más complicado y difícil eres! —suspiró Phi Fu, negando con la cabeza.

Sentía unos dedos que acariciaban suavemente su mejilla. Cada vez que se los quitaba de encima, volvían a regresar al instante. Una risa suave y tierna lo hizo abrir los ojos una vez más. Le seguía doliendo la cabeza muchísimo. Se subió encima del hermano mayor de su amigo y empezó a hacer exactamente lo mismo que había hecho antes con Tian. El cuerpo de Phi Fu se había convertido en su nuevo juguete favorito.

Pero... ¿qué le pasa? ¿Por qué Phi Fu no se ríe ni se divierte como hacía Tian al principio?

Al mirarlo con esa atención... ¿qué significaba esa expresión tan seria que tenía en la cara?

—Phi Fu, vamos a jugar a que eres mi caballo. ¿Dónde está ese caballo tan guapo y atractivo que tanto me gusta? —balbuceaba sin sentido.

...

—¡Muévete! ¡Muévete y corre rápido! —le gritaba como si fuera un niño pequeño.

—Moo... —decía él con voz entrecortada y tensa.

—¡Mi caballo sensual y hermoso! —repetía una y otra vez.

—Moo, no hagas esto... uf, por favor —suplicaba Phi Fu, intentando contener la respiración.

—¡Moo sabe moverse muy bien por sí mismo y no necesita ayuda de nadie! —decía muy seguro de sí mismo.

¡Toc, toc!

—Hia, perdona por tardar tanto. Acabo de terminar de acomodar y cuidar a Tian. ¿Dónde está Moo? Voy a llevarlo ya mismo a su propia habitación para que descanse.

—Está... está tumbado ahí en mi cama —respondió Phi Fu con voz muy extraña y tensa.

—Pero ¿qué está pasando aquí? —preguntó Tai, empezando a sospechar de todo.

—No... no pasa absolutamente nada —contestó él rápidamente, intentando ocultar la situación.

—¿Y por qué estás ahí parado tan rígido y sin moverte ni un milímetro...? Espera un momento... —dijo Tai, acercándose más y viéndolo todo claro.

—¡Llévate a este chico a su cuarto inmediatamente, Tai! —le pidió Phi Fu con urgencia.

—¡Esto... esto es increíble! —exclamó Tai, sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

—¡Yo no he hecho nada malo ni he empezado yo! ¡Es él el que me ha hecho todo esto a mí!
—se defendió Phi Fu, totalmente rojo de la vergüenza.

—¡Ay, Dios mío! ¡Me va a dar un desmayo de verdad! —decía Tai, tapándose la cara con las manos.

—¡Rápido, llévatelo de aquí ya mismo! ¡Sigue hablando sin parar de ese «caballo tan atractivo y sexy», y yo ya no sé cómo aguantarme ni controlarme más! ¡Todo mi cuerpo está ardiendo y me siento totalmente fuera de control!

—¡Te lo tienes bien merecido! Por jugar siempre con él y hacerte pasar por su caballito desde que eran pequeños —le dijo Tai riéndose de él.

—¡Sí, pero entonces era solo un niño pequeño y dulce, y ahora se ha convertido en una bestia capaz de destruir todo el establo entero de un solo golpe! —se quejaba Phi Fu.

—¡Ay, Moo...! Siempre me metes en cada lío y me dejas el cuerpo hecho polvo y sin fuerzas —decía Tai, negando con la cabeza.

Capítulo 13

¡Ay...!

Me duele la cabeza, me duele muchísimo y como si me la estuvieran partiendo en mil pedazos.

—No debiste beber tanto, Moo Ying. De ninguna manera debiste hacerlo.

A la mañana siguiente me desperté muy temprano con un dolor de cabeza que parecía que me iba a estallar. Me dolía todo el cuerpo; apenas me movía y sentía punzadas agudas por todas partes. Abrí los ojos despacio, me quedé mirando el techo blanco durante casi un minuto, giré la cabeza a ambos lados y por fin me senté en la cama, como si no entendiera nada de lo que pasaba.

¿Pero qué demonios...?

Mi habitación parecía el lugar donde había estallado una bomba. Ropa, colchón, almohadas, mantas... todo estaba tirado y esparcido por el suelo, y era imposible reconocer cómo había estado ordenada antes. Era un auténtico desastre. Me quedé sin palabras y salté de la cama al instante.

—¡Ay!

Pero en cuanto puse el pie en el suelo para mirar mejor todo, di un salto del susto. Bajé la vista de inmediato y vi el cuerpo de mi mejor amigo, con su piel morena, tirado en el suelo. Tian soltó un quejido, se dio la vuelta y siguió durmiendo como si no pasara absolutamente nada. Me quedé con la boca totalmente abierta, totalmente impactado al ver que solo llevaba puestos unos calzoncillos.

—Oye...

No... esto no puede ser verdad.

Me miré a mí mismo y me di cuenta de que yo solo llevaba puesta una camiseta y ropa interior. Agarré la manta rápidamente para taparme la parte de abajo. Lo que hasta ese momento solo había sido dolor de cabeza y las secuelas de la borrachera se convirtió de repente en un pánico absoluto. Tenía los ojos muy abiertos, el corazón me latía con mucha fuerza y no dejaba de mirar alternativamente mi propia situación y a mi amigo, que seguía durmiendo profundamente en el suelo.

«No... por favor, no me digas que anoche Moo y Tian...»

—¡Vaya! ¿Ya te has despertado? —me dijo una voz conocida.

Parecía que el destino pensaba que lo que tenía delante no era ya suficientemente grave, así que decidió enviarme aún más problemas y desgracias.

Agarré con fuerza la manta contra mi cuerpo y miré hacia el otro chico que acababa de entrar en la habitación. Era Phi Fu. En ese momento, lo que más me sorprendió no fue que Phi Fu hubiera entrado en mi cuarto, sino la situación en la que estábamos Tian y yo.

No... Phi Fu, ¿por qué tuviste que ver todo esto?

—¡Hip...! Phi Fu... Moo no sabe nada... no sé qué pasó... —balbuceé con voz temblorosa y entre sollozos.

Phi Fu traía una bolsa con comida. Se quedó de pie mirándome fijamente; yo estaba pálido como la cera. Como no decía ni una sola palabra, el miedo se apoderó aún más de mí y las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas sin poder detenerlas.

En ese momento sentí exactamente como si mi marido me hubiera pillado en plena infidelidad con otro hombre. Esa misma sensación, sin ninguna duda.

¡P-pero Phi Fu no es mi marido! ¡Ni siquiera es mi novio! Solo es el hermano mayor de mi amigo, alguien con quien me llevo bien y que vive justo en la habitación de al lado. ¡Tengo derecho a hacer lo que me dé la gana y con quien yo quiera! ¡Lo que sienta o piense Phi Fu no debería importarme lo más mínimo!

Pero... no podía dejar de llorar. ¡Dios mío! ¿Qué me está pasando? ¿Qué es todo esto?

¿Es posible que realmente haya perdido mi virginidad con Tian? ¿¡Con Tian, de todas las personas que había!?

—¿Por qué estás llorando así? —me preguntó con voz suave.

—Yo he... yo he hecho... —balbuceaba sin poder terminar la frase.

—Oye, Moo, ¿por qué sigues llorando? —insistió él.

Phi Fu dejó la bolsa con la comida encima de la mesa y pasó por encima del cuerpo de Tian, que seguía tirado en el suelo, para acercarse a mí al verme llorar con tanta amargura. Levanté las manos para secarme las lágrimas, que no paraban de caer. Cuando llegó hasta donde yo estaba, se le notaba bastante nervioso y preocupado. Me agarró con mucho cuidado y me hizo sentar en la cama junto a él. Me miraba con una expresión de total confusión en la cara. Intentó extender la mano para tocarme y consolarme, pero al ver que yo seguía llorando sin parar, se detuvo de inmediato.

¡Por fin había llegado ese día... el día en que yo había conseguido romperle el corazón a Phi Fu para siempre!

—Yo he... yo he cometido un error... —repetía una y otra vez.

—Moo, ¿qué te pasa? ¿Te duele mucho la cabeza? ¿O te duele alguna otra parte del cuerpo? —me preguntaba con gran ternura.

—Yo he hecho algo terrible... —conseguí decir entre sollozos.

—Por favor, deja de llorar. No sé qué hacer ni cómo ayudarte. ¿Qué ha pasado realmente? Cuéntamelo todo, ¿vale? Cuéntamelo, mi pequeña y querida muñequita —me pidió Phi Fu, con el rostro lleno de angustia y preocupación.

Se acercó aún más a mí y me rodeó con sus brazos para darme un fuerte abrazo. Intenté apartarme y escapar de su abrazo, pero él me sujetó con firmeza y no me dejó irme ni un milímetro. Siguió abrazándome con mucho cariño mientras yo continuaba llorando sin ningún control ni freno.

—Moo, por favor no llores más. No llores. Dime qué es lo que te pasa. ¿Por qué estás así? Cuéntame qué ha ocurrido, por favor —me suplicaba.

—¡Suéltame ya! —le pedí con voz rota.

—Dímelo primero. ¿Por qué estás llorando tanto? ¿Qué es lo que ha pasado? De verdad que estoy muy preocupado por ti, no te haces una idea —me respondió él, sin dejarme ir ni un instante.

—De verdad que estoy muy preocupado por ti... —repetí yo con voz apagada y llena de dolor.

Míralo a Phi Fu. Incluso después de ver una escena tan impactante, sigue siendo tan bueno y amable. Yo acabo de hacerle mucho daño y él...

Esto me va a matar. Probablemente hoy se acabe nuestra relación para siempre. Qué estúpido soy. Aunque he bebido mucho otras veces, nunca había llegado al punto de no recordar absolutamente nada, como me ha pasado esta vez. Ni siquiera me di cuenta de que me había acostado con mi propio amigo.

Phi Fu, Moo... Moo lo siente muchísimo...

—¿Por qué sigues llorando así? —me preguntó de nuevo.

Y por fin llegó la persona a la que más miedo tenía enfrentarme. La voz de mi mejor amigo resonó por toda la habitación. Empecé a llorar con aún más fuerza y amargura cuando vi a Tai de pie al pie de la cama, con los brazos cruzados, mirándonos a Phi Fu y a mí con una expresión de total confusión y desconcierto. Al verlo, la culpa que sentía creció todavía más.

Tai quiere y adora mucho a su hermano mayor. Seguro que ahora me odia con toda su alma.

—¿Qué le has hecho? —le preguntó Tai a su hermano.

—Nada de nada. Apenas entré en la habitación y él se puso a llorar sin parar. Le pregunto y le pregunto, pero no me responde ni me dice nada —explicó Phi Fu.

—Tú... yo, yo no lo hice a propósito, te lo aseguro de verdad. Yo... —intenté explicar entre sollozos.

—¿Qué dices? Habla más alto, que no te oigo bien —me pidió Tai.

—¡Yo... lo siento muchísimo! Podéis regañarme, decirme lo que queráis y culparme de todo, pero por favor... ¡hip...! no dejéis de ser mis amigos, os lo suplico —conseguí decir entre lágrimas.

—Pero ¿qué dices? —preguntó Tai sin entender nada.

—¡¡¡Hiiiiip...!!! —sollocé con tanta fuerza que casi no podía respirar.

—Espera un momento, Moo. ¿Qué es lo que te pasa realmente? —me preguntó Phi Fu con gran ternura.

—Phi Fu... Moo lo siente mucho, Moo no tuvo ninguna mala intención ni lo hizo a propósito —repetía una y otra vez.

—¿El qué? Deja ya de llorar un momento y cuéntame qué ha pasado —me pidió Phi Fu.

Aflojó un poco el abrazo y me sostuvo la cara entre sus manos, que estaba totalmente empapada en lágrimas. Ver esa expresión de profunda preocupación en su rostro hizo que me sintiera aún más culpable y miserable. Me aterrorizaba pensar que Phi Fu pudiera llegar a odiarme. Aunque siempre me había esforzado por rechazarlo, me comportaba como si me molestara su presencia y le decía cosas desagradables e insultos por todo, si de verdad llegara a odiarme, sería algo que yo no podría soportar ni aguantar nunca.

—En resumen, ¿por qué estás llorando de esta forma? —insistió Tai.

—Yo... bueno, es que yo... —intenté explicar sin éxito.

—¿Qué? ¡Dímelo ya de una vez, Moo! —me animó él.

—¡¡¡Que yo y Tian!!! —grité al fin, soltando todo lo que llevaba dentro.

—¿¿Qué dices?? —exclamaron ambos al mismo tiempo, totalmente sorprendidos.

—¡¡¡Hiiiiic...!!!

—¿Tú y Tian? ¿Qué pasa contigo y con Tian?

—¡¡¡Hiiiiic...!!!

—¿¿Tian???

Bajé la cabeza, resignado y aceptando mi terrible destino. Phi Fu repitió el nombre de mi amigo y luego se quedó totalmente callado. Ese silencio me asustó todavía más. Empecé a temblar sin poderlo evitar. Apreté los dientes con mucha fuerza y me quedé esperando lo peor. Estaba totalmente convencido de que en cualquier momento Tai se me echaría encima para pegarme o darme una patada con toda su rabia.

—¡Moo, eres un completo idiota! —gritó Tai al fin.

—Yo he... lo siento muchísimo... —balbuceé lleno de culpa.

—¿¿Te has creído de verdad que te acostaste con Tian? ¡Ven aquí ahora mismo, que te voy a dar un golpe en la cara para que se te vayan todas esas ideas locas de la cabeza y entres en razón!

—¡Dios mío, Moo, qué mente tienes! —dijo Phi Fu entre suspiros.

—¿¿Pero qué demonios estabas intentando hacer con él?! ¡Yo no pegué ojo en toda la noche limpiando todo el desastre que hicisteis los dos! Estabais tan borrachos que ni siquiera podíais moveros por vosotros mismos.

Inmediatamente levanté la cabeza y miré a Tai con una expresión de total confusión en la cara. Se notaba que tenía muchas ganas de darme un buen golpe, pero al mismo tiempo se estaba conteniendo para no echarse a reír a carcajadas. Phi Fu, que seguía limpiándome las lágrimas de las mejillas, tenía una gran sonrisa en los labios. Mis lágrimas se secaron al instante y, de repente, lo que sentí fue una inmensa curiosidad por entender todo esto. ¿Por qué estaban hablando así? ¿Por qué no tenían esa expresión de sorpresa o de rabia que yo me había imaginado y esperado ver en sus caras?

¡Espera un momento...! ¿Qué fue lo que pasó realmente anoche?

¿Me estáis tomando el pelo? ¿Hay cámaras ocultas grabando todo esto? ¿Es alguna broma de mal gusto? ¿Pero qué es todo esto? ¡Enseñadme ya todas las cámaras que tengáis escondidas!

Tai se acercó a mí y me dio un fuerte empujón en la frente, con tanta fuerza que casi me hace caer hacia atrás. Por suerte, Phi Fu me agarró a tiempo y evitó que me cayera al suelo.

—No pasó absolutamente nada entre tú y Tian. Los dos estabais casi sin ropa porque Hia y yo os quitamos toda la que llevabais y la metimos a lavar, ya que os habéis puesto perdidos de vómitos el uno encima del otro. Moo, cada vez que sales y te emborrachas, solo sirves para darme más trabajo y molestias.

—¿Yo... no hice nada en absoluto con Tian? —pregunté todavía sin creérmelo del todo.

—¡Exacto! No hicisteis nada —me respondió él con seguridad.

¡Ah... ya entiendo todo ahora!

Así que... ¿por qué demonios me he pasado todo este tiempo llorando como un niño pequeño? ¡Qué vergüenza más grande he pasado! ¡Qué ridículo me siento ahora mismo! Yo... yo quiero esconder la cabeza debajo de la cama y no volver a ver ni hablar con nadie nunca más. Miro a Phi Fu y sigue sonriendo de esa forma tan extraña. ¿Por qué me mira así y sonrío de esa manera? ¿Qué significa esa expresión en su cara?

—Todavía no se ha despertado —se quejó Tai, dando un pequeño empujón con el pie a su amigo, que seguía tirado en el suelo y soltó un gruñido—. Tu amigo se lo ha imaginado todo, hasta el color del cielo.

—En resumen... ¿estabas llorando porque pensabas que te habías acostado con Tian?

...

—Moo, Moo... ¡ya no sé ni qué decirte! —suspiró Tai, negando con la cabeza.

Me regañó un poco más y salió de la habitación, dejándonos solos a Phi Fu y a mí sentados en la cama, con Tian todavía durmiendo en el suelo. En cuanto nos quedamos los dos solos, me sentí incómodo al instante y no me atreví a mirarlo a la cara.

He hecho muchas tonterías desde que era pequeño, pero esta se lleva el premio mayor. ¡Dios mío!

De verdad me creí que había perdido mi virginidad con Tian. Me desperté con dolor por todo el cuerpo, la habitación estaba hecha un desastre, la cama también, la ropa... ¿quién no habría pensado lo mismo?

—Moo —me llamó él.

—¡N-no digas nada! ¡No hables! ¡No preguntes! —le pedí de inmediato.

—¿De verdad llorabas solo por esto?

—No.

—Moo, de verdad que tengo que saberlo.

—No me preguntes.

—Es muy importante para mí.

Me quedé paralizado. Phi Fu dijo esto y se quedó callado de repente. El ambiente incómodo volvió a llenar la habitación, pero esta vez con una sensación distinta. Sentí un cosquilleo que me recorrió todo el cuerpo y apreté con más fuerza la manta contra mí. Phi Fu se frotó la nariz. Le eché una mirada rápida: tenía las orejas totalmente rojas, y su piel, que siempre

ha sido pálida como la de muchos chicos de ascendencia china, se había puesto colorada hasta las mejillas.

¡Dios mío! ¿Se está poniendo nervioso solo por esto? ¡Qué raro! ¡Si al final no pasó nada de nada! Solo fue un malentendido. ¡Sí! ¡Yo solo tenía miedo de que Tai se enfadara conmigo! ¡Esto no tiene nada que ver contigo, Phi Fu!... ¡En serio!

—Vuelve ya a tu habitación —le dije.

—Contéstame primero.

—¿Contestar qué? No voy a contestarte nada. Márchate de aquí.

—Tenías miedo de que me sintiera mal, ¿verdad?

—N...

—Gracias por tener en cuenta mis sentimientos, Moo.

...

—Al menos esto significa que todavía te importo un poquito.

...

—¿Significa esto que ya te he conquistado? ¡Ah!

—¡No te aproveches de nada! ¡Lárgate de aquí! ¡Vuelve ya a tu habitación!

Agarré una almohada y empecé a golpearlo con ella. Él sonreía de oreja a oreja y se reía mientras recibía todos los golpes. Verlo así me hizo sentir tanta vergüenza que me habría gustado esconderme bajo las sábanas y no salir nunca más. Lo empujé con las dos manos hasta que finalmente consiguió levantarse de la cama. Me tapé todo el cuerpo hasta el cuello con la manta; me sentía demasiado expuesto y no quería que Phi Fu me viera así ni un segundo más.

—Eres muy aplicado y dulce, Moo. Siempre te ves adorable, pase lo que pase.

—¡Deja de hablar inmediatamente!

—¿Quieres ser mi novio? No tengo ni dinero ni oro, no tienes nada que buscar ni que mirar, solo tienes que decir que sí.

—¡Phi Fu!

—Bueno, tengo que intentarlo de todas las formas posibles. Si no lo consigo con astucia, lo intentaré con trucos y artimañas.

—Vete ya a tu habitación.

—Estar pensando frases bonitas para conquistarte es perder el tiempo. Mejor voy directo al grano y te digo lo que siento —dijo Phi Fu, acariciándose la barbilla con una sonrisa pícaro y acercándose a mí sobre la cama, tal como había dicho.

Agarré la almohada para protegerme de él. Escuché su risa suave y alegre. Extendió la mano, me despeinó el cabello con mucho cariño y luego dio unos pasos hacia atrás. Poco a poco bajé la almohada y me quedé mirándolo fijamente.

No me gusta nada la sonrisa de Phi Fu. Me molesta y me irrita muchísimo.

Me incomoda mucho verlo siempre con ese aire de felicidad y satisfacción que lo rodea.

¡Si todavía no he hecho nada por él! ¿Por qué se ve este chico tan increíblemente feliz y contento solo por estar conmigo?

—Moo —me llamó suavemente.

—¡No me llames así!

—De verdad que me gustas muchísimo.

...

—No entiendo qué es lo que hace que siempre te pongas a la defensiva cada vez que estoy contigo.

...

—Quiero ser tu novio de verdad y con todos los papeles. Cada vez que te miro, ¿de verdad crees que solo te veo como al amigo de mi hermano?

—Phi Fu...

—Aunque no pasara nada entre tú y Tian, eso no significa que no me sintiera mal ni sufriera.

—Tian es solo mi amigo —le dije intentando darle calma.

—¿Y qué más da? Aun así, me pongo celoso y me duele.

...

—Incluso el hermano mayor de un amigo puede sentir celos del amigo de su hermano pequeño, tonto de remate.

—¡Uuuuh... qué asco...!

—¡No pongas esa cara! ¡Me das aún más repulsión de la que ya me das normalmente!

—¿Cómo se te ha podido ocurrir semejante idea, Moo? ¿Que tú y yo estuviéramos juntos?
¡Ni en mil años!

—¡Cállate ya de una vez! —le grité.

—¡Ay, Moo, de verdad que estoy a punto de vomitar! Incluso aunque estuviera completamente borracho y sin sentido, nunca me quedaría ciego hasta ese punto.

—¡Exacto! ¡Estoy totalmente de acuerdo contigo! —respondí rápidamente.

Le grité a mi amigo y fingí que le iba a lanzar una botella de agua para que se callara de una vez. Tian juntó las manos como si estuviera rezando o pidiendo clemencia. Bajé el brazo justo en ese momento en que Tai entró en el local y se sentó frente a nosotros.

Cuando ya todos habíamos recuperado la conciencia y nos sentíamos más o menos bien, Tai preparó todo lo necesario para llevar a su amigo de vuelta a su residencia y que pudiera descansar como se merecía. Los tres mosqueteros bajamos a comer a un restaurante que había muy cerca de los edificios universitarios... todo esto solo por culpa de Tian. Resulta que ya había comido algo en la habitación, pero se había quedado con hambre y nos arrastró a todos con él para comer otra vez... ¡uf, qué pesadez!

Cuando ya estábamos totalmente tranquilos y serenos, nos sentamos juntos a repasar todo lo que había pasado la noche anterior. Sinceramente, fue una noche muy dura y difícil. Escuchando todo lo que nos contaba Tai, me habría gustado poder esconderme dentro de un cubo o taparme la cabeza con cualquier cosa y no salir nunca más. Cuanto más me enteraba de lo que había ocurrido, más vergüenza sentía y más me quería morir. Incluso aunque renaciera docenas de veces, seguiría sintiendo esta misma vergüenza y bochorno eternamente. Además de que al despertar estaba convencido de que había perdido mi virginidad con Tian (¡qué error tan enorme y ridículo el mío!), me daban ganas de golpearme la cabeza contra la pared y borrar toda mi memoria para no tener que recordar nada de esto nunca más.

—Ya he pedido todo. Nos lo llevamos para comer por el camino, que no tengo ninguna gana de quedarme aquí esperando. Tengo mucho sueño y lo único que quiero es irme ya a dormir —nos dijo Tai, apoyando la barbilla en una mano con aire cansado y agotado.

Y se le notaba mucho que estaba agotado, como si no hubiera dormido ni un solo minuto en toda la noche.

—¡Tai, mi gran amigo! ¡Tienes un corazón de oro! Nunca olvidaré lo que hiciste por nosotros al cuidarnos y traernos hasta aquí —le dije con mucha gratitud.

—Sí, y yo tampoco voy a olvidar nunca que Moo se creyó que se había acostado contigo —me respondió él enseguida.

—¡¡¡Tai!!! —le grité, rojo de la vergüenza.

¡Dios mío! Estoy totalmente seguro de que me van a estar molestando con este tema durante muchísimo tiempo.

—¿Phi Tai? —se escuchó una voz dulce y suave.

Justo cuando los tres estábamos esperando que nos trajeran la comida, se nos acercó un estudiante más joven y tocó suavemente el hombro de Tai. Lo miré de reojo y levanté una ceja con mucha curiosidad. No tenía ni idea de que Tai conociera a este chico. ¿Por qué se acercaba precisamente a nuestra mesa?

—¡Ah, hola Kim! —le saludó Tai.

¿Kim? ¿De dónde conoce Tai a este estudiante?

—¡No me podía imaginar que me encontraría aquí contigo, Phi Tai! ¡Hace muchísimo tiempo que no nos veíamos! ¿Cómo te va todo? —me dijo el chico con una gran sonrisa en la cara.

Me quedé mirándolo con atención: llevaba el uniforme de la universidad impecable, muy limpio y bien puesto, y tenía un aspecto muy ordenado y cuidado. Me llamó «Phi», así que deduje que seguramente estaría cursando su primer año de carrera.

¡Vaya...! ¿Es que todos los chicos de hoy en día son tan bajitos y monos y adorables?

Yo también era muy guapo y encantador cuando empecé la universidad, pero este chico está en otro nivel totalmente diferente. Parecía que acababa de salir de una página web dedicada exclusivamente a chicos muy guapos y con mucho encanto. Era atractivo y dulce al mismo tiempo. Y además, tenía exactamente mí mismo estilo: piel muy blanca y pálida, cara muy redonda y unas mejillas tan gorditas y abultadas que parecía que pesaran cada una como dos kilos. ¡Vaya...! Seguramente también tendría ascendencia china, igual que yo.

¿Por qué será que en toda mi vida solo me encuentro con chicos que tienen apellidos de origen chino...? ¡Qué pesadez, de verdad!

—Estoy muy bien, gracias. Pero... ¿por qué llevas el uniforme puesto si hoy es sábado y no hay clases? —le preguntó Tai.

—Tenía que ir a hacerme unas fotografías oficiales para la facultad, por eso me he vestido tan formal y bien arreglado —le explicó él.

—Y entonces... ¿cómo es que has terminado viniendo precisamente a este sitio? —insistió Tai.

—He venido expresamente para ver a Phi Fu —respondió él con naturalidad.

¿¿Eh...??

—¿Es que Phi Fu me había dicho que nos viéramos aquí? —preguntó Tai, sorprendido.

¿P-pero qué... qué demonios está pasando aquí...?

¿¿Phi Fu?? ¿Ese mismo Phi Fu? ¿El que vive justo en la habitación contigua a la mía? ¿El hermano mayor de Tai?

¡Por favor, no me digas que Phi Fu también conoce a este estudiante! ¿Y cómo se conocieron? ¿Hasta el punto de quedar aquí? ¿Qué está pasando realmente? ¿De qué va todo esto?

Capítulo 14

«¿Quién es ese chico llamado Kim?»

Esa era la pregunta que no me atrevía a decir en voz alta ni siquiera a imaginar la respuesta. Pero, pasara lo que pasara, no podía sacármelo de la cabeza. Tanto es así que ya habían pasado tres o cuatro días y todavía me sentía inquieto y sin descanso. ¡Ay, Dios mío! ¡Me estoy volviendo loco!

Es verdad que Phi Fu tiene muchos amigos (aunque ni de lejos tantos como yo), pero antes yo conocía a cada una de las personas con las que trataba. ¿Por qué entonces no tengo ni idea de quién es este chico? Aunque Tai sí lo conoce y parecen llevarse muy bien. Tan bien, de hecho, que Phi Fu lo invitó a venir hasta la residencia. ¿Y cuándo se hicieron tan buenos amigos? Cuando le pregunté a Tai, me contó que Kim es un estudiante un año menor que nosotros, que ha estudiado en un colegio privado muy prestigioso. Se conocieron porque se veían a menudo para dar clases de apoyo, empezaron a hablar y a partir de ahí se hicieron muy amigos. Ahora Kim acaba de terminar el instituto y ha empezado Arquitectura, precisamente porque vio que el hermano mayor de Tai estudiaba en esa misma facultad. Así que Tai mismo fue quien le recomendó la carrera y se lo presentó a Phi Fu.

¡Uf...! ¡Qué rabia me da todo esto! ¿Por qué me molesta tanto? ¡No quiero estar pensando en Phi Fu ni un minuto más! ¡Estoy agotando mi cerebro sin ningún motivo! ¿Por qué tengo que estar día y noche dándole vueltas al tema del chico que vive justo al lado? ¡Claro que sí! Es solo pura curiosidad, nada más, no hay nada más detrás.

Salí del baño y me dejé caer pesadamente sobre la suavidad de mi cama. Me quedé un rato allí tumbado, pero empecé a dar vueltas de un lado a otro en cuanto volvieron a aparecer en mi mente los pensamientos sobre Phi Fu y ese chico Kim, a pesar de que ya había intentado borrarlos y echarlos de mi cabeza millones de veces.

¡Uf! ¡De verdad que esto me está poniendo de muy mal humor y me desespera!

Al final, decidí solucionar el problema abriendo otra vez esa aplicación de citas. Fui directamente a la conversación que tenía con cierto chico, pero me di cuenta de que hacía mucho tiempo que ni Phi Tong ni yo habíamos escrito nada. No sabía si ya se había olvidado totalmente de mí o si estaría pasando el tiempo con otra persona.

M: Phi, ¿dónde estás?

M: ¿?

Los mensajes que envié no tenían la marca de "leído", así que supuse que no estaba conectado. Al final, solo me quedó salir de la aplicación sin decir nada más. ¿Por qué todo tiene que ser tan aburrido? Hasta respirar me parece pesado, nada me divierte ni me interesa. No tengo ganas de hacer deberes ni de leer, y si me quedo tumbado sin hacer nada, también me aburro y me irrito sin motivo. Al final me levanté, salí al balcón de mi

habitación, me senté allí con las piernas cruzadas como un tonto y me quedé mirando lo que se veía fuera.

Suspiro... ¿por qué últimamente todo lo que tiene que ver con Phi Fu me molesta o me preocupa tanto? Phi Fu me dejó claro hace mucho tiempo que le gusto, pero pasó mucho tiempo sin que yo sintiera absolutamente nada por él. ¿Cómo es posible que ahora, con cualquier cosa mínima que hace o dice, me ponga tan nervioso y no sepa ni cómo comportarme ni qué decir?

Cuando me dijo que iba en serio... ¿de verdad lo decía con toda la sinceridad del mundo?

No quiero confiar en ese hombre, Dios mío, de verdad que no quiero.

Mi corazón es muy pequeño, más o menos del tamaño de mi mano. Si se lo doy a cualquiera y luego me lo rompen, estoy seguro de que me moriré de tristeza y me iré a vivir con mi abuelo al otro mundo.

Saqué otra vez el teléfono y me puse a mirar redes sociales. Entré en Instagram y estuve viendo historias hasta que llegué a la cuenta de Phi Fu. Como siempre, se quejaba de que tenía mucho trabajo y muchas cosas que hacer. Parece que en este momento está en su habitación trabajando junto a unos amigos.

Toqué su foto de perfil para entrar en su cuenta y empecé a ver todas las fotos que tenía publicadas. La verdad es que el perfil de Phi Fu es muy agradable de ver. No suele ser de los que se hacen fotos todo el tiempo, pero cuando las hace, siempre salen muy bien. Seguro que es porque tiene muy buen gusto y sabe elegir bien la luz y los colores, así que cuando saca fotos de edificios o paisajes, todo se ve muy bonito y atractivo.

Seguí bajando poco a poco hasta que me encontré con una foto diferente a las demás. Era una foto de una persona, y era la única imagen de ese estilo que tenía en toda su cuenta. Y estaba claro de inmediato que no era una foto de él mismo.

Esa... era una foto mía.

Tenía escrito como pie de foto: «Este niño es muy dulce y adorable, pero también muy travieso y revoltoso».

Era una foto mía de cuando era muy pequeño. Recuerdo perfectamente que esa misma fotografía también está en la casa de los padres de Phi Fu. En realidad, en la imagen salíamos los dos juntos sentados uno al lado del otro. Yo apenas tenía unos pocos años, seguramente ni siquiera hablaba bien todavía. En la foto estoy sentado en una silla de coche, mirando directamente a la cámara con esos ojos tan grandes y redondos que tenía entonces. Y mírenme esas mejillas tan gorditas, esos bracitos tan pequeños y regordetes... Era claramente la versión bebé y muy rellenita de Moo.

De repente, las comisuras de mis labios se elevaron y empecé a sonreír sin darme cuenta. Phi Fu y yo nos conocemos desde hace muchísimo tiempo. Tengo que reconocer que siempre fue un hermano mayor increíblemente bueno y amable. Tanto es así que muchos

de mis amigos me tenían envidia por tenerlo a él como figura protectora y compañero, aunque en realidad no tuviéramos ningún parentesco de sangre.

En esa época, Tai y yo siempre estábamos pegados a Phi Fu, y a donde fuera él, íbamos nosotros también. Pasara lo que pasara o tuviéramos cualquier plan, siempre lo llamábamos para que se uniera a jugar o a salir, y nunca nos decía que no. Era como el líder de nuestro pequeño grupo, sobre todo porque era el mayor de todos nosotros. Incluso de niño, Phi Fu ya era alto y delgado, igual que ahora, con esa piel muy clara y esa cara que parecía siempre de niño, y le encantaba llevar los pantalones de tela que le cosía su abuela con tanto cariño. Solo pensar en aquella época me hace sonreír sin poder evitarlo. Phi Fu era, sin ninguna duda, el nieto más mimado y consentido de su abuela.

Seguí mirando más fotos. La verdad es que no suelo entrar mucho en su perfil de Instagram, así que me encontré con bastantes imágenes nuevas que había subido recientemente. Deslicé la pantalla hasta llegar a la más actual: había sido tomada en una cafetería que está muy cerca de donde vivimos. Se veía un plato con comida preparada con mucho cuidado y de una forma muy bonita, ideal para sacar fotografías. Estaba a punto de darle al botón de "me gusta", pero entonces mis ojos se fijaron primero en un comentario que había justo debajo.

Gimmick: ¡Se ve delicioso!

FUUU: @Gimmick De verdad que está buenísimo. Si tienes tiempo libre otro día, te invito yo, jeje

Mis ojos se abrieron de par en par, totalmente sorprendido. En menos de un segundo ya estaba entrando en el perfil de esa persona, y me quedé con la boca abierta al descubrir que se trataba exactamente de la cuenta de Kim, ese chico que conocimos en el restaurante hace unos días. ¡Dios mío! ¡Tiene casi diez mil seguidores! ¿¿Pero este chico es alguna celebridad o qué cosa es? Desde luego no es una persona normal y corriente, eso está clarísimo.

Empecé a mirar todas las demás fotos que tenía publicadas. La gran mayoría eran retratos de él mismo: a veces con ropa informal y cómoda, otras veces con el uniforme del colegio, y últimamente también con ropa de la universidad. En casi cada una de esas fotos siempre aparecía con una sonrisa brillante y muy alegre, que parecía que iluminaba todo. Cuanto más miraba, más extraño me parecía todo esto y más rara sensación tenía en el cuerpo.

No sé muy bien cómo explicarlo... Esa sonrisa suya me molesta y me pone de mal humor, pero... ¡Oye! ¡Si este chico no ha hecho absolutamente nada malo ni me ha hecho nada a mí! ¿Por qué estás actuando así, Moo? ¿Qué te pasa? ¡Es que debe ser alguien muy popular y conocido, porque hasta hace reseñas y recomendaciones de cremas y productos de belleza y cuidado de la piel y todo!

Cada vez me sentía más enfadado y con peor humor, así que al final cerré la aplicación de golpe y la dejé a un lado. Me quedé allí sentado, soltando suspiros de pura irritación y enfado. La imagen de ese chico, sonriendo de esa forma tan amplia y dulce, no dejaba de aparecer y pasar una y otra vez por mi mente una y otra vez. Tenía una cara realmente muy

dulce y tierna, incluso mucho más dulce y adorable que la mía, con esa piel tan clara y fina, y además era bajito y pequeño, de esos que dan ganas de proteger y cuidar todo el tiempo.

Literalmente, es el tipo ideal que le gusta a todo el mundo, incluso a mí. Además, parece que tiene una personalidad maravillosa: es sociable, educado, siempre sonrío, tiene una sonrisa encantadora y es muy alegre. No es de extrañar que le caiga bien a tanta gente y que tenga tantos seguidores.

¡Ay, no! ¡No sé qué me está pasando! ¿Por qué no dejo de pensar en ese chico y en Phi Fu todo el tiempo?

Me levanté, me sacudí la ropa y volví a entrar en mi habitación. Pero estuviera tumbado, sentado o caminando de un lado a otro, no podía sacármelos de la cabeza a ninguno de los dos. Hasta que al final acabé gritando de pura rabia. Estaba más irritado e inquieto que nunca antes en mi vida. Me sentía tan alterado que casi salgo al balcón para gritarme a mí mismo y preguntarme qué demonios me pasaba y por qué me comportaba así.

¡Toc, toc!

—¡Oye, Moo! ¿Qué pasa? —se oyó al otro lado de la puerta.

¡Por fin! Pero... ¿qué demonios estás haciendo? ¿Por qué has ido de repente a llamar a la puerta de Phi Fu? ¡¿Es que todo este estrés te ha hecho perder el juicio y la razón?!

Phi Fu abrió la puerta. Llevaba, como siempre hacía, una camiseta oscura y pantalones largos. Levantó una ceja, totalmente confundido, al verme allí parado sin decir ni una sola palabra.

—¿He hecho demasiado ruido? Perdona, es que he invitado a unos amigos a venir para trabajar juntos hoy —me dijo él con amabilidad.

—Oye... —empecé a decir sin saber muy bien cómo seguir.

—¿Te ocurre algo malo? —me preguntó con preocupación.

—¡Fu! ¿Quién es? —gritó uno de sus amigos desde el interior de la habitación, y antes de que pudiera responder nada, salió y se puso justo a su lado.

Inmediatamente me acordé de que era uno de sus amigos más cercanos y de toda la vida. Le sonreí un poco y le saludé con la mano.

—¡¡¡Moo!!! ¡Ay, qué cosa más salvaje! ¡Qué celos tienes, eh! —exclamó su amigo, riéndose y haciéndome bromas.

—Vuelve ya adentro y sigue trabajando —le ordenó Phi Fu, poniéndole la mano en la cara y empujándolo de nuevo hacia el interior de la habitación justo cuando iba a decirme algo más o saludarme como se debe.

Se oía claramente cómo se quejaba y protestaba mientras se lo llevaba de vuelta.

Pasaron unos cinco minutos largos hasta que Phi Fu volvió a salir de nuevo. Ese chico tan alto salió, cerró la puerta detrás de él y murmuró con voz baja y resignada:

—¡Qué pesadez y qué molestia eres a veces, de verdad!

Se puso las manos en las caderas, con cara de mal humor, y luego me miró. Levantó una ceja al ver que yo solo estaba parado allí en silencio, sin decir ni una sola palabra.

¡Vaya! ¿Qué se supone que tengo que decir? Si he venido a llamar a tu puerta de repente es solo porque se me ha ocurrido en ese momento, no tenía ninguna razón ni ningún asunto que tratar. ¡Ay, Moo, Moo...! Cuando te pones nervioso o inquieto, acabas actuando así de forma tonta.

—En resumen... ¿vienes a decirme algo o solo has venido para mirarme? —me preguntó.

¿Están trabajando?

—Sí —respondí.

—Ah... ya veo.

—¿Te pasa algo? Si no es nada importante, me voy a volver a mi cuarto a seguir trabajando. Tengo muchísimas cosas que hacer, no tengo ni tiempo ni para respirar —se quejó Phi Fu, poniendo una cara de pena y desánimo.

Me entró una rabia increíble y me ganas de darle un golpe en la frente. ¡Ojalá no fuera tan bajito en comparación con él! Si fuera más alto, seguro que ya le habría dado.

—¿Llevas trabajando desde anoche? —le pregunté.

—Oye... ¿cómo es que lo sabes? —me respondió, sorprendido.

¿Cómo no iba a saberlo? ¡Mira esas ojeras que tienes! Parece que no has dormido ni una sola hora en todo un año!

—¿Ya habéis terminado casi todo?

—Todavía no, nos queda muchísimo por hacer. Estamos corriendo contra el tiempo para terminarlo cuanto antes.

—¿Quieres que te ayude yo, Moo?

—¿¡Qué dices!?

...

—¿Q-qué? ¿Cómo?

¡Venga ya! ¿Por qué te pones así, como si acabaras de ver un fantasma? ¡Solo he dicho que quiero echarte una mano con el trabajo! Si ya sois tres o cuatro personas y aun así no os da tiempo ni podéis descansar, añadir una persona más seguro que ayuda, ¿verdad? ¡Te lo ofrezco de buena gana y gratis! ¿Y me miras así de extraño?

¡Dios mío...! Acabo de decir otra tontería más. ¿Por qué estoy tan despistado y distraído hoy? No me entero de nada.

—¿Quieres que te ayude con lo que estás haciendo? —le volví a preguntar.

—Sí, claro que sí.

—¿Por qué dices «Khá» así? ¡No me hables como si fuera una persona tonta! ¡Me molesta muchísimo esa forma de hablar! ¡En resumen, ¿quieres mi ayuda o no? Si no la quieres, me voy ya mismo.

—¡Oye, no te enfades, por favor! ¡La verdad es que me alegro muchísimo de que quieras ayudarme!

—¡Ya no quiero ayudarte ni saber nada! ¡No pienso mover ni un dedo por ti!

—Pero... ¿qué te pasa ahora?

—¡Vuelve ya a tu trabajo y déjame en paz! ¡Lárgate!

—Está bien, está bien... No hace falta que entres si no quieres. Vuelve a tu cuarto, descansa o haz lo que quieras. En cuanto termine todo, vendré yo mismo a buscarte, te lo prometo —me dijo con suavidad.

—¿Y quién te ha dado permiso para hacer lo que te dé la gana? ¿Acaso le has preguntado al dueño de esta habitación si está de acuerdo? —le respondí, levantando la barbilla con aire desafiante.

—¿Y me dejará irme el dueño de la habitación... o me retendrás aquí contigo? —susurró Phi Fu, inclinándose hacia mí con una voz dulce y cariñosa que me recorrió todo el cuerpo.

Se acercó tanto que nuestras caras casi se tocaban. Me quedé totalmente paralizado y con los ojos como platos del susto. Me miraba fijamente y muy profundamente a los ojos, con una sonrisa encantadora que le iluminaba toda la cara y dejaba ver sus dientes blancos y esos hoyuelos que tanto le gustaban a la gente. Incluso un compañero que pasaba por el pasillo se tapó la boca con la mano, sorprendido por la escena.

Sin pensarlo dos veces, le empujé la cara con fuerza para alejarlo, corrí de vuelta a mi habitación, cerré la puerta de golpe y me apoyé contra ella con una mano en el pecho. El corazón me latía con tanta fuerza y velocidad que tenía miedo de que se me saliera por la boca de un momento a otro.

«¡Ay, Phi Fu! ¿Pero qué ha sido todo eso? ¿Qué demonios te pasa por la cabeza?»

«Y tú también, Moo. ¿Por qué tuviste que ir a llamar a su puerta para que te hiciera esto? ¿Por qué no te quedaste tranquilamente en tu cuarto como debías? ¿Es que no puedes dejar en paz ni un solo minuto a Phi Fu?»

—¡Ay, Dios mío! —exclamé, tapándome la cara con las manos y dejándome caer al suelo con la cabeza gacha.

Respiré hondo varias veces seguidas, intentando calmarme y recuperar la compostura. Hoy ha sido un día demasiado intenso y lleno de emociones. ¿Quién más en este mundo podría perder el juicio y la razón de la forma en que lo he hecho yo hoy?

Pero... ¡Dios mío! ¿Por qué me arde la cara de esta manera? ¡Se siente como si me hubiera puesto al fuego!

N-no... por favor, no me digas que lo que siento es vergüenza por culpa de Phi Fu... ¡Eso es imposible!

¡No, nada de eso es verdad! ¡Moo se niega rotundamente a aceptar algo así! ¡Alguien como Tong Qing Shan no tiene ni la más mínima posibilidad de hacer que alguien como yo —que soy la reina indiscutible de todos los bares y fiestas— pierda el control ni se altere de esta forma! ¡Ja! ¡Ni en un millón de años! Si me arde la cara es simplemente porque hace calor, y si me late el corazón tan rápido es solo porque tengo miedo de que ese chico que pasó por el pasillo vaya a contarles a todos lo que ha visto y se rían de mí. ¡Eso es todo y nada más! ¡La resistencia y la fuerza de voluntad que tengo contra Phi Fu es inmensamente fuerte y poderosa, os lo aseguro y os lo advierto!

«Moo... concéntrate y recupérate de una vez.»

El chico que vive justo al lado es solo el hermano mayor de Tai, ese hombre de cara de niño que no es para nada mi tipo ni me gusta en absoluto. Es precisamente el tipo de persona del que una vez dije: «Si algún día termino saliendo o teniendo algo con alguien así, preferiría antes lamerle los pies a Tai». ¿Es que ya te habías olvidado de eso?

«Vamos... respira hondo... inhala... exhala...»

¡Ring ring! 📞

Tong Hia de Tai: Muay, hace un momento te pusiste todo rojo cuando me mirabas

Tong Hia de Tai: Tú... me has hecho sonrojar también

Tong Hia de Tai: Con solo mirar tu cara ya me dan ganas de seguir trabajando. Te quiero, mi pequeña pimienta

¡Dios mío!

«Pequeña pimienta... no te dejes llevar, ¿vale? ¡No te pongas así! ¡Por favor, no lo hagas!»

—¡Oye Fu! ¿Cuándo compraste esto? —preguntó una voz desde el otro lado de la puerta.

Estaba tan distraído con los mensajes que no me di cuenta de que ya habían pasado unos minutos. Abrí la puerta un poco y vi que Phi Fu estaba en el pasillo, sosteniendo una taza de cerámica con un dibujo muy bonito: eran dos personas sentadas juntas, una alta y otra bajita, riendo y con las manos entrelazadas.

Lo miré con desconfianza, intentando que no se notara que todavía estaba agitado por lo que había pasado antes.

—¿Esta taza? La compré hace unos días —respondió él, sonriendo mientras me la mostraba—. Me pareció que era muy bonita, así que la compré. Pensé que me vendría bien para trabajar, porque es grande y aguanta mucho líquido.

Se acercó un poco más y me miró fijamente a los ojos, con esa sonrisa que me ponía tan nervioso.

—¿Te gusta? —me preguntó.

¿Por qué me tiene que preguntar eso ahora mismo? ¡Si me pone así de nervioso cada vez que me mira!

—Sí... sí, está bien —respondí con voz un poco cortada, mirando hacia otro lado.

Phi Fu se quedó mirándome unos segundos más, como si quisiera decirme algo más, pero al final solo se rió suavemente y volvió a entrar en su habitación.

Permanecí allí parado un rato, con la taza todavía en la mano, sin saber qué hacer. Mi corazón seguía latiendo demasiado rápido y mi cara seguía ardiendo como si estuviera expuesto al sol todo el día.

«¿Qué me está pasando? ¿Por qué cada vez que está cerca de mí me siento así?»

—¡Oye, cómpratela tú mismo, no te metas en mis cosas! —le dijo Phi Fu a su amigo, con una sonrisa pícara.

—¡Oye, ¿qué pasa aquí? Hay un montón de comida rica. ¿No nos vas a compartir nada? —insistió el otro, mirando con ganas los paquetes que tenía en las manos.

—Esto no es para compartir. No se lo voy a dar a nadie —respondió Phi Fu con mucha seguridad.

—Seguro que no lo has comprado tú mismo.

—¿Qué dices? Entonces... ¿de dónde lo ha sacado?

—¡Ja! Con todos los abrazos y besos que se da por ahí, ¿de dónde más iba a salir si no es de que Nong Moo se lo ha traído? ¡Qué pesadez, de verdad! —murmuró el amigo, riendo entre dientes.

—Mi Muay es tan guapo... —dijo Phi Fu, mirando la taza con ojos llenos de cariño.

—¡Sí que lo es!

—¡Qué cosa más hermosa es este Muay! —añadió otro de los chicos.

—¡Oye! ¡Deja ya de abrazar esa bolsa de aperitivos y vuelve a trabajar ya, tonto de Fu! —le regañó alguien.

—Ojalá pudiera llevar a mi pequeño a mi verdadera familia, para que todos lo conozcan y lo quieran como yo lo hago —dijo Phi Fu con voz suave y llena de ilusión.

—Llevo tiempo viendo cómo te esfuerzas por conquistarlo. ¿Por qué nunca se ablanda ni se pone más amable contigo?

—No lo sé... —suspiró Phi Fu, con una expresión un poco triste.

—Bueno, antes de que terminéis peleando por esto o por lo otro, lo mejor es que acabéis primero lo que tenéis delante, ¿no crees?

—¡Espera solo un poco! Cuando por fin estemos juntos y brindemos con nuestras copas de té, le voy a poner ese traje rojo que le gusta tanto y lo voy a llevar directamente a la boda, sin parar ni un solo momento. Este chico ya es mío, lo veréis.

Capítulo 15

—¡Moo, ya has terminado de arreglarte? —llamó Tai desde fuera de la habitación.

—¡Oye, espera un momento! ¡Estoy apurado, voy ya! —le respondí mientras me ajustaba la ropa lo más rápido que podía.

—¡Eres un vago de verdad, no hay más que ver! —me regañó.

—¡No me regañes, Tai! Ten un poco de compasión con tu mejor amigo, por favor —le pedí con voz quejumbrosa.

—¡Mira, ¿es que no te mereces que te digan las cosas como son? Eres tan perezoso que siempre tienes que pedir ayuda para hacer todos los trabajos y tareas. Y para el examen de mitad de periodo que es el lunes que viene... ¿ya has estudiado algo?

...

—¡Moo! —me llamó de nuevo, más serio esta vez.

—¡Ya lo he leído, ya lo he hecho! ¡Claro que voy a estudiar! ¿Quién no lo va a hacer? —me defendí enseguida.

—Dime la verdad, sin mentiras.

¡Otra vez me está regañando! ¡Pobre Moo, otra vez se siente mal y le han vuelto a dar un sermón~

¿No hay nadie que tenga un poco de compasión con este amigo tan adorable, de ojos tan bonitos y oscuros? ¿Por qué tiene que ser tan malhumorado y de carácter tan fuerte?

—Ya está todo listo —le dije cuando terminé de copiar los apuntes, y se los entregué a su dueño. Le hice una cara de burla a Tai, casi logrando que se levantara de un salto para darme un golpe en la cabeza. Por suerte, Tian intervino rápido y nos separó con las manos en medio.

—¡Qué pesados se ponen a veces! ¡Uf, qué aburridos son! —se quejó Tian.

—¿Hasta cuándo van a seguir peleando así? ¡Uf! ¿Es que nuestro grupo no puede pasar ni un solo día sin estar regañándose o discutiendo? —dijo Tai, suspirando.

—Seguro que nos moriríamos si no lo hiciéramos —respondí yo, sin pensarlo dos veces.

¡Míralo nada más! ¡Qué boca tan afilada y picante tiene! Aunque la verdad es que tampoco es que sea mucho más alto que yo, ¿verdad?

¡Jajaja! Bueno... bueno, sí, un poquito más alto... solo un poquito... ¡Ah! Es que todos los de la familia de Tai son muy altos, ¿vale? Aunque él sea el más bajito de todos sus hermanos, aun así sigue siendo más alto que yo.

¡Qué pesadez tener que estar rodeado siempre de gente tan alta! Me siento como si fuera un enano que cualquiera podría pisar, o como un pequeño hongo que acaba de salir de la tierra y que todos lo pueden ver por encima.

—¿Qué hacemos ya? Ya han terminado las clases, ¿dónde vamos a ir a estudiar?
—pregunté.

—¿A la biblioteca? —sugirió Tian. Yo asentí con la cabeza una y otra vez, pero Tai negó con la cabeza. Nos miramos el uno al otro al instante.

—Allí hay mucho ruido y mucha gente, es muy molesto —dijo Tai.

—¿¿De dónde has sacado eso, Tai?? ¿Cómo puedes decir que la biblioteca es un lugar ruidoso? —le pregunté sorprendido.

—Es que hay gente que va y viene todo el tiempo, y eso me distrae. No, yo no voy
—respondió él, decidido.

—¡Oye! ¡No me hagas eso! —le grité.

—No grites, Moo. Ya sé por qué quieres ir precisamente allí. ¿Crees que no me doy cuenta de todas las razones que tienes? —me dijo, señalándome con el dedo.

Al verlo, crucé los brazos sobre el pecho, puse cara de malito y me quedé callado. Esta vez no podía discutir ni ganar la conversación, porque me conoce demasiado bien. Y la verdad es que tenía toda la razón: la biblioteca es el lugar donde se reúnen todos los estudiantes de la universidad. Cuando te aburres de estudiar, solo tienes que levantar la vista y ya tienes «algo bonito que ver» que te devuelve las ganas de seguir adelante.

—Pues yo me voy a mi habitación —anuncié.

—¿¿En serio, Tai??

—Yo me voy a mi habitación a estudiar tranquilamente, solo. Vosotros dos no me sigáis. Sois un par de molestos. Si no saco buenas notas ni avanzo en mis estudios, ¿será culpa vuestra!

Tai metió todas sus cosas en la mochila, se levantó de la silla y se fue. Tian y yo nos miramos el uno al otro con cara de confusión y fruncimos el ceño. ¿Por qué estaba nuestro amigo tan de mal humor hoy? Cualquier cosa mínima lo ponía de los nervios. No paraba de quejarse y regañar por todo, hasta el punto de que nos dejaba a los dos sin entender qué le pasaba.

Cuando lo vimos salir corriendo de la clase, yo —que siempre me muevo en coche con él— junté mis cosas rápido y salí corriendo detrás de él.

—¿Por qué vas tan deprisa? Tu habitación no se va a ir a ninguna parte, Tai —le dije.

—Sí, claro. ¿Por qué estás tan de mal humor hoy? —añadió Tian.

—¡Déjenme en paz! —respondió él seco.

—¡Tai! —lo llamé yo.

—¿Qué?

—Dicen que si uno está siempre de mal humor, envejece más rápido. ¡Ah!

Se lo merecía, la verdad. Había dicho algo que no debía y recibió una patada en la espinilla.

Me quedé allí parado, aturdido, mirando a mis dos amigos. Aunque sabía que Tai estaba de mal humor, Tian lo había provocado de todas formas, y por supuesto se llevó su merecida patada. Tian se quejó a gritos, pero no le dolía de verdad. De repente, Tai me miró a mí. En ese momento me quedé paralizado, me puse como un niño bueno e inocente y le miré con cara de no haber roto nunca un plato.

—¿Tú también vas a volver a la residencia, Moo? Si es así, ven conmigo —me dijo.

—S-sí, claro. Yo voy delante, Tian —asentí rápido.

Tai suspiró muy hondo, le hizo un gesto de desprecio a Tian —que se estaba quitando el polvo de la ropa— y se puso a caminar rápido pasando por delante de nosotros. Me acerqué a Tian, le tapé la boca con la mano, me reí bajito y luego fui corriendo detrás de Tai.

—No es que quiera echarle más leña al fuego, pero tú solo te has buscado lo que te ha pasado, Tian. Ahora mismo, si provocas a Tai, lo único que conseguirás es que te dé más patadas —le susurré.

Me reí con aire de haber ganado la partida y salí corriendo detrás de mi amigo. Cuando llegué al coche, vi que mi querido amigo estaba de pie, con las manos en las caderas, mirándome con mala cara. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué estaba Tai de repente tan de mal humor?

Al subirme al coche, condujo en completo silencio, sin decir ni una sola palabra, creando un ambiente muy tenso y agobiante.

—¡Mira a ese chico! ¡Qué guapo es! —dije de repente, señalando por la ventana, intentando romper ese silencio tan pesado.

...

—¡Ah! También es muy guapo, ¿verdad?

...

—¡Guau! ¡Qué maravilla!

—¿Vas a seguir así de raro y perverso todo el día, Moo?

¡Uf! Mejor me callo ya.

Qué estricto se pone. Ya ni me atrevo a hacer bromas ni a decir nada sin pensar. ¿Por qué está nuestro buen Tai Yuan tan de mal humor hoy? Es insoportable. Cualquier cosa que le digas o le hagas, por pequeña que sea, ya se enfada al instante.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan de mal humor? —le volví a preguntar con paciencia.

—¡Déjenme en paz! ¡No es asunto vuestro! —me respondió de forma brusca.

—¡Oye! Si no es asunto nuestro, tampoco puedes desquitarte con nosotros, ¿vale? —le dije, un poco más serio.

—Yo... uf, perdón —se disculpó de repente, con la voz más baja.

—A mí no me molesta, y a Tian tampoco le habrá importado, pero de todas formas le has dado una patada. ¿No deberías disculparte con él?

—Mm... —asintió con la cabeza.

—¿Estás bien? ¿Te pasa algo?

—No es nada... Ya hemos llegado a tu habitación.

Antes de que pudiera preguntarle más cosas o saber qué era lo que le pasaba, Tai ya había aparcado el coche justo delante de la puerta de mi habitación. Cuando intenté seguir preguntándole, me miró con cara de advertencia y me quedé callado al instante. Bajé del coche, me quedé allí parado moviendo la mano para despedirme mientras lo veía irse a toda velocidad. Solo podía rascarme la cabeza, totalmente confundido. No sé qué habrá pasado ni por qué está así. Seguro que es algo relacionado con la universidad o con su trabajo extra que hace por las tardes.

Bueno... seguro que se le pasa y vuelve a ser el de siempre.

Ajusté la correa de la mochila y subí a mi habitación. En cuanto entré, me dejé caer pesadamente sobre la cama. Estuve un rato jugando con el móvil, hasta que vi los papeles y la tableta que había en la mochila. ¡Uf! Hoy de verdad que tengo que ponerme a estudiar, no me queda más remedio.

Con una mano saqué todo lo que había en la mochila y lo puse sobre la cama. Me di unas palmaditas en las mejillas para animarme y ponerme serio, abrí los apuntes y me puse a leer con atención. Me recosté sobre un cojín grande, iba leyendo y con una mano iba marcando las partes importantes. Pasé la primera página, la segunda... pero cuando llegué a la tercera, la tableta se apagó sola por falta de batería.

¡Uf! ¿Y ahora qué hago? No tengo ganas de estudiar para nada. La verdad es que soy muy perezoso, no hay más que ver.

¡Voy a jugar un ratito con el móvil! ¡Solo diez minutos! ¡Solo diez! ☹️

Dejé todo lo demás de lado y agarré el teléfono rápido. Entré en Instagram, le hice fotos a los apuntes y a la tableta, las organicé bien para que se vieran bonitas y las subí a mis historias. Haciendo como si fuera una persona muy aplicada y trabajadora. ¿Cuánta gente sube fotos de que está estudiando, pero en realidad no abre ni un solo libro?

Estuve pasando por las historias de mis amigos hasta que me encontré con una de un chico que había subido una foto de un estudiante de Ingeniería. Me tragué la saliva, dándome cuenta de que la imagen era muchísimo más interesante de lo que me esperaba... ¡para alguien como Moo Ying, que se deja llevar por cualquier cosa!

¿Así que qué estoy esperando? ¡Vamos, busca ya su cuenta!

Abrí la barra de búsqueda, pero antes de que pudiera escribir nada, me quedé paralizado al ver lo que había antes. La última búsqueda que había hecho era la cuenta de Kim, ese chico tan monito. Ya había mirado su perfil antes. Al ver que había subido una historia nueva, cambié de idea al instante y fui directo a su perfil.

¡Qué suerte tiene, al no tener la cuenta privada puedo ver todo lo que quiera! Jajaja

Estuve viendo sus historias. No había muchas: solo fotos de él jugando y pasándolo bien con sus amigos. Seguí pasando la pantalla y de repente me quedé totalmente quieto, como si me hubieran clavado algo, al ver la historia más nueva que había subido solo hace cinco minutos. Era una captura de pantalla de una videollamada con alguien —había tapado el nombre para que no se viera. Debajo ponía: «La carrera de Arquitectura se ha vuelto un 300% más interesante» acompañado de emojis de sonrisa.

En ese momento, sentí como si tuviera una ambulancia dando vueltas y vueltas por mi cabeza. Estaba inquieto, nervioso y no me podía quedar tranquilo. Tiré el móvil sobre la cama y me quedé mirando la pantalla, haciendo que me volviera loco poco a poco.

¡¡¡Nooo!!! ¿Cómo es posible que Moo Ying no sepa de quién está hablando Kim?

Por todo lo que he visto y seguido, Kim ha subido muchas historias relacionadas con su universidad, pero esta de verdad que no tiene nada que ver con eso. ¡Moo Ying sabe perfectamente de quién se trata!

—¡¡¡Ah, ¿qué te pasa, Moo?! —me pregunté a mí mismo, asustado de lo que me estaba pasando.

Intenté respirar despacio y hondo, intentando no pensar que la persona con la que estaba hablando Kim era alguien que conozco... alguien que vive justo en la habitación de al lado. Cerré la aplicación rápido, le puse el seguro al móvil y lo tiré lejos de mí. Me di unas palmaditas en las mejillas para volver a la realidad y volví a sentarme con los libros, pero en cuanto intenté leer otra vez, volvía a escuchar esa sirena de ambulancia sonando sin parar en mi cabeza. ¡Maldita sea! ¡No me puedo quitar esto de la mente ni por mucho que lo intente!

¡Ding!

Llegó una notificación de mensaje. Mis manos, que tenía apretadas contra las sienes, se relajaron de inmediato. Agarré el teléfono y, en cuanto vi quién era, abrí la conversación sin pensarlo dos veces.

¿Qué te pasa? ¿Por qué has leído tan rápido? Esto no es propio de ti, Moo.

Hermano mayor de Tai: Moo, ¿ya estás en tu habitación?

Hermano mayor de Tai: [pegatina]

Moo Ying buscando al verdadero jefe: Sí, ya estoy aquí.

Hermano mayor de Tai: Respondes muy rápido hoy.

Hermano mayor de Tai: Ya veo, se nota que estás impaciente.

Uf, me dan ganas de cortarme las manos. ¿Por qué he contestado tan deprisa a un mensaje cualquiera de Phi Fu? Ya lo ves, Moo, por eso siempre consigues que te moleste y te altere.

Hermano mayor de Tai: He comprado varias cajas de comida para la cena. Te las llevo ahora mismo a tu habitación.

Envió eso y ya no escribió nada más. Se notaba que ya venía de camino. Tiré el teléfono sobre la cama, levanté la vista y me vi en el espejo. Al verme tal como estaba, solté un grito, me levanté de un salto y corrí hasta el tocador. Me puse polvos, me pinté los labios y me arreglé bien el pelo. En cuanto escuché unos golpes suaves en la puerta, lo dejé todo y corrí a abrir. Respiré hondo y me tranquilicé antes de girar el pomo y ponerme frente a él.

¿Qué pasa? No es nada del otro mundo. Esto es lo que hago siempre. Es que estaba muy desarreglado y no podía dejar que nadie me viera así. Solo me estoy cuidando y arreglando, no es para ver a Phi Fu. En absoluto. Alguien como él... ¡ja! Que no se crea tan importante ni se haga ilusiones.

—Has abierto demasiado rápido. Te estás comportando de forma muy extraña hoy —me dijo en cuanto entró.

—¿Qué dices?

—Leíste el mensaje rápido, contestaste rápido y has abierto la puerta rápido también. ¿Es que tienes mucha hambre o qué pasa?

—¡Sí, tengo mucha hambre! —le respondí al momento.

—Mira tú, otra vez me estás regañando y tratando mal —dijo Phi Fu con cara de pena y tristeza.

¿Se cree acaso que voy a sentir compasión por él? Ni se le ocurra. Phi Fu tiene muchos trucos y artimañas guardados bajo la manga; si no quieres caer en sus redes y perder el control, tienes que mantenerte firme y fuerte en todo momento.

Phi Fu llevaba un montón de cosas en las dos manos y un bolso negro que ya conocía colgado del hombro. Entre todo lo que traía había dos cajas con comida. Tenía el pelo todo desordenado y revuelto. Al verlo, me dieron ganas de rascarme la cabeza y preguntar a los encargados de esa página que dice "Chicos recomendados de la universidad" cómo diablos han votado para que salga elegido el hermano de Tai. En persona no es para nada guapo. Ja.

Lo digo de verdad. Phi Fu no es guapo. Para nada. Tiene una cara normal, como la de cualquier persona. Lo único bueno que tiene es que es alto, tiene los hombros anchos, es de buen carácter, amable, servicial, atento y se preocupa por los demás. No es de esos chicos que te van a hacer sufrir. Eso es todo. ¿Quién se va a enamorar de alguien así?

—Moo, ayúdame a sujetar esto un momento, me están llamando por teléfono.

Extendí las manos para coger las bolsas con la comida. Phi Fu se movió un poco para sacar el móvil del bolsillo. Miró la pantalla un instante y luego respondió la llamada.

—Oye, ¿qué pasa, Kim?

¿Qué?

¿Cómo?

???¡¡EH!!!???

¿Qué es esto? ¿No acababa de subir una historia diciendo que estaba en una videollamada? ¿Y ahora le está llamando otra vez? Así que de verdad que están hablando. ¡Ah! En serio, ¿Phi Fu y Kim? ¿Este chico que tiene una cara normal y ese otro que es tan monito?

Kim, escúchame bien. Tú eres un chico muy guapo y con mucho encanto. ¿De verdad vas a elegir a alguien que tiene una cara tan corriente para ser tu novio? No puede ser. Tú tienes muchos seguidores y eres popular, deberías buscar a alguien que tenga mucho más que

ofrecer que este chico. Créeme, no elijas a Phi Fu. Este chico es muy aburrido, no tiene nada interesante ni especial que lo haga destacar.

—¿Sigues teniendo dudas sobre las clases?

—Phi Fu.

—¿Sobre qué asignatura quieres preguntarme? Espera un momento... ¿Qué? Oye, Moo.

—Estás bloqueando el paso. Si quieres hablar, entra y háblalo con calma.

Lo metí dentro de la habitación y cerré la puerta. Phi Fu parecía un poco confundido por lo que acababa de pasar, pero no hizo muchas preguntas porque seguía con la llamada. Me alejé de él y me senté en la silla, haciendo como que abría la caja de comida para comer, pero por el rabillo del ojo no dejaba de mirarlo. Se movía de un lado a otro por la habitación mientras seguía hablando por el teléfono.

No es que me importe nada, es solo que a Moo Ying le gusta estar pendiente de lo que hacen los demás.

—Todavía me quedan unos libros y apuntes viejos del primer año. Si quieres, te los puedo llevar.

...

—¿El examen de mitad de periodo de esta asignatura? Déjame preguntarle a un amigo si todavía le quedan guías de estudio de exámenes anteriores.

...

—Jajaja, hay cosas difíciles y cosas más sencillas. Ya verás como te sale bien. Tú eres listo, ¿verdad? Solo tienes que esforzarte un poquito más.

Uf, qué pesadez. No quiero escuchar a Phi Fu hablando con tanta dulzura. No me gusta nada cuando usa ese tono tan suave y cariñoso, se pone demasiado empalagoso. ¡Qué molesto es! ¿Hasta cuándo van a estar hablando? Ya llevan varios minutos y no se acaban nunca.

Cerré la caja de comida de golpe, solté un suspiro de enfado y me giré para mirar al chico que estaba sentado en mi cama siguiendo con la llamada. Seguía hablando y se reía mientras lo hacía. Crucé los brazos sobre el pecho y lo miré con mala cara. No podía evitar sentirme molesto al verlo sonreír así mientras hablaba con alguien.

Al rato, por fin se giró hacia mí. Tenía los ojos brillando de una forma extraña y su sonrisa tenía algo de pícara y traviesa. Fruncí el ceño al instante.

¿Qué pasa? Está hablando por teléfono con otra persona y me mira así. ¿Qué significa eso?

—Kim, si tienes alguna duda, puedes escribirme cuando quieras.

...

—Por lo general no tengo mucho tiempo libre, pero si me dejas un mensaje, te responderé en cuanto pueda.

...

—Ah, sí, claro.

—Estás hablando muy fuerte. ¿Puedes bajar un poco la voz? No tengo ganas de comer nada. Sal fuera y sigue hablando allí.

—¿Puedo colgar ya entonces?

...

—Está bien. Solo escíbeme si te hace falta algo. Yo te llevaré los libros, Kim.

Phi Fu colgó la llamada y dejó el teléfono sobre la cama. Se sentó con las piernas cruzadas encima de mi cama. No dejaba de sonreírme con esa misma mirada hasta que ya no pude aguantarlo más. Fui a coger un cojín y se lo lancé. Él lo atrapó y soltó una risita suave. Cuando Phi Fu se ríe tanto que se le entrecierran los ojos y se le ven todos los dientes blancos, es cuando más me molesta y me da rabia.

—¿Por qué te ríes tanto? —le pregunté.

—De nada —me respondió.

—Vas hecho un desastre de tanto reírte. ¿Qué pasa? ¿Es que tengo algo que me hace gracia?

—No me río porque sea gracioso, tonto.

—¿Entonces por qué te ríes?

—Porque me pareces muy adorable.

—¿Qué cosa tan adorable?

—Cada día te pones más guapo y tierno, mi niño tonto. ¿Es que ya has crecido y ahora estás celoso?

—¡Y-yo soy el pequeño que vive en tu casa!

—Sí, mi pequeño de la casa. ¡Ah!

—Yo no estoy celoso para nada!

—Que no estás celoso, pero me miras con unos ojos que parecen verdes de tanta envidia.

—¡Phi Fu! ¡Moo no está celoso! ¿Cómo voy a estar celoso? ¡Ja! Alguien como tú... ¡qué gracia! Estás diciendo tonterías. ¡Qué imaginación más rara tienes! ¿Yo, celoso? ¿Yo? ¡Ja!

—Está bien, está bien. No estás celoso, no estás celoso. Tranquilo.

—¡Sí! ¡Yo no estoy celoso!

—Así es, no estás celoso. Yo me he equivocado.

—¡Exacto! ¡Moo no está celoso!

—Porque Moo Ying sí está celoso, ¿verdad? He acertado esta vez, ¿no es así, niño tonto?

Capítulo 16

—Oye, oye.

—¿Qué pasa?

—¿No es ese el hermano de tu amigo Tai?

—¿Y qué más da?

—Mira, parece que tu hermano ha salido como tema tendencia en Twitter.

—¡Dámelo!

—Jaja, lo has cogido muy rápido de mi mano, ¿verdad, Moo?

Hice como que no escuchaba lo que decía Tian y me quedé mirando la pantalla del móvil de mi amigo. A primera vista no parecía nada del otro mundo, solo uno de esos vídeos cortos y divertidos que la gente suele compartir y volver a publicar. Pero esta vez me llamó la atención porque en él salía alguien que conozco muy bien.

¡Vaya... ¿qué es esto? Si solo está cantando y lo hace fatal, y ya tiene decenas de miles de reproducciones y compartidos. ¿Qué está pasando aquí?

Espera, hay un montón de comentarios pidiendo que salga más contenido de Phi Fu. ¿Pero qué tiene de especial? ¿Por qué se ha vuelto tan popular de repente? ¡Dios mío! ¿Qué le pasa a la gente? ¿Por qué todo el mundo se ha vuelto tan loco con el hermano de Tai? Es solo un vídeo tonto, y además no está solo en él. ¿Por qué se fijan solo en Phi Fu?

—Parece que ya soy tendencia, ¿verdad? Hoy va a ser un día en el que todos tendrán que aguantarme y hacerme caso —dijo él, riéndose.

—¿Quién ha grabado este vídeo?

—Ha salido de una historia de un amigo de Hia, y alguien lo ha guardado y lo ha subido a internet.

—El grupo que forman es muy divertido, jaja. Muestran cómo es realmente la vida de los estudiantes de Arquitectura.

—¿Qué te pasa, Moo? ¿Estás celoso?

—¿¿Qué?? ¡¿Celoso de qué cosa?! ¡No estoy celoso para nada!

Le grité a Tai y le devolví el móvil. Bajé la cabeza y seguí leyendo mi libro. No me importa, no me importa nada. Tengo que concentrarme en estudiar, que se acercan los exámenes. Si no estudio, volveré a sacar una nota mala y mis padres me van a regañar hasta que me duelan los oídos.

—Pero el hermano de Tai es guapo, ¿verdad?

—No es guapo.

—Es un chico de piel blanca, y además es bajito...

—No es guapo.

—Y también tiene muy buena personalidad, ¿no crees?

—¡Ya he dicho que no es guapo! ¡No es guapo, punto! ¿Podéis dejar de hablar de Phi Fu de una vez? ¡Me está volviendo loco!

Al final no pude aguantarme más y estallé. Tian y Tai se reían a carcajadas. Tenía ganas de darles un golpe a los dos. ¡Uf! ¿Por qué todo el mundo habla de Phi Fu últimamente? Por todos lados lo único que oigo es: Phi Fu, Phi Fu, Phi Fu...

—Pero Phi Fu es realmente guapo —insistió Tian.

—A Moo le gustan los hombres de rasgos marcados y mirada oscura y profunda. No le atraen los chicos bajitos y de piel muy blanca, ¿verdad? —dijo Tai.

—¡Exacto, así es! —respondí de inmediato, como si quisiera convencerme a mí mismo.

—Cuando nos graduemos, mi padre seguro me buscará una chica muy bonita para casarme. Ese día estarás a mi lado, mirando cómo lleva el vestido rojo y me sirve el té según la tradición, ¿verdad, Moo? —comentó Tai, y luego bajó la cabeza otra vez para seguir estudiando.

Tian se encogió de hombros e hizo lo mismo, dejándome allí sentado, solo y lleno de irritación. ¡Mis dos amigos! Cuando se sienten cómodos y confiados, no saben dónde está el límite y se pasan de la raya.

Desde que escuché esas palabras de Tai, perdí toda capacidad de concentración. No había forma de que pudiera prestar atención a las fórmulas y reacciones químicas que tenía delante de mis ojos. La imagen de la cara de Phi Fu aparecía una y otra vez en mi mente, y por más que intentaba sacármela, no lo conseguía.

Ay... ¿qué me está pasando? Es solo Phi Fu, ¿por qué estoy haciendo todo esto tan importante y grave?

Si algún día Phi Fu se casa con otra persona, se pone su traje elegante, su novia vestida de rojo le sirve el té y luego él la lleva en brazos hasta su habitación nupcial, yo no sentiría

absolutamente nada. Podría quedarme allí parado, mirando todo con mucha calma y tranquilidad. Es algo totalmente normal. Moo no está enamorado del hermano de Tai ni nada parecido. ¿Por qué iba a sentir celos o querer tenerlo solo para mí? Ver a Phi Fu casarse con alguien más no es para nada algo que me importe, ¿verdad?

Entonces... ¿por qué siento el corazón tan pesado y una tristeza que me aprieta el pecho?

¡Ay no! ¿Por qué me siento tan mal y tan desdichado?

Ya no tenía ninguna gana de seguir estudiando. Me sentía aburrido, inquieto y molesto con todo. Lo único que quería era volver a mi habitación en la residencia estudiantil. Ya no aguantaba ni un minuto más en la biblioteca. ¿Cuántas horas llevo sentado aquí, perdiendo el tiempo? Me levanté de golpe. Lo que necesitaba era irme a mi cuarto y echarme una buena siesta para olvidarme de todo.

—Tai, me quiero volver ya a la residencia —le dije en voz baja.

—Yo no me voy todavía —respondió sin levantar la vista de sus apuntes.

—Tai, estoy muy cansado y me duele todo, solo quiero dormir un poco.

—Pues échate aquí mismo un rato y descansa.

—Vámonos a mi habitación, ¿vale? Por favor, volvamos ya. De verdad que ya no puedo concentrarme ni prestar atención a nada.

—Tú fuiste el que quiso venir a estudiar a la biblioteca, porque dijiste que aquí no te ibas a dar sueño, ¿recuerdas, Moo?

¡Claro que sí! Pero las cosas cambian, ¿no? ¿Acaso no pueden cambiar también los sentimientos y lo que uno quiere? ¿Por qué tienen que ser tan malos conmigo? Moo es pequeño y sensible, ¿no se dan cuenta? ¿Por qué todos me miran con mala cara y me regañan todo el tiempo? No se porten tan duros con su amigo, por favor.

—Te lo ruego, volvamos ya a estudiar en la habitación cuatro.

—Yo me quedo aquí. —Tai seguía negándose. Cuando intenté insistir, me agarró del brazo, frunció el ceño, me señaló a la cara, se alejó un poco y soltó un suspiro muy largo, dándome por completo la espalda mientras yo me quedaba allí parado con cara de malito.

—Por favor...

—No hagas tanto ruido, que me molestas.

—Si no tengo coche, no puedo irme ya. Si tuviera, me habría ido sin decir nada, no estaría rogándote como un niño pequeño.

Al decirlo, sentí como si algo me apretara el pecho. Desde que me estrellé contra la pared, arreglaron el coche, pero mi padre me lo ha quitado como castigo por ser tan travieso y desobediente. No sé cuándo mis padres tendrán piedad de este pobre Moo y me perdonarán por fin.

—Si no tienes coche, quédate aquí callado. Si quieres dormirte, duérmete. No te voy a decir nada. No seas tan caprichoso. Yo no soy Phi Fu, ¿vale?

—Tai, ¿podrías dejar de mencionar a Phi Fu por favor?

—¿Por qué? ¿Es tan malo escuchar el nombre de mi hermano de vez en cuando?

—¡Ja!

Tai me miró levantando una ceja y me hizo una cara de burla y de que se estaba riendo de mí. Al final tuve que ceder. Está bien, está bien. No nos vamos. No voy a hacer un escándalo ni a montar una escena. ¡Uf! ¿No sería mucho mejor irnos a nuestra habitación y estudiar con tranquilidad y sin problemas? Bueno... bueno, nos quedamos aquí. Estudiaremos hasta que no podamos más.

Pero... solo aguanté una hora más y ya estaba totalmente agotado. Estaba muy cansado. De verdad que lo único que quería era volver a mi cuarto y echarme a dormir. Ya no podía aguantar ni un minuto más. Se me iban cerrando los ojos solos. Llevábamos días estudiando sin parar, chicos. ¿Por qué todo el mundo tiene que ser tan aplicado y trabajador?

Miré a Tai y a Tian. Los dos llevaban los auriculares puestos y estaban totalmente sumergidos en lo que hacían. Tenían la cabeza metida entre los libros, escribían en sus tabletas, pasaban las hojas y marcaban con resaltador las partes importantes. Al ver lo mucho que se esforzaban mis amigos, lo único que pude hacer fue dejarme caer con el peso de todo el cuerpo sobre la mesa.

Ya no puedo más. Moo no aguanta ni un minuto más. Necesito descansar o voy a enfermar. Me quedé dormido con el cuerpo extendido sobre la mesa, los ojos se me cerraban poco a poco y tenía la cara apoyada en la sudadera de Tian, que había tomado prestada para usar de almohada. Al principio todavía parpadeaba y miraba cómo seguían estudiando mis amigos, pero al poco tiempo tenía los párpados tan pesados que me quedé profundamente dormido sin darme cuenta.

—...Moo.

—Mmm...

—Moo, despierta ya.

—Mmm... déjame...

—¿Quieres que nos volvamos ya a la habitación?

Me incorporé despacio, me froté los ojos y solté un gran bostezo. Luego miré a la persona que me estaba sacudiendo el brazo. Tenía mucho sueño y me dolía todo el cuello. Cuando logré enfocar bien la vista, me llevé una pequeña sorpresa al ver que no era ninguno de mis amigos.

¡Era Phi Fu! ¡El hermano mayor de Tai! ¿Cómo ha podido llegar hasta aquí?

—Vamos, levántate ya. Volvemos juntos los dos.

—Espera un momento... ¿cómo es que has venido hasta aquí, Phi Fu? —pregunté, retrocediendo un paso por la confusión que sentía. Él soltó una risa suave y tranquila. Se le veía muy cansado, como siempre, con el pelo todo revuelto y desordenado... bueno, es la época de exámenes y todos los estudiantes nos vemos así de agotados. Aunque él pareciera cansado, seguro que yo no me veía mucho mejor. Todos esos productos de cuidado de la piel que me habían costado tanto dinero no servían de nada en este momento.

¡Pero espera! Eso no es lo más importante. Debería estar pensando en por qué Phi Fu está aquí mismo conmigo.

—Yo lo llamé —dijo Tai desde su sitio.

—Ah... ya entiendo.

—Estaba por aquí en la universidad y ya se iba hacia la residencia. Como vivís en el mismo edificio, te vas con él.

¿Cómo? ¿Tengo que volver ahora acompañado de Phi Fu?

—Tian y yo nos vamos a quedar aquí toda la noche estudiando. Mañana no hay clases, así que dormiremos durante la mañana —me explicó Tai.

—Cuando llegues a tu cuarto ponte a estudiar también, ¿me oyes, Moo? Te voy a llamar más tarde para comprobar que de verdad estás haciendo lo que debes —añadió Tian.

—Vámonos ya, así podrás descansar pronto. Levántate ya —me dijo Phi Fu, sacudiéndome suavemente del brazo para que me pusiera de pie.

En cuanto me di cuenta de que por fin me iba a casa, recogí todas mis cosas con la mayor rapidez posible. ¿Qué estaba esperando? Aunque tuviera que irme con Phi Fu... seguro que no iba a ser tan malo ni tan terrible, ¿verdad? Además, al fin y al cabo, no tenía coche propio y no tenía otra opción.

—Hola —le dije con voz bajita.

—¿Oye? —me llamó Tai—. Déjalo en su habitación y no te separes de él, ¿vale?

—Sí, ya lo sé, no te preocupes —respondió Phi Fu.

Fruncí el ceño al ver cómo Tai agarraba del brazo a su hermano y lo miraba con una expresión muy seria y advertidora. Phi Fu se soltó suavemente, le dio un pequeño empujón en la cabeza como en broma y me guió hacia la salida de la biblioteca.

Caminamos hasta donde estaba aparcada la motocicleta de su familia.

—Phi Fu, ¿podemos parar a comprar algo de comer por el camino? Tengo mucha hambre —le pedí.

—Claro que sí. ¿Qué te apetece comer? —me respondió al instante.

—Puede ser comida para llevar del puesto que hay justo al lado de la residencia. ¿La compramos y nos la llevamos a mi habitación? Tengo mucho sueño, quiero dormir un rato y luego comer y ponerme otra vez a estudiar —le expliqué.

—Está bien... Sube, muñeco —me dijo con voz suave.

Levanté la pierna y me senté detrás de él en el asiento de la moto, agarrándome fuerte de su camisa. En cuanto empezamos a avanzar y me golpeó el aire fresco de la noche, me sentí mucho mejor y me despejé por completo. Todo el sueño que tenía se me fue al momento.

Aproveché y lo miré con mucha discreción a través del espejo retrovisor. Seguramente no se dio cuenta, porque tenía que estar atento a la carretera, así que pude observarlo todo el tiempo que quise.

Así que este es Phi Fu, el chico por el que todas las chicas gritan y se vuelven locas...

Ja. ¿Y por qué motivo se van a poner así? Este chico no tiene nada de especial ni de interesante. Hay muchos otros que son mucho más guapos y atractivos. Deberían gritar por ellos y no perder el tiempo con alguien tan aburrido y corriente como él. Míralo nada más: siempre se le ve cansado, se queja por todo y su forma de ser es difícil de entender y de tratar.

—Oye, te me quedaste mirando la cara todo el tiempo. Ya sé que soy guapo, pero ¿vas a pedir ya lo que quieres comer o qué? —me dijo de repente.

—¿Eh... qué? ¿Quién te estaba mirando a ti? Estás diciendo tonterías y hablando demasiado —le respondí enseguida, totalmente sorprendido y sacado de mis pensamientos.

Me aparté de él rápidamente, le quité la mano de encima y bajé de la moto de un salto. Entramos al puesto y me puse a mirar la carta que estaba colgada en la pared. Habíamos llegado al lugar que está cerca de donde vivimos. Phi Fu pidió arroz frito con cerdo. Yo me quedé mirando todo un buen rato, y al final pedí lo que más me gusta: carne picada con albahaca.

Cuando terminamos de pedir, nos sentamos en una mesa a esperar a que nos trajeran la comida. Estaba mirando a mi alrededor, pero de repente me quedé totalmente inmóvil y quieto al sentir que alguien me estaba mirando fijamente.

Era el hermano mayor de Tai. Me estaba mirando con esos ojos brillantes y profundos, como si estuviera soñando despierto.

Se me puso la piel de gallina por todo el cuerpo. ¡Deja ya de actuar como un tonto enamorado, por el amor de Dios!

—¿Qué pasa ahora? —le pregunté con cierta desconfianza.

—¿Qué cosa? ¿De qué estás hablando?

—¿Por qué te está mirando tanto Phi Fu?

—¿Acaso no puedo ni mirarte?

—¡No puedes! ¡Deja de mirarme, que no me gusta nada! —me quejé, poniendo cara de enfado. Al verlo así, Phi Fu soltó una risa suave y tranquila.

—Claro que sí te gusta —dijo él, con tono seguro.

—¡No!

—Qué malo eres conmigo, y además eres tan pequeñito...

—No soy malo. ¿Podrías dejar de tratarme como si fuera un niño pequeño? ¿Quién es aquí el que es más pequeño? Tú eres el mayor, y encima todavía no puedes comer comida muy picante.

—Ah, pero que no sepa comer picante no significa que no sea ya un hombre adulto, mi niño.

—Tú eres el hermano mayor y...

—¿Quién quiere ser tu hermano mayor, de todas formas?

...

—Lo que quiero es ser tu novio, ¿no te has dado cuenta ya de una vez por todas?

Me quedé en silencio al escucharlo decirlo tan claro y directo. Antes ya me había dicho cosas parecidas, cosas que parecían sin sentido o que decía solo por broma, pero esta vez era diferente. Aunque debería estar acostumbrado a sus palabras, de repente sentí que me subía la temperatura a la cara. Era algo muy extraño, no podía quedarme quieto ni tranquilo, me sentía incómodo y empecé a rascarme la cabeza y el cuello sin parar.

¿Qué le pasa a Phi Fu? ¿Qué está haciendo? Me da escalofríos por todo el cuerpo.

Phi Fu sonrió, manteniendo los ojos entrecerrados. Parecía que iba a decir algo más, pero se quedó callado al instante porque el móvil que tenía sobre la mesa empezó a vibrar. Los dos miramos al mismo tiempo hacia él. Phi Fu no dijo nada, solo lo cogió y respondió la llamada.

—Sí, nong Kim.

¿¿¿¿Kim???? ¿Ese mismo Kim?

¡Vaya... estos dos se llevan mucho más cerca de lo que parecía! Ja. Qué voz tan suave y dulce tiene. «Sí, nong Kim», ¿verdad? Seguro que le tiene mucho cariño a ese chico que acaba de entrar en la universidad.

—Ah, es que he dejado los libros en mi habitación. Ahora mismo no estoy en la residencia, tengo clases... Sí... Ya terminé mis estudios en la universidad hace poco.

...

—Hoy no es un buen día para vernos. Mejor lo dejamos para otro momento, ¿vale?

Jajaja.

—Jajaja... —tosí un poco yo, intentando disimular lo que acababa de oír.

—Sí, ya.

—Phi Fu, ¿no te parece que tardan mucho en traernos la comida?

—Sí, ya va... Ah... espera un momento, Moo.

Phi Fu se apartó un poco para seguir hablando. Al verlo así, fruncí el ceño al instante. ¿Qué pasa conmigo...? No, no es que me moleste por Phi Fu, es solo por mí mismo. ¿Por qué me estoy poniendo así de nervioso? Phi Fu puede hablar con quien quiera, con quien se le antoje, ¿por qué me tiene que importar a mí?

Pero... ¿es que si a uno no le interesa lo que dice la otra persona, se queda escuchando como si fuera lo más importante?

¡Ah, claro! Es que sí me interesa. Quiero saber de qué están hablando. Además, Phi Fu no para de sonreír mientras habla.

—¿Sigues preocupado por las notas? Un examen pequeño no cuenta tanto, no afecta demasiado la calificación. Solo tienes que esforzarte para sacar buenas notas en el examen de mitad de periodo.

...

—Ya te he entendido.

—Phi Fu, pregúntale si ya ha terminado.

—Lo que hacía cuando yo era nuevo en la universidad... mmm.

—Phi Fu, tengo mucha sed.

—Jaja, los exámenes también eran difíciles en aquel entonces, Kim.

...

—Sí, sí. Está bien.

...

Me puse tan molesto que empecé a comportarme como un niño caprichoso y tonto. Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo ya. No quería estar actuando así, pero no podía evitarlo. Si hiciera lo mismo con Tai, seguro que me daría un buen golpe en la cabeza de inmediato.

Phi Fu seguía hablando con tanta dulzura con el chico del otro lado del teléfono, sin hacer ni caso de mí. Una sensación extraña de enfado y malestar me invadió por completo. Me levanté de un salto, le pagué a la mujer que nos atendía, agarré las cajas con la comida y salí para esperar junto a la motocicleta. No quería quedarme allí escuchando lo que decían los dos. Me quedé parado allí solo para intentar calmarme un poco.

Una y otra vez se me repetía en la mente y en los oídos la imagen de Phi Fu sonriendo de esa forma tan amplia y escuchaba su voz suave y cariñosa.

Dios... suena exactamente igual que cuando me habla a mí.

Seguro que le tiene mucho cariño a ese chico, por eso le habla con tanta suavidad y le dice cosas como «sí, sí» una y otra vez. Además, es amable y atento con todo el mundo. De verdad que cuando lo oigo, lo único que me dan ganas es de taparme los oídos con algodón. De verdad que sí.

A todo el mundo le gusta hacerse el hermano mayor amable y comprensivo. Ya estoy harto del hermano de Tai.

—Muñeco.

—Vámonos ya de una vez.

—¿Qué te pasa?

—Tengo mucho sueño. Quiero volver a dormir.

—No me lo creo nada. Vamos a hablar, dime qué es lo que te pasa de verdad.

—¡Ya te he dicho que tengo sueño! —Phi Fu se acercó más, me agarró del brazo y me preguntó con cara seria. No sé si era por la rabia o porque algo se me había metido en la cabeza, pero le solté el brazo con fuerza. Los dos nos quedamos callados. El ambiente se puso más tenso que nunca. Respiré hondo y me giré para mirarlo a la cara.

—¿Qué te pasa, Moo?

—Tú eres el que tiene algo que le pasa.

—Si estás celoso, ¿por qué no lo dices claramente?

—No estoy celoso. Lo que me pasa es que estoy molesto.

—¿Por qué, muñeco? Si te gusto, ¿verdad? Se nota a la legua que te gusto.

—Estás diciendo tonterías.

—Tú me gustas.

—No me gustas para nada. No intentes hacerme creer cosas que no son.

—¿Por qué, muñeco? ¿Por qué lo niegas tanto? A mí también me gustas. Hace un momento estabas celoso, ¿verdad?

—¡Porque me molesta, eso es lo que pasa!

...

—No me lleses contigo. Yo vuelvo solo.

—¿Qué clase de comportamiento es este, Moo?

—¡Sí, lo soy! Tengo mal carácter, grito y soy caprichoso. ¡Deja ya de gustarte de Moo, por favor!

...

—No tienes por qué gustarte de alguien como yo.

—Pue~...

—¡Exacto! ¿Cómo puedes gustarte de alguien que es del mismo sexo que tú...?

—¿Qué es lo que estás diciendo?

—Sí, es verdad. Ni yo mismo sé lo que estoy diciendo ya.

—Hablemos con calma y como es debido... Moo, espera un momento.

—El que habla nunca sabe qué está diciendo en realidad, y el que recuerda tampoco sabe qué es lo que está guardando en su memoria.

Dije esas palabras y me fui caminando sin mirar atrás. Phi Fu me llamó varias veces, pero hice como que no lo oía y seguí mi camino.

Maldita sea... No era mi intención actuar así. Me he vuelto a portar mal y de forma grosera. Esta vez he tenido una discusión muy fuerte con Phi Fu.

Moo... Moo... Tienes una boca demasiado grande y hablas sin pensar. Lo tratas mal y con dureza, y al final el único que sufre y se queda mal eres tú mismo.

—¿Qué clase de rabieta y comportamiento es este, Moo?

En el fondo no quiero actuar así. ¿Crees que me gusta ser de esta forma? Ya llevamos así varios años, ¿verdad, Moo?

Dios mío...

¿Cuándo lograré dejar de sentir lo que siento por él, como digo siempre con la boca pequeña?

Capítulo 17

Después de esa discusión por algo que al final no tenía ninguna importancia, no volví a ver a Phi Fu en varios días. Por casualidad, justo en ese momento empezaba la época de exámenes en la universidad, así que lo más importante que tenía era estudiar y prepararme bien. Pero ¿te puedes creer que durante esos días apenas lograba mantener la calma y la razón? Sin remedio ni forma de evitarlo, cada cinco minutos mi mente se iba hacia él y me ponía a pensar en Phi Fu. En cuanto me daba cuenta de lo que estaba pasando, agarraba un libro y me daba golpes suaves con él en la cabeza o me golpeaba contra la pared, solo con la esperanza de sacar esos pensamientos de mi mente. Llevaba actuando así casi toda una semana.

Hoy... como siempre, no había recibido ni un solo mensaje ni llamada de su parte.

Bueno, tampoco es que sea totalmente verdad. Durante los primeros dos o tres días, Phi Fu me escribió y me llamó varias veces. Pero claro, en ese momento Moo Ying estaba dominado por el orgullo y la terquedad, así que decidí no responderle a nada y dejarlo todo así, hasta que al final ya no hubo más comunicación entre los dos. Además, seguro que Phi Fu está muy ocupado preparando también sus propios exámenes, y dudo mucho que tenga tiempo para andar detrás de mí o pidiéndome que hablemos.

¡Maldita sea! Y para colmo de males, vivimos en habitaciones que están justo una al lado de la otra.

Hoy tenía un examen desde la mañana hasta el mediodía, solo de una asignatura. Era el último día después de haber pasado toda una semana estudiando sin apenas dormir ni descansar. La vida de estudiante es realmente muy dura y cruel. Y para empeorar aún más las cosas, elegí estudiar Farmacia... así que ya puedo darme por perdido. Si me comparo con Tai, no tengo ninguna oportunidad ni posibilidad de igualarlo; él es increíblemente inteligente y seguro que al final termina sacando su carrera con las mejores calificaciones y muchos honores.

Salí del aula y miré hacia la puerta de un lugar en concreto. En el fondo sé que me porté de forma inmadura. Eso pasó hace ya mucho tiempo, y seguro que Phi Fu no lo dijo con mala intención. Pero... aunque no fuera así, sus palabras me hicieron mucho daño. Recuerdo cada una de ellas perfectamente: cada palabra, cada sílaba, incluso el gesto que hizo cuando las dijo. Cada vez que pienso en ello, siento como si me apuñalaran por dentro. Aunque en aquel entonces Phi Fu solo era un chico de secundaria que decía tonterías, lo que me dijo me dolió de verdad... ¡Ay, Moo Ying, Moo Ying! ¿Por qué tienes que sentir todo esto?

¡Ah! ¡Ya basta! Deja de pensar en eso, Moo. Ve a hacer tu examen. Si suspendes, mamá y papá te regañarán hasta que te duelan los oídos.

Como Phi Fu no estaba por allí, tuve que irme en transporte público hasta la universidad. Llegué media hora antes de la hora señalada, me reuní con mis amigos y seguí estudiando un poco más mientras tomaba una bebida energética para no quedarme dormido. Estaba como un cadáver andante; cuando llega la época de exámenes, mi cuerpo se desmorona por completo. Es una cosa horrible.

Por fin llegó la hora. Mis amigos y yo entramos al aula y nos sentamos. En cuanto el profesor dio la señal, me concentré al máximo y empecé a resolver las preguntas. Había unas difíciles, otras más fáciles, algunas que sabía responder y otras que no tenía ni idea —lo de siempre. El examen duraba tres horas, pero me quedé allí hasta casi mediodía. Cuando terminé de revisar todo, salí del aula. Tian y Tai me estaban esperando fuera desde hacía un buen rato. En cuanto Tian vio mi cara, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Me voy a echar a llorar, uaaaaah!

—¡Esa pregunta... esa maldita pregunta ha salido, Moo! ¡Me han quitado los diez puntos que me valían!

—Yo también escribí auténticas tonterías, poniendo todo lo que se me ocurrió y lo poco que lograba recordar. Supongo que el profesor tendrá compasión y me pondrá al menos alguna nota.

—¿Tú pudiste hacerlo todo bien, Tai?

—Sí, sin problemas.

—¡Quisiera haber nacido siendo tú! ¡Dame tu cerebro, por favor!

Tian se lanzó de cabeza para agarrarse al cuello de Tai, pero este levantó la pierna y le dio una patada para apartarlo. Me quedé mirando a mis amigos, levanté las manos al aire y solté un gran suspiro de alivio.

—¡Por fin se acabaron los exámenes!

¡Exacto! Ahora mismo debería estar gritando de alegría porque, por fin, terminó este suplicio. Ya podemos olvidarnos de todo esto y volver a vivir la vida al estilo de Moo Ying, como se debe.

Pero... mejor no salimos esta noche. Lo único que quiero es dormir, ya no aguanto ni un minuto más. Siento que me voy a caer muerto en cualquier momento. Tengo la cabeza pesada como una piedra y lo único que deseo es dejarme caer en la cama y que todo acabe.

Parecía que mis dos amigos sentían exactamente lo mismo, así que decidimos separarnos y volver cada uno a su residencia. Yo me fui en el coche de Tai. Se le veía muy cansado y agotado, y no es de extrañar, ya que llevaba días estudiando día y noche, tomando café y bebidas energéticas sin parar. Me preocupaba mucho su salud; entiendo que le guste

estudiar y sacar buenas notas, pero beber dos o tres bebidas energéticas al día es demasiado y hace mucho daño.

—Baja ya —me dijo al llegar.

—¿Estás seguro de que puedes volver tú solo a tu habitación? Mejor quédate en la mía, estarás más cómodo y descansarás mejor.

—Mmm... suena bien la verdad. Tengo un sueño que no me lo creo ni yo mismo.

—¿De verdad estás bien, Tai? Tienes muy mala cara.

—Sí, sí, no te preocupes —me respondió con voz baja y cansada.

Tai respondió con voz muy baja y bajó del coche. Subimos juntos hasta nuestras habitaciones, pero justo cuando estaba intentando abrir la puerta, Tai se tambaleó de repente y se cayó encima de mí. Solté un grito de sorpresa y me giré rápido para sujetarlo. ¡Estaba pálido como una hoja de papel! ¡Maldita sea! ¡Y decía que estaba bien! ¡Esto es muy grave!

—¡Oye, Tai! ¡Tai! ¿Me oyes? ¿Quieres que te llevemos al hospital? —le pregunté mientras lo sostenía con todas mis fuerzas, pero él no respondía nada, solo dejaba escapar unos gemidos muy bajos y ahogados. Miré a un lado y a otro sin saber qué hacer. Empecé a entrar en pánico; nunca me había pasado nada así antes y no tenía ni idea de cómo actuar.

Tengo que llevarlo al hospital... ¡tengo que llevarlo ya mismo! Que se haya desmayado de esa forma no es nada bueno y es muy peligroso.

¡Pero qué desgracia! ¡Tai pesa muchísimo más que yo! ¡Moo Ying es pequeño y delgado como un brote de judía! ¡No tengo fuerzas para levantarlo ni llevarlo a ningún sitio! ¿A quién puedo pedir ayuda?

Miré a todas partes hasta que mis ojos se posaron en la puerta de la habitación del hermano de Tai. Me mordí el labio con mucha fuerza. No sabía si Phi Fu estaba allí dentro o si todavía seguía haciendo sus exámenes. Mis brazos ya me dolían y me faltaban las fuerzas, ya no podía sostenerlo más tiempo, así que me senté en el suelo y dejé que Tai apoyara la cabeza sobre mis rodillas. Miré a mi amigo, y luego volví a mirar hacia esa puerta, que no estaba nada lejos de mí.

¡Eso es! Deja ya el orgullo a un lado, Moo, o si no tu mejor amigo se va a poner muy mal o incluso le puede pasar algo peor.

Saqué el teléfono y llamé al número de la habitación de al lado. Mientras esperaba a que me contestara, respiré hondo varias veces, porque ni siquiera sabía si él querría hablar conmigo después de cómo habíamos dejado las cosas. Pero en ese momento no tenía a nadie más a quien recurrir ni pedir ayuda.

¡Maldita sea! ¿Por qué no contesta? ¿Dónde está?

Empecé a ponerme muy nervioso y frustrado, y volví a llamar una y otra vez sin parar. Tai estaba demasiado quieto, y eso me ponía aún más ansioso y me daba mucho miedo; tenía ganas de ponerme a llorar sin parar. No sabía cómo resolver esto ni qué hacer, y además al ser mi mejor amigo, ¿cómo no iba a tener miedo de que le pasara algo grave?

—¡Tai! ¡Tai! ¡Despierta ya, por favor!

...

—¡Dios mío! ¡Phi Fu! ¿Cuándo vas a contestar de una vez?

[¿Moo? ¿Eres tú?]

—¡Phi Fu! Tai... Tai está muy mal... Phi Fu, ¿estás en tu habitación? —decía entre sollozos y sin poder hablar bien.

[Moo, ¿qué ha pasado? Dímelo ya.]

Por fin escuché la voz de Phi Fu. En el fondo sentí un gran alivio al ver que me había contestado. Estaba tan alterado y tenía tantos sentimientos acumulados que apenas podía pronunciar las palabras.

—¿Estás ahí? Sal por favor y lleva a Tai al hospital, te lo ruego.

[¿¿Tai?? ¿Qué le ha pasado?]

—¡¿Estás en el edificio o no?! ¡Si estás ahí, sal ahora mismo! ¡Tai se ha puesto muy malo y está inconsciente!

Le grité con todas mis fuerzas al teléfono. Unos segundos después, la puerta de la habitación de al lado se abrió de golpe. Phi Fu salió corriendo con cara de mucho susto y preocupación. Cuando vio a su hermano tendido en el suelo sin reaccionar, abrió los ojos muy grandes de la impresión. También salieron unos amigos que estaban con él para ver qué estaba pasando.

En ese momento ya no podía decir ni una sola palabra más. Tenía tanto miedo y angustia guardados dentro de mí, que en cuanto vi la cara de Phi Fu todo estalló y las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas sin parar.

Phi Fu se acercó muy rápido, levantó a Tai del suelo y lo sacudió con mucha fuerza mientras le gritaba su nombre una y otra vez para ver si respondía, pero no hubo ningún movimiento ni señal de que despertara.

—¿Dónde están las llaves del coche de Tai?

—Aquí las tengo —le dije entregándoselas rápido.

—Ven conmigo —me dijo mientras empezaba a correr hacia la salida.

Phi Fu me dio esa orden sencillamente antes de bajar con Tai en brazos. Me sequé las lágrimas de la cara y lo seguí en cuanto pude. Al llegar al coche que ya conocía, colocó a Tai en el asiento trasero para que estuviera acostado, y se sentó rápido al volante.

—Sube —me dijo sin siquiera mirarme. Yo seguía un poco desconcertado, así que hice lo que me pedía y me senté en el asiento del copiloto. En cuanto encendió el motor, salió del edificio a toda velocidad. Estaba tan tenso que no podía respirar con calma y me tenía agarrado al cinturón de seguridad. La verdad es que nunca había visto conducir a Phi Fu antes; no sabía que era tan hábil y rápido. Tenía una expresión de mucha preocupación y tensión, y además se le veía muy mal: tenía el pelo todo desordenado y ojeras muy marcadas bajo los ojos.

Llegamos al hospital en poco tiempo. Phi Fu se encargó de todo lo que había que hacer, mientras yo me quedé esperando fuera. No tenía ganas de entrar y estorbar, porque no sabía qué tenía que hacer ni cómo ayudar. Me quedé sentado allí mirándome las manos, muy preocupado por Tai. Le escribí un mensaje a Tian y me respondió que vendría en cuanto pudiera. No sabía exactamente por qué se había desmayado, seguro que era por el cansancio o por el estrés de los exámenes. De verdad que no quería volver a ver a mi amigo en ese estado nunca más.

Mientras esperaba, el cansancio empezó a ganarme. Se me iban cerrando los ojos poco a poco, y al final me quedé dormido con la cabeza inclinada a un lado, sentado en la silla de plástico del hospital.

...—¡Moo... Moo...!

—Mmm...

—¡Moo!

—¿Qué pasa?

Me froté un ojo con la mano y me incorporé despacio. Me dolía un poco la cabeza. Bostecé con sueño y parpadeé varias veces para ver quién estaba delante de mí. Era Tian. Al parecer había llegado mientras yo estaba profundamente dormido. Miré a mi alrededor, pero no vi a la otra persona que había venido con nosotros.

¿Y Phi Fu? ¿Es que todavía no ha salido? Si ya ha salido, ¿no se ha fijado en que estoy aquí?

—¿Cómo está Tai? Perdona, me quedé dormido.

—Ya no hay motivo para preocuparse. Todo ha sido por agotamiento, tenía el azúcar y la presión arterial muy bajas, por eso se desmayó. Ahora está durmiendo mientras le ponen suero. Phi Fu se quedó allí cuidándolo justo cuando yo llegaba.

—¿Cómo? —fruncí el ceño al escuchar lo que decía Tian—. ¿Qué quieres decir con que se quedó cuidándolo? ¿Es que no estaba con él antes?

—¿Qué pasa?

—¿Por qué ha entrado ahora Phi Fu? ¿Es que no se quedó esperando conmigo?

—No tengo ni idea. Cuando llegué, estabas aquí mismo durmiendo sobre las rodillas de Phi Fu. En cuanto me vio llegar, se levantó y se fue hacia dentro.

¿C-cómo? ¿Yo estaba durmiendo encima de las rodillas de Phi Fu?

¡No me di cuenta de nada en absoluto! ¿Cómo es posible que no me despertara al moverse o al levantarme?

—Ya que estás despierto, levántate y vamos a ver a Tai.

—Mmm...

Tian y yo entramos a la sala de recuperación. Tai seguía profundamente dormido. Parecía que su estado no era tan grave como para tener que quedarse ingresado; seguramente solo estaban esperando a que despertara para mandarlo a casa a descansar. Tian se acercó y se puso de pie junto a Phi Fu, que estaba sentado vigilando a su hermano.

¡Ay, no me atrevo ni a mirarlo a la cara! Todavía estoy enfadado con él, y encima de todo, ¡me quedé dormido sobre sus rodillas! ¡Qué vergüenza más grande! He perdido todo mi orgullo y mi dignidad.

—¿Cómo estás, Phi? —le preguntó Tian.

—No es nada grave. En cuanto se despierte, ya se puede ir a casa —respondió él.

—Muchísimas gracias por todo, Phi Fu.

—No hay nada que agradecer, es mi hermano —dijo Phi Fu hablando con Tian, y luego volvió la cabeza y me miró directamente a mí.

Yo bajé la cabeza rápidamente y me escondí detrás de mi amigo para que no me viera.

—Tengo que terminar unos trabajos, ¿puedes quedarte vigilándolo?

—Claro que sí, no te preocupes.

Phi Fu asintió suavemente y acarició la cabeza de Tai antes de levantarse y salir de la sala. Solté un gran suspiro de alivio al ver que no me había dicho nada ni me había reprochado nada, ni siquiera había intentado hablar conmigo. Simplemente se fue. Seguramente tenía mucha prisa por volver a terminar sus proyectos de Arquitectura; dicen que son muy largos y complicados.

Uf, me siento como un perro al que han pegado y que no tiene fuerzas.

—¿Qué te pasa, Moo? —me preguntó Tian.

—¿De qué estás hablando?

—Tienes una cara como si no hubieras podido ir al baño en varios días.

—Eres un idiota —le respondí frunciendo el ceño.

—Lo digo en serio, ¿qué es lo que te pasa?

—No me pasa nada, solo tengo mucho sueño. Llevo días sin dormir bien.

—¿Y estar echado sobre las rodillas de Phi Fu no cuenta como haber dormido?

—¡Cállate ya!

—¿Qué pasa? ¿Te da vergüenza o algo así?

—¡No me da ninguna vergüenza! —le dije mirándolo con mala cara, pero él solo me devolvió una sonrisa extraña y llena de picardía.

Decidí no hacerle más caso y me quedé mirando a mi amigo que seguía sin despertar. Vi las llaves del coche de Tai encima de una mesa y las agarré con la mano. Todavía tenía muy presente la imagen de Phi Fu conduciendo a toda prisa hasta el hospital, con la cara tensa y seria.

¿Estará enfadado conmigo?

Sí, seguro que sí, sin ninguna duda. Me da la impresión de que me habla mucho menos que antes. Hace un momento ni siquiera me saludó ni me dijo una sola palabra; pasó justo a mi lado como si ni siquiera me viera.

¡Maldita sea! ¿En qué nos hemos convertido? ¿Qué estamos haciendo los dos?

Respecto a aquel día... todo fue culpa mía por actuar con tanta inmadurez y por sacar temas antiguos que seguramente él ya ni recuerda ni le importan. Ahora Phi Fu debe pensar que no soy nada buena persona: que soy caprichoso, que tengo muy mal carácter y que actúo sin pensar en las consecuencias. De cualquier forma que se mire, salgo yo como el malo de la historia.

Ay... si seguimos así, al final Phi Fu tendrá una imagen totalmente negativa y mala de mí.

Cuando Tian y yo nos aseguramos de que Tai ya no corría ningún peligro y que solo había que esperar a que terminara de ponerse el suero para que despertara, salimos de la sala y nos quedamos esperando en la zona de paso.

—Uf... —suspiré muy hondo.

—¿Y ahora qué te pasa otra vez? —me preguntó él.

—Yo... tuve una discusión muy fuerte con Phi Fu —le confesé.

—¿Cómo? ¿Tú? ¿Has discutido con Phi Fu? —me dijo con los ojos muy abiertos de sorpresa.

—Sí, así es.

—No me lo creo ni un poco. Si de verdad estuvieran peleados y enfadados, no te habría dejado dormir sobre sus rodillas como hiciste.

—Pues... es que... no sé cómo explicarlo, pero tengo la impresión de que ya no le caigo bien en absoluto. Hace un momento ni siquiera me dirigió la palabra.

—Moo, ¿qué es lo que pasó realmente entre los dos? —me preguntó Tian, y de repente me dio un golpe fuerte en la frente con la mano.

Grité del dolor que sentí. Lo miré con mucha rabia y ganas de devolvérselo, pero estábamos en el hospital y si empezábamos a pelear, todo terminaría muy mal y nos meteríamos en problemas.

¡Maldito seas, Tian! Ya me pagarás esto más tarde.

—¿Cómo puedes pensar que a Phi Fu no le gustas? ¡Ese hombre va siempre detrás de ti a todas partes como si fuera tu propia sombra!

—Pues ahora ya no es así —le respondí con tristeza.

—¿Y qué cosa tan terrible pudiste haber hecho tú para que él llegara a odiarte?

—Muchas cosas... Supongo que muchas. Ya no me habla, no me llama ni me escribe mensajes. Debe estar muy enfadado conmigo porque me puse insoportable y me comporté muy mal.

—Bueno, al menos admites que fuiste insoportable. Eres caprichoso, te pones histérico por cualquier cosa, tienes muy mal carácter y siempre quieres mandar y tener la razón en todo. Eres exactamente como el personaje malo de las historias.

—Tian, de verdad que me voy a poner a llorar, uaaaaah...

—No sé por qué os peleasteis, pero si sigues diciéndome que Phi Fu te odia, voy a despertar a Tai para que él mismo te dé una buena patada en la cara.

—¡Tiannnn!

—Aunque me enteré de lo que hay entre vosotros mucho más tarde que los demás, no soy ciego ni me falta razón. Decir que él te odia es no tener en cuenta ni respetar lo que siente Phi Fu.

...

—Siempre has sido así de complicado y difícil de tratar. Si él te hubiera querido dejar de querer o tener cerca, lo habría hecho hace ya muchos años.

—No es nada seguro. A lo mejor se cansó de tener que aguantarme siempre. Las cosas cambian y la gente también. Además, seguro que hay muchas personas mucho mejores que yo que se le han acercado y le han prestado atención. ¡Yo... yo ya no sé nada! ¡No quiero pensar más en todo esto!

—Yo ya te dije hace tiempo que un día te arrepentirías de tratar así a Phi Fu.

...

—Pero si me preguntas a mí, te digo que él sigue estando exactamente en el mismo sitio: siempre a tu lado y contigo. El cariño y el amor que te tiene se nota tanto que lo verían hasta si estuvieras en otro planeta.

...

—Ay, Moo, de verdad que no te entiendo nada. Si Phi Fu te odia como dices, te dejo que me des una patada voladora en toda la cara. Y si te preocupa tanto que te odie, es porque te gusta, ¿verdad? ¿Por qué no lo aceptas de una vez por todas?

—Yo no...

—Ni empieces con eso. Todo el mundo se da cuenta. No le des tantas vueltas: ¿es que quieres que sea tu novio o no?

—¡Sí... quiero decir no! ¡No! ¡Oye! ¡No he querido decir que me gusta Phi Fu! ¡Deja de sonreírme así, Tian!

—No sé cuál es tu motivo para no aceptar lo que sientes y andar diciendo que él te odia, pero visto desde fuera parece más bien que eres tú quien lo odia a él. Ese chico te quiere, te tiene cariño y lleva años yendo detrás de ti aunque lo hayas rechazado mil veces. Con alguien así, ¿de verdad no te sale del corazón darle siquiera una oportunidad?

...

—Aparte de Phi Fu, nadie más en el mundo te aguantaría como pareja, Moo... ¡Ay! ¡Me ha dolido, bruja!

Capítulo 18

Llevo casi una hora entera mirando el techo de mi habitación como un tonto sin hacer nada.

Desde que volví del hospital aquel día, me paso todo el tiempo igual. Ahora mismo Moo está viviendo el momento de mayor angustia y ansiedad de toda su vida. Nunca me habría imaginado que llegaría a este punto... ese punto en el que no puedo dejar de pensar en el hermano de mi amigo una y otra vez sin parar. Me acuerdo de él desde que me levanto hasta que me acuesto; haga lo que haga, él está siempre presente en mi mente. Ya sea cuando como, cuando duermo, cuando voy al baño o incluso cuando doy vueltas y saltos, lo único que estoy pensando es en ese chico.

—¡Ay, por favor!

Mis quejas se oían una y otra vez por toda la habitación. Al final me decidí a sentarme y me quedé mirando fijamente hacia la puerta. Me rascaba la cabeza totalmente desesperado; tengo tantas cosas relacionadas con Phi Fu dando vueltas en mi mente que ya me empieza a molestar y a agobiar. ¡Y yo que pensaba que al terminar los exámenes mi vida volvería a ser tranquila y agradable, que podría dormir hasta tarde y hacer todo lo que quisiera para descansar y relajarme! ¡Pero no! Aquí estoy, devanándome los sesos y dándole vueltas a todo sin parar.

No sé qué siente Phi Fu por mí ahora mismo. No sé si ha cambiado de opinión o si piensa lo mismo que antes. No me atrevo ni a imaginar nada más, porque me aterra pensar que ya no le gusto ni le importo...

Solo con pensar que podría dejar de luchar por mí y renunciar a lo nuestro, me siento tan triste y abandonado como un perro callejero que no tiene a nadie.

¡Uf! ¡Está bien! ¡Lo admito de una vez y sin rodeos! ...La verdad es que todavía me gusta Phi Fu... ¡pero solo un poquito! ¡Muy poquito, de verdad!

La razón por la que me he alejado de él y todavía no he aceptado lo que siente es porque uso lo que pasó en el pasado como un muro de protección. En el fondo de mi corazón sé que el Phi Fu de aquel entonces era solo un chaval joven, lleno de energía y hormonas, que solo pensaba en ligar con chicas y jugar al fútbol todo el día. Seguramente ni siquiera se paraba a pensar en cosas importantes ni en lo que significaba la identidad o el amor... Pero aun así, aunque dijera esas cosas sin malas intenciones ni pensar, me hicieron muchísimo daño, tanto que todavía me acuerdo de cada palabra como si hubiera sido ayer.

Suspiro. Quizás lo que realmente necesito es hablar con él y contarle todo esto de una vez por todas...

Me levanto de la cama, camino hasta la puerta y respiro hondo varias veces. Intento calmarme y tranquilizarme lo más posible antes de salir y tener que enfrentarme a él. Espero de verdad, con toda mi alma, que Phi Fu y yo podamos aclarar todo esto y resolverlo bien, porque si no es así, voy a seguir llevando este peso y esta preocupación en la cabeza durante mucho, mucho tiempo.

—¡Vamos allá, Moo! ¡Tú puedes con todo! —me digo a mí mismo, y me doy un par de golpes suaves en las mejillas para animarme, aunque luego me duele y tengo que frotármelas para que se me pase. Cuando por fin me siento preparado, salgo de mi habitación y me quedo mirando fijamente hacia la puerta de al lado.

¡Un verdadero Moo no le tiene miedo a nada! ¡Un verdadero Moo es como un guerrero que va siempre el primero a la batalla! ¡Si quiero algo, lo consigo! ¡Si tengo que hacer algo, lo hago sin dudar!

¡Vamos! ¡Adelante! ¿Qué es lo que puede pasar? Solo tengo que llamar a la puerta, esperar a que salga y hablar con él. Eso es todo, nada más.

Pero... ¿y si Phi Fu me grita o me habla muy mal a la cara? ¿O si me echa de allí y me dice que no me quiere ver? ¿O si me dice claramente que ya me odia y que no quiere saber nada de mí?

En el mismo instante en que se me pasan estos pensamientos por la cabeza, las piernas se me quedan totalmente rígidas y no me puedo mover ni un paso. Todo el valor y la seguridad que tenía hace solo un segundo se ha reducido a la mitad o incluso menos. Se me cambia la cara y vuelvo a tener esa expresión triste y preocupada. Me quedo allí parado, agarrando fuertemente el pomo de mi propia puerta, sin saber si dar ese paso decisivo o volver corriendo a esconderme otra vez dentro de mi habitación.

¡Maldita sea! ¿Por qué siempre me pongo tan indeciso y me quedo así cuando se trata de Phi Fu?!

Mirando hacia atrás, también me siento un poco culpable con él. Desde el día en que dijo esas palabras, me alejé de él de inmediato. Lo rechacé por completo: ya no quería jugar con él, ni siquiera le hablaba. Al principio, Phi Fu estaba muy confundido, sin saber qué había hecho para que yo actuara así. Por aquel entonces, siempre se le veía preocupado y me preguntaba una y otra vez qué me pasaba, pero como yo me ponía a la defensiva y no le decía nada, él empezó a usar su terquedad para acercarse más a mí. Si ya antes era alguien que no se separaba de nadie, después de eso empezó a buscarme con mucha más intensidad que nunca.

Nunca fue mi intención que las cosas terminaran así. Para nada. Lo único que quería en aquel entonces era poder olvidarlo de una vez por todas y dejar de pensar en el hermano de mi amigo para siempre.

—Moo.

—Vete, que me estás molestando.

—¿Y por qué te estoy molestando tanto, eh?

—Porque no me gustas nada. ¡Phi Fu, deja de molestarme ya!

—¿De verdad?

—¡Sí!

—Moo.

—¿Qué pasa? Si me vuelves a decir mi nombre, ya no te hablo más, te voy a decir cosas muy malas.

—Me gustas.

...

—Sí, me gustas, Moo. De verdad que me gustas, y no como si fueras un hermano pequeño.

¿Quién se iba a imaginar que llegaría el día en que Phi Fu, ese chico que se burlaba tanto del amor entre personas del mismo sexo, vendría a confesarse conmigo de forma tan directa?

En aquel entonces, yo solo era un adolescente que no sabía nada de la vida. Lo único que hice después de escuchar lo que me decía fue ponerme a llorar como un niño pequeño y correr a casa como un tonto, encerrándome en mi habitación durante horas enteras.

Después de que ese chico tan atrevido como él me dijera que le gustaba, intenté actuar como si nada hubiera pasado y olvidarme de sus palabras, pensando que solo estaba bromeando, como hacen todos los chicos de nuestra edad. Pero con el paso del tiempo, me di cuenta de que lo que hacía Phi Fu era muy serio. No estaba jugando ni me estaba tomando el asunto a broma.

Hacía mucho tiempo que yo ya no me veía a mí mismo como ese «hermano pequeño» del que él hablaba siempre...

—¡Ah, hola, Nong Moo!

Di un salto tan grande que hasta la persona que me saludó se asustó. Volví en seguida a la realidad y me rasqué la cabeza para disimular la vergüenza que sentía: me habían pillado mirando fijamente y sin pensar en nada hacia la puerta de mi habitación, y no sabía qué hacer ni cómo reaccionar. Reconocí al instante que se trataba de un amigo de Phi Fu. Seguramente acababa de salir de su habitación; llevaba una mochila negra a la espalda, así que iba de camino a su casa o a su propia habitación.

Dios mío, tenía un aspecto terrible. Con unas ojeras muy marcadas y se le veía totalmente agotado y sin fuerzas. Supuse que el estado de Phi Fu no sería muy diferente al de su

amigo. ¿Es que todos los estudiantes de Arquitectura terminan así después de la época de exámenes?

—¿Vas a ver a Fu? Está ahí dentro como si estuviera muerto, no se mueve ni reacciona —me dijo.

—Bueno... es que... no sé... —tartamudee sin saber qué contestar.

—Yo ya me voy a mi habitación. Cuídate de él y vigílalo bien... ¡Aaaaaah! —el amigo de Phi Fu soltó un bostezo enorme, se llevó la mano a la boca, me dio un par de golpecitos en el hombro y se marchó, dejándome allí parado sin saber muy bien qué hacer.

Me quedé mirando cómo se alejaba, y luego volví la vista hacia la puerta de la habitación de Phi Fu, que seguía totalmente abierta. Solté un suspiro muy profundo y largo.

¡Vamos allá, Moo! No te desanimes, no seas cobarde ni inútil. ¡El verdadero Moo no le tiene miedo a nada ni a nadie!

Me di unos golpes suaves en el pecho para intentar reunir todo el valor posible y caminé decidido y recto hacia su habitación. En cuanto entré, me quedé totalmente sorprendido. Todo estaba hecho un desastre: había botellas de bebidas energéticas por todas partes, mucha basura y montones y montones de papeles y dibujos amontonados aquí y allá. Se me abrió la boca de la impresión, pero enseguida mi atención se centró en la figura alta y grande que pertenecía al dueño de la habitación, que estaba profundamente dormido en la cama.

Desde aquel día en el hospital, no habíamos vuelto a vernos ni a decirnos ni una sola palabra.

Me acerqué despacio y me quedé mirando fijamente a la persona que estaba durmiendo. Phi Fu estaba acostado boca arriba, con una pierna colgando por fuera del borde de la cama. Se le veía absolutamente agotado y sin energía. Tenía unas ojeras muy oscuras bajo los ojos y toda la cara de alguien que llevaba varios días seguidos sin pegar ojo ni descansar nada.

Suspiro. Probablemente hoy tampoco logremos hablar. En el estado en que se encuentra, dudo mucho que sea capaz ni siquiera de abrir los ojos.

Al aceptar que por hoy no iba a ser posible, me acerqué para agarrar su pierna y acomodarlo mejor, para que pudiera dormir más cómodo y descansar bien. Pero, ¡maldita sea... este hombre pesa una barbaridad! ¡Uno, dos... y arriba!

—Uuuuhhh...

Me quedé totalmente inmóvil y quieto en cuanto escuché ese gemido. Por un instante pensé que se había despertado, pero solo fue un sonido suave y profundo, y siguió durmiendo plácidamente como si nada hubiera pasado. Solté el aire que tenía retenido y con mucho cuidado levanté su pierna y la dejé bien colocada sobre el colchón. Cuando ya lo tuve bien

acomodado, agarré la almohada para levantarle un poco la cabeza y que estuviera más cómodo, pero justo en ese preciso momento, sus ojos se abrieron muy despacio. Me quedé totalmente paralizado, sin poder mover ni un solo músculo, mientras Phi Fu me miraba desde tan cerca que casi podíamos respirar el mismo aire.

Eh... bueno... yo solo vine para hablar un momento, pero mejor sigue durmiendo y descansando, Phi Fu.

—¿Moo...?

—Bueno... es que tu amigo me dijo que viniera a verte... pero ya me iba a ir justo ahora mismo —dije intentando marcharme.

—¡Espera!

Intenté apartarme rápido y dar un paso hacia atrás, pero Phi Fu me agarró con firmeza del brazo. La verdad es que, con la poca fuerza que él tenía en ese momento, yo podría haberme soltado muy fácilmente y haberme ido, pero no sé por qué razón me quedé allí parado sin hacer nada. Me mordí el labio con mucha fuerza y aparté la mirada hacia otro lado; todavía no me atrevía a mirarlo directamente a los ojos. Tengo que reconocer que tenía mucho miedo de que me regañara o me gritara por haberme enfadado por algo que al final no tenía importancia, por no haberle contestado a sus llamadas y por haber ignorado todos sus mensajes durante tantos días.

—Moo... —me llamó con voz muy suave y profunda.

...

—Perdóname.

Pero todo dio un giro totalmente inesperado cuando escuché esas palabras que salieron de su boca. Fruncí el ceño con mucha confusión y sin poder evitarlo volví a mirarlo. Phi Fu estaba haciendo un esfuerzo enorme por hablarme, aunque todavía se le notaba muy cansado y agotado.

Me está pidiendo perdón... ¿pero por qué?

No me digas que se acuerda de aquello que pasó hace tanto tiempo...

—Disculpa... ¿por qué me pides perdón? —le pregunté con voz muy baja y dudosa.

—Porque sé que estás enfadado conmigo —me respondió con total sinceridad.

—¿Y sabes también por qué estoy enfadado?

...

Ya me lo imaginaba. No se acuerda de nada. Ya me había figurado que Phi Fu no recordaría haber dicho algo así.

La verdad es que quería seguir enfadado y molesto con él, pero pensándolo bien, lo que dijo eran solo palabras de un niño que todavía no sabía nada de la vida ni del mundo. Además, en aquella época, lo que no fuera ser hombre o mujer no era algo que se aceptara ni se entendiera en todas partes. Seguramente lo dijo sin pensar ni darle mayor importancia, igual que hace cualquier joven inmaduro que habla solo por hablar y sin tener ni idea.

Suspiro. Pero aun así, tengo que reconocer que este Phi Fu sigue sin caerme del todo bien.

¡Está bien! Ya que no se acuerda de nada, ¡se lo voy a explicar yo mismo claramente!

—Una vez te burlaste de mí, Phi Fu, cuando te dije que me gustaban los hombres. Pusiste una cara de burla y me dijiste: «¿Cómo se te ocurre que me pueda gustar alguien de mi mismo sexo?».

—¿Qué? ¿Cuándo dije yo eso? —preguntó totalmente sorprendido y confundido.

—Fue cuando estábamos en tercer año de secundaria. Me lo dijiste directamente a la cara, sin ningún reparo.

—¿Entonces yo... ¿De verdad dije eso, Moo?! Espera... yo... no me acuerdo de nada de nada... —Phi Fu frunció mucho el ceño y se incorporó de golpe y muy rápido. Se le veía muy preocupado, tanto que tenía la frente llena de arrugas por la ansiedad que sentía. Me escuchaba con mucha atención y nerviosismo, sin soltarme el brazo ni un solo instante, e incluso me atrajo hacia abajo para que me sentara en la cama junto a él.

—¿De verdad dije eso? ¿Esas mismas palabras exactas? —me preguntó una y otra vez.

...

—Moo, lo siento muchísimo. Por aquel entonces yo también estaba en tercer año, ¿verdad? No me acuerdo de nada... Seguro que era muy hablador y decía todo lo que se me pasaba por la cabeza sin pararme a pensar ni un segundo en lo que decía ni en lo que podía hacer sentir a los demás.

...

—Moo, de verdad, perdóname, por favor.

—Bah... —dije sin darle mucha importancia, aunque seguía con el ceño fruncido.

—Lo siento, te lo digo muy en serio.

Phi Fu me atrajo con fuerza hacia su cuerpo y me abrazó con mucho cariño y arrepentimiento. Apoyó su cara en mi hombro y no paraba de decirme «perdóname, perdóname» una y otra vez sin parar. Yo solo me quedé mirando su cabello negro y solté un

gran suspiro, quedándome totalmente quieto mientras él me abrazaba como forma de pedir perdón. De repente, se me vino a la mente la imagen de un perro grande y cariñoso que se ha portado mal y está siendo regañado por su dueño, y que se queda allí quieto y tranquilo esperando que se le pase el enfado.

Phi Fu tiene razón. En aquel entonces era demasiado joven para entender estas cosas. Al menos ahora se da cuenta y se arrepiente de haber actuado así. Claro que en ese momento no podía ni imaginar que, al crecer, acabaría enamorándose de alguien de su mismo sexo.

—¿Todo este tiempo has estado enfadado conmigo por eso?

—Sí. Me hizo muchísimo daño.

—Ay, perdóname. Ahora por fin me doy cuenta de lo que hice y de lo mal que estuve.

—¿Por qué tuviste que decirme justo eso...? —le pregunté con la voz entrecortada.

—Moo...

—Y piénsalo bien: esas palabras me las dijo la persona de la que yo estaba enamorado...
¡¡Ay, Dios mío!!!

Me tapé la boca inmediatamente con las dos manos, con los ojos muy abiertos por el susto que me había llevado. El silencio en la habitación se hizo total y absoluto. Phi Fu levantó muy despacio la cabeza y me miró fijamente. Se le veía igual de sorprendido que a mí, pero tenía los ojos brillantes y llenos de alegría. No había duda: había escuchado cada una de mis palabras perfectamente. Me pareció ver, casi como si fuera real, esas orejas y esa cola que antes tenía caídas por la tristeza, y que ahora se movían sin parar de pura felicidad.

¡Ay no! ¡Lo he estropeado todo! ¡He metido la pata hasta el fondo!
¡Alerta roja! ¡Moo necesita ayuda urgente! ¡Moo quiere salir corriendo de aquí! ¡No puedo quedarme ni un minuto más en este sitio!

—Suéltame ya —le pedí intentando apartarme.

—No te voy a soltar ni un segundo. ¿Qué fue lo que acabas de decirme, Moo? —me preguntó con voz ansiosa.

—No he dicho absolutamente nada.

—Moo, dímelo claro y sin rodeos, por favor.

—¡Ay! ¡No he dicho nada de nada! ¡Phi Fu, estás oyendo cosas que no son! ¡Oye, suéltame! —grité asustado.

De repente, ese hombre que yo creía que estaba débil y sin fuerzas me atrajo hacia él con mucha facilidad y me hizo caer en la cama junto a su cuerpo. En un segundo me rodeó con sus brazos y piernas, dejándome totalmente inmovilizado. Me retorció y me movía de todas

las formas posibles para intentar escapar de ese abrazo tan fuerte, pero Phi Fu no se movía ni un milímetro ni me soltaba. Me tenía sujeto con tanta fuerza que apenas podía mover ni un solo músculo.

¡Ay, Dios mío! ¿Qué le pasa ahora mismo? ¿Por qué se ha puesto así?

—¡Suéltame! ¡Me voy a mi habitación! ¡¡¡Suéltameeeee!!!

—No. Primero respóndeme bien: ¿acabas de decir que fue la persona que te gusta la que te dijo eso?

—¡Te lo has inventado tú! ¡Has oído mal! ¡Es que ya te estás haciendo mayor y te falla el oído! —le dije intentando buscar cualquier excusa.

—Moo, te lo digo muy en serio y con toda la calma del mundo —me dijo mirándome fijamente a los ojos.

—¡Ay, por favor!

—¿Te gusto, Moo? ¿Es verdad que te gusto?

—¡Eso pasó hace mucho tiempo! ¡Por aquel entonces yo también era solo un niño pequeño y no tenía ni idea de nada ni de nadie! —intenté defenderme con todas mis fuerzas.

—Moo... —me llamó con voz suave y profunda, acercándose mucho a mi oído.

—¿Qué quieres ahora? —pregunté, con mi corazón a punto de salirse del pecho.

—Me gustas, ¿lo sabías? —me susurró muy despacio y con mucho cariño.

Dejé de resistirme al instante y me quedé totalmente inmóvil, apretando su brazo con mis manos mientras él me abrazaba con más fuerza y me acercaba más aún a su cuerpo. Me mordí el labio con nerviosismo al sentir el suave roce de su aliento cerca de mi oreja. Mi corazón iba cada vez más rápido, y cuando él se apartó un poquito y se quedó encima de mí, mirándome fijamente, sentí que me iba a desmayar allí mismo.

¡Maldita sea! ¿Qué está pasando? ¿Cómo es posible que las cosas hayan terminado así de repente?

Cerré los ojos con mucha fuerza. Phi Fu estaba demasiado cerca, tanto que sentía que me estaba hundiendo entre las sábanas. Su aliento caliente me rozaba la cara y me ponía mucho más nervioso, hasta el punto de que ya no sabía ni dónde estaba ni qué hacer. Mis manos se movieron solas e intenté empujarlo para que se apartara un poco, pero no servía de nada. Mi mente era un lío de pensamientos que iban y venían sin parar; tenía la cara tan caliente que ni siquiera me atrevía a imaginar qué aspecto tendría ahora mismo delante de él.

¿Sabrá Tai que su propio hermano está encima de su mejor amigo justo en este momento? ¡Yo vine aquí solo para ponerle las cosas claras y que se comportara bien, y al final he terminado yo siendo el que está acorralado y sin poder moverse! ¿Cómo ha podido pasar esto? ¡Ay, Moo, qué desastre eres a veces!

—Moo, abre los ojos, por favor —me pidió con mucha dulzura.

—Mmm... no quiero —murmuré sin atreverme a mirarlo.

—¿Me dices que te gusto y luego te pones así? —me dijo con una sonrisa.

—¡Yo... yo no he dicho en ningún momento que me gustes! ¡No te inventes cosas ni me malinterpretes! —le respondí con voz temblorosa.

—Vaya... ¿por qué eres siempre tan adorable y tierno, Moo? —me dijo mirándome con ojos brillantes de felicidad.

—¡Tú... tú... deja ya de decirme esas cosas! ¡Y quítate de encima de mí de una vez! —le grité, aunque sin mucha fuerza.

—Moo, de verdad que me gustas muchísimo —repitió con total sinceridad.

...

—Siento mucho haber hecho que te sintieras mal o que te doliera algo en el pasado. Te pido perdón de todo corazón y con toda mi alma.

—Mmm... —solo pude responder con ese sonido, porque se me había hecho un nudo en la garganta.

—¿Me darás ahora una oportunidad? Hablo muy en serio. Por favor, deja de verme solo como al hermano de tu amigo. ¿Puedes hacer eso por mí, Moo? —me preguntó, esperando mi respuesta con mucha ansiedad.

—Primero... primero tienes que portarte bien y comportarte como es debido —le dije, intentando poner condiciones, aunque ya estaba totalmente perdido por él.

—¿Eso significa que sí? ¿Qué me estás dando una oportunidad? —preguntó con mucha ilusión y alegría.

...

—¡Moo, por favor, dímelo tú también! —insistió con mucha ternura.

Reuní todo el valor que me quedaba y por fin abrí los ojos para mirar a la persona que tenía encima de mí. Fue como si la imagen de ese chico aburrido y sin gracia al que siempre había rechazado se fuera desvaneciendo poco a poco, y en su lugar volviera a brillar con mucha luz el chico del que me había enamorado cuando éramos más jóvenes.

Mi corazón, que ya iba muy rápido antes, ahora parecía que iba a mil por hora, sin parar ni un segundo. No podía ni respirar de la emoción y los nervios que sentía en ese momento.

Phi Fu es un buen hombre, siempre lo ha sido. Aunque a veces puede ser un poco brusco y hablar sin pensar, en cuanto se da cuenta de que se ha equivocado, no duda en pedir perdón y tratar de arreglarlo sin que nadie tenga que pedírselo.

Maldita sea, Moo... Este es el hombre al que en secreto llamabas «príncipe» en tus sueños y fantasías.

¡Está bien! ¡Lo hago solo por todo el esfuerzo que ha puesto y por lo mucho que ha luchado por mí!

A-acepto... ¿qué más da ya, verdad?

—Bueno... la verdad es que hace tiempo que ya te la estaba dando, ¿no? Eres demasiado terco, Phi Fu... —le respondí con voz muy bajita, sin atreverme a mirarlo a los ojos de pura vergüenza.

En cuanto escuchó mis palabras, Phi Fu empezó a sonreír cada vez más y más, hasta que sus ojos, que tienen forma de almendra, se le quedaron entrecerrados en dos líneas finas de tanta felicidad. Alargó la mano y me acarició la cabeza con mucha suavidad y cariño. En ese momento me sentía tan pequeño y protegido como nunca antes.

Haz que me enamore aún más de ti de lo que ya lo estoy...

—Ejem... oye, amigo... ¿necesitas un preservativo o algo así? —dijo una voz de repente.

—¡¡¡Ay!!! —grité del susto.

En un segundo, todo ese ambiente tan bonito y romántico que había entre los dos se hizo pedazos y desapareció por completo. Alguien había entrado en la habitación sin avisar ni llamar. Di un salto tremendo del susto y, sin querer ni pensar, levanté la rodilla con todas mis fuerzas y le di justo en el sitio más sensible al que tenía encima de mí. Phi Fu ni siquiera pudo gritar del dolor; solo se quedó retorciéndose en la cama, doblado sobre sí mismo y sin poder respirar.

Yo me levanté de un salto, con el pelo totalmente revuelto y la boca abierta de par en par por el pánico que sentía. Me miré rápido la ropa para asegurarme de que todo estaba en su sitio y bien puesto. Pero cuando levanté la vista y vi que quien había hablado era el amigo de Phi Fu, que salía justo en ese momento del cuarto de baño, me asusté todavía mucho más si cabe.

¡¿Qué?! ¡No me digas que su amigo ha estado todo este rato ahí dentro, escuchando y viéndolo todo! ¡¿Cómo es posible que no hiciera ni el más mínimo ruido para que nos diéramos cuenta de que estaba ahí?!

¡Ay, Dios mío! ¡Seguro que ha visto absolutamente todo lo que pasaba! ¡Y también ha escuchado cada palabra que nos hemos dicho!

—No te enfades conmigo, eh... Je, je... perdona que haya salido justo ahora y en el peor momento posible —dijo el amigo de Phi Fu, rascándose la cabeza y riéndose con mucha vergüenza y nerviosismo. En cuanto terminó de hablar, agarró su mochila, salió corriendo de la habitación y nos dejó totalmente solos otra vez.

Allí me quedé yo, y también se quedó el dueño de la habitación, que seguía hecho una bola en el colchón, con la cara muy pálida y totalmente doblado por el dolor que sentía. ¡Pobre de mí «príncipe heredero», qué mala suerte ha tenido hoy!

¡Lo siento muchísimo, Phi Fu! ¡De verdad que no lo hice con mala intención ni quería hacerte daño! Fue solo que me asusté tanto que no pude controlarme ni mis movimientos, ¡perdóname!

—Moo... vete ya a tu habitación... —dijo con voz muy débil y quejumbrosa, sin levantar la cabeza ni dejar de sujetarse.

—¡Ay, por Dios...!

—Cuídate bien y recupérate, Phi Fu.

...

—Y te advierto ya desde ahora mismo: si luego no resulta bien o las cosas no salen como espero, te dejo y no te quiero ver más. Que lo sepas.

Capítulo 19

Hoy es domingo, ese fin de semana que todo el mundo espera con tantas ganas, y yo no soy ninguna excepción. Normalmente, un día así no me levanto temprano ni por error. La mayoría de las veces, nadie me ve la cara hasta bien entrado el mediodía, pero hoy, no sé por qué razón, me he despertado a las seis del mañana justo para ver salir el sol.

—¡Aaaaaah! —exclamé saliendo al balcón para estirar un poco el cuerpo mientras soltaba un bostezo enorme. Me quedé mirando el cielo, que poco a poco iba cambiando de color; casi nunca me levanto tan pronto como para poder ver este espectáculo. La verdad es que se siente muy bien madrugar de vez en cuando y vivir como hace la gente normal.

Le dediqué una sonrisa a las flores que tengo en las macetas, que parecían estar compitiendo entre sí para ver cuál lucía más bonita y llamativa. Saqué el teléfono, les hice una foto y la subí enseguida a mi historia de Instagram.

Muy bien, ¿y ahora cómo empiezo este nuevo día? ¡Creo que voy a bajar a comprar algo rico para desayunar!

Entré de nuevo en la habitación, me lavé la cara, agarré la cartera y bajé directo a los puestos de comida que hay justo al lado de nuestro edificio. Por las mañanas suele haber muchísimos, que se extienden a lo largo de varios metros. Cada vez que pasaba por delante de uno, el olor llegaba hasta mi nariz y me tentaba tanto que al final me iba parando en todos y comprando algo de aquí y de allá. Total, que me llevó casi una hora decidirme por todo lo que quería, y volví con las manos totalmente llenas de bolsas.

Iba caminando tranquilamente hacia el edificio, cuando de repente la música que escuchaba por mis auriculares se cortó en seco. Me paré en seco y saqué el teléfono. Levanté mucho las cejas cuando vi que quien me llamaba era precisamente ese «señor mayor» que vive en la habitación de al lado.

Suspiro. No es que me hiciera mucha ilusión contestar, ni siquiera escuchar su voz, pero me daba miedo que si no lo hacía, Phi Fu se presentara en mi puerta y montara allí una escena o una rabieta de las suyas. ¡Qué pesado es a veces!

—¿Qué quieres, viejo? —le pregunté en cuanto descolgué.

¿No estabas tú en tu habitación descansando y recuperándote?

¡Dios mío! Se nota perfectamente que Phi Fu todavía tiene mucho sueño, suena tan cansado como si estuviera durmiendo aún. Si tiene tanto sueño, ¿por qué no se queda tranquilo en la cama descansando?

—Salí a comprar comida, ya estoy volviendo hacia casa —le dije.

[¿Me podrías comprar también arroz con cerdo, por favor?]

¡No me vengas ahora con tantos «por favores»! Qué pesado eres. No intentes ganarte mi cariño ni mi compasión hablándome como si fueras un niño pequeño e indefenso.

—Bájate tú mismo y cómpralo —le respondí sin darle importancia.

—[¡Por favor, Moo, te lo suplico!]

—No seas tan perezoso y levántate tú solo —insistí.

—[¡Vamos, Moo, cosita dulce mía...! Si me haces este favor, hoy seré tu esclavo todo el día, haré absolutamente todo lo que tú me mandes.]

—¿¿En serio lo prometes?? —pregunté de inmediato, ya interesado.

—[Claro que sí. Me quedaré todo el día en tu habitación y podrás pedirme lo que se te ocurra, yo lo haré sin rechistar ni una sola vez.]

Mmm... la verdad es que suena muy tentador y atractivo, pero no sé por qué me da la impresión de que hay alguna trampa o algo escondido detrás de esta oferta.

Pero bueno, ¿qué más da? Comprar el desayuno para ese «anciano enfermo» no me cuesta nada ni me hace ningún daño; mejor lo tomo como mi buena acción y obra de caridad de hoy.

Al final terminé comprando una bolsa más con el arroz y la carne de cerdo que me pidió. Cuando llegué a la puerta de mi habitación, me dieron ganas de estampar esa bolsa caliente de comida en la cabeza de alguien que estaba allí sentado, abrazado fuertemente a un peluche enorme. ¡Con lo cansado que dice estar y aun así sigue aquí dando la lata y molestando! Me quedé parado frente a él y solté un suspiro largo y profundo.

Mira nada más al hermano de Tai: está ahí sentado, apoyado contra mi puerta, totalmente dormido, con la cabeza inclinada hacia un lado y abrazando con todas sus fuerzas a una foca de peluche blanca y gigante. Está totalmente rígido y profundamente dormido, sin enterarse de nada.

¡Ese peluche es mío, por cierto! ¿Cuándo se lo ha llevado este hombre a mi habitación y por qué se lo ha quedado?

—¡Phi Fu! —le llamé con voz fuerte.

... No respondió ni se movió.

—¡Phi Fu, despierta ya de una vez! —le dije un poco más alto.

—Mmm... ¿qué? —murmuró sin abrir los ojos.

No pude evitar reírme por lo bajo al verlo así. Ese hombre de rasgos suaves y agradables, apoyado contra mi puerta, tenía el pelo totalmente alborotado y despeinado. Todavía estaba medio dormido, medio despierto, sin saber muy bien dónde estaba ni qué pasaba. Se frotaba un ojo con una mano mientras con la otra se tapaba la boca para bostezar, y seguía agarrado con mucha fuerza a su peluche como si fuera su vida. Parpadeaba muy despacio, intentando con todas sus fuerzas despertar y volver a la realidad.

Era realmente muy gracioso verlo así; parecía un niño enorme y gigante que lleva mucho tiempo esperando en la puerta a que vuelvan sus padres a casa. ¡Y pensar que él siempre me llama a mí «niño pequeño»! ¡Mira nada más tú, viejo niño grande y caprichoso que estás hecho!

—¡Vamos, levántate ya! Entra dentro... ¿por qué has venido a buscarme tan temprano, eh?
—le dije mientras entraba rápido en la habitación, dejando que Phi Fu me siguiera, todavía sin poder caminar con mucha estabilidad ni firmeza.

Empecé a preparar el desayuno y le dije al hermano de mi amigo que se lavara la cara primero, para luego poder comer tranquilos. Un rato después salió del baño y ya se le veía mucho más despierto y alerta que antes.

—Siéntate ahí —le ordené.

—Sí, como tú mandes, jefe —me respondió obedeciendo sin rechistar ni una sola queja.

Cuando terminé de servir todo lo que habíamos comprado, lo puse sobre la mesa y me senté al lado suyo. Comíamos mientras mirábamos por la ventana; ya eran las siete de la mañana y el sol brillaba cada vez con más fuerza. Qué mañana tan bonita y agradable de domingo, la verdad.

—¿Qué pasa? —me di cuenta de que la persona que tenía al lado me estaba mirando fijamente. Cuando le devolví la mirada, pensé que se apartaría la vista, pero no lo hizo. Al contrario, se apoyó en una mano y me miraba directamente a los ojos con una sonrisa suave y tierna. Al principio creí que lo podría aguantar, pero poco a poco empecé a sentir que se me calentaba la cara de forma extraña. No podía quedarme quieto ni tranquilo, y fui yo mismo el que acabó apartando la mirada. Escuché entonces que se reía bajito, sin hacer mucho ruido.

¡Maldita sea! ¿Por qué todo lo que hace Phi Fu me pone de los nervios y me hace sentir así? ¡No seas tan débil, Moo!

—Oye... ¿podrías llamar a tu mamá por mí? —le dije de repente, sin saber por qué se me ocurrió eso.

—¿Para qué quieres que haga eso? —me preguntó confundido.

—Es que quiero preguntarle algo —respondí, intentando cambiar de tema.

—¿Qué cosa? —insistió él.

—Pregúntale cómo ha logrado criarte para que seas tan guapo y atractivo —le dije sin pensar, y en cuanto salieron las palabras de mi boca me arrepentí al instante.

—¡Ah... esto... este hombre! ¡Phi Fu! —grillé avergonzado y con las mejillas totalmente rojas.

—¡Jaja! ¡Te has puesto nervioso, Moo! —me dijo riendo con ganas.

—¿Nervioso? ¡No digas tonterías! ¡¿Vas a comer o qué?! ¡No pararás de hablar en toda la mañana! —le dije intentando disimular lo mucho que me había afectado lo que me había dicho.

—¡Ah, ya voy, ya voy! ¡No me eches la culpa ni te enfades conmigo, Moo! —me respondió, y en cuanto vio que yo me estaba poniendo de mal humor, se alejó un poco de mí con el plato en la mano para no que le regañara más. Yo me quedé allí murmurando cosas sin sentido, sin saber qué más decirle para molestarlo, y al final terminé metiéndome toda la comida en la boca en silencio, sin decir nada más.

Pero en lugar de dejarme tranquilo, Phi Fu cogió un trozo de pan frito, lo mojó en leche condensada y se acercó con ganas de metérmelo en la boca a mí.

—No quiero, puedo comer yo solo, gracias.

—Hoy soy tu sirviente, ¿te acuerdas?

—No hace falta, de verdad.

—Soy tu esclavo.

—¿De qué esclavo estás hablando ahora?

—Tu esclavo del amor.

¡Qué cursi eres! De verdad, Phi Fu, ¡qué bajo has caído! El día en que pierdas ese estilo y esa elegancia que tienes, te voy a dar una patada tan fuerte que te voy a dejar la cadera fuera de su sitio, ¡te lo aseguro!

—Vamos, abre la boca y come. ¡Aaaaaamm...!

Al final no me quedó más remedio que abrir la boca y aceptar ese trozo de pan, porque si no lo hacía, sé perfectamente que no pararía nunca ni me dejaría tranquilo. En cuanto vio que estaba masticando feliz, Phi Fu me agarró las mejillas con las dos manos con mucho cariño. Abrí los ojos de par en par por la sorpresa; de verdad que no me esperaba nada de esto. Ni siquiera podía quejarme ni decir nada, porque tenía la boca totalmente llena de comida.

—¡Dios mío! ¿Cómo es posible que seas tan dulce y adorable, Moo?

—¡Ay! ¡Me duele, me estás apretando demasiado!

—Eres tan guapo y tierno que me dan ganas de comerte entero.

—¡¡Phi Fu!! —grillé con la boca llena.

Me tragué el pan de prisa y corriendo, preparado para soltarle una lluvia de insultos y reproches, pero me quedé totalmente sin palabras al darme cuenta de que no tenía ninguna intención de parar. De agarrarme suavemente las mejillas, se fue volviendo cada vez más atrevido y valiente. Se apoyó bien en la mesa y se inclinó todo lo que pudo hacia mí, hasta que solo había unos pocos centímetros de distancia entre nuestros rostros. Yo estaba totalmente conmocionado y con los ojos muy abiertos. Al tenerlo tan cerca de mí, mi corazón, que siempre me traiciona, empezó a latir a una velocidad increíble.

¡No puede ser! ¿Por qué estoy dejando que Phi Fu me gane y me domine así de fácil hoy? ¡Estoy perdiendo por goleada, no tengo ninguna oportunidad contra él!

Tragué saliva con mucha dificultad mientras veía cómo Phi Fu acercaba todavía más su cara a la mía. Llegó hasta mi nariz ese olor fresco y agradable al polvo de talco que siempre usa justo antes de irse a dormir. Lo único que nos separaba en ese momento era un mechón de su propio pelo que le caía sobre la frente. Esos ojos suyos, que siempre me habían parecido pequeños y sin ninguna gracia, ahora que los estaba viendo tan de cerca, despertaban algo muy profundo y especial dentro de mi corazón y mi alma.

¡Qué peligrosos son estos hombres de rasgos asiáticos! Nunca, bajo ningún concepto, debes quedarte mirando fijamente a esos ojos rasgados, porque si lo haces, estás totalmente perdido y no hay vuelta atrás.

—¿Cómo he podido llegar hasta este punto? Hasta el punto en el que cada día que pasa estoy más y más loco y enamorado de ti.

...

—¿Me has hechizado con amor, verdad, Moo? Dime qué es lo que me has dado para que sienta esto.

—¡Ay, Phi Fu! ¿Es eso lo único que se te pasa por la cabeza? ¡Me vas a volver loco de una vez por todas!

—Sal conmigo, Moo. Te aseguro que soy una gran oportunidad, un partido perfecto para ti.

—¡Bah! —respondí con la cara totalmente roja y mirando hacia otro lado.

—Mira cómo te pones.

—Eres como esa belleza rebelde y desafiante que todo el mundo quiere... Eres mucho más atractivo y delicioso que la sopa de tom yum que venden en la esquina.

—¡¡Phi Fu!! —grillé tan fuerte que hasta me sonó la cabeza.

No hay ninguna duda: hoy Moo va a hacer algo que no debe. Si no se calla de una vez, voy a terminar haciendo algo de lo que me voy a arrepentir toda la vida.

—Cariño... —me llamó de repente con voz suave.

—¿Qué?! ¡No me llames así! —le dije, sin poder controlar los nervios.

—Si te beso, ¿me vas a dar un puñetazo? —me preguntó, acercándose cada vez más.

... No respondí nada, solo me quedé ahí parado sin saber qué decir.

—¿Puedo besarte? —insistió, mirándome fijamente a los ojos.

¡Oye...! ¿De verdad lo dice en serio? ¿Me está preguntando eso de verdad?

Este Phi Fu... hoy se ha puesto peor que nunca. ¿Qué le pasa? ¿Le habrán puesto algo en la comida que le ha vuelto así de atrevido y sin miedo? Siento que no puedo respirar bien, como si me faltara el aire. ¡Ojalá se calmara un poco, por favor! ¡Bájale un poco el tono y la confianza, que me va a dar un infarto!

Mi corazón no paraba de latir con fuerza. Como no le respondí nada, él acercó su cara todavía más, hasta que sentí su aliento caliente rozándome los labios. Me quedé totalmente paralizado, sin poder mover ni un solo músculo, sin parpadear ni un segundo. Todo lo que había a mi alrededor se borró de mi vista, y lo único que escuchaba era un zumbido muy fuerte en mis oídos que me hacía perder el sentido de lo que pasaba. Solo podía quedarme sentado allí, sintiendo cómo mi corazón seguía latiendo cada vez más rápido, mientras todo mi cuerpo se me ponía tenso y rígido. Ni siquiera me atrevía a respirar con calma.

La distancia que había entre nosotros se fue reduciendo poco a poco, hasta que al final ya no quedó nada...

Ese contacto cálido y suave sobre mis labios me hizo cerrar los ojos de forma instintiva. Apreté con tanta fuerza los pantalones que se me arrugaron todos. Sentía que mi corazón iba a salir disparado fuera de mi pecho en cualquier momento.

¡Ya está!... Este es mi primer beso con Phi Fu.

Siempre me había imaginado en qué momento o situación sería cuando perdiera mi primer beso con Phi Fu, pero jamás... jamás se me pasó por la cabeza que sería así, de esta forma tan espontánea y sorprendente.

Por fin nos besamos... con él, mi primer amor, el que tengo desde que era solo un niño.

—Mmm... —se me escapó un gemido suave cuando Phi Fu sostuvo mi cara con ambas manos y se inclinó aún más hacia mí, hasta que nuestros labios se unieron con más fuerza y ternura. Por miedo, apreté un poco los labios, sin dejar que el beso fuera más allá de lo que ya era. Pero ese simple contacto fue más que suficiente: ya no podía pensar en nada, sentía que todo me daba vueltas alrededor y estaba totalmente aturdido. Tenía la cara ardiendo, y no sabía muy bien si era por el calor que me transmitía su respiración o por el calor que yo mismo estaba emitiendo por la emoción.

Era la primera vez que Phi Fu y yo hacíamos algo que iba mucho más allá de ser simplemente el hermano de mi amigo y el amigo de su hermano. Cuando éramos pequeños, a veces nos dábamos besos en la mejilla o nos abrazábamos, pero ninguno de esos gestos tenía nunca este significado romántico ni esta intensidad que sentía ahora mismo.

Y ahora... ¡Dios mío! Si Tai se llega a enterar de esto, me va a pellizcar y a apretar hasta que me duela muchísimo, seguro.

Phi Fu se tomó su tiempo, pero luego se separó muy poquito, soltó una risita alegre y me dio varios besos rápidos y suaves, frotando luego su nariz contra la mía con mucho cariño. Ese roce tan suave y delicado hizo que mi corazón se derritiera por completo, como si fuera cera al sol.

—Eres mucho más dulce y rico que la leche condensada —me dijo con voz llena de ternura.

...

—Ay... ¡eres tan malo conmigo, Moo! ¡Me va a dar un infarto de tanto que me gustas y de lo adorable que eres —se quejó con voz suave, antes de apoyar su cara, que estaba roja como un tomate, sobre mi hombro!

Yo seguía totalmente inmóvil y rígido, intentando asimilar y comprender todo lo que acababa de pasar. Phi Fu aprovechó ese momento en el que yo estaba como en otra dimensión, me levantó como si fuera una muñeca pequeña y ligera, y me sentó directamente sobre sus rodillas. Volvió a apoyar la cabeza en mi hombro y siguió murmurando cosas que yo no entendía ni lograba distinguir bien.

¡Dios mío! ¿De verdad... de verdad me he besado con Phi Fu? ¿Ha pasado esto realmente? ¡Simplemente no me lo puedo creer!

—Suéltame ya —le dije intentando zafarme, aunque sin mucha fuerza.

—¡Ay, Moo! Es que ya no sé ni qué hacer ni cómo actuar contigo... ¡estoy de los nervios, no te imaginas cuánto! —me confesó.

—¡¿Y entonces por qué lo haces?! ¡Yo también estoy igual o peor que tú!! —le respondí, con el corazón todavía a mil por hora.

—¿Estuvo bien? ¿Hice algo que no te gustara o que te molestara? —me preguntó con mucha preocupación e inseguridad.

Bueno... la verdad es que no estuvo nada mal. Pero tampoco es que haya sido algo del otro mundo ni nada extraordinario, ¡vamos! ¡Fue un beso tan normal como cualquier otro! ¡Hasta un niño de primaria sabe dar un beso así, simplemente juntar los labios y ya está! ¡Moo, por favor, no se te ocurra decirle nada que le haga creerse todavía más importante o guapo de lo que ya se cree, que su orgullo ya es bastante grande como para aumentárselo más!

—¡Suéltame! ¡Bah! Si vas a besar así, mejor besa tu almohada, que te va a gustar más —le dije intentando zafarme, aunque sin mucho éxito.

—¡No seas así de malo conmigo...! —me respondió con voz suave, sin soltarme ni un poquito.

—¡Suéltame ya! ¡Ah! Espera... ¿por qué tengo la camisa subida? —dije de repente, dándome cuenta de que mi ropa no estaba en su sitio.

... No dijo nada, solo se quedó allí sin moverse.

—¡Phi Fu! —le llamé, con la voz un poco más fuerte.

—Yo... yo no he sido —se apresuró a decir, intentando defenderse.

—¡Maldito Phi Fu...! —suspiré, sin saber si creerle o no.

—Mira... ¿cómo se ha subido así sola? Yo no he hecho nada... de verdad que no me di cuenta... no sé cómo ha podido pasar —intentaba explicar, pero cada vez se ponía más nervioso.

—¡¡Phi Fu!! —grillé de nuevo, esta vez con más fuerza.

—¡Ay! ¡Moo! ¡Te lo juro que no me di cuenta de nada! ¡Ay, qué mano tan fuerte tienes! ¡Moo, cariño, cariñoooooo! —empezó a quejarse y a pedir perdón sin parar, como un niño pequeño que ha hecho algo mal.

M: Phi Tong

M: Ya que te he enseñado tantos trucos para ligar con esa persona... ¿me los puedes devolver?

M: ¿Me das algunos consejos para volver loco a un hombre mayor? Que se muera por mí, que no pueda comer ni dormir si no me ve. Cuanto más loco mejor.

Capítulo 20

Cuando llegó el periodo de descanso, mis padres nos obligaron a volver a casa. Al llegar, tuve que dejar atrás mi apodo de «Moo Ying, el rey de las fiestas» y volver a ser el dulce y adorable «Cerdito BooBoo» de la familia. Me pasaba todo el tiempo encerrado en casa, sin salir a ningún lado. Incluso me daba miedo asomarme por la puerta de mi habitación por si acaso.

La vida se había vuelto tan aburrida y monótona que no tenía ni comparación con nada. ¡Cómo deseaba volver a la residencia y estar con mis amigos!

—Moo.

—¿Qué pasa? —le pregunté levantando la vista de mi teléfono y mirando a mi hermana mayor.

Aquella chica de pelo largo y que siempre parecía enfadada se llamaba Jee Lee. Estaba a punto de terminar sus estudios y tenía planes de mudarse de casa para empezar a trabajar de forma permanente. La verdad es que Jee es muy capaz, una estudiante excelente, totalmente distinta a mí, su hermano pequeño. Su vida iba genial; parecía que tenía muchas oportunidades de trabajar en una empresa internacional. Anoche la escuché hablando con mamá, y me enteré de que todo iba muy bien para ella.

Anoche

—Ve a lavar los platos.

—¿Qué? ¿Por qué tengo que lavarlos yo? ¡Ni siquiera he comido!

—Porque ayer yo lavé la ropa; hoy te toca a ti.

Me quedé con la boca abierta. No me podía creer que Jee Lee hubiera subido hasta mi habitación solo para obligarme a bajar y fregar los platos. ¡Qué rabia! No había probado bocado en todo el día; me había pasado todo el tiempo encerrado aquí adentro. ¿Por qué tenía que ser yo el que bajara a limpiar? ¡No lo entiendo! ¡La regla es clara: ¡el que come, lava!

Al ver mi cara de enfado, ella también frunció el ceño. Me puse de pie, crucé los brazos y defendí mi dignidad de hermano menor. ¡No había ninguna posibilidad de que me echara atrás! Si no comí, no lavo. ¡Ni aunque me maten!

—Ve a lavar los platos.

—No pienso ir.

—¡¡Moo Ying!!

—¡¡Jee Lee!!

—¡¡MAMÁÁÁÁ!!

Se me cortó la respiración cuando mi hermana mayor, siempre tan traviesa, empezó a gritar pidiendo ayuda a todo pulmón. Así es ella: siempre monta escenas y recurre a mamá para salirse con la suya. ¡Qué pesada! Me levanté de un salto al instante. Ella me sacó la lengua y me hizo muecas, lo que me hizo enfurecer aún más. Agarré una muñeca de la cama y se la tiré, metí rápido lo esencial en una bolsa de tela y salí corriendo de la habitación. Cuando vi a mamá y papá sentados abajo, fui el primero en quejarme:

—Mamá, Jee Lee es una chismosa. Dile que lave ella misma los platos. ¡El que come, lava!

—Ah, ¿y tú a dónde vas así? —me preguntó ella.

—A casa de Phi Fu. Ya no aguanto más esta casa.

—¡Tan grande y todavía vas a jugar a casa de ese Fu! —dijo Jee Lee, que acababa de bajar las escaleras con las manos en la cintura.

Yo, como buenamente podía, solo le moví el trasero en señal de burla y salí corriendo. Detrás de mí escuchaba las risas de mamá y papá. Fui rápido a buscar mi bicicleta, salí de casa y pedaleé directo hacia la casa de él, que no quedaba nada lejos. Conozco esta calle desde que era pequeño; recuerdo perfectamente cómo era todo antes. He venido por este camino desde que estaba en primaria, y cada rincón me resulta conocido.

No tardé nada en llegar a casa de Phi Fu. Dejé mi bicicleta aparcada en la entrada, bajé y saludé con la mano a la abuela, la matriarca de la familia Tong, que estaba meciendo su silla no muy lejos de allí. Corrí a darle un abrazo y escuché su risa suave y cariñosa.

—¿Has venido solo? ¿Y tu hermana Lee?

¿Por qué todo el mundo pregunta siempre por Jee?

—Se ha quedado lavando los platos en casa. Hoy he venido a jugar con Tai. ¿Está Tai en casa, abuela?

—Tai salió a hacer unas compras con su padre —me respondió con tranquilidad.

—¡Ah... ya veo...!

—Fu está arriba, en su habitación. Sube a buscarlo si quieres —me dijo con una sonrisa pícaro.

—¡Nooo, abuela! ¡Si no he venido a ver a Phi Fu ni mucho menos! —me apresuré a responder, mientras ella se reía divertida de mi reacción.

Me quedé un rato allí sentado, haciéndole masajes en los brazos y las piernas mientras charlábamos de todo un poco. Me encanta hablar con ella; las conversaciones con las personas mayores siempre son muy agradables y entretenidas. Además, tengo muchísima confianza y cariño con ella. Cuando era pequeño, venía casi todos los días a jugar aquí. A veces me lo pasaba tan bien que ni siquiera quería volver a casa y me quedaba a dormir con Tai. La abuela siempre nos preparaba postres deliciosos que nos encantaban a los dos.

—¡Ay... cómo crecéis tan rápido todos...! Y yo cada día me hago más mayor —dijo con un suspiro suave.

—¡Qué dices, abuela! Si sigues estando guapísima y con mucha energía —le respondí para alegrarla.

—¡Qué palabras tan dulces tienes siempre, muchacho! —me dijo, encantada.

—¡Y también una cintura muy dulce...! —se me escapó sin querer.

—¿Cómo dices? —preguntó ella, un poco confundida.

—¡Ay... je, je... perdóname! Se me ha escapado sin querer, no le hagas caso, es una tontería —dije, riéndome nervioso para disimular. Menos mal que la abuela no conoce las expresiones y el argot que usamos los jóvenes, si no, seguro que me habría mirado con mucha cara de reproche.

—Fu ya está a punto de terminar sus estudios, ¿verdad? —me preguntó entonces, cambiando de tema.

—Sí, ya le queda poquito —le respondí.

—¿Y por qué todavía no tiene novia? Tengo muchas ganas de verlo acompañado y feliz —comentó con mucha curiosidad e ilusión.

Mis manos se detuvieron en seco. La abuela suspiró y se frotó suavemente el brazo.

—No sé cuándo me voy a ir de este mundo... pero antes de partir, me gustaría ver a todos mis nietos casados y felices. Estos tres chicos... —comentó con mucha ternura y nostalgia.

Yo solté una risa seca y forzada y seguí haciéndole masajes como si nada hubiera pasado. No me atrevía a decir mucho ni a opinar, por miedo a soltar algo que no debía o que no le gustara. Ay, Dios mío... ¿podría alguien de su edad y con sus ideas aceptar que su futura nuera fuera en realidad un chico como yo? ¡Espera un momento! ¿Por qué estoy pensando yo en todo esto? ¡Si ni siquiera tenemos nada serio todavía ni somos novios!

—¿Moo? —dijo una voz que me sobresaltó de repente.

Me giré rápidamente y vi que era Phi Fu, el hermano mayor de la casa. Llevaba puesta su camiseta oscura favorita y unos pantalones cómodos. Se acercó despacio, se apoyó en el marco de la puerta y se quedó mirándonos a los dos, con una pequeña sonrisa en la cara.

¿Por qué me mira y sonrío de esa forma tan extraña y picara?!

—¿Al fin decidiste salir de tu habitación y bajar? —le pregunté con tono de reproche.

—Abuela... ¿no tendrás hambre? —dijo él, ignorándome totalmente y cambiando de tema con mucha naturalidad.

—¿Si te pasas el día entero durmiendo y sin hacer nada, ¿cómo esperas que consigas nunca una esposa?! —le regañó cariñosamente la abuela.

—¿Es que de verdad tienes tantas ganas de tener una nuera, abuela? —preguntó Phi Fu, mirándome fijamente con una sonrisa cada vez más amplia y llena de intención.

En cuanto escuché eso, levanté la cabeza bruscamente y lo miré con los ojos muy abiertos. Esa mirada tan traviesa y llena de segundas intenciones me hizo apretar los dientes de rabia y señalarlo con el dedo, rogando en silencio que la abuela no le hiciera más preguntas ni siguiera hablando de ese tema. Pero sabía perfectamente que era imposible: una vez que Phi Fu empezaba a hablar, ya no había forma de pararlo, y así fue. Desde que él había sacado el tema, la abuela no paró de hacer preguntas y comentarios.

Me levanté de un salto rápidamente, lo agarré del brazo y me lo llevé arrastrando hacia el interior de la casa. No paraba de reírse, y eso me ponía de los nervios; tuve que darle varios golpes fuertes en el brazo para que dejara de hacer ese tipo de cosas y de mirarme así, para que nadie sospechara nada de lo nuestro.

—La abuela lo que quiere es tener una nuera, y yo solo se la estaba mostrando y presentando —me dijo con mucha tranquilidad y una sonrisa burlona.

—¡No vuelvas a decir nunca más algo así, ¿me oyes?! ¡Ni se te ocurra repetirlo! —le advertí muy seriamente.

—¿Y por qué no puedo decirlo? ¿Qué tiene de malo? —me preguntó con cara de inocencia, aunque se le notaba que sabía perfectamente lo que hacía.

—Porque... —empecé a decir, pero me quedé sin palabras, sin saber cómo explicarme.

—¿Y desde cuándo me das tú órdenes ni me prohíbes cosas? ¿Es que ahora eres mi novio o algo así? —me dijo, acercándose mucho a mi cara y mirándome directamente a los ojos.

¡Ay, Phi Fu! ¡¿Cómo te atreves a decirme algo así y en este momento?!

La verdad, sin embargo, es que tenía toda la razón del mundo. En ese momento todavía ni siquiera éramos novios ni teníamos nada oficial ni claro. Que yo me quejara y me enfadara

de esa forma era un poco exagerado y fuera de lugar. Cuando me di cuenta de esto, me enfadé todavía mucho más conmigo mismo y con la situación.

¡Pero, aunque todavía no seamos pareja oficialmente ni nada de eso, lo cierto es que Phi Fu me está cortejando y tratando de conquistarme, y todo el mundo lo sabe!

—¿Por qué me pones esa cara? —me preguntó con sorpresa y una sonrisa.

—Da igual, me voy a casa —le dije, dándome la vuelta con aire enfadado.

—¿Cómo te vas a ir ahora? ¡Si has venido con tu bolsita y todo, como si te quedaras! —se rió él, impidiéndome el paso.

—¡Oye, déjame pasar!

—¿Es que te quieres casar ya mismo? Porque si es así, yo me encargo de arreglarlo todo hoy mismo —me dijo con esa sonrisa pícaro que lo caracterizaba.

—¡¡Phi Fu, eres increíblemente malo y pesado!! —grillé sin poder contenerme.

Le empecé a dar puñetazos en el brazo hasta que empezó a quejarse y a gritar: «¡Ay! ¡Duele!», y entonces lo agarré y me lo llevé arrastrando escaleras arriba. Entramos en su habitación, cerré la puerta con fuerza y eché el cerrojo para que nadie pudiera entrar. Me crucé de brazos y me quedé mirándolo fijamente, esperando que dejara de hacer bromas. Sin embargo, él seguía allí, sonriendo como si nada hubiera pasado ni dicho. Estaba claro que necesitábamos tener una conversación seria y hablar bien las cosas.

—Phi Fu, por favor, no vuelvas a decir nunca más cosas así —le advertí con voz firme.

—¿Cosas de qué tipo? —me preguntó con cara de inocencia, aunque se le notaba que sabía perfectamente a qué me refería.

—Pues... eso de casarnos y todo lo que dices. Si alguien nos oye, va a pensar cualquier cosa y se va a equivocar totalmente.

—¿Equivocarse en qué sentido? ¿Qué es lo que van a pensar mal? —insistió él, acercándose un poco más a mí.

—Pues... ya sabes... —tartamudeé sin saber muy bien cómo explicarme.

—Me voy a casar contigo —dijo de repente, con toda la seguridad del mundo.

... Me quedé totalmente sin palabras, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Sí, así es. Me voy a casar contigo. ¿Hay algún problema con eso? —repitió, sin apartar la vista de mí ni un segundo.

—¡¡Phi Fu!! ¿Cómo es posible que nos vayamos a casar? ¡Si yo soy un chico igual que tú!
—le grité, ya que veía que seguía insistiendo con el tema como si fuera lo más normal del mundo.

Si se tratara solo de ser novios o salir juntos, quizás podría aceptarlo y estar más tranquilo, pero ¡una boda y todo lo que eso implica...! Sería muy difícil, por no decir casi imposible, que nuestras familias lo entendieran o lo aceptaran. Además, Phi Fu siempre está de broma en broma; es muy travieso y dice cualquier cosa que se le pasa por la cabeza sin pararse a pensar, y eso me pone muy nervioso y me agobia muchísimo.

—Oye, Moo... ¿estás enfadado de verdad conmigo? —me preguntó con voz más suave y cariñosa.

—No digas tonterías ni cosas sin sentido. Esto no es ningún juego ni nada de lo que te puedas reír —le respondí con seriedad.

—Ven aquí, acércate a mí —me pidió, abriendo los brazos.

—¡Suéltame, déjame en paz! —protesté cuando de repente me atrajo con fuerza hacia él y me abrazó con mucho cariño.

Al principio intenté resistirme y empujarlo para que me soltara, pero al final me quedé quieto y tranquilo entre sus brazos. Fue entonces cuando me di cuenta de algo evidente: soy mucho más bajito que él. Phi Fu es realmente alto y grande; cuando estamos tan juntos y pegados, apenas me llega a la altura de su pecho. ¿Es que en esta familia todos son gigantes o qué pasa? ¡Hasta el más pequeño de todos es más alto y grande que yo!

—Lo único que quiero que sepas y entiendas es que hablo muy en serio y no estoy bromeando ni un poquito —me dijo muy despacio y con mucha calma, apoyando su barbilla sobre mi cabeza.

—Mmm... —fue lo único que pude responder, porque se me había hecho un nudo enorme en la garganta y no me salían las palabras.

—¿Me entiendes? Tienes que confiar en mí —me dijo con voz suave y seria.

—Está bien, te entiendo. Pero por favor, no vuelvas a decir esas cosas delante de nadie ni donde te pueda oír cualquiera —le pedí.

—¿Sigues enfadado?

—No, ya no.

—Entonces... ¿sí?

—¡Sí, sí, ya está! Pero suéltame ya. ¡Ay, Phi Fu! ¡Suéltame de una vez! —le dije, intentando zafarme de sus brazos.

—¿¿Soltarte?? ¿Te has vuelto loco? —me respondió, apretándome aún más contra su cuerpo.

¡He caído directamente en su trampa!

Antes de que pudiéramos terminar de hablar, Phi Fu me levantó en brazos, me lanzó suavemente sobre su cama y me quedó encima, atrapándome con sus brazos y sus piernas. ¡Era tan pesado y grande que apenas podía moverme! Me retorció y me movía de todas las formas posibles para intentar escapar, pero cuanto más me movía, más fuerte me abrazaba él. Era enorme y muy fuerte; no había ninguna posibilidad de que pudiera librarme de él. Lo único que podía hacer era darle golpes una y otra vez, pero él solo se reía con todas sus fuerzas, como si fuera la cosa más divertida del mundo.

¡Qué rabia me da esa risa suya! ¡La odio con toda mi alma!

—¡Phi Fu! ¡Por favor, suéltame ya! —le grité, medio enfadado medio riendo.

Al final conseguí darme la vuelta y escapar un poco. Me arrastré hasta el otro lado de la cama, lejos de él. De verdad que se merecía unos buenos golpes por reírse así de mí. Iba a agarrar una almohada para lanzársela con todas mis fuerzas, pero mi mano chocó sin querer con el teclado de su ordenador portátil, que estaba encendido y abierto sobre la cama. La pantalla, que antes estaba apagada, se iluminó de repente.

—¡Ah... ah... aaaaaah! —grité de la impresión.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó él al instante.

...¡Phi Fu!

Cuando vi que en la pantalla negra aparecía un vídeo y empecé a escuchar esos sonidos extraños y clarísimos, me quedé totalmente paralizado y con la boca abierta de par en par. Phi Fu se arrastró rápidamente hacia mí, me arrebató el ordenador de las manos de un tirón, lo cerró de golpe y se fue a esconderse en una esquina de la habitación, con la cabeza baja y con la cara roja como un tomate maduro de pura vergüenza.

No quería creer lo que mis propios ojos habían visto, pero era la pura realidad: el hermano mayor de Tai estaba viendo películas para adultos entre hombres, y a plena luz del día, nada menos.

Bueno... pues al final hemos llegado hasta este punto. Hoy es el día en el que descubrí el secreto más vergonzoso de toda la vida de Phi Fu.

Me quedé sentado en el borde de la cama, mirándolo. Y al verlo allí, con la cara y las orejas totalmente rojas de la vergüenza, en lugar de enfadarme o asustarme, empecé a reírme sin poder parar. De repente sentí que me invadía una ternura inmensa y muy dulce. ¡Qué inocente y qué inseguro se veía en ese momento! Se ponía rojo por nada y por todo, y se le notaba muchísimo porque tiene la piel muy clara y blanca.

Al verlo así, me entraron todavía más ganas de molestarlo y gastarle una broma.

—Phi Fu... —lo llamé con voz suave y maliciosa.

—¿Q-qué pasa? Será mejor que... que bajas... sí, baja mejor abajo —tartamudeó, sin saber muy bien qué decir.

—Pero hace solo un momento me estabas abrazando con tanta fuerza y no querías soltarme... —le recordé, sonriendo con picardía.

—Moo, vete ya, por favor —me pidió, intentando esconder la cara.

Sus ojos se abrieron como platos cuando me fui acercando muy despacio hacia él, con una sonrisa traviesa y divertida en los labios. Ese Phi Fu que antes tenía todo el control y la situación a su favor, ahora iba retrocediendo poco a poco hasta que chocó con una silla y ya no pudo seguir hacia atrás. Dio un pequeño grito de sorpresa cuando me lancé hacia él y terminó cayéndose y quedándose sentado en la silla, totalmente acorralado.

¡Dios mío, qué rojo estaba todo él! Tenía la cara y las orejas del color de una cereza madura.

—¿Qué estabas viendo en la pantalla, ¿eh? —le pregunté con mucha curiosidad y una sonrisa.

—Era solo un anuncio que apareció de repente... ¡solo eso! —se apresuró a responder, intentando defenderse.

—¡Qué claro y nítido se veía todo para ser solo un anuncio...! —comenté, sin creerme nada de lo que me decía.

—¿Qué pasa? ¡No te metas conmigo ni me critiques! —se quejó, poniéndose aún más rojo si cabía.

—¿Tienes vergüenza o te da pena? —insistí, disfrutando mucho de la situación.

—¡Moo! —me llamó, casi suplicando que parara ya.

—No me hables con esa voz tan dulce y suave, que no te va a servir de nada —le advertí.

—¿Y qué... qué es lo que piensas hacerme ahora mismo? —me preguntó, con la respiración acelerada y llena de nervios.

Verlo negarlo todo con tanta fuerza e insistencia solo hizo que me entraran más ganas todavía de seguir molestandolo y burlándome de él. No era nada fácil ni común ver a Phi Fu perder así toda su compostura y su elegancia habitual. Su imagen de chico guapo, seguro y tranquilo había desaparecido por completo, dejando solo a un chico tímido y avergonzado.

Apoyé el brazo sobre el escritorio que tenía al lado y me incliné todo lo que pude hacia él, acercando mi cara cada vez más a la suya. Sus grandes ojos se abrieron todavía más de lo que ya estaban. En ese momento se hizo un silencio absoluto en toda la habitación, en el que solo se escuchaba el sonido de nuestras respiraciones. Me quedé mirándolo fijamente a los ojos; vistos tan de cerca, eran realmente preciosos y cautivadores, no podía dejar de mirarlos. Vi que apretaba los labios muy despacio y con cuidado, y eso me dio aún más ganas de hacerlo sentir más vergüenza todavía. Acerqué mi rostro tanto que nuestras narices casi llegaron a tocarse. Pude notar perfectamente cómo su respiración se hacía cada vez más rápida, profunda y entrecortada.

Pero justo en ese instante, en mi mente apareció de repente el recuerdo de aquel día en que Phi Fu y yo nos dimos nuestro primer beso. Fue como si lo estuviera viviendo otra vez.

Mi corazón, que hasta ese momento había estado latiendo con normalidad, empezó de golpe a ir cada vez más rápido y con mucha fuerza, como si quisiera salirse de mi pecho. Sentí que me ardían las mejillas y que me estaba poniendo rojo también. En ese momento, la mirada de Phi Fu cambió y volvió a ser la de siempre, tranquila y segura. Aunque había sido yo quien empezó a mirarlo y a acercarme primero, de repente sentí claramente que él ahora quería vengarse y tomar el control de nuevo. Al final, fui yo quien tuvo que apartar la vista primero, incapaz de aguantar más tiempo esa mirada tan intensa, y me preparé para dar media vuelta y alejarme de allí.

Sin embargo, aunque había sido yo quien empezó este juego y esta broma, estaba totalmente claro que alguien como Phi Fu, tan inteligente y decidido, no iba a dejar pasar ni perder una oportunidad así de fácil ni tan rápido. ¡Él tenía planes muy distintos a los míos!

—¡¡Ay!! —grité sorprendido.

Phi Fu me rodeó la cintura con el brazo, me atrajo con fuerza hacia él y me sentó directamente sobre sus rodillas. Al instante, alzó la cabeza y me besó con toda la pasión y el deseo que llevaba dentro. Mis manos, que hasta ese momento estaban a punto de empujarlo para alejarlo, se quedaron inmóviles y terminaron agarrándose con mucha fuerza a su camiseta, como si de eso dependiera mi vida. Cerré los ojos mientras él lograba dominarme y calmarme a base de besos profundos y apasionados, sometiendo por completo a este chico caprichoso y difícil que soy yo. No tenía ni idea de dónde había sacado toda esa intensidad y ese fuego de repente. Y entonces me di cuenta de una cosa muy clara: ¡Phi Fu besa realmente de maravilla, como nadie lo había hecho nunca!

Mordisqueaba muy suavemente mis labios, con mucha ternura, pero con mucho deseo, y luego profundizaba el beso mucho más cuando veía claramente que ya no podía resistirme ni defenderme de él.

¡Qué rabia me da todo esto! ¡Es increíble!

¿Cómo es posible que Phi Fu sea tan bueno haciendo esto? Se supone que no tiene mucha experiencia ni ha estado con mucha gente, ¿no? ¡Si solo me ha besado a mí desde que estamos juntos! ¿Entonces por qué... por qué lo hace con tanta facilidad y perfección?

¡Espera un momento! ¡¿No me digas que Phi Fu no solo me ha besado a mí, sino que ha estado con otras personas antes?!

—¡Suéltame ya! —exclamé, recuperando el aliento.

—¡Ay, Moo...! —susurró él con voz ronca y suave.

—¡Ya basta! ¡Me voy de aquí ahora mismo! —le dije, apartándome de golpe y poniéndome de pie.

Phi Fu se quedó allí parado, totalmente confundido y con la boca abierta de par en par. Yo me aparté de un empujón y me fui directo a la puerta, quedándome allí de pie. Me miré a mí mismo y luego lo miré a él, y por poco me desmayo allí mismo del susto y la impresión. ¡Si solo habíamos estado besándonos unos pocos minutos! ¿Cómo es posible que termináramos así de desastrosos? Yo tenía el pelo totalmente revuelto y despeinado, y él llevaba la ropa toda arrugada y mal puesta; su cabello estaba igual de alborotado que el mío, y tenía los labios hinchados y rojos como si le hubieran dado un golpe.

¡Espera un segundo...! ¡Míralo bien abajo! ¿Por qué se nota tanto esa forma que se marca en sus pantalones? ¡Es demasiado evidente para que sea algo normal!

¡Phi Fu, viejo perverso! ¡Ya verás tú, se lo voy a contar todo a Tai y le voy a decir claramente que no se puede confiar en su propio hermano mayor ni un poquito!

—¿Estás enfadado conmigo, Moo? Lo siento mucho, me dejé llevar por el momento y no me di cuenta de nada —me dijo con voz suave y algo asustado.

—¿Que te dejaste llevar?! ¡¿Cómo te atreves a hacerme esto y a ponerme así?! —le grité, con las mejillas ardiendo de vergüenza y rabia.

—Je, je... —se rió bajito, con esa sonrisa suya tan traviesa.

—¡No te rías así, por favor! ¡Y además besas demasiado bien, mucho más de lo normal! ¡¿Con quién has estado practicando todo este tiempo, eh?! —le pregunté con mucha sospecha y celos.

—¿De verdad te estás creyendo que he besado a otras personas aparte de ti? —me preguntó él, mirándome fijamente a los ojos con mucha seriedad.

—N-no... no es que me lo crea, pero... —tartamudeé, sin saber muy bien qué decir ni cómo defenderme.

—¿Es que estás celoso? —me preguntó con una sonrisa burlona.

¡Ay, Dios mío! ¡Siento como si me estuviera cavando mi propia tumba con mis propias manos!

No sabía ni cómo seguir discutiendo ni qué responderle, así que agarré mi bolsa que estaba a los pies de la cama y salí corriendo de la habitación sin mirar atrás. Pero apenas había dado unos pocos pasos cuando la puerta principal se abrió de golpe. Abrí los ojos de par en par cuando vi salir a alguien.

Era un chico bajito, más o menos de mi misma estatura, con una cara realmente muy bonita, ojos grandes y mejillas sonrosadas. Tenía un aspecto encantador y muy dulce. El chico también pareció sorprenderse al verme; se puso rojo, parpadeó varias veces seguidas y luego me saludó con la mano con mucha educación. Llevaba una mochila de color claro bajo el brazo. Yo me quedé totalmente aturdido y sin saber qué hacer. De repente tenía a un desconocido saludándome así de bien. ¡Yo nunca lo había visto en mi vida! ¿Quién sería? Parecía bastante joven.

¡Espera un momento! ¿No es esta la habitación de Tee, el hermano pequeño de Phi Fu?

—Jiab, se te ha olvidado un libro —se escuchó una voz.

—T-Tee... eh... —tartamudeó el chico, muy nervioso.

—¿¿Phi Moo?? —exclamó sorprendido.

Me quedé con la boca totalmente abierta, sin poder creer lo que estaba viendo, cuando salió el hermano pequeño de Phi Fu y apartó suavemente al otro chico para ponerle una chaqueta encima, ya que hacía un poco de frío. Escuché que se quejaba de algo, pero ni siquiera me enteré de lo que decía, estaba demasiado ocupado intentando asimilar todo lo que estaba pasando. De verdad que no me esperaba encontrarme con esta situación ni nada parecido cuando decidí venir hoy a visitarles.

—H-hola... me voy ya —dijo el chico, saludándome otra vez con la mano e intentando marcharse lo más rápido posible, pero Tee lo agarró y lo atrajo hacia él, rodeándole el cuello con el brazo como si fueran muy buenos amigos o algo más.

—Phi Moo, te presento a Jiab —me dijo Tee con una sonrisa muy amplia y alegre.

—Ah... hola —respondí asintiendo con la cabeza de forma muy torpe y rígida, y también le saludé con la mano, aunque estaba muy confundido y no sabía dónde meterme.

Me sentía terriblemente avergonzado, así que aproveché para arreglarme rápido el pelo y la ropa, que estaban totalmente desastrosos y mal puestos. ¡Si solo eran chicos que todavía iban al instituto! No podían ver en mí un mal ejemplo ni darse cuenta de nada de lo que habíamos estado haciendo.

Y justo en ese momento, mientras yo seguía pensando en todo esto, la puerta que estaba detrás de mí se abrió de nuevo. Phi Fu salió al pasillo, agarrando una almohada grande y blanca que se sujetaba delante de su cuerpo, tapándose todo lo de abajo. Inmediatamente giré la cabeza hacia el otro lado, deseando con todas mis fuerzas poder hundirme en el suelo y desaparecer para siempre. ¡Qué vergüenza tan grande estaba pasando en este preciso instante! ¡Ahora sí que se habían dado cuenta de todo! Y además, con el aspecto

tan desastroso y desaliñado que teníamos los dos, hasta el más tonto del mundo habría adivinado exactamente qué era lo que estábamos haciendo antes de que salieran todos.

Los cuatro nos quedamos totalmente inmóviles y paralizados, mirándonos los unos a los otros sin decir ni una sola palabra ni mover ni un solo músculo. El único sonido que se escuchó al cabo de unos segundos fue la risa seca y nerviosa de Phi Fu, que no sabía ni cómo salir de esta situación tan difícil y embarazosa.

¡Qué situación tan vergonzosa! Tenía unas ganas inmensas de salir corriendo de allí sin mirar atrás. ¡Y mira la forma en que me está mirando el pequeño Tee, con esa sonrisa tan pícaro y llena de intención!

—Jiab —lo llamó Tee.

—¿S-sí? —respondió el otro chico, muy nervioso.

—Te presento a Phi Moo... es mi cuñado —dijo con total naturalidad y una sonrisa enorme.

—¡Espera un momento, Tee, pequeño! ¡No digas tonterías ni cosas que no son verdad! ¡N-no, no es así como tú crees, hermanito! —protesté al instante, sin poder quedarme callado ni un segundo.

¡Qué lengua más afilada y rápida tiene este chico! ¿Cómo se le ocurre decir algo así de la nada? ¡Si apenas había terminado de discutir y pelearme con el hermano mayor, y ahora resulta que el pequeño me está llamando «cuñado» a la cara como si fuera lo más normal del mundo! ¿Quién podría aguantar algo así sin morir de vergüenza? ¡Si ni siquiera hemos hecho nada de lo que se imaginan ni tenemos nada oficial todavía! ¿Te has vuelto loco o qué te pasa? ¡Este niño no tiene remedio...!

¡Ya no aguanto ni un minuto más aquí! ¡Me voy a casa ya mismo!

Jiab se quedó totalmente sorprendido con lo que había escuchado y se despidió rápidamente, deseando también irse de allí. Yo tampoco podía seguir mirando ni un segundo más al hermano pequeño de Phi Fu; me sentía demasiado avergonzado y no sabía dónde meterme. Me di la vuelta bruscamente, le di un fuerte golpe en el estómago a Phi Fu para desquitarme de todo, y salí corriendo escaleras abajo como si me persiguiera un demonio. ¡Ya no me quedo ni un minuto más en esta casa! Y además, he decidido que durante toda una semana no voy a dejar que Phi Fu se acerque a mí ni por casualidad. ¡Ya verás tú, te lo mereces todo!

—¡Oye, Tee, deberías tener más cuidado y ser más amable con la gente! —se escuchó que decía Phi Fu detrás de mí.

—El que es blando y se deja llevar eres tú. Yo solo estaba ayudando a Jiab a estudiar para los exámenes, nada más —le respondió el pequeño con mucha tranquilidad.

—¡Nosotros no hemos hecho absolutamente nada de lo que te imaginas! —intentó defenderse Phi Fu.

—Sé perfectamente muy bien para qué sirve esa almohada que llevas delante —le dijo Tee con esa voz tan segura y sabía que tenía.

—¡Oye, Tee, que todavía eres muy joven y no sabes de lo que hablas! —le advirtió su hermano mayor.

—¡Te lo tienes bien merecido por hacer lo que haces! —le respondió él sin dudar ni un segundo.

—¡No digas que me lo merezco, que no es así! —se quejó Phi Fu.

... Se hizo un silencio incómodo entre los dos hermanos.

—¡Ay...! Ser parte de la familia Tong es como estar sometido a una tortura continua, ¿verdad? —suspiró Phi Fu, resignado a su suerte.

Capítulo 21

—¿Qué es esto? —me preguntó alguien con voz seria.

—Esto... bueno... —empecé a decir, sin saber cómo explicarme.

—¡Moo! —insistió, acercándose más a mí.

—La cosa es que... que... —tartamudeé, buscando desesperadamente una excusa.

—¡Explícamelo ahora mismo y sin rodeos! ¿Por qué tienes una camiseta de Phi Fu aquí en tu habitación? —me exigió saber, con los brazos cruzados y mirándome fijamente.

¡¡Que alguien me ayude, por favor!! ¡Socorro, socorro! ¡En este preciso instante, Moo está siendo interrogado severamente por una amiga, y no sé qué hacer ni qué decir! ¡Ayuda urgente, por favor!

Poco después de que empezaran las vacaciones, alguien como yo, que no puede estar ni un segundo sin salir ni ver a sus amigos, no fue capaz de aguantar encerrado en casa durante meses enteros sin hacer nada. Así que pedí permiso a mis padres para volver a mi habitación de la residencia estudiantil. Por suerte, mamá y papá me entendieron perfectamente y me dieron permiso sin poner demasiados problemas; porque si me hubieran obligado a seguir viviendo una vida tan aburrida y monótona durante mucho más tiempo, Moo habría terminado secándose y marchitándose como una verdura vieja, y habría muerto de puro aburrimiento entre las cuatro paredes de mi habitación. ¡Esa no es ni mucho menos mi forma de vivir ni mi estilo! Una persona como yo necesita tener una vida social activa, salir, ver gente y tener un lugar donde conocer a nuevas personas y pasarlo bien. ¡No podría vivir de otra manera!

Desde que volví a vivir a la residencia, mis "queridos" amigos suelen aparecer aquí buscando refugio cada vez que se emborrachan. Ayer por la noche no fue una excepción. El que vino a quedarse fue mi mejor amigo desde la escuela primaria: Tai Yuan. Me llamó a las dos de la madrugada pidiéndole que fuera a recogerlo a un bar; evidentemente, estaba en un estado lamentable.

¡Solo de pensarlo me da rabia! ¿Por qué fue a beber solo? ¿Por qué no me invitó a mí?

Tai se quedó profundamente dormido durante varias horas y no se despertó hasta bien entrada la tarde. En cuanto se levantó, lo primero que hizo fue ducharse para reanimarse. Sin embargo, al abrir el armario para buscar ropa limpia, se encontró con la camiseta de Phi Fu. En cuanto lo vio, supe que, sin importar la excusa que se me ocurriera decirle, ninguna iba a sonar creíble.

¡No me mires así! ¡Está prohibido! Esa camiseta está en mi armario desde hace mucho tiempo. Una vez me emborraché y me quedé a dormir en la habitación de Phi Fu, así que

tuve que pedírsela prestada. La lavé, pero simplemente no se la había devuelto todavía. ¡Eso es todo! ¡Solo eso! ¡No hay nada más!

—Ya te he dicho que solo me la prestó —le repetí.

—Habla claro, Moo —insistió él, sin convencerse.

—¡Te estoy diciendo la verdad! ¡Oye, por qué no me crees? —le dije, ya un poco impaciente.

—¿Qué pasa entre tú y Hia Fu? —preguntó con mucha curiosidad.

—No pasa nada —respondí con firmeza.

—¿Ya os habéis acostado o qué? ¡Ah! —soltó de repente.

Inmediatamente le lancé una almohada con todas mis fuerzas. ¡¿Cómo se atreve a decir algo así de la nada?! ¡Qué descaró! ¿No te da vergüenza? Incluso yo, que suelo ser muy atrevido y sin miedo, no me atrevería a decir algo así. ¡Uf! ¿Por qué Tai se ha vuelto tan hablador y metomentodo últimamente?

—Te lo pregunto muy en serio, Moo. ¿Hasta dónde habéis llegado tú y mi hermano?

—volvió a preguntar, esta vez con tono serio.

—No hay nada entre nosotros —insistí, tratando de ocultar la verdad.

—Ya lo sé —dijo Tai con una sonrisa misteriosa.

—¿Q-qué quieres decir con eso? —pregunté, mientras mi corazón empezaba a latir con fuerza y velocidad.

Tai entrecerró los ojos y se quedó allí parado, con los brazos cruzados y una sonrisa extraña en el rostro.

—Ese día en mi casa... —empezó a decir.

—¿Q-qué día? —tartamudeé, sintiendo que me faltaba el aire.

—Escuché todo lo que Tee te dijo —reveló con calma.

—Pero si ese día tú no estabas en casa, Tai —intenté defenderme, aunque sabía que no tenía mucho sentido.

—¡Ah... ya veo! ¿Entonces eso significa que han sido varios días distintos? —preguntó él, con una mirada cada vez más perspicaz y profunda.

Estás perdido, Moo. Te has cavado tu propia tumba con tus propias palabras y acciones.

—No pasó absolutamente nada entre nosotros —insistí, tratando de mantener la calma y parecer convencido.

—¿Y si realmente no pasa nada... te atreverías a hacer algo con él? —me preguntó con una expresión seria y firme.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué cosa? —le pregunté, confundido y nervioso.

—Deja de ver a Phi Fu —ordenó con voz grave y autoritaria.

—¿Q-qué? —dije, sin poder creer lo que estaba escuchando.

—Sí, me has oído bien. A partir de ahora, deja de tener cualquier tipo de relación o contacto con mi hermano. Bloquea su número de teléfono, elimínalo de tus contactos, bloquéalo en todas las redes sociales... hazlo ahora mismo, sin excusas —me dijo, con la misma firmeza y determinación.

—¡E-espera, espera un momento! —grité, intentando detenerlo, pero todavía estaba tratando de asimilar todo lo que me estaba diciendo.

Su expresión tan seria y sin ningún tipo de gracia me hizo tragar saliva con mucha dificultad y nerviosismo. Nunca antes había visto a Tai así, tan distinto a como siempre es. Al ver que seguía allí parado, totalmente aturdido y sin reaccionar, frunció el ceño, se acercó a la cama y agarró mi teléfono móvil sin pedirme permiso ni decirme nada. Fue entonces cuando reaccioné de golpe y corrí hacia él para intentar quitárselo y recuperarlo.

—¡Tai! ¿Pero qué te pasa? ¿Estás loco o qué te ocurre? —le grité, sin entender nada.

—Yo me encargo de esto. Déjalo ya de una vez por todas y no te acerques más a mi hermano —me respondió sin dudar ni un segundo.

—¡Tai, te has vuelto completamente loco! ¡Dámelo ya, es mi teléfono, me pertenece a mí!
—le dije, intentando arrebátárselo de las manos.

—Ya te advertí hace tiempo, Moo. Te dije claramente que si llegaba el día en el que supiera que sentías algo por él, no iba a permitir que siguieras hablando ni viéndolos —me recordó con seriedad.

—¡¡Tai!! —grité su nombre, sin saber muy bien qué sentir ni qué pensar, quedándome totalmente paralizado y confundido.

Al verme así, intentando por todos los medios recuperar mi teléfono, Tai me esquivó con mucha facilidad y se dio la vuelta, alejándose un poco más de mí. Se quedó allí parado, con las manos en las caderas y sosteniendo mi teléfono bien alto con una mano, para que yo no pudiera alcanzarlo ni quitárselo. Me miraba con una expresión tan neutra y vacía que me era totalmente imposible adivinar ni imaginar qué era lo que estaba pensando o planeando hacer. Tengo que admitir que en ese momento empecé a sentir un poco de miedo hacia él;

porque cuando Tai se pone realmente serio y deja de bromear, impone mucho respeto y autoridad, y se nota que dice las cosas muy en serio.

¡Uf... todo esto es realmente muy difícil de explicar y de entender!

—Te lo pregunto muy en serio, Moo. ¿Hasta dónde habéis llegado tú y mi hermano?

—... —me quedé callado, sin saber qué decir.

—¡Contéstame ya! —me ordenó con voz firme y autoritaria.

¡Dios mío! ¿Por qué de repente Tai se ha vuelto tan duro y tan brusco conmigo? ¿No podía haberme dado al menos un día para prepararme mentalmente y asimilar que tendría que contárselo todo?

Respiré hondo varias veces para calmarme un poco. Tai seguía allí parado, sosteniendo mi teléfono muy alto con la mano, con el rostro pálido y el ceño fruncido de preocupación y seriedad. Lo único que se me ocurrió hacer fue soltar una risita nerviosa y forzada, intentando aliviar un poco la tensión que se respiraba en el aire. Sé perfectamente que Tai adora y quiere muchísimo a su hermano mayor, y que seguramente no quiere verlo perdiendo el tiempo ni jugando conmigo ni con nadie más. Si le dijera ahora mismo que no siento absolutamente nada por Phi Fu, te aseguro que Tai nos separaría y nos prohibiría vernos en este mismo instante y para siempre. Pero como la realidad es totalmente lo contrario a eso... al final no me quedó más remedio que decirle toda la verdad sin ocultar nada.

—Está bien, te voy a responder y te lo voy a contar todo —le dije con voz tranquila pero decidida.

—... —esperé en silencio, sin apartar la vista de mí ni un segundo.

—Nos besamos —confesé bajito, casi susurrando.

—¿¿Qué?? —exclamó con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Yo... ya me he besado con tu hermano, Tai Yuan —repetí, esta vez con más claridad y firmeza.

—¡¡¡...!!! —se quedó sin habla, totalmente atónito.

—Je, je... —sonreí con nerviosismo e hice el gesto de la paz con los dedos junto a mi cabeza, intentando parecer lo más dulce e inofensivo posible, con la esperanza de que mi amigo se calmara y se ablandara un poco.

Al escuchar mi respuesta tan directa y clara, Tai se quedó totalmente paralizado y sin saber qué hacer ni decir. Esos ojos pequeños que tiene se le abrieron como platos; estaba claro que esto había sido un golpe muy fuerte y una gran sorpresa para él.

—¿¿Os habéis besado de verdad?? —volvió a preguntar, como si no se lo pudiera creer.

—Mmm... sí —afirmé con la cabeza.

—¿¿Es verdad eso que me estás contando?? —insistió todavía incrédulo.

—Te lo juro por mi vida. Pero honestamente, te aseguro que no hemos hecho nada más aparte de eso —le expliqué, intentando calmarlo.

—¿Y qué me dices con eso? ¡Si no sois nada ni tenéis nada, cómo se os ocurre besarte con mi hermano! —me reprochó con mucha rabia y confusión.

—¡¡Ay!! —grillé, sin saber muy bien cómo defenderme.

—Esto no puede seguir así, Moo. Ya no está bien ni es correcto lo que está pasando —me dijo con mucha seriedad y preocupación.

—¡¡Escúchame primero y déjame explicarte bien las cosas!! —le pedí, levantando la voz para que me hiciera caso.

—... —se quedó callado, esperando a que hablara.

—Pues bien... está bien, te lo confieso y lo acepto sin más. Me gusta Phi Fu —dije finalmente, soltando todo lo que llevaba dentro.

—¡¡Más fuerte! —me exigió Tai.

—¡¡Ay, vale!! ¡Que me gusta Phi Fu! ¡Me gusta muchísimo, me encanta! ¿Me has oído bien de una vez por todas? ¡Y no es solo ahora, llevo gustándome desde hace muchísimo time! —grité con todas mis fuerzas, cerrando los ojos para no tener que ver su cara, y me mordí el labio con mucha fuerza para contener la emoción.

Creo que es la primera vez en toda mi vida que me atrevo a admitir algo así de forma tan clara y abierta. De estar totalmente quieto y paralizado, pasé a sentirme totalmente perdido y confundido; sentía que todo mi cuerpo me ardía como si estuviera en llamas. La vergüenza era tan grande e intensa que ya no podía aguantarla ni soportarla más. Al final me tapé la cara con las dos manos y me dejaron caer al suelo, emitiendo unos sonidos extraños y retorciéndome de la vergüenza, con las mejillas tan calientes que parecían arder.

¡Ay, Dios mío...! ¡Qué vergüenza tan grande estoy pasando! No estoy acostumbrado a nada de esto, es horrible.

¡Este no soy yo! ¡En absoluto! ¡Moo no es alguien que se ponga así de nervioso ni que se avergüence tan fácilmente!

—Eso es todo —dijo Tai con voz muy tranquila y breve.

Y acto seguido me devolvió mi teléfono móvil. Lo agarré rápidamente de sus manos. Entonces escuché que soltaba una risita suave y divertida, lo que hizo que me sintiera todavía mucho más avergonzado si cabe. Empecé a darle golpes y a empujarlo, pidiéndole que dejara ya de burlarse de mí y de reírse de mi situación. Seguro que para él era algo muy gracioso y divertido verme perder así los estribos y el control de mí mismo.

—Ya lo sabía, hace mucho tiempo que sé que te gusta. No entiendo a qué le tenías tanto miedo ni por qué te costaba tanto decirlo —me dijo con mucha tranquilidad y naturalidad.

—¡Eres un tonto! —le respondí, enfurruñado.

—¡No me vengas con esas tonterías ni con esas excusas! Se te nota tanto, se te veía tan claro y tan evidente que hasta desde Marte se habrían dado cuenta. ¡Ni a un niño pequeño podrías haber engañado con tu forma de actuar —aseguró con mucha seguridad y convicción!

¡Ay, Tai! ¿Por qué cada palabra que dices hoy me llega directa al corazón y me hace sentir así de mal?

—¿Y ahora qué? ¿Ya se lo has dicho a mi hermano? ¿Ya lo sabe él? —me preguntó entonces.

—No... todavía no se lo he dicho a nadie —le respondí bajito.

—¿Y entonces a qué estás esperando? ¿Por qué no se lo cuentas ya? —insistió con curiosidad.

—... —me quedé callado, sin saber qué responderle.

—¿No eras tú el que siempre decía que no había que perder ni un solo minuto ni el tiempo con los hombres? ¿Qué pasó con eso? —me recordó, con una sonrisa pícaro.

¡Ay, Tai! ¿Por qué te comportas así conmigo? ¡Me vas a hacer llorar de verdad!

—¿Pero de qué estás hablando? ¡Si él es tu propio hermano mayor! ¿Cómo es posible que apoyes algo así y que te parezca bien? ¿Es que no te importo nada como amigo ni te preocupas por mí? —le pregunté, ya un poco enfadado y dolido.

—¡Al contrario! Me preocupa y me importa muchísimo... pero lo que más miedo me da de todo es que él pierda a su futura esposa —me respondió con esa misma tranquilidad de siempre.

¡¡Este Tai... es increíble! ¡Ay, Dios mío! ¡Un hermano como este se merece sin duda un buen golpe en la boca que se lo haga pensar dos veces antes de hablar! ¡Ya verás tú, se lo voy a contar todo a Phi Fu y le voy a decir exactamente lo que has dicho!

—Si ya se gustan el uno al otro, vayan y cuéntenselo todos ahora mismo, así podréis empezar a hacer «cosas» juntos —me dijo con una sonrisa traviesa.

—¡¡Oye!! —exclamé, poniéndome rojo como un tomate.

—Me refiero a salir juntos, ir de citas y pasar tiempo juntos. ¿En qué estabas pensando tú, eh? —me respondió riéndose.

¡Qué forma tan ambigua y confusa tienes de hablar! ¡Cualquiera pensaría lo que no es!

Es verdad que aparento estar siempre obsesionado con esos temas, y que parezco muy abierto, atrevido y sin vergüenza, pero si somos totalmente sinceros y hablamos con la verdad... mi experiencia en ese ámbito es absolutamente nula y cero. Aunque parezca que salgo mucho, que hablo con todo el mundo y que tengo mucha confianza, si llegamos al punto de tener relaciones íntimas o algo así, te aseguro que nunca lo he hecho ni una sola vez en toda mi vida.

¡Ja...! De nuestro grupo de tres amigos, los que son realmente peligrosos y tienen experiencia son Tai y Tian. Si tuviera que hablar de esos dos... estoy seguro de que ya son unos verdaderos expertos en todo eso. Por eso yo siempre intento estar «preparado» y saber de qué va el tema; hace mucho tiempo que tengo curiosidad y ganas de probarlo, pero el problema es que estos dos siempre se comportan como si fueran mis propios padres y me lo impiden o me detienen cada vez que pueden. Nunca me han dejado tener una experiencia real ni de verdad ni una sola vez. Por eso soy el único de todo el grupo que sigue estando soltero y que no tiene ninguna experiencia con nadie.

Solo de pensarlo ya me pongo muy frustrado y me da mucha rabia... ¿¿por qué todo el mundo siempre intenta detenerme y controlarme?!

—Entonces... ¿cuándo se lo vas a contar a mi hermano? —insistió Tai de nuevo.

—Bueno... cuando todo esté listo y sea el momento adecuado —le respondí, sin saber muy bien cuándo sería eso.

—¿Y cuándo crees tú que será ese momento? —siguió preguntando, sin dejarme tranquilo.

—¡¡No me presiones ni me agobies, por favor!! —le pedí, ya un poco alterado.

—Lleva mucho tiempo esperando por ti, Moo. Mucho tiempo —me dijo con voz suave y seria.

—Ya lo sé, soy consciente de ello —le respondí bajito.

—Si tardas mucho o te retrasas demasiado, te aseguro perfectamente que otra persona llegará antes que tú y se lo llevará —me advirtió con mucha seguridad.

—¿Pero de qué estás hablando? ¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté, confundido y un poco asustado.

Tai no me respondió con palabras, sino que simplemente agarró su propio teléfono móvil. Estuvo un rato deslizando el dedo por la pantalla buscando algo, y luego me lo enseñó delante de mis ojos. Al principio no sentí nada especial ni me llamó la atención, pero en cuanto empecé a leer los mensajes que se habían enviado Tai y su hermano mayor, fue entonces cuando fruncí el ceño con mucha fuerza y empecé a sentirme muy mal y molesto.

Fu Tong Qing Shan: He oído que te emborrachaste y te quedaste a dormir en la habitación de Moo. Deja ya de beber tanto. ¿Cuál es el problema que tenéis en vuestro grupo con el alcohol? ¡Dios mío, qué pesados sois!

Fu Tong Qing Shan: Voy a pedirte prestado tu coche. Si lo dejas ahí en casa, solo se llenará de polvo.

Tai Tong: ¿A dónde vas?

Fu Tong Qing Shan: Quedé con alguien.

Tai Tong: ¿Con quién? ¿¿Con Kim??

Fu Tong Qing Shan: Sí. Kim me invitó a salir. Dijo que me invitaría a comer Shabu.

¿¿Kim?? ¡¿Ese chico llamado Kim?!

—Ya te lo digo yo, este chico es una competencia muy dura y difícil —me advirtió Tai con mucha seriedad.

—¿Qué dices? —le pregunté, sintiendo que se me encogía el corazón.

—Ya lo has visto antes, ¿verdad, Moo? Sabes perfectamente cómo es —insistió él.

... No supe qué responderle, me quedé totalmente callado.

—Es exactamente el tipo de chico que le gusta a mi hermano. Es muy guapo, adorable y muy cariñoso —siguió diciendo, como si nada.

¡Maldita sea! ¡Este Tai sabe perfectamente cómo meter cizaña y causar problemas entre nosotros!

Solo con escuchar a mi amigo hablar así, la imagen de ese chico apareció automáticamente en mi mente. Era un estudiante nuevo, de piel muy blanca y suave, ojos grandes y rasgados, mejillas regordetas y una estatura muy pequeña y menuda... Un chico tan dulce y encantador que parecía sacado directamente de una novela romántica. Solo de pensarlo sentí que todo me daba vueltas y me mareaba. Me miré a mí mismo y luego pensé en él, y sentí un dolor agudo en el pecho. ¡¿Por qué somos tan distintos el uno del otro?! ¡No tenemos nada que ver!

¡Ay...! ¿Entonces van a verse y a salir juntos así de tranquilo? ¿Y lo va a invitar a comer? ¡Qué rabia me da!

¡Ay, Dios mío! ¡Moo, por favor, no le hagas tanto caso a Tai ni creas todo lo que dice! Seguramente Phi Fu solo quedó con él para hablar de trabajo o asuntos importantes. ¡No es nada más que eso, te lo aseguro!

—¿Y luego qué? ¿Qué más dice? —le pregunté con voz temblorosa.

—Últimamente he escuchado que no deja de mencionar a Kim en todas partes y a todas horas —me contó Tai, mirándome fijamente.

... Seguí sin decir nada, pero sentía que cada vez me dolía más el corazón.

—Dice que es muy guapo, muy inteligente y que además tiene un carácter excelente y maravilloso —siguió enumerando, sin parar.

... Seguía callado, sintiendo cómo se me llenaban los ojos de lágrimas.

—Creo que le gusta bastante, la verdad —terminó diciendo con una media sonrisa.

¡No, Moo, no le creas ni una sola palabra de lo que dice! Phi Fu no tiene absolutamente nada que ver con él ni tiene ningún interés. Solo quedaron para hablar de cosas serias y personales entre ellos dos. No hace falta que le prestes ni la menor atención. Saber estas cosas solo sirve para confundirme y hacerme daño. ¡Yo no soy de los que se ponen celosos de Phi Fu! ¡En absoluto! ¡Ni siquiera tengo un poquito de celos, te lo juro!

—¿Moo? —me llamó Tai, dándose cuenta de mi silencio.

—¿Q-qué pasa? —le respondí, intentando que no se me notara lo mal que me sentía.

—Sé exactamente en qué restaurante de Shabu están —dijo Tai con una sonrisa maliciosa.

¡Lo odio...! ¡Odio a Tai con toda mi alma! ¡Lo odio muchísimo!

¿Cómo he podido llegar hasta este punto? ¡Al punto de tener que hacerle caso a todo lo que me dice y meterme en estos líos!

Solo bastaron unas pocas palabras susurradas al oído para que terminara aquí, parado justo delante de este restaurante. Llevamos casi diez minutos espiando desde la entrada, escondidos como dos ladrones. Y por supuesto que es aquí donde está Phi Fu: el coche que le prestó Tai está aparcado justo delante de la puerta, no hay ninguna duda. Me rascaba la cabeza con ansiedad, sin saber muy bien si debía entrar, irme o quedarme aquí parado sin hacer nada.

—Da igual, Tai. Mejor vámonos ya de aquí —le dije, intentando dar media vuelta.

—Entremos —me insistió, agarrándome del brazo.

—¡Ni hablar! Si entramos, Phi Fu me verá enseguida y me pillaré —le respondí, asustado.

—¡Que entremos, he dicho! —repitió sin dejarme escapar.

—Es un asunto que solo le concierne a él y a ese chico. No quiero meterme ni interferir ni molestar —intenté explicarle, con el corazón hecho pedazos.

—Pues entonces nos sentamos y miramos de lejos sin hacer nada —propuso con mucha calma.

—¡No quiero hacer nada de eso! —me negué con todas mis fuerzas.

—¡Entra ya, vamos, vamos, vamos! —me empujaba sin parar, sin darme ni un segundo de respiro.

¡Ay, Dios mío! ¿Pero qué le pasa a Tai hoy? ¿Por qué se ha puesto tan insistente y terco de repente? ¡No lo reconozco!

Al final, no tuve más remedio que ceder y entramos juntos al restaurante. Íbamos estirando el cuello y mirando por todos lados, tratando de pasar desapercibidos, hasta que al fin encontramos la mesa donde estaba Phi Fu. En cuanto lo vi, agarré a Tai con fuerza y lo acerqué a mí para escondernos lo mejor posible. De momento, por suerte, todavía no se había dado cuenta de que estábamos aquí.

—Maldita sea... ahí está Phi Fu sentado... no puedo soportar ver esto. Vámonos ya, por favor —le supliqué, sintiendo que me ahogaba.

—Entonces vamos a sentarnos en aquella mesa de allí, al otro lado —me dijo, señalando un rincón.

—¡¡No, Tai, no!! ¡Oye, Tai, escúchame! —le susurraba con desesperación, pero él no hizo el menor caso de nada de lo que yo le decía.

Me arrastró con él hasta llegar a una mesa que estaba totalmente vacía y situada en el lado opuesto del local. Desde donde estábamos sentados era bastante difícil que nos vieran, pero no era imposible ni seguro al cien por cien. Si Phi Fu decidía girarse y mirar bien hacia aquí, nos habríamos acabado y nos habría pillado sin ninguna duda.

—Pero ¿qué estás haciendo ahora mismo, Moo? —me preguntó Tai, al ver que me escondía.

—No quiero que me vea ni sepa que estoy aquí —le respondí, metiendo la cabeza detrás de un árbol decorativo que había al lado de nuestra mesa.

Estaba tan agachado y escondido que Tai tuvo que empezar a darse masajes en las sienes, totalmente agotado y resignado por mi comportamiento. Y poco después, me dio una patada por debajo de la mesa para obligarme a sentarme bien y recto y dejar de hacer el ridículo. Nos quedamos mirándonos el uno al otro fijamente, discutiéndonos solo con las miradas, tan ocupados estábamos que casi se nos olvida por un momento por qué habíamos venido y a quién estábamos vigilando. Le saqué la lengua y le puse una cara muy fea y burlona, y luego volví a ocuparme de espiar a esos dos que estaban en la otra mesa, que seguían hablando, sonriendo y riéndose de vez en cuando, como si estuvieran muy a gusto juntos.

No pude evitar mirar también a Kim. ¡Dios mío! Cuando ese chico sonrío, es como si alguien le enfocara con un foco brillante directamente a la cara: ¡tiene una sonrisa deslumbrante y preciosa! Parece uno de esos actores o modelos que salen siempre en la televisión, tan guapo y perfecto que parece mentira que sea real.

«¡Vaya... no hay ni punto de comparación entre los dos, Moo!»

Está bien, lo admito sin más: Kim es mucho más guapo y adorable que yo, y por mucho. Solo con verlo así, me doy cuenta clarísimamente de que es exactamente el tipo de persona que siempre le ha gustado a Phi Fu. Si le sonrío de esa forma tan dulce y brillante, sería un verdadero milagro que Phi Fu no se derritiera totalmente y cayera rendido a sus pies al instante.

Sin embargo, mientras seguíamos observando todo con mucha atención, la actitud de la persona que estaba sentada de espaldas a nosotros cambió de repente y por completo. De estar sentado tranquilo y relajado, de pronto alargó la mano con mucho cuidado y ternura para limpiarle la comisura de los labios al otro chico. Abrí los ojos tanto que casi se me salen de las órbitas por la impresión y el dolor.

¡¿Q-qué está pasando...?! ¡¿Cómo es posible que Phi Fu esté limpiando la boca de Kim con tanta delicadeza y cariño?!

Capítulo 22

—¡Ya era hora! —exclamó Tai con voz fuerte y clara.

Pero yo no escuché ni una sola palabra de lo que decía. Seguía allí sentado, inmóvil y rígido, mirando fijamente todo lo que estaba pasando delante de mis ojos sin ni siquiera parpadear ni un segundo. Jamás en toda mi vida me habría imaginado que algún día llegaría a ver con mis propios ojos cómo Phi Fu trataba así a otra persona, con esa ternura y atención que creía que solo eran para mí. Es verdad que Phi Fu siempre se comporta como un hermano mayor perfecto y ejemplar, que se preocupa por todo el mundo y que ya ha enamorado y cautivado a muchísimas personas con su forma de ser; pero cuando se trata de contacto físico o gestos cariñosos... podía decirlo con total seguridad y confianza: aparte de su propio hermano de sangre, ¡solo yo tenía ese privilegio y ese lugar especial en su vida! Nadie más.

—¡Qué guapo y adorable es Nong Kim, ¿verdad?! —comentó Tai con una sonrisa tranquila.

—¡¡TAI!! —grillé, girándome bruscamente hacia él y frunciendo el ceño con mucha rabia y dolor.

Tai me miró totalmente confundido y extrañado, como si no tuviera ni la menor idea ni entendiera qué era lo que había dicho de malo o por qué me enfadaba tanto. Claro, para él solo eran palabras normales y corrientes, un simple comentario sobre lo guapo que era, y seguramente lo había dicho sin pensar ni darle ninguna importancia ni maldad. ¡Pero es que en este preciso momento su mejor amigo se estaba muriendo de dolor y de celos solo de verlos y escucharlo! ¡Solo oírle decir eso me hacía hervir la sangre de la rabia que sentía!

¡Uf! ¡Si ya le he contado claramente a Tai todo lo que siento y lo mucho que me gusta Phi Fu...! ¿Cómo se atreve todavía a decirme delante de mí que Nong Kim es tan guapo y encantador? ¡¡Lo que debería estar haciendo es alabarme y apoyarme a mí, que soy su amigo!! ¿Por qué tiene que estar todo el rato alabando y diciendo cosas buenas de ese tal Kim? ¡No lo entiendo!

—¡Bah! No es para tanto, es totalmente normal y corriente —le respondí con desdén, intentando restarle importancia.

—Dicen que es casi como una celebridad, que tiene muchísimos seguidores y fama en las redes sociales —siguió contando Tai, como si nada.

—¿Y qué me importa eso a mí? ¿Qué tiene de especial ni de emocionante ser así? —le pregunté con tono de desprecio y rabia contenida.

—¡Y también tiene un carácter maravilloso!

—Hay mucha gente con mejor carácter que el suyo —respondí con desdén.

—¡Y es súper adorable, como un cachorrito pequeño y tierno!

—¡Yo también soy adorable! —exclamé, ofendido.

—Mejor mírate al espejo y repítetelo a ti mismo, Moo —me contestó sin ningún miramiento.

¡Ya está bien! ¡¡Estoy a punto de gritar de la rabia!! ¿Por qué tienes que ponerte a enumerar una por una todas las cualidades y virtudes de Nong Kim? ¡No quiero saber nada de él ni de lo bueno que es! ¡Déjame en paz de una vez!

Le empujé la cabeza con fuerza para que se callara y volví a fijar la mirada en la mesa donde estaban ellos dos. Por la cantidad de comida que tenían encima, estaba claro que se iban a quedar allí sentados todavía bastante tiempo. Así que al final Tai y yo también pedimos nuestra comida. Desde este sitio, podía seguir espiándolos sin problemas. Menos mal que teníamos esa planta artificial justo delante, que nos servía de pantalla; si por casualidad Phi Fu decidía darse la vuelta, tenía tiempo suficiente para esconderme detrás y que no me viera.

—Come algo, Moo. ¿A qué estás mirando con esa cara? —me preguntó Tai.

—¿De qué pueden hablar tanto rato? No paran de reírse los dos —le respondí, sin apartar la vista ni un segundo.

—¿Y por qué tienes tanta curiosidad? ¿Te interesa saberlo mucho? —insistió él.

—¡Si no me interesara, crees que te lo preguntaría, Tai? ¡Claro que me interesa! —le contesté, impaciente.

—Pues no te pongas así, como si te fuera la vida en ello. Siéntate y relájate un poco —me pidió con calma.

—¡Y por qué sonrío tanto ese chico! ¡Si sigue así se le van a quedar pegados los alimentos entre los dientes, Nong Kim, qué pesadez! —me quejé, con los celos desbordados.

—¡¡Moo!! —me llamó Tai, intentando hacerme entrar en razón, y me puso un trozo de carne en el plato.

La verdad es que en ese momento no tenía absolutamente ningún apetito ni ganas de comer nada de Shabu-shabu ni de nada. Solo había venido hasta aquí con el único propósito de vigilarlos y tenerlos controlados. Toda esa comida que tenía delante no era más que una tapadera y una excusa. Dejé que Tai comiera a gusto mientras yo seguía con la vista clavada en la otra mesa, sin perderme ni un solo detalle de lo que hacían o decían.

En serio, desde el primer instante en que empecé a observarlos, Nong Kim no había dejado de sonreír ni un solo segundo. Hablaba, se reía, contaba cosas... Me moría de curiosidad por saber qué podían tener para hablar tanto rato con Phi Fu y parecerlo tan bien juntos.

¡Qué rabia me daba todo esto! Nunca habría imaginado que la sonrisa de otra persona pudiera hacerme sentir tan enfadado, tan celoso y triste a la vez.

Tal y como me había dicho Tai antes, Nong Kim tenía un aspecto precioso y dulce, como si fuera un ángel que hubiera bajado directamente del cielo. Y en cambio, comparado con él, yo, Moo Ying, parecía como si hubiera salido arrastrándome desde lo más profundo del infierno. ¡El malo de la película, el villano por excelencia! Así me sentía yo en ese momento.

—Si estás de mal humor, desahógate comiendo, que te hará bien —me aconsejó Tai.

—No te metas en mis cosas ni en mis sentimientos —le respondí, cortante.

—Come bien, por favor, que se te está cayendo la cara de tristeza y rabia, y te estás desmoronando por momentos —me dijo con ternura y preocupación.

—¡Qué pesadez, qué molestia! —exclamé, molesto.

—¿Es que te cae mal solo con ver que mi hermano habla con él y se divierte? —me preguntó Tai con sorpresa.

—Tú no entiendes lo que estoy sintiendo, Tai... ¡Ay! ¡Me arde mucho el ojo! —grité de dolor.

Estaba pinchando un trozo de carne con los palillos y lo sumergía en la salsa, a punto de llevármelo a la boca. Pero parece que este «ángel» no me tenía nada de cariño a este «villano», porque la salsa me salpicó justo directa al ojo. Golpeé la mesa con el puño con mucha fuerza, me tapé el ojo con la mano y corrí rápidamente hacia el baño. Me ardía muchísimo, tanto que apenas podía abrirlo ni ver nada. Tenía unas ganas enormes de ponerme a llorar allí mismo. ¿Por qué me salen todo mal las cosas hoy, Moo Ying? ¿Qué he hecho yo para merecer esto?

En cuanto llegué al baño, me lavé bien el ojo con mucha agua fresca y limpia. Cuando la sensación de ardor se calmó un poco, levanté la cabeza y me miré al espejo. Parpadeé varias veces seguidas, procurando no frotarme ni tocarme, ya que me habían dicho que eso empeora las cosas. Tenía toda la cara ardiendo y roja, así que tardé unos buenos minutos en recuperarme y calmarme. Cuando por fin pude verme bien los ojos, vi que estaban totalmente rojos e hinchados. ¡Qué aspecto tan horrible tenía en ese momento!

—¡Ejem...! —se escuchó una voz de repente a mis espaldas.

Al oír esa voz tan conocida, me giré inmediatamente y me puse de pie muy derecho y rígido, intentando actuar con toda la normalidad del mundo y que no se notara nada de lo que estaba pasando. ¡Era Phi Fu! ¡Acababa de entrar al baño!

¡Maldita sea! ¡Me ha descubierto, ya se ha dado cuenta de que estoy aquí!

—¿Tú también has venido a comer aquí? —me preguntó con voz tranquila.

—Sí... he venido con Tai. Tenía muchas ganas de comer shabu-shabu —le respondí, intentando parecer lo más natural posible.

—¡Qué casualidad tan grande, ¿verdad?! —comentó él.

—¿Cómo dices? —le pregunté, con el corazón en un puño.

—Nada, nada, solo digo que es una gran coincidencia. Yo también he venido a comer aquí —me explicó, levantando una ceja con esa expresión suya que me pone siempre tan nervioso.

No sé muy bien por qué, pero esa mirada y esa forma de hablar me inquietaron y me molestaron de una forma extraña y difícil de explicar. Sonrió muy levemente y se acercó al lavabo que estaba justo al lado del mío para lavarse las manos. Yo me aparté rápidamente todo lo que pude, tratando de poner distancia entre los dos.

—No te frotes el ojo —me dijo con voz suave pero firme.

Mi mano, que ya se estaba levantando instintivamente para tocarme o frotarme, se quedó totalmente parada y quieta en el aire al instante en que escuché sus palabras. Cuando terminó de lavarse las manos, se giró y se quedó mirándome fijamente y sin decir ni una sola palabra. Mi corazón empezó a latir con tanta fuerza y velocidad que pensé que se me iba a salir del pecho en cualquier momento. Tenía un miedo terrible a que se enterara de que lo habíamos seguido hasta aquí y de que lo estábamos espiando todo el tiempo.

Phi Fu se fue acercando poco a poco hacia mí y se quedó mirándome muy atentamente, sin apartar la vista ni un segundo. En ese preciso instante, me sentí exactamente igual que un niño pequeño que intenta inventar excusas tontas para ocultar una travesura que ha hecho. Mis ojos iban de un lado a otro sin parar, sin saber dónde mirar ni qué hacer, y Phi Fu se dio cuenta de inmediato y empezó a mirarme con mucha sospecha y desconfianza.

¡Maldita sea, Moo Ying! ¿A quién estás intentando engañar? ¡Se te nota todo en la cara y en la forma de actuar!

—¿Por qué me miras así con esa cara? —le pregunté al final, incapaz de aguantar más esa situación tan tensa.

—Tai me contó que te entró salsa en el ojo —me dijo con calma.

—¿Y tú... ya te habías encontrado con Tai antes? —pregunté, con el corazón a punto de salirse del pecho.

—Los vi entrar juntos al restaurante —respondió él, mirándome fijamente.

¡¿Cómo...?!

¡Así que Phi Fu sabía perfectamente que estábamos aquí desde el mismísimo principio!
¡Dios mío! Me ha descubierto totalmente, no hay ninguna duda. Nunca en toda mi vida me había sentido tan avergonzado y expuesto como ahora. Solo tenía ganas de salir corriendo hacia mi casa y esconderme bajo la cama para no ver a nadie nunca más.

—Solo vine a comer shabu-shabu. Tai tenía hambre y me trajo con él —intenté explicarle, poniendo la cara más inocente que pude.

—Qué cosa más extraña... —comentó él, con una media sonrisa.

—¿Qué es lo que te parece tan raro? —le pregunté, poniéndome a la defensiva.

—Yo mismo le dije a Tai esta mañana que venía a comer aquí. De hecho, lo invité a venir conmigo, pero me dijo claramente que no tenía ninguna gana y que prefería no venir —me reveló, con esa mirada que lo dice todo.

¡¡Ah...! ¡¡Tai!! ¡Ese amigo mío tan traicionero! ¿Por qué se porta así conmigo? ¿Y por qué tengo que enfrentarme yo solo a Phi Fu y a todas sus preguntas difíciles?

¡Tenía unas ganas inmensas de ir hasta donde estaba y darle un buen golpe en la cabeza!
¡Me ha puesto en una situación muy sospechosa y desagradable, y ahora no sé ni cómo salir de ella!

—¿Por qué me haces tantas preguntas y me interrogas así? Si quieres saber algo, ve y pregúntaselo a tu propio hermano. ¿Por qué me lo preguntas todo a mí? ¡Solo vine aquí como acompañante de Tai, nada más! —le dije, ya un poco alterado y nervioso.

—¿¿De verdad crees que eso me convence?? —me respondió él, levantando una ceja con mucha duda.

—¡Basta ya de preguntas! Apártate y déjame pasar, que me voy ya mismo —le ordené, decidido a terminar esta conversación cuanto antes.

Decidí ponerle fin a todo esto aquí mismo y ahora mismo. Lo empujé suavemente a un lado y salí rápidamente del baño, dirigiéndome directamente hacia nuestra mesa. En cuanto vi la cabeza oscura de Tai sentado allí tan tranquilo, me acerqué de un salto y le di un empujón muy fuerte con toda mi rabia. Él solo se quejó un poco y me hizo el gesto de la señal del dedo medio, sin inmutarse ni un poco.

—¡Me has metido en un lío enorme otra vez, Tai! —le susurré con rabia contenida.

Me senté rápidamente en mi sitio al ver que Phi Fu salía del baño y venía caminando directamente hacia donde estábamos nosotros. Empecé a comer mi carne con mucha prisa y sin ganas, intentando fingir que todo era totalmente normal y que no pasaba absolutamente nada extraño. Phi Fu se quedó de pie al lado de nuestra mesa, con las manos metidas en los bolsillos, mirándome a mí y luego a su hermano pequeño. Tenía toda la pinta de que quería decirme algo importante, pero justo antes de que pudiera abrir la boca, alguien más se acercó a nuestra mesa y se detuvo allí mismo. Me quedé totalmente paralizado y sin reacción cuando vi que se trataba de Nong Kim, el mismo chico que estaba comiendo y hablando con Phi Fu.

¡Y vi claramente esa mano que se agarró con mucha dulzura y confianza a la manga de la camiseta de Phi Fu! ¡Como si fuera algo totalmente habitual y normal entre ellos dos!

—¿Nos vamos ya, Phi? —le preguntó con su voz dulce y suave.

—¡Ah, se me había olvidado presentarlos! Chicos, les presento a Nong Kim —dijo Phi Fu con total naturalidad.

... Me quedé totalmente callado y sin saber qué decir ni hacer, mirándolos a los dos con una mezcla de rabia, dolor y confusión.

—Kim, ya conoces a Tai, es mi hermano menor. Y él es Moo —nos presentó Phi Fu.

Al ver que en la mesa había gente que ya conocía, Nong Kim juntó las palmas de las manos en señal de saludo, muy educado y amable. Esa sonrisa enorme y brillante volvió a iluminar su rostro de estudiante de primer año. Yo apreté los palillos con tanta fuerza que casi se me rompen entre los dedos.

No estaba enojado por ver la cara de Nong Kim. Lo que me dio rabia fue que Phi Fu solo me presentó diciendo mi nombre, y nada más.

«Y él es Moo». ¿Así nada más? ¿Solo eso?

Mientras más lo pensaba, más me enfadaba. A Tai al menos lo definió como su hermano menor, con un puesto y un título claro. ¿Y yo? Ni siquiera sabía cómo debía definirme yo mismo ante Phi Fu. Si me hubiera dicho que era como un hermano menor, no lo era. ¿Parte de la familia? Tampoco. ¿Un conocido? Ja, si se le ocurría decir eso, le iba a tirar toda la sopa caliente encima de la cabeza sin pensarlo dos veces.

¡Uf...! En resumen, lo que realmente me tenía tan molesto y triste era, precisamente, no saber cuál era mi lugar ni mi situación entre él y yo.

Yo no quería ser solo como un hermano menor, ni un pariente lejano, ni simplemente alguien conocido. Quería ser algo más, algo importante y único para él.

Pero, ¿qué podía hacer yo? En ese momento, lo único que me quedaba era quedarme callado, con la rabia y la tristeza acumuladas en el pecho. Me quedé ahí sentado con una cara larga y un gesto amargado. Phi Fu tenía a Nong Kim justo a su lado, y parecía que iban a estar siempre juntos, sin separarse. Se notaba que le tenía mucho cariño o que le gustaba bastante, porque no se apartaban el uno del otro ni un segundo. Y claro que era así: Nong Kim era muy educado, adorable, dulce y exactamente el tipo de persona que a Phi Fu siempre le había gustado y buscado.

¿Cómo podía alguien tan complicado y problemático como yo competir con alguien como él? Era imposible.

—Ya estoy lleno —dije de repente, dejando los palillos sobre la mesa.

—¿Cómo? —me preguntó Tai sorprendido.

—Que ya estoy lleno. Me voy a ir ya —repetí poniéndome de pie de un tirón.

—¡Moo, espera un momento! —me llamó Tai con preocupación, pero yo hice como que no lo escuchaba ni lo oía.

Si no tenía ganas ni humor para comer, no iba a quedarme ahí solo por quedarme. Dejé algo de dinero sobre la mesa para que Tai pagara su parte y salí del restaurante inmediatamente, sin mirar atrás ni un segundo. Podía volver a casa perfectamente en taxi. Lo mejor que podía hacer en este momento era salir de ahí, respirar aire fresco y aclarar un poco mis ideas y mis pensamientos. No sé qué me ha estado pasando últimamente, pero parece que cualquier cosa, por pequeña que sea, si tiene algo que ver con Phi Fu, me hace ponerme demasiado sensible, triste o enojado. Todo lo que hace o dice me afecta mucho más de lo que debería.

¡Que se quede Tai comiendo solo! Se lo tiene bien merecido, ya que todo esto es culpa suya por convencerme y obligarme a venir aquí con él. ¿Verdad que sí?

¡Y que Phi Fu se vaya a donde quiera con ese chico! ¡Ya no me importa nada, me da igual todo! ¡Ja!

—¡Moo... ¡Moo! ¡Oye, espera! —me gritó detrás de mí.

Apenas había salido a la calle para parar un taxi, cuando vi que aparecía justo a mi lado. Era el mismísimo hermano mayor de Tai. Estaba solo; ni rastro del chico de cara dulce y sonriente. Phi Fu levantó levemente una ceja al ver que lo ignoraba por completo y que yo solo miraba hacia todos lados buscando un auto.

—¿¿Ya te vas?? —me preguntó.

—Sí —respondí cortante, sin ni siquiera mirarlo a los ojos.

—¿Ya te llenaste? Pero si apenas acababas de llegar —insistió, con esa voz que me ponía de los nervios.

—¿Y cuándo dije yo que tenía hambre? Ya te lo dije claramente: solo vine porque acompañaba a Tai, nada más —le solté, con el tono más seco que pude.

—¡Ah, ya veo! Entonces viniste solo de acompañante... y ahora te vas porque ya no tienes hambre —repitió, como si estuviera anotando cada palabra.

—Exactamente —le contesté en cuanto se detuvo el taxi que había pedido.

Me di la vuelta y me metí rápido al auto, con la intención de huir de allí cuanto antes. Cuanto más tiempo me quedara mirándolo, más se me venían a la cabeza las imágenes de cómo se reía, hablaba y se divertía con Nong Kim, y sentía que el pecho me ardía por dentro de pura rabia y dolor.

—Yo pensaba que estabas celoso —me dijo de repente, con esa calma que lo caracteriza.

—¿¡QUÉ...?! ¿¿Yo?? ¿¿Celoso?? ¡¡Para nada!! ¿¿De qué cosa me voy a poner celoso yo?? ¡¡Qué tonterías estás diciendo!! ¡¡¿Yo, Moo, celoso de ti, Phi Fu??!! ¡¡Ni lo sueñes!! ¡¡No te creas tan importante ni tan especial!! Ya eres todo un hombre hecho y derecho, deja de decir estupideces y de hacer el ridículo. ¿Es que ni siquiera te das cuenta de las cosas que dices? —le solté todo de golpe, sin parar ni respirar, alteradísimo.

—Tranquilo, Moo... cálmate, que me estás asustando —me dijo con suavidad, viéndome así de exaltado.

Yo no le hice ni caso, me metí en el taxi y le dije al chofer que arrancara y se fuera rápido de ahí. Iba que echaba humo de la rabia. Eché una última mirada hacia atrás y lo vi parado en la acera, rascándose la cabeza con cara de no entender absolutamente nada de lo que estaba pasando, y eso solo me hizo sentir más furia y frustración todavía. ¡Hace apenas unos segundos tuvo la desfachatez de decirme que estaba celoso de él! ¡Ja! ¡Lo que me pasaba era que me tenía hartado, molesto y enfadado, solo eso! ¡Sentados tan juntos, comiendo, riéndose y haciéndose cariños... estaba clarísimo que Nong Kim le gustaba muchísimo y que estaba muy a gusto con él!

Saqué el teléfono y me fui directo al perfil de Instagram de Nong Kim. Y claro... acababa de subir una historia donde se veía a sí mismo comiendo shabu-shabu, con un mensaje súper dulce y agradecido, y encima tenía etiquetado a Phi Fu en letra grande y bien visible. Me removí incómodo en el asiento, con unas ganas inmensas de ponerme a gritar y romper cosas de la rabia que sentía.

Llegué a la residencia, pagué el taxi, subí corriendo las escaleras y entré en mi cuarto para tirarme de golpe y con toda mi fuerza sobre la cama, como si quisiera desaparecer allí mismo.

—¡Uf...! —solté un largo suspiro mientras me dejaba caer boca abajo sobre la almohada.

Me retorcí y me moví por toda la cama hasta que las sábanas quedaron totalmente revueltas y desordenadas. Estaba tan alterado y disgustado que no podía controlar ni mis sentimientos ni mis emociones. Intenté jugar un rato con el celular para distraerme, pero no había caso: no tenía ni el humor ni las ganas para nada. Apenas lograba calmarme unos segundos, cuando de nuevo aparecían en mi mente las imágenes de Nong Kim y Phi Fu sonriéndose el uno al otro, felices y a gusto. Por más que intentaba sacármelas de la cabeza y olvidarlas, no había forma: siempre volvían a aparecer, una y otra vez.

Al final, abrí esa aplicación de citas. Era mi última opción, lo único que me quedaba. Y, obviamente, cada vez que pensaba en esa aplicación, lo primero que se me venía a la mente era él: Phi Tong, la persona de la que estaba enamorado en secreto. Tenía la esperanza de que él pudiera ayudarme a sentirme mejor ahora mismo.

Ya lo tenía todo planeado: si Phi Fu seguía tratándome como un juguete o sin tomarme en serio y nunca me pedía que fuera su pareja oficial, entonces cambiaría de opinión y me quedaría con Phi Tong. ¡Ya vería él! Si salgo con Phi Tong, se lo voy a restregar por la cara al hermano mayor durante tres días seguidos sin parar. ¡Ya verás tú cómo me las pago!

M: Phi Tong, ¿dónde estás?

Le escribí yo primero, por si acaso estaba ocupado o haciendo algo importante. Phi Tong solía desaparecer por días enteros con mucha frecuencia, tanto que a veces llegaba a desanimarme y a hacerme pensar que ya no le importaba nada. Muchas veces llegué a creer que me había bloqueado o que ya no quería saber nada de mí, pero siempre terminaba respondiendo al cabo de un tiempo. A veces tardaba un día, dos, tres... o incluso una semana entera. Pero nunca me enojaba ni me molestaba por eso. Entendía perfectamente que eso era lo más normal del mundo cuando uno usa aplicaciones de citas.

Pero... ¿por qué me tenía que pasar esto a mí tan seguido y siempre? Eso era algo que realmente no lograba entender ni aceptar.

Tong: Aquí estoy.

¡¡¡Sííí!!! ¡Por fin! ¡Hoy es el día! Por fin vamos a poder hablar de verdad, como se debe, y no solo a base de mensajes cortos y sin sentido.

M: Estoy súper aburrido, Phi.

M: ¿Tienes ganas de verme, Phi Tong?

Tong: ¿En serio lo dices?

M: Sí, tengo muchas ganas.

M: «Tengo ganas de verte». Me equivoqué al escribirlo y ya no pude corregirlo ni borrarlo.

Le envié el mensaje y me quedé mirando fijamente la pantalla del celular, esperando su respuesta. La verdad es que hacía ya bastante tiempo que tenía muchas ganas de verlo en persona, de verdad. Muchas veces había pensado en invitarlo a almorzar o simplemente a dar un paseo juntos, sin prisa y con calma. No tenía por qué ser nada especial ni mucho menos nada íntimo ni comprometedor. Desde que me enteré de que él se había metido en esa aplicación solo porque sus amigos lo habían presionado y obligado, nunca esperé ni pedí nada en especial ni nada serio de él. Sabía muy bien que no había ningún riesgo ni posibilidad de que las cosas llegaran a ir mucho más allá de lo que eran en ese momento.

Pero aunque todavía no nos habíamos visto en persona, ya le había enviado no sé cuántas fotos un poco atrevidas y sugerentes. ¡Jiji! La verdad es que creo que yo soy el que más puso de su parte en todo esto.

Y también Phi Tong me mandaba fotos así de él. (Aunque seguramente ya lo tenía tan harto y lo molestaba tanto que solo me contestaba y me enviaba cosas para que lo dejara en paz de una vez). Pero para mí, todo eso valía la pena. Era como la medicina perfecta para alguien como yo, que se moría de ganas y estaba loco por los hombres. Y ni qué decir del cuerpo de Phi Tong... solo puedo decir que era algo increíble, que se te hacía agua la boca de solo verlo.

M: En serio, de verdad tengo muchas ganas de conocerte mejor. ¿Podemos agregarnos en Line?

M: Mira, te paso primero el mío: @m_y_issupersexy_xx

Tong: ¿Lo dices en serio?

M: Sí, muy en serio. Si cuando me veas en persona no te gusto, no pasa nada: podemos quedar solo como amigos o como hermanos, sin más.

Tong: ¿Tantas ganas tienes de verme? Pues te advierto una cosa: yo no siento nada serio por ti, ni tengo intenciones de tener algo contigo.

¡Qué forma tan brusca de bajarme los ánimos y quitarme las ilusiones! Phi Tong me dejó helado y sin saber qué decir. Claro que yo no tenía ni la menor posibilidad de competir con la persona que él realmente llevaba en su corazón y de la que estaba enamorado. ¡Bueno, pues entonces seremos hermanos! ¡Tengo muchísimos primos y parientes, y te aseguro que ninguno se me compara ni me gana en nada!

M: ¡Oye! Si te acuerdas, yo te ayudé muchísimo cuando tratabas de conquistar a esa persona que te gustaba, te di un montón de consejos y estrategias totalmente gratis. ¿No crees que ya es hora de que me devuelvas el favor? Solo te estoy pidiendo que nos veamos una sola vez, nada más, Phi.

Tong: Está bien, está bien. Acepto y te agrego.

M: ¡¡Qué bien!! ¡Genial! O bueno, si tú no quieres agregarme a mí primero, mándame tu nombre de usuario y yo te busco y te agrego a ti.

Moo Ying no cabía en sí de la alegría, sonreía de oreja a oreja. ¡Por fin iba a poder hablar y conocer al verdadero Phi Tong, a la persona con la que llevaba tanto tiempo hablando! Esperó unos minutos y al poco rato Phi Tong le mandó su identificación de usuario. En cuanto lo recibí, lo copié rápido, abrí la aplicación de Line y me puse a buscarlo lleno de emoción y ansiedad.

Pero en el momento en que apareció el resultado en la pantalla, me quedé totalmente paralizado y rígido. Por un segundo sentí que hasta dejaba de respirar. Fue como si mi corazón, que antes latía a mil por hora de la emoción, se hubiera detenido de golpe y por completo.

¡Espera... espera un momento! ¡¿No es este... el perfil de Line de Phi Fu?!

¡¿Pero qué diablos significa todo esto?! ¡¿Cómo puede ser posible?!

—¡¡¡AAAAAAHHHHHH!!! —grité con todas mis fuerzas, sin poder creer lo que estaba viendo.

Capítulo 23

¡¡Qué impresión tan fuerte!! ¡¡No me lo puedo creer!!

Moo Ying estaba totalmente aturdido, bajo el efecto de una impresión enorme y brutal.

¿Qué diablos está pasando? Jamás en toda mi vida me había pasado algo que me golpeará tan fuerte como esto. Me quedé inmóvil unos instantes, con la mente completamente en blanco. Cuando volví a mirar el celular para comprobarlo otra vez, sentí un miedo aún más intenso. De repente, el aparato empezó a vibrar y en la pantalla apareció una llamada entrante.

¡Maldición! ¡Es Phi Fu el que está llamando! ¡Ay no, seguro que ya se enteró de todo!

No tenía ni la menor intención de contestar. ¿Quién se hubiera imaginado jamás que Phi Fu y ese Phi Tong al que yo creía tan atractivo y deseable fueran exactamente la misma persona?

No, eso no puede ser verdad... Seguro que Phi Fu usaba fotos de otra persona.

¿Cómo es posible que alguien como Phi Fu tenga un cuerpo tan atractivo? No me lo creo. ¡Esto no puede ser verdad!

Decidí rechazar la llamada, tiré el celular sobre la cama y empecé a caminar de un lado a otro, mordéndome los dedos como si fuera una rata enjaulada. Me revolví el cabello hasta que parecía un nido de pájaros. Jamás me hubiera imaginado que algo así me pudiera pasar a mí. ¿Quién iba a pensar que alguien como Phi Fu se registraría en una aplicación de citas? ¡Y encima con un cuerpo tan impresionante! Bueno, tal vez las fotos no eran realmente de él... pero yo ya me había hecho a la idea de que ese era el cuerpo de Phi Tong.

Pero lo más grave de todo... es que yo le había enviado muchísimas fotos muy atrevidas a Phi Tong.

¡Ay no! ¡Eso significa que prácticamente se las envié a Phi Fu!

Me duele la cabeza... ¿Cómo es posible que todo se haya vuelto tan complicado?

¿Y ahora cómo voy a poder mirar a la cara a Phi Fu? Moo Ying... ¿por qué el destino se está portando tan cruel contigo?

Esto ya no tiene arreglo. Creo que lo mejor que puedo hacer es ir a buscar alguna forma de purificarme y limpiarme de toda esta mala suerte. Últimamente han pasado demasiadas cosas fuertes y complicadas en mi vida.

Me di unas palmadas en las mejillas para tratar de reponerme, y luego me senté al borde de la cama intentando calmarme. Traté de no pensar demasiado en todo esto, porque el daño ya estaba hecho y no había forma de cambiarlo... Pero al final no logré tranquilizarme ni un poco. Me tiré de cuerpo entero sobre el colchón, me cubrí completamente con la cobija y decidí no pensar más en nada. En este momento, huir del problema me parecía la mejor opción. Tenía que dejarlo estar, aceptar la situación y seguir adelante. Un poco de sentido común, por favor, Moo Ying...

Toc, toc, toc.

En cuanto escuché los golpes en la puerta, mi corazón, que ya casi se había calmado, volvió a latir con tanta fuerza que sentí que se me iba a salir por la boca. Mil pensamientos distintos pasaron por mi mente en un segundo. Ni siquiera me atrevía a imaginar quién podría estar llamando a mi puerta a esta hora. Apreté los labios con fuerza, me agarré más fuerte a la cobija y me hice una bolita en el fondo de la cama. Decidí no hacerle ningún caso a quienquiera que estuviera afuera. Cuando por fin dejaron de tocar, el celular que estaba a mi lado empezó a vibrar con fuerza. Sentí unas ganas terribles de ponerme a gritar. Eso confirmaba sin ningún tipo de dudas quién era la persona que estaba esperando allá afuera.

¡Es increíble! Apenas nos habíamos despedido en el restaurante, ¿cómo es posible que haya llegado tan rápido hasta la residencia?

Como no le contestaba, Phi Fu no paraba de llamarme una y otra vez. Me tenía tan harto que terminé rechazando todas las llamadas y apagando el celular. Pensé que con eso se acabaría el problema, pero apenas se apagó la pantalla, volvió a escucharse el golpeteo en la puerta.

—Moo... quiero hablar contigo un momento...

Escuchar la voz de Phi Fu atravesando la puerta me hizo sentir aún más vergüenza. No tenía valor ni para enfrentármelo. Lo único que podía hacer era quedarme ahí sentado, abrazado a la cobija como un tonto.

Uf... no quiero hacerlo. No me atrevo a mirarlo a la cara. De verdad que no puedo. Nunca debí tener tantas ganas de conocer a Phi Tong. Mira en el lío tan grande en el que me he metido. Qué mala suerte tengo, de verdad.

—Moo, ¿me dejas hablar contigo? Es algo muy importante, te lo aseguro.

...

—Por favor, Moo.

Al oírlo suplicarme de esa forma, poco a poco fui bajando las manos con las que me cubría. Respiré hondo y me acerqué despacio hasta la puerta. El corazón me iba a mil por hora y hasta me temblaban las piernas. No tenía ni idea de lo que iba a hacer, pero la voz de Phi Fu seguía pidiéndome que abriera.

—¿Me abres, por favor?

—Tenemos que hablar en serio, Moo. Ya es hora.

...

Apreté los labios con mucha fuerza, tratando de pensar qué era lo mejor que podía hacer. La voz de Phi Fu al otro lado me ponía muy nervioso. Una parte de mí quería abrir de una vez y terminar con esta angustia, pero la otra seguía llena de vergüenza y confusión. No me sentía preparado. Si hablaba con él hoy, seguramente no sabría ni cómo reaccionar ni qué decir.

Cuando se trata de Phi Fu, Moo Ying nunca logra comportarse como debe.

Al final decidí quedarme encerrado en mi cuarto. No quería hablar con nadie. Me di la vuelta, me volví a acostar y me cubrí otra vez hasta la cabeza. Tenía la cabeza llena de pensamientos y dudas. Cerré los ojos y me quedé dormido tal como estaba, dejando pasar el tiempo. Cuando me desperté de golpe, ya estaba totalmente oscuro afuera.

Me incorporé despacio y me quedé sentado en el borde de la cama, totalmente desorientado. Todo estaba oscuro alrededor. Busqué el celular a tientas, lo encendí y me quedé helado al ver la cantidad de mensajes y llamadas perdidas que tenía de una sola persona. En ese momento recordé todo lo que había pasado durante el día. Seguía sin poder creérmelo. Aún no sabía cómo reaccionar ante la realidad de que Phi Tong, a quien había querido conocer con tantas ganas, resultaba ser exactamente la misma persona que Phi Fu.

Después de pasar un buen rato solo, empecé a calmarme un poco. Ya no estaba tan aturdido ni sorprendido como antes, pero igual seguía sin imaginarme cómo iba a hacer para enfrentarlo. Me daba demasiada vergüenza... Si Phi Fu se ponía a burlarse de mí, seguro me pondría a llorar ahí mismo delante de él.

¡Grrrr!

Ah... ya son las ocho de la noche. Se me había olvidado por completo que no había probado bocado desde que salimos del restaurante. Y ni siquiera había comido casi nada estando allá.

Me levanté, prendí la luz, agarré mi cartera y bajé a comprar algo de comer. Pero apenas abrí la puerta, pegué un grito al ver que alguien se venía cayendo adentro junto con la puerta. Me quedé con la boca totalmente abierta. ¡Era Phi Fu! Estaba sentado recostado justo contra mi puerta, y por eso se vino al piso apenas la abrí.

—¡Moo, espera!

Tenía unas ganas enormes de ponerme a llorar. Yo pensaba que ya se había ido a su propia habitación, ¿pero ¿qué hacía todavía ahí sentado esperándome justo enfrente de mi puerta? ¡Ay no!

Traté de empujar la puerta con todas mis fuerzas para volverla a cerrar y que no pasara, pero hoy no tenía ninguna oportunidad contra él. Al final, Phi Fu aprovechó un momento en que me distraje y logró meterse en mi cuarto. De inmediato solté la puerta, corrí hasta la cama, agarré la cobija más gruesa que tenía y me cubrí por completo, haciéndome una bolita en el medio del colchón. Ya ni me importaba qué tan ridículo me vería a sus ojos. Simplemente no tenía valor ni para mirarlo a la cara. Me estaba muriendo de la pena, tanto que deseaba que la tierra se abriera y me tragara ahí mismo.

—Moo, por favor, ven y hablemos.

... Yo no respondí ni dije nada. Sentí que se me iba acercando. El colchón se hundió un poco a mi lado cuando se sentó ahí. El corazón me latía con tanta fuerza que hasta podía sentir los golpes sin necesidad de ponerme la mano en el pecho.

—Está bien, si no quieres mirarme, no hay ningún problema.

...

—Entonces sí eras tú de verdad, Nong M.

...

—No tenía ninguna intención de engañarte, por favor no pienses eso. De verdad que yo tampoco sabía que eras tú —me dijo.

Al escucharlo, me agarré con más fuerza a la cobija. Claro que no pensaba que él hubiera sabido que era yo. Phi Fu es un tipo muy serio y algo distraído. Es de esos que se pasan todo el día dibujando en su cuaderno o metido en sus trabajos. ¿Quién se iba a imaginar que alguien como él se bajaría una aplicación de citas?

—De verdad que también me asusté mucho cuando me di cuenta de que tú eras Nong M. Todo este tiempo estuve hablando contigo... y si te pones a pensar en las cosas que llegamos a decirnos...

...

—Cada vez que hablaba con M, todo el tiempo te mencionaba solo a ti. ¿Quién iba a decirme que Nong M y mi propio Nong Moo serían la misma persona?

Apreté los labios con mucha más fuerza todavía. Cada palabra suya hacía que mi corazón se acelerara más y más. Lo que me decía no eran frases que tuvieran nada de especial, pero al recordar todas esas conversaciones que tuvimos como M y Phi Tong, sentí que se me subía la sangre a la cara y me puse rojo como un tomate.

Es verdad... Phi Tong siempre se la pasaba hablando de «esa persona» hasta que a mí ya me tenía harto. ¡Ay, Moo! ¡Qué tonto eres! ¿Cómo es posible que no te dieras cuenta de que todo ese tiempo estaba hablando de ti mismo?

—Bueno, ya creo que es hora de que tú y yo tengamos una conversación en serio, Moo.

...

—Creo que ya sabes perfectamente lo que siento por ti. Lo que no entiendo es por qué te has tardado tanto en darte cuenta o en decidirte.

...

—¿Sabes? Esperar también cansa y desgasta. ¿De verdad quieres que siga andando detrás de ti como un fantasma, sin tener ningún derecho ni lugar a tu lado?

...

—No puedo ser cariñoso ni exigente contigo, tampoco puedo ponerme celoso, ni llamarte cuando quiera, ni ir a visitarte a tu casa, ni hacer nada de lo que uno hace con la persona que quiere... y todo solo porque entre nosotros no hay nada claro ni definido.

...

—Hace muchísimo tiempo que yo ya no quiero ser solo el hermano mayor del mejor amigo de mi hermano.

La voz de Phi Fu se volvió más suave y dulce, y luego se quedó callado. Sentí que el colchón se movía un poco; seguro que se había acercado más a mí. Yo seguía totalmente escondido bajo la cobija gruesa, hecho una bolita, y repasando en mi mente cada una de las cosas que me acababa de decir.

Es verdad... tenía toda la razón.

Sin tener un lugar definido a su lado, todo se sentía extraño y fuera de lugar. Nunca podía decir ni mostrar abiertamente lo que realmente sentía. Me acordé de lo que había pasado ese mismo día... de cuando vi a Phi Fu sonreír, reírse y hasta limpiarle la boca a Nong Kim. Esas imágenes me habían causado un malestar enorme. En ese momento traté de convencerme a mí mismo de que solo era molestia, pero ahora que lo pensaba bien... no era eso lo que sentía.

Por más que antes me había negado a aceptarlo, estaba clarísimo que sentía unos celos terribles por él.

Está bien. Lo acepto. Lo digo sin rodeos ni miedos.

¡Uf! Así que Moo Ying sí está perdidamente enamorado de este chico.

Poco a poco fui corriendo la cobija para echarle un vistazo de reojo. Phi Fu seguía sentado al borde de la cama, dándome la espalda. Se le veía con un aire un poco triste y desanimado. Al verlo así, solo me atreví a apretar los labios con fuerza. No sabía ni por

dónde empezar a hablarle. Tampoco sabía si ya se había cansado o si había perdido las esperanzas por culpa de mi forma de ser.

«Vamos, Moo. Ten valor. No lo dejes así de triste».

Respiré hondo, me arrastré despacio hasta llegar a él y le agarré con cuidado el borde de la camisa. Phi Fu dio un pequeño respingo y luego se giró para mirarme.

—¡N-no te des la vuelta todavía! —le pedí de inmediato.

—Está bien, no me voy a voltear —respondió con voz suave.

...

...

—Lo que me dijiste... de que te gusto... ¿lo decías en serio?

—¡Dios mío! ¿Me vienes a preguntar eso justo ahora? ¡Ay! Está bien, ya entendí. —Le di un pellizco muy fuerte en el costado y soltó un quejido. ¡En este momento nadie tiene derecho a decirme nada que me moleste ni me haga sentir mal! ¿Entendido?

—No puedes dejarme nunca... —le dije con voz entrecortada.

—¿Cómo dices?

—¡Que no puedes dejarme! ¡Si te vas de mi lado, te juro que le prendo fuego al templo de tu familia!

—¡Qué forma tan cruel de pedirme cosas! —respondió él, sorprendido.

...

—¿Entonces me estás pidiendo que sea tu pareja... pero al mismo tiempo me estás amenazando con quemarme el templo familiar?

¿Por qué sigues repitiéndolo? ¿Por qué no te cansas de decirlo?! ¡Estoy súper nervioso y por eso se me sale cualquier cosa sin pensarlo! ¿Cómo esperas que se me ocurran palabras bonitas estando así? ¡Es que así es como hablo yo y no hay más!

—De verdad que eres tú mismo, Moo, no cambias nada.

—¡Deja de burlarte de mí!

—Está bien, está bien. Ya no me burlo más, te lo prometo.

...

—La verdad es que yo también llevaba muchísimo tiempo esperando este momento. Me sorprendió un poco que fueras tú quien me lo pidió primero.

—Moo... Moo...

—No importa, de verdad. Da lo mismo quién dé el primer paso. ¿O es que prefieres que te lo pida yo?

...

—Pero si te lo pido yo, no te voy a pedir solamente que seas mi novio.

—¡!

Apenas dijo eso, se quedó callado un buen rato. Al poco tiempo me di cuenta de que me estaba tendiendo una trampa. Se dio la vuelta de golpe, me quitó la cobija de encima y, antes de que pudiera reaccionar, ya me tenía abrazado con mucha fuerza. Yo estaba tan lleno de vergüenza y sorpresa que no sabía ni qué hacer. Al final solo alcé las manos para taparme la cara, y eso hizo que él soltara una risita suave contra mi oído.

¡Ay... hoy el hermano mayor de Tai no anda con rodeos ni medias palabras!

—Me gustas, Moo.

—Mmm.

—Me gustas muchísimo.

—Mmm...

—¿Y a tí?

...

—Contéstame.

—Mmm...

—¿Qué significa ese «mmm»?

—¡Pues que sí!

—¿Y qué es lo que sí? Contéstame claro y sin dar tantas vueltas.

—¡Ay! ¡Que sí! ¡Que tú también me gustas, tonto...!

¿¿¿Solo eso???

—¡¡Mmm!!!

Ese sonido que se me escapó ahora no fue para contestar nada, sino de pura sorpresa, porque de repente el hermano mayor de la familia Tong Qing Shan se me acercó muchísimo más. Me quitó las manos de la cara, se inclinó y me dio un beso profundo y firme. Yo cerré los ojos con todas mis fuerzas. El corazón me iba a mil por hora y tenía la cara tan caliente que si alguien hubiera puesto un huevo en mi mejilla, se habría frito al instante.

Phi Fu me dio la vuelta despacio hasta quedar boca arriba. En ese momento, Moo Ying estaba tan blando y sin fuerzas como cera derretida. Hiciera lo que hiciera o se saliera con la suya como quisiera, yo no tenía ni una pizca de energía para detenerlo.

Aunque, pensándolo bien... no sé si decir que «no tenía fuerzas para detenerlo» o que, más bien, «no tenía ninguna intención de detenerlo».

Pasó un buen rato hasta que él separó lentamente sus labios, pero no se alejó ni un centímetro. Su cara seguía pegadita a la mía, casi rozándonos la piel. De cerca, esos ojos rasgados que tenía me recorrían todo el cuerpo de escalofríos. Apenas logré cerrar un poco los labios, cuando volvió a besarme, esta vez con mucha suavidad y control, como si supiera manejar cada pequeño movimiento de mi rostro a su antojo.

En ese momento no me atrevía ni a mirarlo a los ojos.

Ya nada quedaba de esa imagen que tenía de Phi Fu como el chico serio y reservado que siempre andaba con ropa holgada... Ya ni me lo podía imaginar haciendo ejercicios o practicando tai chi con los vecinos del barrio.

—Ahora que ya eres mi novio, no te pongas tan terco ni difícil, ¿está bien?

...

—¿Me escuchaste bien, mi chile picante?

—¡Deja de llamarme así!

—Como tú lo pidas, mi princesita Moo.

—¡T-tampoco me llames así!

—¿Por qué, mi amor?

—Que no me gusta.

—¿Seguro que no te gusta nada?

—¡Pues... sí un poquito!

—Moo...

—¿Qué más quieres? Quítate de encima, que pesas un montón —le dije quejándome solo para disimular lo avergonzado que estaba, y traté de empujarlo con todas mis fuerzas, pero fue igual que si una hormiga intentara mover un elefante. ¿Por qué Phi Fu tenía que ser tan grande y pesado?

—Vamos, dímelo otra vez, que me gustas. Quiero que me lo digas claro y fuerte, sin dudar.

¡Ni lo sueñes! ¡Moo no se lo va a decir tan fácil ni así como así! ¡Me da una vergüenza terrible! No se lo voy a decir por nada del mundo.

—Me debes una, ¿sabes?

¿Una deuda de qué? ¡Si tú eres el que salió ganando en todo esto!

—Al menos dime que te gusto un poquito...

—No.

—Ya sé qué tengo que hacer para que me lo digas.

—¿Qué cosa?

—Ya verás si me sigues diciendo que no.

Apenas dijo eso, Phi Fu se corrió un poco hacia el lado y se sentó derecho en la cama. Yo también me levanté rápido y me alejé un poco, mirándolo con mucha confusión. Él levantó una ceja con una expresión muy pícara y, unos segundos después, hizo algo que jamás me hubiera imaginado ni esperado.

—Juguemos así: cada vez que me digas que te gusto, me quito una prenda de ropa. Vamos, empieza tú primero.

«¡Dios mío...!»

¿Será posible que Phi Tong se haya apoderado del cuerpo de Phi Fu o qué pasó aquí?

Capítulo 24

[Este sábado vamos a hacer la ceremonia Guo Dang Zhuo para el abuelo. avísale también a mi hermano, por favor.]

(Nota: El Guo Dang Zhuo es un ritual de adoración a los antepasados que se hace en invierno. Cuando se hace en primavera en la cultura china o en la temporada de calor en Tailandia, se llama Cheng Meng, que corresponde al Festival de Qingming).

—¿Y por qué no se lo dices tú mismo?

[Da lo mismo si se lo digo yo o si se lo dices tú. ¿Acaso no está justo a tu lado en este momento?]

Se escuchaba la voz sarcástica de Tai a través del teléfono. Apreté los labios con mucha fuerza y luego me volví a mirar hacia el lado. Y tenía toda la razón, como si hubiera estado viendo todo: Phi Fu estaba recostado justo a mi lado, con los ojos totalmente abiertos mirando hacia arriba. ¡Maldición! Es increíble lo bien que se conocen estos dos hermanos entre sí.

Si te estás preguntando qué hace Phi Fu aquí, recostado boca abajo en mi cama de esta forma... pues tengo que confesarte con toda sinceridad que Moo Ying, quien antes era el soltero más codiciado y popular de todos los bares, ahora ha cambiado de condición y ya tiene dueño. Ya no estoy disponible para nadie más. Y claro está, la persona que se robó mi corazón no fue ninguno de esos tipos musculosos que solo van al gimnasio, ni tampoco el chico más rudo y fuerte de todo el pueblo. No. Resultó ser un hombre de rasgos orientales, de ojos rasgados, a quien casi podría llamar «tío mayor», y que a simple vista parecía que su única habilidad y talento era preparar té de la forma más exquisita posible.

Cada vez que lo miro, no puedo evitar pensar: ¿es posible que este hombre tan tranquilo y sin mucho que destacar sea realmente mi novio?

Pero bueno... la verdad es que yo ya me había rendido ante él hace muchísimo tiempo. Ya ni vale la pena hacerme el difícil o andar con rodeos, porque ya no sirve de nada.

«Ay, Moo Ying... esto es peor que tener que tragarse tus propias palabras; es como si hubieras tenido que agacharte y lamer el suelo».

—Llevas demasiado tiempo hablando con Tai —me dijo de repente.

—¿Y qué tiene de malo? Tú recuéstate bien si vas a estar aquí. Si no te gusta, vete a dormir a tu propio cuarto —le contesté.

—No quiero. Allí no estás tú —me respondió sin dudar.

[Haz como que ya corté, pero sigue así nomás. Un poco más y hasta voy a escuchar cómo gime y te susurra cosas al oído] —se metió Tai en la conversación.

—¡¡Tai!! —grité, totalmente rojo de la vergüenza.

¡Maldición! Este tipo cada día habla con menos respeto y más groserías. Ya no sé qué hacer con él.

—Ya está bien. Si no tienes nada más que decir, mejor te cuelgo.

[Hazlo nomás. Ah, pero espera un momento, Moo] —me detuvo antes de cortar.

—¿Qué pasa ahora?

—No se te olvide usar protección, ¿eh?

—¡¡Eres un desgraciado!! —le grité antes de cortar.

¡Tai! ¡Qué tonto eres! ¿En qué clase de amigo me he convertido? ¿Cómo se le ocurre decirme algo así de repente y sin ningún sentido?

—¿Qué te dijo Tai? —me preguntó Phi Fu, levantando la cabeza al verme cortar de golpe y tirar el celular al otro extremo de la cama.

Ni loco se lo voy a contar. Jamás le voy a decir de lo que hablamos, porque si se entera, se va a pasar la vida entera caminando por ahí con esa sonrisa de satisfacción y orgullo que me saca de quicio.

¡Qué mala suerte tengo! La única vez que por fin encuentro a alguien para estar juntos, resulta ser alguien tan aburrido, tranquilo y de la vieja escuela. Creo que desde hoy tengo que despedirme para siempre de las salidas y los bares, y que me toca sentarme en silencio y meditar como si fuera una monja el resto de mi vida.

—Hoy está lloviendo y no me dan ganas de levantarme ni de ir a ningún lado —le dije, tratando de quejarme.

—Ni lo intentes. Lo que tienes es mucha flojera, no vengas a usar la lluvia como excusa barata —me respondió de inmediato.

—¡No es flojera, de verdad que no! —le rebatí.

Phi Fu hablaba con la voz un poco arrastrada mientras se me acercaba. Me pasó un brazo por la cintura y me atrajo hacia él, entrelazando sus piernas con las mías. Al principio me sorprendió que de repente me abrazara así con tanta fuerza y decisión. ¡Maldición! Desde el día en que quedamos en ser novios, se ha vuelto mucho más caprichoso y exigente. No hace nada en todo el día más que buscar excusas para quedarse en mi cuarto; me imagino que su propia habitación ya debe estar acumulando polvo de lo vacía que está. A la mínima oportunidad me abraza o me da un beso, y a donde quiera que voy, él me sigue pegado como un perrito grande y fiel. Se me queda tan pegado que ni siquiera tiene ganas de regresar a su casa. Menos mal que Tai lo entiende perfectamente; seguro sabe muy bien que Phi Fu está totalmente cegado por el amor y que tiene la cabeza completamente perdida por mí.

—¿No piensas regresar a tu casa, Phi Fu? Te pasas tanto tiempo metido aquí que hasta Tai me llamó para preguntarme por ti —le dije.

—Más tarde me voy. Déjame quedarme un ratito más contigo —me respondió sin soltarme.

—Uf... —suspiré, sin saber qué más decirle.

—Todavía no hemos aclarado bien «ese asunto» entre nosotros —comentó de repente.

—¿Qué asunto? —pregunté haciéndome el desentendido.

—Lo de la aplicación de citas... y de «la señorita M». ¿Ahora me vas a decir que ya se te olvidó? —me dijo con una sonrisa burlona.

En el mismo instante en que mencionó eso, sentí que me recorría todo el cuerpo una ola de vergüenza otra vez. Traté de empujarle la cara con la mano para alejarlo y escaparme como siempre hacía, pero esta vez me tenía agarrado con mucha firmeza y no había ninguna posibilidad de huir. No era la primera vez que sacaba el tema; se notaba que tenía muchas ganas de hablar de eso, pero yo siempre lograba cambiar de tema o evitarlo. Sin embargo, hoy veo que ya no me queda ninguna salida.

¡Dios mío! ¡Qué situación tan vergonzosa! ¿Quién me iba a decir a mí que el mundo sería tan pequeño y que terminaría pasando esto?

—¿Y bien? ¿Qué es lo que me quieres preguntar? —le dije al final, resignado.

—¿De verdad que no tenías ni la menor idea de que era yo, mi hermoso? —me preguntó con voz suave.

—¡Ni tú tampoco sabías que era yo! —le respondí de inmediato.

—¿Quién se hubiera imaginado que tú serías capaz de meterte en esas cosas? —comentó sorprendido.

—¡Fui yo el que se llevó el susto de su vida! Pero bueno... y tú, ¿por qué tenías que usar esa aplicación en primer lugar? —le pregunté yo también.

—Ya te lo dije antes: fueron mis amigos los que me abrieron la cuenta sin preguntarme nada —me explicó.

—¿Y por qué tuviste que ponerte el nombre de «Tong»?! —insistí todavía molesto.

—¡Si yo no fui el que lo puso! Fue mi amigo el que hizo todo el registro. Seguramente pensó que «Tong» se escribe con T en inglés, cuando en realidad debería llevar D, no T. Por eso quedó así.

¡¿Qué?! ¿En serio que se lee como Dong? Te juro que ni se me pasó por la cabeza. En cuanto lo vi, leí automáticamente Tong, y por eso siempre te llamé Phi Tong.

—¿Y por qué nunca me corregiste cuando te decía así?! Al menos si me hubieras dicho que era «Dong», seguro me habría puesto a sospechar algo.

—Es que no vi ninguna necesidad de decirte mi nombre real. Además, al principio ni pensaba que fuera a tener algo serio ni profundo con «Nong M».

Apenas terminó de decir eso, me di la vuelta de golpe para mirarlo bien a la cara. Y justo en ese momento me di cuenta de que tenía un brillo muy particular en esos ojos rasgados que tenía. Phi Fu sonrió suavemente, se me acercó y me dio un beso muy fuerte y prolongado justo en la mejilla, y yo no pude más que quejarme. ¡Es que no hace otra cosa que besarme por cualquier cosa que pase o diga! ¡Me va a dejar la piel llena de marcas de tanto apretarme y abrazarme! ¡Siento que yo soy el que está perdiendo en todo esto! ¡Moo Ying está metido en un lío enorme!

—Jamás me hubiera imaginado que «Nong M» y mi propio Moo fueran la misma persona —me dijo con voz dulce.

—¡Pfff! —bufé, todavía un poco molesto.

—Y cuando me mandaste esas fotos... no tienes ni idea del susto y la impresión que me llevé.

...

—¿Alguna vez se las mandaste a alguien más aparte de mí?

—Oye... —empecé a decir, sin saber qué contestar.

—Espera... ¿de verdad que también le enviaste esas fotos a otras personas? —insistió, y se le notaba la preocupación en la voz.

¡Esa pregunta nunca debió hacerla! ¡De verdad que no debió preguntarme eso!

Bueno... ¿cómo te lo explico? Es cierto que alguna vez mandé algunas fotos, pero no es como si las estuviera repartiendo por ahí a cualquiera. Solo se las intercambiaba con personas con las que ya tenía cierta confianza o estábamos hablando seguido. Además, todo eso pasó hace mucho tiempo, justo cuando apenas empezaba a usar esa aplicación. En esa época era mucho más joven y actuaba sin pensar mucho, y hacía lo que me decían o hacían mis amigos. Si ellos me mandaban algo, yo también les contestaba con una foto. Y además, las fotos de antes ni se comparaban con las que le mandé a «Phi Tong»... ¡quiero decir, a Phi Fu! ¡En ese entonces solo enseñaba un poquito del hombro o el cuello, nada más!

¡Pero ahora que me pongo a pensar, qué vergüenza tan grande... las fotos que le envié a él eran mucho más atrevidas y reveladoras, de verdad que me pasé!

—Borra esa aplicación ahora mismo. ¡Bórrala ya y no la vuelvas a instalar! —me ordenó con voz firme y seria.

—¡Ya la borré hace muchísimo tiempo!

Es verdad, te lo digo en serio. En cuanto me di cuenta de quién era en realidad la persona con la que había hecho «match», perdí todo el interés y la confianza en esa aplicación. La borré enseguida. ¡Es que «Phi Tong» no se parecía en nada al perfil que tenía puesto!

—Te lo pregunto muy en serio... ¿alguna vez le enviaste fotos así a alguien más aparte de mí?

—Sí —le contesté sin rodeos.

—¿Por qué, Moo?! —exclamó, poniendo cara de niño enfadado y escondiendo la cara contra mi pecho.

Tenía unas ganas enormes de reírme al verlo reaccionar así. ¿Pero qué era esto? ¿Resulta que Phi Fu se estaba comportando como un niño pequeño? ¡Si ya es todo un hombre hecho y derecho! Ya está demasiado grande para andar escondiéndose o haciendo berrinches. Incluso yo, que soy mucho más joven que él, jamás me atrevería a hacer algo así. Ni me imaginaba que tuviera este lado tan infantil y tierno.

Y verlo de esa forma me hizo sentir un cariño muy especial por este «tío mayor».

—¿Me prometes que nunca más le vas a mandar fotos así a nadie más? —me pidió con voz suave.

...

—¿Y que tampoco te vas a volver a bajar esa aplicación nunca más?

—Está bien, te lo prometo. No la voy a volver a instalar —le respondí.

—Es que me da muchísimos celos solo de pensarlo —me confesó.

—¿Y para qué querría yo hacer algo así si ya tengo a mi esposo? —le dije sin pensarlo dos veces.

En el mismo instante en que dije esas palabras, Phi Fu se quedó totalmente inmóvil y rígido. Vi claramente cómo se le pusieron las orejas rojas como tomates. Por dentro me estaba muriendo de risa. Phi Fu es de esas personas a las que se les sube la vergüenza muy rápido; aunque siempre intenta parecer seguro de sí mismo y muy serio, en cuanto le dices algo así directamente y sin rodeos, se queda sin saber qué decir ni cómo reaccionar.

¿De verdad que este hombre tan tímido y reservado es la misma persona que era ese «Phi Tong» tan atrevido y sexy con el que hablaba en la aplicación? ¡Si es que es todo un personaje! Verlo así solo me da más ganas de seguir molestándolo y diciéndole cosas para que se ponga cada vez más colorado de la vergüenza.

—¿Ya me vas a soltar o no? —le pregunté.

—No pienso soltarte —me respondió firme.

—¡Phi Fu...!

—Lo que quiero es estar pegado a ti y abrazado todo el día sin separarme ni un segundo.

—¡Es que casi no me dejas respirar de tanto que me aprietas! —me quejé.

—Seguro es porque tú estás un poco rellenito y ocupas mucho espacio... ¡Ay! ¡Perdón!

—¿Qué fue lo que dijiste?! —le grité, totalmente ofendido.

¿Cómo se atreve a decirme que estoy gordo? ¿Acaso no sabe que esa palabra está totalmente prohibida cuando se trata de Moo Ying? Subir de peso no es ninguna broma. Aunque mis amigos se quejen de que se me ha ensanchado la cintura por tomar cerveza, ¡ellos son mis amigos! Pero no voy a permitir que mi propio novio me diga algo así. ¡Ni lo sueñes!

—¿En qué parte se me ve gordo? ¡Dime exactamente dónde! —le reclamé muy molesto.

—Por favor, no te enojas tanto... —me pidió con voz suave.

—¿Qué significa eso de que estoy gordo? ¿Es que tengo papada o panza acaso? —seguí insistiendo.

—Bueno... se empieza a notar un poquito... —respondió él con cuidado.

—¡¡No tengo nada de eso!! —le grité.

Empujé a Phi Fu hacia un lado y me senté bien derecho en la cama. De inmediato me levanté la camisa para revisarme el abdomen. Respiré hondo y apreté los músculos con todas mis fuerzas, pero por más que busqué, no vi ni rastro de barriga ni nada que se le pareciera. Quizás se siente un poquito suave al tacto, ¡pero eso es algo totalmente normal! ¡Yo me cuido muchísimo y siempre me he mantenido bien! ¡No me vengas ahora con que tengo panza!

—Espera un momento, Moo... —empezó a decir él.

—¿¡Qué pasa ahora?! ¡Dímelo! —le contesté a la defensiva.

—¿Cuándo te hiciste ese tatuaje? —me preguntó de repente.

¡Maldición!

¡Ya me hundí!

Se me había olvidado por completo que tenía ese tatuaje ahí escondido.

La verdad es que me lo hice hace muchísimo tiempo, pero nunca se lo conté a nadie. Solo Tian y Tai lo sabían. Ni siquiera mis propios papás se habían enterado jamás. Me bajé la camisa lo más rápido que pude, y me di cuenta de que Phi Fu tenía el ceño fruncido y se veía bastante serio. Se notaba que no le había hecho nada de gracia enterarse de que me

había hecho un tatuaje sin decirle nada. Claro, con lo conservador y tradicional que es, era obvio que eso le iba a molestar.

Al ver que se ponía así, también empecé a sentirme mal y con un nudo en la garganta. Pero bueno... al final de cuentas es mi propio cuerpo, ¿no? No entiendo por qué no puedo hacer con él lo que yo quiera... Yo simplemente tenía ganas de hacerme un tatuaje y me lo hice. ¿Lo ves? ¡Por eso mismo nunca le cuento nada a nadie! En cuanto se enteran de algo, empiezan a regañarme y a darme la lata sin parar.

—Ni se te ocurra empezar a regañarme... —le advertí.

—¿Cómo dices?

—Que no me vengas con sermones ni gritos, ni me estés diciendo qué está bien y qué está mal.

—Yo... Uf... no te voy a regañar ni nada de eso —me respondió, aunque se le notaba que le costaba decirlo.

—Pues tienes cara de que no te gusta nada —le dije.

—Moo, espera... —me llamó.

Me di la vuelta con la intención de irme a otra parte, pero me agarró rápido por la espalda y no me dejó ni dar un paso. Cuanto más fuerte intentaba soltarme y escapar, con más fuerza me abrazaba y me retenía entre sus brazos.

—Es verdad que no me gusta mucho... pero si a ti te gusta, no tengo nada que objetar, mi amor.

—¿Ah sí? ¿En serio?

—No lo dije con mala intención ni me puse así por eso... no me malinterpretes. No te voy a regañar ni te voy a decir nada desagradable. Solo me sorprendí mucho, porque jamás me imaginé que te atreverías a hacerte un tatuaje justo en «ese lugar».

—¿Y qué tiene de malo ese lugar?

—¿Te dolió mucho cuando te lo hicieron?

—Claro que dolió, pero solo mientras me lo estaban haciendo. Ya no me duele nada.

—Te atreves a hacer cualquier cosa, a pesar de que eres tan pequeñito. Eres bravo y arrebatado como un chile habanero.

—¡Pues me atrevo a hacer muchas cosas más que eso!

—¿Ah sí? ¿De verdad?

—Phi Fu...

—Dime, ¿qué pasa? —me respondió con voz muy suave, aflojando un poco el abrazo, pero sin dejar de tenerme rodeado entre sus brazos. Recostó la barbilla sobre mi hombro y se quedó ahí, moviéndose despacio de un lado a otro como un niño grande que abraza su muñeco favorito.

—No me presiones tanto, ¿está bien? Y no me regañes tanto cuando hago cosas que me gustan a mí.

—Está bien, te lo prometo.

—Si quiero usar ropa corta, déjame usarla. Si quiero hacerme otro tatuaje, déjame hacerlo. Y si me dan ganas de salir de fiesta o a tomar algo... ¿me dejarías?

—Mmm... está bien.

—¿De verdad que me vas a consentir en todo lo que yo quiera? —le pregunté, y su respuesta me sorprendió bastante. No me esperaba que cediera tan fácil y rápido. Siempre se la pasaba quejándose de todo o dándome órdenes de aquí para allá. Me costaba mucho creer que, ahora que ya somos novios, me aceptara tal y como soy sin ponerme trabas ni condiciones.

—Haz lo que tú quieras y lo que te haga feliz, con tal de que no te hagas daño ni te metas en problemas.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Puedes salir a tomar, pero por favor nunca manejes si has bebido. Y tampoco te dejes perder el conocimiento ni te excedas tanto, ¿me entendiste?

—Mmm... —respondí sin decir nada más.

—Ponte ropa corta o transparente si es lo que te gusta, pero preferiría que no fuera tan reveladora ni escotada. A veces andas con prendas tan abiertas o cortas que parece que te cosiste un par de pañuelos de papel para hacerte una blusa.

—¡Me visto como se me da la gana y como quiero! —le respondí de inmediato.

—Pero tienes que entender que hoy en día la gente se queda mirando a todo el mundo, y no hay forma de evitarlo. Si te llegas a topar con algún tipo raro que te moleste o que te saque fotos sin permiso... uf... eso es justo lo que me quita el sueño y me preocupa. Incluso siendo hombre nunca estás totalmente seguro; ahora mismo cualquiera puede ser acosado sin importar su género. Solo quiero que tengas cuidado, nada más. Sé que parezco muy anticuado o de la vieja escuela, pero te digo todo esto solo porque me importas mucho. ¿Qué pasa? ¿Por qué me estás mirando así? —me preguntó de repente al darse cuenta de que lo observaba por encima del hombro.

Sonreí muy suavemente. ¿Se habrá dado cuenta acaso de que todo lo que acaba de decir demuestra claramente cuánto me quiere y cuánto le importo? En ese momento me sentí como un niño pequeño al que su tío mayor tiene que cuidar y vigilar todo el tiempo. Ya sabía yo que tenía una personalidad muy seria y tradicional, pero escucharlo darme consejos y advertencias me hizo sentir igual que cuando mis abuelos me daban sus lecciones de vida.

«Pero igual... muchas gracias por preocuparte tanto por mí...»

¡Dios mío! ¿Por qué este hombre que antes me parecía tan sencillo y sin nada especial, de repente se ve tan atractivo y encantador? ¿Cómo es posible que este tipo con cara tan tranquila y sin expresión se haya vuelto tan increíble ante mis ojos?

Aunque lo del tema de la ropa va a ser algo difícil de negociar entre los dos... mejor lo dejo para tratarlo más adelante, ya tendremos tiempo.

—Hoy te estás portando de una forma muy dulce y cariñosa conmigo —le dije.

—Pues claro que sí. Si ya tengo un novio mucho más joven que yo, es lógico y normal que tenga que tratarlo con mucho cariño y ternura —me respondió con una sonrisa.

—Phi Fu...

—¿Qué pasa ahora? ¿Y qué me quieres preguntar o decir con esa cara de niño consentido que traes? —me preguntó.

Me di la vuelta y me senté a horcajadas sobre sus piernas. Le pasé los brazos alrededor del cuello y lo acerqué hacia mí, dándole un beso muy dulce como un premio por haberse portado tan bien y haberme tratado con tanto cariño ese día. Escuché cómo intentaba reprimir una risita en su garganta, pero ni por un momento rechazó mi recompensa. Al contrario, se notaba que quería mucho más, y me sujetó con firmeza por la cintura para pegarme más a su cuerpo. Sus manos recorrían suavemente mi espalda, dejándome hacer a mi gusto mientras yo besaba sus labios pálidos y suaves.

Incliné un poco la cabeza para profundizar más el beso con el hermano de mi mejor amigo. El corazón se me aceleró muchísimo al sentir que me devolvía el beso con la misma intensidad. Nuestros labios chocaban con mucha pasión y fuerza, ninguno de los dos quería dar su brazo a torcer ni ceder terreno. Lo que había empezado como un beso suave y dulce se transformó de repente en algo mucho más profundo y apasionado. Cada nueva sensación que recibía de él me hacía temblar de una forma extraña y desconocida para mí hasta ese momento. Su aliento caliente me daba justo en la cara y me hacía sentir como si me estuviera quemando por dentro.

«Ya va a pasar... ya está pasando de verdad».

«Espera... ¿será cosa mía o es que Phi Fu está respirando muy fuerte y agitado?».

«¿Desde cuándo se le escucha el corazón latir con tanta fuerza?».

—Moo... —dijo de repente, y de golpe se apartó de mí. Pronunció mi nombre con una voz ronca y profunda que me recorrió todo el cuerpo de escalofríos, o al menos eso me pareció a mí. Se me hizo un nudo en la garganta al ver sus ojos brillantes y perdidos, como si estuviera en otra parte. Tenía los labios un poco hinchados y el cabello negro todo revuelto y desordenado, y eso lo hacía verse mucho más atractivo e irresistible que nunca.

¡Maldición! ¿Por qué Phi Fu se ve ahora mismo tan peligroso para mi pobre corazón?

—Tú... uf... bájate primero de encima de mí —me pidió con dificultad.

—¿Y eso por qué? —le pregunté.

—Yo... tengo que irme a mi cuarto a practicar tai chi —me contestó.

—Phi Fu... —lo llamé con tono de duda.

—¿...Qué pasa?

—¿De verdad sabes cómo se hace? —le pregunté directamente.

—¿Que si sé hacer... te refieres a practicar el tai chi, mi amor? —me dijo haciéndose el que no entendía nada.

—No te hagas el tonto conmigo ahora mismo.

...

—Te lo pregunto por última vez: ¿sabes cómo se hace o no? Si no sabes, quédate ahí sentado sin moverte.

—¡!

—Porque yo me encargo de hacerlo todo.

Capítulo 25

—¡Espera... un momento! ¡Oye! —gritó Phi Fu, tratando de detenerme. Se le veía totalmente asustado al escucharme decir eso. Pero claro, en ese instante, yo, Moo Ying, ya no podía esperar ni un segundo más. Era ahora o nunca... Además, ¡fue él quien empezó todo esto! Si no hubiera venido a mi habitación rogándome y poniéndose tan insistente, yo estaría ahí tirado jugando videojuegos tranquilamente, no aquí, jadeando como un loco sin control.

¡Es totalmente culpa suya por ser tan lindo y encantador desde el principio!

—¡Moo! —exclamó con voz temblorosa, con los ojos muy abiertos y el rostro completamente rojo, como si no supiera dónde meterse.

En cuanto me vio quitarme la camisa y lanzarla hacia un lado de la cama, Phi Fu cerró los ojos con mucha fuerza y se puso totalmente rígido. ¡Miren nada más! Se hace llamar todo un hombre maduro y serio, pero en el fondo es tan inocente como un niño. Lo empujé con un poco de fuerza para que se recostara bien en el colchón. Él me miraba con los ojos muy abiertos, y vi cómo se le ponían rojas hasta las orejas, y la verdad es que me pareció de lo más tierno y adorable.

La verdad es que a mí también me daba mucha vergüenza desvestirme así delante de él y luego subirme encima de su cuerpo, pero... ¿y qué? ¿Cuándo más iba a tener el valor de hacer esto? Ya no podía aguantar ni un segundo más. Había esperado demasiado tiempo. Hace un rato, si él no me hubiera devuelto los besos con la misma intensidad, yo jamás me hubiera atrevido a llegar tan lejos. Pero es que Moo Ying se emociona con mucha facilidad... ¡y si tú empiezas con esas cosas, ahora te toca asumir la responsabilidad! ¡Tienes que aguantar las consecuencias de lo que tú mismo provocaste!

—Tranquilo... cálmate un poco, Moo —me dijo con voz entrecortada.

—¿Qué te pasa, Phi? —le pregunté.

—Tú... ay... tú... yo no me esperaba nada de esto. Por favor, espera un momento —alcanzó a decir.

—Phi Fu... —lo llamé con voz suave.

...

—De verdad que ya no puedo aguantar más.

Las manos de Phi Fu, que hasta ese momento me habían estado sujetando con fuerza los hombros, poco a poco empezaron a aflojarse. Creo que por fin estaba empezando a entender cómo funcionaba todo esto. Todavía estaba muy sorprendido por la forma tan directa y decidida en la que me le había lanzado encima, y por eso mismo se sentía

asustado y tenía ganas de huir. Pero en el instante en que yo cambié de estrategia, poniéndome más tranquilo, parpadeando despacio y hablándole con una voz dulce y cariñosa, toda su resistencia se vino abajo al momento. Hasta se le pusieron las orejas mucho más rojas que antes.

¡Ya entendí perfectamente cómo manejarte!

Respiré hondo y me incliné mucho más cerca de su cara. Puse la expresión más tierna y dulce que pude, y empecé a darle besos muy suaves alrededor de sus labios, para luego ir subiendo despacio hasta llegar a sus mejillas. Podía sentir claramente cómo su respiración se hacía cada vez más pesada y agitada. Deslicé una de mis manos hacia abajo y la apoyé justo en medio de su pecho. Su corazón latía con tanta fuerza y rapidez que se sentía perfectamente bajo la palma de mi mano.

—Phi Fu... —le dije muy bajito.

...

—De verdad que te gusto mucho, ¿verdad?

—Sí —me respondió sin dudar.

—Pues si te gusto tanto... quítate también tú la camisa.

Apenas terminé de susurrar esas palabras con voz suave, me aparté un poquito para admirar el efecto que había logrado. Luego bajé la mirada hasta el borde de su camisa. Como Phi Fu seguía inmóvil, le levanté suavemente la barbilla para que me mirara a los ojos. Le pasé el pulgar por los labios, acariciándolos despacio, y luego tiré levemente de la tela como una señal clara de que quería que se la quitara.

«Ya no aguanto más, por favor no me hagas esperar ni un minuto más».

En mi cabeza empezaron a pasar una tras otra las escenas de todas esas películas para adultos que había visto antes. La verdad es que a mí también me daba cierta vergüenza mostrarme así ante él... pero era algo totalmente comprensible. Habíamos crecido juntos desde que éramos niños, y jamás en la vida lo había tratado ni seducido en la cama de esta forma. Era muy normal que él se sintiera sorprendido o incluso asustado.

Seguro que Phi Fu no tenía ni la menor idea de que su propio novio estaba tan obsesionado con este tipo de cosas.

Había esperado muchísimo tiempo para poder vivir este momento, y por fin... por fin había llegado el día.

Me sentía muy feliz... inmensamente feliz de que mi primera vez fuera justamente con Phi Fu.

—Tú... —empezó a decir con voz entrecortada.

—¿Yo qué? —le respondí.

—Tu mano... —alcanzó a decir.

—¿Qué le pasa a mi mano? —le pregunté poniendo cara de inocente, como si no tuviera ni la más mínima idea de lo que me estaba diciendo.

La mano que antes sostenía el borde de su camisa fue bajando poco a poco hasta llegar al elástico de sus pantalones suaves. Muy despacio, fui deslizando las yemas de mis dedos por debajo de la tela. En apenas unos segundos, ya tenía toda la mano metida ahí adentro. Seguí bajando un poco más, y de repente todo cambió tan rápido que sentí que el mundo se me venía encima. De estar yo encima de él, terminé tirado boca arriba sobre el colchón.

El corazón me latía con mucha más fuerza y velocidad todavía al ver que ahora era Phi Fu quien estaba encima de mí, con su cara a apenas unos centímetros de la mía. Verlo desde esta posición tan cercana me hizo sentir una emoción extraña y muy intensa que no había sentido antes. Tenía los ojos más brillantes y atractivos que nunca. Y una de mis manos seguía todavía metida dentro de sus pantalones. Abrí la boca sorprendido y sin aliento al notar claramente lo que había debajo de la tela.

¡Ah... así que Phi Fu ya estaba totalmente listo para la acción!

—Ya te dije que esperaras, ¿o no te acuerdas? —me dijo con voz profunda.

...

—Te pedí que esperaras un poco. No hacía falta que te apuraras ni que me dieras órdenes.

...

—Ahora me toca a mí.

«Dios mío, pero ¡qué es esto!».

¡Alguien que me dé una bofetada y me grite que la persona que tengo enfrente es realmente Tong Qing Shan, el mismo que yo conocía!

Se me hizo un nudo enorme en la garganta al ver lo que pasaba. Phi Fu se apartó un poco, se quitó esa camiseta sencilla que llevaba puesta y la tiró a un lado de la cama como si no le importara nada. Tenía el cabello un poco alborotado, y mi corazón empezó a latir con tanta fuerza que dolía, en cuanto pude ver su cuerpo completamente al descubierto.

Esto confirmaba sin ningún tipo de duda que las fotos que me había enviado no eran de nadie más que de él mismo...

¡Dios mío! ¿Cómo pude ser tan tonto y ciego durante tanto tiempo? ¿Cómo es posible que haya dejado pasar tanto tiempo sin darme cuenta de quién era? ¡Por favor, si pudiera

regresar el tiempo hasta el primer día en que Phi Fu me confesó lo que sentía por mí! ¡Debimos haber empezado a salir juntos justo ese mismo día! ¡Qué locura haber desperdiciado todo ese tiempo!

Al ver la cara que yo ponía, Phi Fu se fue acercando muy despacio hacia mí, cada vez más cerca. Tenía los brazos relajados a los costados, y así se le veían perfectamente esos músculos firmes y bien formados que tenía. Jamás me hubiera imaginado que debajo de esa ropa tan sencilla se escondía semejante tesoro. Su cuerpo era tan atractivo que me dejó totalmente sorprendido, porque nunca pensé que él se cuidara ni se ejercitara tanto. Para tener un físico así, seguro hace mucho ejercicio a diario, aunque yo nunca lo veía hacerlo; a simple vista parecía que solo se dedicaba a comer y dormir.

¡Y miren nada más esos abdominales que tiene...!

—Eres todo un perverso —me dijo de repente.

... Moo Ying se quedó totalmente callado, sin saber qué contestar ni qué decir. Y tenía toda la razón. Sí, es verdad, soy un perverso. Un chico lleno de malos pensamientos. Y cuanto más lo miraba, más me ardía todo el cuerpo de deseo.

¡Se acabó lo de ser tan tranquilo y apagado! Ya no es así. Ahora es como una sopa picante de mariscos: intensa, llena de sabor y que te quema por dentro.

—Si sigues mirándome así, no voy a poder detenerme ni controlarme, Moo —me advirtió con voz seria.

—Phi Fu... —alcancé a decir suavemente.

...

—¿Podrías dejar de hablar tanto de una vez por todas? —le dije.

Al oírme, Phi Fu esbozó una pequeña sonrisa e inclinó la cabeza para besarme. El corazón se me salía del pecho cuando profundizó el beso; comparado con este, los anteriores habían sido como simples piquitos de niños. Acariciaba mis labios, los aspiraba y tiraba de ellos con suavidad, dejándome sin aliento. Jamás me habría imaginado que besara con tanta destreza. A veces recorría mis labios con la lengua, otras los mordisqueaba con delicadeza, y cada movimiento me hacía estremecerme de pies a cabeza.

—¡Ah... ah...!

Pasó un buen rato hasta que se apartó para dejarme respirar. Todo se veía borroso ante mis ojos, que se habían llenado de lágrimas. Él respiraba con la misma intensidad que yo. Sentí un nudo en el estómago cuando sus manos grandes y firmes empezaron a recorrer mi cuerpo. Poco después, noté que bajaba despacio la tela de mis pantalones cortos.

Mis manos fueron de inmediato a agarrar sus brazos. Intenté levantar las piernas para cubrirme, pero él se dio cuenta al instante y usó las suyas para inmovilizarme. ¡Maldición...!

Empecé a sentirme invadido por la vergüenza. ¿Por qué me miraba así, sin quitarme la vista de encima ni un segundo?

—¡Ah...! —suspiré bajito cuando su mano se movió y me tocó a través de la ropa interior. Al oír mi voz, pareció gustarle la reacción y siguió haciéndolo con más cuidado. Levanté un poco la cabeza y luego la escondí contra su brazo. Mi piel, que ya era muy pálida, se puso completamente roja en esa situación.

Estaba en una clara desventaja frente a él: él seguía vestido de cintura para abajo, mientras que yo ya casi no llevaba nada, solo mi ropa interior.

—P... Phi Fu... —alcancé a decir con voz entrecortada.

—¿Qué pasa, mi amor?

—No... ya es suficiente. No me molestes más —le pedí en un susurro.

Él se inclinó y me besó justo en el oído, y siguió acariciándome de esa forma hasta que sentí que todo mi cuerpo me hormigueaba. Lo escuché soltar una risita suave y divertida.

—¡Oye! ¿Cómo se te ocurre jugar así conmigo? —le reclamé.

—Está bien, ya no te molesto más —respondió con calma.

...

—Phi sabe perfectamente que tenías todo esto planeado de antemano.

¡Ni lo sueñes! ¡No me vengas con bromas! ¿Cómo pudo darse cuenta?

—Esos trucos que usas para traer a alguien a tu habitación no me funcionan a mí, pequeño perverso. Eres muy travieso y mañoso.

—P... Phi Fu... —tartamudeé.

—Vi todo lo que guardas en el cajón que está al lado de la cama —me dijo sin rodeos.

—¡!

—Te bañaste y te pusiste mucha loción y perfume... sé perfectamente lo que tenías pensado hacer.

...

¡Qué vergüenza tan grande! Me muero de la pena. ¡Lo que daría por desaparecer o golpearme la cabeza contra el suelo en este mismo instante!

—Ya has crecido y te has hecho todo un hombre, ¿no es así? —comentó con tono burlón.

¿Alguien me puede prestar algo para tapparle la boca? ¿Por qué hoy no deja de hablar y decirme cosas así?

Claro que yo, que me había tomado la molestia de investigar y leer todo lo que se podía sobre esto, tenía todo preparado y listo. Compré todo lo necesario y lo guardé en mi cuarto desde hace tiempo, por si acaso se presentaba la oportunidad, para no tener que salir corriendo a buscarlo en el último momento. Pero lo que más me dejó helado fue descubrir que Phi Fu sabía que tenía esas cosas, y peor aún: que sabía exactamente dónde las guardaba. Me quedé totalmente atónito cuando lo vi volver de nuevo con todo eso en la mano.

—Es... ¡espera un momento! Phi Fu —alcancé a gritar.

—¿Sí, mi amor? —me respondió con esa voz dulce y seductora que usa cuando quiere.

¡Por el amor de Dios! ¿Podrías dejar de hablarme así? Me pone toda la piel de gallina y me hace sentir cosas raras. No me gustan los hombres que hablan con tanta melosidad; suena demasiado fingido y afectado.

—¿De verdad... de verdad que vas a hacer esto conmigo? —le pregunté directamente, conteniendo la respiración por los nervios.

La verdad es que hasta ese momento no tenía del todo claro si él estaba realmente listo o si estaba seguro de lo que hacía. Porque, seamos sinceros: yo era el que había leído y estudiado todo al detalle, casi como si fuera un experto. Pero cuando lo vi que iba a quitarme también la última prenda que me quedaba, sentí un miedo repentino que me recorrió todo el cuerpo. Él pareció darse cuenta perfectamente de que estaba muy nervioso, y por eso volvió a besarme con mucha dulzura para darme confianza y calmarme. Tenía la cara ardiendo de lo roja que estaba. Y cuando su otra mano se movió y me quitó también la ropa interior, cerré los ojos con todas mis fuerzas y lo abracé rápido con todas mis fuerzas, escondiendo la cara contra su pecho.

¡Ay, Dios mío! Ahora sí que ya no hay vuelta atrás. Estoy totalmente desnudo frente a Phi Fu. Me muero de la vergüenza.

—No tengas miedo, tranquilo —me susurró muy bajito justo al oído.

Lo sentí moverse un poco y cambiar de posición. Me imaginé que se estaba preparando también él. Yo todavía no me atrevía ni a abrir los ojos para ver qué hacía ni hasta dónde había llegado. De repente, todo el valor que tenía se me había esfumado por completo y me sentía muy pequeño e inseguro. Cuando sus manos, que estaban un poco frías, me tocaron suavemente el abdomen, di un respingo y me estremecí todo.

—Tranquilo, no va a pasar nada malo —me repitió con voz suave y cariñosa.

—Está bien... —le respondí con voz temblorosa.

Ya viene... ya viene... ya está pasando.

Esa sensación de frío empezó a penetrarme poco a poco, y yo, sin darme cuenta, apretaba con fuerza todos los músculos de mi cuerpo. Era normal sentirse sobresaltado: de repente sentía que algo extraño entraba en mí.

—Espera... ¡ah! —grité.

Al mismo tiempo, su otra mano bajó y me agarró con firmeza, empezando a moverse despacio, arriba y abajo. Solo con eso sentí que me recorría un escalofrío de pies a cabeza y tuve que clavar los dedos de los pies en el colchón para aguantarme. Mi pecho subía y bajaba sin ritmo ni control. Apretaba los labios con todas mis fuerzas tratando de no hacer ruido, pero parecía que Phi Fu sabía perfectamente cuánto me afectaba todo esto, porque no paraba de provocarme y jugar conmigo.

Luego metió otro dedo más, aceleró el ritmo y movió los dedos de una forma muy especial, rozando justo ese punto que me hacía perder el control por completo. La mano que me estaba tocando también se movía cada vez más rápido, y yo, sin poder evitarlo, levantaba las caderas alejándolas de la cama.

—No... no lo hagas así. Es demasiado... es demasiado fuerte —alcancé a decir entre suspiros.

—¡Ah... ah...! ¡Por favor! —gemía sin poder contenerme.

Justo cuando estaba totalmente perdido y dominado por todo lo que sentía, Phi Fu se detuvo de golpe. Sacó sus dedos y también dejó de tocarme. Me dejó ahí, con la sensación a medias y con el cuerpo lleno de deseo, y fruncí el ceño molesto y confundido, abrí los ojos y miré con rabia a ese hombre tan cruel que se estaba divirtiendo, torturándome así.

¡Maldición!

Este no es el Phi Fu que yo conocía... definitivamente no es él. Ni siquiera ese Phi Tong tan atrevido y apasionado se le podía comparar.

Me quedé sin aire, con la boca abierta, mirando todo lo que estaba pasando frente a mí. Lo vi acercarse muy despacio. Incluyó su rostro pálido y empezó a besarme suavemente el pecho. Me miró de reojo, luego me separó las piernas aún más y tomó una almohada para ponerla debajo de mis caderas y levantarme un poco más.

El corazón me latía con tanta fuerza que dolía al darme cuenta de que ahora los dos estábamos totalmente desnudos, sin nada que nos cubriera. Recorrí con la mirada su cabello revuelto, su cara llena de deseo, esos abdominales tan marcados y firmes, esa línea en forma de V que bajaba desde su cintura... y luego... vi lo que había debajo.

Se me hizo un nudo enorme en la garganta al comprender por fin qué era lo que realmente escondía dentro de esos pantalones que siempre usaba.

En serio, Phi Fu... por favor, dime la verdad... ¿con qué me has salido? ¿De qué te alimentas? ¿Cómo es posible que tengas algo tan grande y descomunal si casi solo vives tomando té?

—Ve despacio... —le supliqué con voz temblorosa.

—Sí, mi amor. Te prometo que no te voy a hacer daño —me respondió con mucha calma y dulzura.

...

—Te lo prometo, te cuidaré bien.

Phi Fu se inclinó sobre mí y me besó con mucha suavidad una vez más. Luego acomodó la punta justo en la entrada de mi cuerpo. Al instante sentí un dolor agudo y mis manos empezaron a buscar desesperadamente algo a lo que agarrarme con fuerza. Me dolía un poco, pero no era algo que no pudiera soportar. Él fue entrando muy despacio, poco a poco, hasta que quedó completamente dentro de mí. Los dos estábamos jadeando con fuerza y sin control. Yo estaba empapado en sudor, a pesar de que el aire acondicionado estaba encendido. Phi Fu se quedó quieto ahí mismo, sin moverse, para darme tiempo de acostumbrarme a su tamaño y a la sensación. Apoyó los brazos a los lados de mi cuerpo, me miró fijamente a los ojos y me regaló una sonrisa llena de ternura. En ese momento mi corazón dio un vuelco; de repente me pareció el hombre más guapo y atractivo que había visto en toda mi vida.

«¡Dios mío! Este hombre... este hombre es mío, es mi pareja».

—¡Ah! Ya entiendo... espera, ¡ah! —grité cuando él empezó a moverse despacio.

Al principio sus movimientos eran suaves y muy lentos: se iba saliendo poco a poco y luego volvía a entrar hasta el fondo. Cada vez que lo hacía, sentía que me llenaba por completo, sin dejar ni un solo espacio vacío. Yo tenía las manos apoyadas sobre su pecho, y poco a poco empezaron a correrme lágrimas por las mejillas. Todavía me dolía un poco, por lo que a veces cerraba los ojos y hacía una mueca de dolor.

—Perdóname, mi amor —me decía con voz suave.

—¡Ah! —exclamé sin poder contenerme.

—¿Te duele mucho? ¿Quieres que paremos un momento? —me preguntó con preocupación.

—No... no pare —le respondí enseguida.

—Moo... —susurró mi nombre con cariño.

—Ya no me duele tanto... ¡ah! —le dije entre gemidos.

Entonces una de las manos de Phi Fu bajó y empezó a tocarme y acariciarme de nuevo. Ver cómo me atendía y me daba placer al mismo tiempo, por dentro y por fuera, me hizo ponerme rojo de la vergüenza hasta las orejas. Lo que tenía en la mano se veía tan pequeño y delicado en comparación con el resto, parecía un gusanito de té verde... ¡qué pena que él lo estuviera viendo todo el tiempo! Esas son las cosas que nos pasan a los que tenemos rasgos asiáticos, ¿no? Pero, ¡Phi Fu! ¿Cómo es posible que tú tengas algo tan grande y descomunal? ¿De qué raza eres o qué llevas dentro?

—¡Ah... ah... sigue así! —le decía sin control.

En cuanto encontró el punto exacto y el ritmo perfecto, pareció saber exactamente qué hacer en cada momento. Se retiró un poco hacia atrás, me agarró las caderas con mucha firmeza con sus manos grandes y comenzó a empujar con más fuerza y profundidad. Esos movimientos lentos se fueron haciendo cada vez más rápidos y profundos, hasta que al final el dolor desapareció por completo, pero fue reemplazado por una sensación intensa y distinta que me hizo perder toda la razón y el juicio.

Intentaba contener los gemidos para que no sonaran demasiado fuerte y no molestáramos a los vecinos, pero Phi Fu no me lo ponía nada fácil. Me sujetaba con fuerza por la cintura y empujaba con decisión; me atraía más hacia él con ambas manos, haciéndome sentirlo aún más profundo y lleno. En ese momento parecía que nada más le importara en el mundo. Sus ojos oscuros brillaban de placer mientras no dejaba de mirarme ni un instante.

Qué atractivo se ve hoy... Solo verlo respirar agitado me recorre todo el cuerpo de escalofríos.

—¡Ah! —grité sin poder contenerme cuando cambió de postura. Se retiró un poco, me dio la vuelta y me puso boca abajo. Apenas tuve tiempo de acomodarme cuando ya me rodeaba con sus brazos por la espalda y volvía a entrar en mí, en ese camino suave y cálido. Mis brazos perdieron toda fuerza al instante; escondí la cara contra el colchón y me dejé llevar, entregándole de nuevo todo el control.

¿Así se siente estar con la persona que amas?

Eché una mirada entre mis piernas y sentí que se me encendía la cara al ver cómo entraba y salía de mí con ritmo acelerado. Mi propia intimidad se movía al compás y el líquido que salía iba manchando poco a poco las sábanas blancas.

Siento que ya no puedo más... y cuando digo que no aguanto, es en serio.

Sus labios recorrían toda mi espalda, la nuca y detrás de mis orejas. Me mordisqueaba con suavidad los hombros y eso hacía que me estremeciera y que se me pusiera la piel de gallina por todas partes. Todo mi cuerpo se arqueaba y temblaba con cada embestida que me daba por detrás. Cuando empujaba con más fuerza, yo clavaba las uñas en la tela de la cama.

—Phi Fu... ya no puedo más... ¡Ah...! —alcancé a decir entre sollozos y suspiros.

—...

—Más despacio... por favor, más suave —le supliqué.

—...

—¡Ah... ¡¡Aaaaah!!

Y entonces sucedió lo que tanto estaba esperando. Después de unos cuantos movimientos fuertes y profundos, sentí que por un momento me iba de este mundo. Todo mi cuerpo se tensó al máximo, una ola de placer inmenso me recorrió entero y me dejé ir por completo, liberando todo dentro de mí. La habitación se llenó de mis respiraciones agitadas y sonidos ahogados. Me quedé con la boca abierta, sin aire, y luego me dejé caer totalmente rendido sobre la cama. Al notar la humedad entre mis piernas, volví a sentir esa vergüenza que no me abandonaba.

«¡Dios mío! ¿Es verdad? ¿Moo Ying y Phi Fu lo hicimos de verdad? ¿De verdad pasó todo esto entre nosotros?».

Phi Tai me va a matar. Estoy seguro de que Phi Tai me va a matar cuando se entere...

—Mi amor... —me susurró Phi Fu, que todavía seguía dentro de mí. Podía sentir cómo mis propios músculos lo apretaban con fuerza, como si mi cuerpo no quisiera dejarlo ir. Él inclinó la cabeza y habló justo al lado de mi oído, con una voz mucho más ronca y profunda de lo habitual, lo que me pareció extraño y a la vez muy atractivo.

...

—Aún no he terminado contigo, mi vida —me dijo.

«¡Espera... espera un momento! ¡Pero si yo ya estoy agotado! ¡Acabo de terminar y también, no puedo más!».

—Cariño mío... —insistió.

—No... no me llames así —le pedí, tratando de recuperar el aliento.

—Quiero pedirte algo, ¿me escuchas?

—¿Qué cosa? —le pregunté con miedo de oír la respuesta.

—¿Podrías ponerte de pie, mi amor?

—¡Phi Fu...! —gemí, sin creer lo que me estaba pidiendo.

—Por favor, Moo... ¿lo hacemos solo una vez más, pero estando de pie? ¿Lo harías por mí?

«¡¡Dios mío, pero ¡¡qué es lo que me está pidiendo!!».

¿Quién fue el que dijo que este hombre, siempre vestido con pantalones sencillos y ropa normal, no tenía nada especial ni sabía hacer nada? ¿Quién me convenció a mí de que Phi Fu era alguien tranquilo, sin emociones ni pasión? ¡¡¡Todos me mintieron!!! Este hombre no tiene nada de normal ni corriente. Es increíble, es diferente a todo lo que me imaginaba.

Moo Ying se encargará de decirle a todo el mundo que ni siquiera el mejor plato de comida del mercado se puede comparar con este «plato sencillo y sin sabor» que yo tenía frente a mí. ¡Le doy una calificación perfecta de 100 sobre 100! ¡De hecho, le daría un millón sobre un millón, porque se lo merece todo!

«Me rindo, Phi Fu. Me rindo completamente ante ti. Ya no tengo nada más que hacer ni decir».

Capítulo 26

—¡¡Mooooo! ¡Moo, mi amorcito! —me llamaba insistiendo.

—¡Deja de hablarme con esa voz tan dulce y melosa! Me molesta y me irrita —le respondí sin mirarlo.

—¡Moo, primero escúchame un momento! —me pidió con desesperación.

—Cierra la boca y súbete al coche de una vez por todas —le ordené, sin darle oportunidad de hablar.

—¡¡Moo!! —seguía llamándome con esa vocecita lastimera y triste.

Yo no le hice ni el menor caso a sus quejas ni a sus lamentos. En cuanto vi un taxi libre, levanté la mano para pararlo, abrí la puerta y me senté en el asiento delantero, justo al lado del conductor, dejando a Phi Fu solo atrás, donde no paraba de hacer ruiditos y quejarse como un niño pequeño. De vez en cuando le echaba una mirada de reojo, y lo veía que no dejaba de mirarme con esos ojos brillantes, inocentes y grandes, parpadeando sin parar, como si estuviera esperando que yo me ablandara y le hiciera cariños o le hablara bonito.

Si te preguntas por qué Phi Fu y yo nos tratamos así, con tanto enfado y tensión desde primera hora de la mañana, todo tiene que ver con lo que pasó anoche.

Phi Fu y yo... hicimos eso.

Reconozco que cada vez que recuerdo ese momento me siento emocionado, pero también con mucha vergüenza. Sin embargo, lo que más me atormenta es esa duda que me aprieta el pecho y no me deja tranquilo. ¡Tenía unas ganas enormes de gritarle y preguntárselo directamente! ¿Por qué Phi Fu sabía hacerlo tan bien? ¡Y no solo eso, sino que lo hizo de una forma increíble, perfecta!

Es verdad... tengo que admitir que anoche estaba simplemente irresistible; me llegó hasta lo más profundo del alma. Fue mi primera vez con mi pareja, pero... ¿cómo es posible que alguien que parecía no tener ni el menor interés ni obsesión por esas cosas, supiera exactamente qué hacer y cómo hacerlo tan bien?

¿Habría estado con alguien antes? ¿Había practicado con otra persona?

Llegamos juntos en taxi hasta la casa de Phi Fu. Como íbamos en un transporte público, él se quedó callado y no se atrevió a pegarse ni a abrazarme para no molestar al conductor. Pero en cuanto bajamos, eché a correr directo hacia la entrada. Vi a la abuela sentada no muy lejos, meciéndose en su silla, y fui corriendo a darle un abrazo fuerte. Ella se reía suavemente mientras me estrechaba entre sus brazos y me acariciaba la cabeza con su

mano llena de arrugas. Phi Fu llegó un poco después, saludó con mucho respeto juntando las palmas de las manos y luego se sentó justo a nuestro lado.

—¿Ya se levantó Tai, abuela? —le pregunté.

—Creo que sí. Mejor sube y llámalo, que ya se están preparando para ir al cementerio y hacer el ritual —me contestó ella con calma.

—Moo... —empezó a decir Phi Fu, tratando de detenerme, pero la abuela solo nos miraba con una sonrisa dulce y cómplice.

Yo le saqué la lengua e hice una mueca burlona, luego me fui moviendo las caderas con mucho ritmo y subí las escaleras directo al cuarto de mi gran amigo Tai. Lo encontré acostado, hablando por teléfono. En cuanto escuchó mi voz, dio un salto y se sentó de golpe, terminó la llamada rápidamente y escondió el aparato detrás de la espalda. Esa actitud tan sospechosa, de quien claramente tiene algo que ocultar, despertó mi curiosidad al instante.

—¿Por qué entras así sin llamar ni tocar la puerta, Moo?! —me regañó.

—¿Si yo siempre entro así! ¿Qué te pasa ahora, Tai? ¿Desde cuándo necesitas tanta privacidad incluso con tu mejor amigo? —le respondí.

—¡Baja ya de ahí! ¿Por qué te me subes encima así de repente? —me dijo, tratando de apartarme.

—No quiero bajar. Si bajo, Phi Fu volverá a molestarme otra vez —me quejé del hermano mayor de Tai mientras me acercaba y me sentaba en su cama. Solté un gran suspiro y me recosté boca arriba. Todo lo que tenía que ver con Phi Fu me parecía todavía muy sospechoso, y Tai pareció darse cuenta de que algo me pasaba, porque se volvió para mirarme con atención.

—¿Qué pasó? ¿Pelearon o algo así? —me preguntó.

—No, nada de eso —le respondí.

—¿Entonces qué les pasa? ¿Es que están bien tres días y mal los otros cuatro? ¿Cuál es el problema entre ustedes dos?

—Es que... —empecé a decir, dudando.

—¿Qué? Cuéntame ya —insistió.

—Primero tienes que prometerme que no se lo vas a contar a nadie. Ni a nadie en el mundo —le pedí con seriedad.

—¿Es en serio tan secreto como para tanto? —se sorprendió él.

—¡Sí! ¿Me vas a escuchar o no? Si quieres saber, primero prométemelo —le dije.

—¡Está bien, está bien, te lo prometo! ¿Cuándo me has visto andar contando las cosas que me cuentas tú? ¿Acaso crees que soy de esa clase de gente? —me respondió, un poco ofendido.

Apreté los labios con mucha fuerza, luego me senté y me quedé mirándolo directamente a los ojos. Eché una mirada rápida hacia la puerta, que estaba bien cerrada, respiré hondo y me incliné hacia él para susurrar solo lo suficiente para que él pudiera oírme:

—Phi Fu y yo... ya hicimos eso.

—¿Eso qué? —preguntó sin entender.

—Ya hicimos... bueno, ya hicimos eso, lo que se hace entre dos personas —le aclaré bajito.

—Ah, ya entiendo. ¿Y qué? —me contestó con total calma.

¡Oye! ¿Cómo es posible que a Tai no le sorprenda nada? ¿Por qué está tan tranquilo como si nada? ¿Es que no hay nada que te sorprenda o te parezca extraño? ¡Si se trata de mí y de tu propio hermano mayor, nada menos!

—¿Es esto lo que querías que mantuviera en secreto? —me preguntó con cara de indiferencia.

—Es que... no es que sea algo tan sorprendente... —empecé a decir, decepcionado por su reacción.

—Pues yo ya he usado un vibrador —me dijo de repente.

—¡¡¿Qué?!! —exclamé, totalmente atónito.

—Lo que cuentas tú ni siquiera es tan impresionante como lo mío, Moo. Si te contara que yo ya he hecho eso mismo con otras personas, y muchísimas veces con gente que ni siquiera conocía, te ibas a quedar con la boca abierta de la impresión... y pondrías exactamente esa misma cara que estás poniendo ahora mismo —me explicó con mucha tranquilidad.

¡Dios mío... por todos los cielos...! ¡No me lo puedo creer!

¡Dios mío...! ¡Tai Yuan, mi mejor amigo Tai Yuan...!

Al oírlo hablar así, me tuve que agarrar el pecho con las manos de la impresión. No es que no supiera que Tai tenía experiencia o sabía de estas cosas, ¡pero jamás me imaginé que hubiera llegado tan lejos ni que me lo diría así, tan sin rodeos y sin ningún tipo de vergüenza! Me rindo, de verdad que me rindo. Sin duda alguna, él es el único y verdadero perverso de todo nuestro grupo de amigos. Sí, definitivamente me rindo. Al lado de él, lo que he hecho yo no es absolutamente nada.

—¿Y bien? ¿Es solo eso lo que te tiene preocupado y con esa cara? —me preguntó.

...

—¿O es que te sorprendió que Phi Fu supiera hacerlo tan bien?

¡Oye! ¡Otra vez adivinó lo que estaba pensando! ¿Es que tiene poderes para leer la mente o qué le pasa? ¿Cómo es posible que siempre sepa exactamente lo que le pasa a los demás y lo que están pensando?

—¿Por qué te sorprendes? ¿Acaso pensabas que alguien como mi hermano no iba a saber hacer esas cosas? —siguió diciendo.

—Bueno... ¿se supone que debería ser así, ¿no?! —le respondí.

—Es que tú siempre juzgas a mi hermano solo por cómo se ve o cómo parece ser, sin conocerlo de verdad —me reprochó.

—¡Oye, qué dices! —me quejé, mientras me daba varios golpecitos en la frente con el dedo. Al ver que ponía cara de enfado, volvió a darme otro golpecito más. ¡Oye! ¿Es que he venido hasta aquí solo para que Tai se dedique a molestarme y fastidiarme?

—Yo no me meto en esos asuntos ni opino sobre eso. Ahora que ya son novios, ¿crees que es algo en lo que yo debería meterme o interferir? —me dijo con seriedad.

—Solo vine a preguntarte tu opinión, nada más. Es que de verdad no me esperaba en absoluto que alguien como Phi Fu supiera hacer esas cosas y supiera tan bien cómo tratarme —le expliqué.

—Si quieres saber si alguien sabe o no sabe, mejor me lo preguntas a mí. O mejor aún, ¡ve y pregúntaselo directamente a tu esposo! —me dijo con una sonrisa burlona.

—¡Cierra la boca de una vez! ¡No digas esas cosas tan alto, que nos pueden oír! —le advertí asustado.

—Moo... ¿de verdad crees que todavía hay alguien que no sepa lo que pasa entre ustedes dos? —me preguntó él, como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Qué... qué dices? ¿Es posible? —alcancé a balbucear.

—¡Si lo saben desde hace años! Eres demasiado inocente y te crees todo lo que ves, Moo Ying —me dijo con un gran suspiro, y luego se levantó para bajar las escaleras.

Me quedé sentado allí mismo, totalmente aturdido y sin poder reaccionar por todo lo que acababa de oír. ¡Claro que me había dejado helado y sorprendido!

¿Entonces... eso significa que todo el mundo ya sabía lo nuestro con Phi Fu y nadie me dijo nada?

Aunque... pensándolo bien... seguramente es tal y como me dijo Tai. Desde el momento en que Phi Fu me confesó lo que sentía por mí, todo se hizo mucho más claro y evidente. No es de extrañar que toda su familia ya se hubiera dado cuenta hace mucho tiempo.

—¿Ya estás listo con todo, Moo? ¿Vienes con nosotros o te quedas aquí? —me preguntó desde el rellano de la escalera.

Cuando bajé, la abuela me preguntó enseguida. Sonreí con cierta incomodidad; me sentía algo tenso porque allí estaba toda la familia de Phi Fu: todos sus tíos y hermanos. Solo podía quedarme parado junto a mi amigo, abrazándome a mí mismo y sintiéndome fuera de lugar.

Hoy tenían previsto ir al cementerio chino para realizar el ritual de ofrendas. Por costumbre, en estas ceremonias solo participan los miembros de la familia, y quienes no lo son no suelen asistir. Por eso preferí rechazar la invitación y volver a casa para descansar. En el fondo, sigo siendo un extraño en estos asuntos, y no me atrevo a intervenir ni a entrometerme en cuestiones familiares. Mejor me voy a casa a dormir y a pasar el rato.

—¿Qué haces, mamá? —le dije en cuanto llegué, corriendo a abrazarla con mucha fuerza. Ella se sobresaltó un poco por mi llegada tan repentina. ¡Soy un verdadero diablillo! Justo cuando estaba cocinando, casi le hago derramar todo el caldo que tenía preparado.

—¿Cómo has vuelto? ¿Has venido en taxi? —me preguntó.

—Sí. Y bueno, como me quitaron el coche, ¿de qué otra forma iba a volver? —le respondí.

—¡Qué chico este! —exclamó, y yo me eché a reír y salté rápido para esquivar el golpe que intentó darme en la cabeza.

La dejé seguir cocinando y salí a jugar con los perros que tiene mi tía. Apenas llevaba unos minutos acariciándolos cuando apareció quien realmente se ocupa de ellos, y se quedó parado justo a mi lado. Levanté la vista y me encontré con mi papá.

Mmm... ¿debería contarles a mamá y a papá que mi relación con Phi Fu ha cambiado y que ya somos novios?

—¿Cómo has vuelto? ¿En taxi? —me preguntó también él.

—Sí. Y además... ya estoy saliendo con Phi Fu —le confesé.

—Así que ahora es algo serio y formal —comentó con calma.

—¿Estás enfadado conmigo, papá? —le pregunté con miedo.

—Pues sí, al principio me molestó, pero hace mucho que ya lo acepté y me hice a la idea. Conociéndote como te conozco, estaba claro que nunca me ibas a traer una nuera a casa —me respondió con sinceridad.

¡Vaya! ¡Miren a papá quejándose y con esa cara tan seria! ¿Desde cuándo se ha vuelto tan sensible y expresivo?

Me aparté de los perros y me acerqué a darle un gran abrazo. Él soltó un suspiro de resignación, pero se quedó quieto y me dejó abrazarlo. Lo miré con esos ojos grandes y dulces, parpadeando despacio, poniendo la cara más tierna que pude. Al principio él intentó hacerse el duro y hacerme como si no me viera, pero al final se rindió y empezó a acariciarme la cabeza con mucho cariño.

—Ya te dije que mi papá es el mejor del mundo. Lo único malo es lo del coche —le dije.

—Si vas a formar parte de su familia, compórtate bien y sé educado, ¿está bien? —me aconsejó.

—¡Papá, por Dios! ¡Si ni siquiera nos hemos casado todavía! No digas esas cosas tan de repente —le respondí, poniéndome rojo de la vergüenza.

—¿Cómo que no? ¿Cómo vas a ser el yerno mayor de esa casa sin que haya un compromiso formal? ¿Acaso crees que voy a dejar que se lleven a mi hijo sin más ni más, sin darle su valor? —me dijo con mucha seriedad.

—Bueno... es que... también me da mucha pena su familia, papá. En su casa solo son tres hijos varones. Y que el mayor de todos termine con un chico como yo... estoy seguro de que no les hace mucha gracia ni están muy contentos con esto —le confesé, con un poco de inseguridad.

—Moo, escúchame bien —me dijo papá, poniéndome la mano en la cabeza y acariciándome suavemente antes de seguir hablando.

—Si vamos a hablar de esto con sinceridad, ellos también tienen que respetarnos a nosotros. No pueden simplemente llevarse al hijo de otra persona, vivir con él y no tener ningún respeto ni consideración por su familia ni por su padre. ¿Crees que yo voy a permitir algo así? Tú eres mi hijo, te he criado y te he educado con muchísimo esfuerzo y cariño... Si ellos quieren tenerte a su lado pero no les importa nada de lo que somos ni de dónde venimos, te aseguro que yo también voy a hacer oír mi voz y no me voy a quedar callado.

—¡Vaya! No sabía que eras tan estricto y firme, papá —le dije, impresionado.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Ahora es como si tuviera dos hijas en lugar de hijos —suspiró—. Ah Lee es tu hermana mayor de verdad, y todavía no tiene ni una pareja formal ni estable. ¡Qué cosas!

Me eché a reír a carcajadas al oírlo decir eso. Si Jee Lee llegara a escuchar esto, seguro que montaría una escena y se enfadaría muchísimo. Ella no hace más que publicar cosas en las redes sociales quejándose de estar soltera y diciendo que quiere tener novio ya mismo, cada cinco minutos. Ya está a punto de terminar la universidad, y todavía no

aparece nadie que consiga llamar la atención ni hacer latir el corazón de la hermana mayor de Moo Ying. La verdad es que me da mucha pena, pobrecita.

Pero bueno... al menos yo ya tengo algo con lo que presumirle a Jee Lee, ¿verdad? ¡Je, je...! ¡Moo Ying ya tiene pareja antes que su propia hermana mayor! ¡Eso no se lo va a perdonar nunca!

Después de hablar un buen rato con papá, entré a casa para comer lo que mamá había preparado con tanto cariño. Los tres, papá, mamá y yo, nos sentamos juntos y estuvimos charlando de todo un poco, sin ningún tema en especial, simplemente disfrutando de estar juntos. Cuando terminamos de comer, como buen hijo que soy, tuve que obedecer a mamá y llevar todos los platos y cubiertos a la cocina para lavarlos bien. Y claro está, no me atreví a discutir ni a decirle que no, así que terminé lavando toda la vajilla yo solo, sin ayuda de nadie.

¡Uf! Si Jee Lee estuviera aquí, no tendría que hacer todo esto yo solo. Odio lavar los platos más que nada en el mundo.

Me tomó buenos minutos terminar de limpiar todo. Cuando acabé, subí a mi habitación, me tiré en la cama y empecé a jugar con el teléfono, moviendo las piernas de un lado a otro. Al rato me entró mucho sueño; después de comer bien y quedar satisfecho, es imposible mantener los ojos abiertos. Apagué el celular, hundí la cara en la almohada suave y me quedé dormido profundamente.

—Mmm...

No sé cuánto tiempo pasó hasta que empecé a despertar. Todavía tenía los ojos cerrados y me sentía muy aturdido, pero sentía que alguien me acariciaba muy suavemente la cara. Poco a poco fui abriendo los párpados y parpadeé varias veces hasta enfocar bien la vista.

¡Espera... ¿Phi Fu?! ¿Estás aquí? ¿Ya volviste del ritual?

—¿Te desperté sin querer? —me preguntó en voz baja.

—Mmm... —respondí apenas, todavía medio dormido.

—Perdóname. Sigue durmiendo, te meceré hasta que te vuelvas a quedar frito —me dijo con mucha ternura.

—Phi Fu... —lo llamé bajito.

—Dime, mi amor.

—Moo te pide perdón por haber sido tan caprichoso y difícil estos días. No lo hice con mala intención, pero... tú me conoces y sabes cómo soy, ¿verdad? Entiendes mi forma de ser, ¿no? —le dije con voz triste y arrepentida.

—Yo no estoy enfadado contigo, mi vida. El que estaba enfadado eras tú conmigo. Pero escúchame bien: si tienes alguna duda, si te preguntas algo o quieres saber cualquier cosa, tienes que decírmelo directamente y preguntarme a mí. Si te quedas ahí pensando solo y dando vueltas a las cosas, no vas a resolver nada ni vas a estar tranquilo —me explicó con mucha calma y cariño.

Me pasó suavemente la mano por los labios, acariciándolos despacio, y me regaló una sonrisa preciosa. Ver esa sonrisa hizo que mi corazón empezara a latir muy rápido y que me ardieran las mejillas de la emoción. Se notaba claramente que él ya sabía perfectamente que yo me había rendido totalmente ante él y que ya no tenía ninguna defensa. Por eso se atrevió a ser mucho más valiente y decidido en sus gestos. Me rodeó con su brazo fuerte y me atrajo con fuerza contra su cuerpo. Mi corazón iba a mil por hora, teniendo su cara tan cerca de la mía, a solo unos centímetros de distancia.

¡Estos ojos que tiene son realmente peligrosos para mi pobre corazón!

—Phi Fu... —volví a llamarlo.

—Dime, cariño. Aquí estoy.

—Dime la verdad... ¿por qué... por qué sabías hacerlo tan bien? ¿Cómo es posible que supieras todo lo que hacías? —le pregunté al fin, sacando al aire la duda que me había estado comiendo por dentro todo este tiempo.

—¿Cómo dices? —me respondió, poniendo cara de no entender nada.

—¡Eso! ¡Lo que hicimos anoche! ¿Por qué sabías hacerlo tan bien? ¡Contéstame de una vez! —insistí sin dejarlo escapar.

—¿Eso...? Ah... —Phi Fu pareció entender al fin, y puso una cara muy especial que me hizo sentir todavía más incómodo. Desvié la mirada enseguida, lleno de vergüenza. ¿Por qué tuve que preguntar esto? ¿Realmente tenía que dudar de ti? Qué tonto soy...

—¿De verdad quieres saberlo, mi amor? —me preguntó con voz suave.

...

—Pero primero prométeme que no me vas a pegar ni te vas a enfadar —me pidió, poniendo cara de inocente.

...

—Bueno... es que... tenía material de estudio, enlaces y cosas así... ¡pero yo no lo busqué! Fue Tai quien me lo consiguió todo —confesó al final.

—¡¡¿QUÉÉÉ?!! —exclamé, totalmente atónito.

—Él me dijo que tenía que aprender bien para poder estar contigo, Moo. Y yo pensé... si es por ti, mi vida, soy capaz de hacer cualquier cosa —me explicó con mucha ternura.

—¡Phi Fu! ¡No me lo puedo creer! —alcancé a decir.

—Tai me animó mucho. Me dijo que a ti no te gustaban las cosas suaves ni sencillas, así que me enseñó todo lo que sabía. ¡Y también me ayudó el pequeño Tee! —siguió contando sin parar.

—¡Por el amor de Dios! ¡Si tú eres el hermano mayor! ¿Cómo es posible que dejes que tus hermanos pequeños te enseñen esas cosas? —le reproché, sin poder creer lo que oía.

—¿Y qué tiene de malo? En el fondo, mi corazón sigue siendo tan inocente como el de un niño —me respondió con esa cara dulce que lo caracteriza.

¡Uf! ¿Qué les pasa a estos tres hermanos? ¿Es que se pasan enseñándose cosas entre ellos? ¡Qué situación tan increíble! Y encima Phi Fu, que supuestamente es el mayor de todos, tiene que ser guiado y enseñado por los más pequeños. ¡Bueno, Tai ya se entiende más o menos, ¡pero Tee está a punto de entrar en la secundaria todavía! ¡Es demasiado joven para saber todo eso!

—Pero ya no les pido que me enseñen nada más —me dijo de repente.

—¿Ah no? ¿Y eso por qué? —le pregunté.

—Porque ahora aprendo mucho mejor estando contigo —susurró muy bajito, mirándome con esos ojos brillantes.

—¡Oye...! —me puse rojo de la vergüenza.

—El alumno es bueno gracias al maestro, y el maestro es bueno gracias al alumno, ¿verdad, Moo? —me dijo sonriendo, y luego gritó—: ¡Ay! ¡Me prometiste que no me ibas a pegar! ¡Ay, duele!

Capítulo 27

—Moo... —me llamó dulcemente.

—¡No quiero que vuelvas a hablar nunca más con Nong Kim! ¡Deja de hacerlo ya mismo!
—le ordené con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Pero solo me pregunta cosas de la universidad, nada más —me dijo intentando calmarme.

—¡No y no! —le respondí con firmeza.

—De verdad que no hablamos de nada raro ni inadecuado. Estamos en la misma facultad, por eso me consulta dudas y yo solo le contesto lo necesario. Mira, si no me crees, te enseño mismo el chat —insistió.

Phi Fu asintió repetidamente y al momento me entregó su teléfono. Me miraba con mucha atención y seriedad; se notaba clarísimo que hacía todo lo posible y más para que al fin me fiara de él. El tema de Kim era algo delicado entre nosotros. Desde que él se enteró de que yo había terminado nuestra relación tiempo atrás precisamente por culpa de Kim, no paraba de buscar la forma de explicarse y dejar las cosas claras. Verlo así, tan preocupado y ansioso, me dio ganas de molestarle un poquito más solo por divertirme.

Es que es demasiado adorable... Fue corriendo a buscar el móvil y me abrió la conversación entera para que leyera cada palabra.

La verdad es que no estaba tan celoso como para exigirle que me enseñara sus mensajes. Solo quería darle una pequeña lección y hacerle pasar un mal rato por una vez en la vida. Ver cómo se trabucaba al hablar y cómo intentaba justificarse me parecía de lo más gracioso del mundo. En cuanto yo me ponía serio o fruncía el ceño, él se encogía todo y me contestaba con voz insegura y temblorosa. ¡No me cabía duda de que era el hombre más tierno y dulce que existía!

En serio... ¿cómo pude dejar pasar tantos años sin darme cuenta? ¿Cómo es posible que alguien tan increíble como Phi Fu haya estado ahí todo este tiempo y yo no me fijara en él antes?

Moo Ying, definitivamente estuviste ciego y sin ningún instinto ni sentido común durante mucho tiempo.

—Moo... —me llamó suavemente.

—¿Qué pasa? Quítate de en medio, que voy a guardar mis cosas —le dije apartándolo con el hombro.

Me levanté y me acerqué a una maleta que estaba abierta sobre la cama. Había venido hoy especialmente para ayudarlo a hacer el equipaje, porque se iba a mudar a su propia casa. Ya era mayorcito y tenía que dejar la casa familiar para empezar su propia vida independiente. Pero es que incluso para cosas tan sencillas como doblar la ropa o guardar objetos tuvo que suplicarme que viniera a echarle una mano... ¿qué clase de hombre adulto es que no sabe hacer nada por sí mismo?

Yo ya estaba a punto de empezar mi último año de carrera, mientras que él ya había terminado sus cinco años de estudios. Me había contado que se preparaba para trabajar a tiempo completo en la misma empresa donde había hecho las prácticas; creo que era un estudio de diseño o arquitectura, y iba a ser ayudante de un arquitecto profesional. Solo podía desearle que todo le saliera perfecto y que tuviera mucho éxito. Aunque, pensándolo bien, él tenía mucho talento y era muy capaz, así que seguramente no tenía nada de qué preocuparme.

Eso es, Moo, mejor preocúpate de ti mismo... ¡que no sé ni siquiera si voy a llegar a graduarme algún día! Todo esto es mucho más complicado y difícil de lo que pensaba...

Desde que terminaron las vacaciones, Phi Fu se veía mucho más guapo y atractivo. Se cortó el pelo y se transformó en un hombre verdaderamente impresionante. Cada vez que subía una foto a Instagram, los comentarios se llenaban de corazones y halagos de chicas de todas partes. Por eso tenía que vigilarlo muy de cerca y no perderle la pista. Últimamente le pedía que publicara fotos donde saliéramos los dos juntos, y él, que siempre es tan amable y hace todo lo que le pido, lo hacía sin quejarse. Su perfil, que antes tenía un estilo muy elegante, artístico y serio, propio de un arquitecto, ahora estaba lleno de fotos mías, ¡y yo creo que arruiné totalmente su estética tan cuidada!

Todo se resume en una sola cosa: Phi Fu se ha vuelto cada día más guapo.

Cuanto más crece y más mayor se hace, más hombre y más atractivo se vuelve. Antes era él quien se ponía celoso y se enfadaba cuando yo elogiaba a otros chicos que veía en el celular o en la tele, pero ahora soy yo quien tiene que estar con el ojo puesto todo el tiempo por culpa de todas esas chicas (¡y a veces ni siquiera son chicas!) que andan detrás de él. Como esa Kim, que no hace más que aparecer por todas partes.

Moo Ying está tan celoso que no sabe ni qué hacer... ¡y de hecho ya he tenido mis momentos de celos terribles! ¡Qué rabia me da todo esto!

—¿Moo, te gustaría venir conmigo al parque hoy? —me preguntó de repente.

—¿Y eso para qué? —le respondí con desconfianza.

—Es que el tío Pae tiene clase de tai chi hoy, y voy a ir un rato a hacerle compañía —me explicó tranquilamente.

Mmm... bueno, al final Phi Fu sigue siendo quien es, ¿no?

Por mucho que me parezca el hombre más guapo y atractivo del mundo, en el fondo... sigue siendo ese hermano mayor al que le encanta tomar té, practicar tai chi y usar siempre esos pantalones de corte clásico. ¡Si vieras cuántos tiene solo en esta maleta! Tiene suficientes para ponerse uno diferente cada día de toda una semana sin repetir. Y no entiendo esa obsesión que tiene con esos pantalones que tienen dibujados pájaros fénix...

Pero bueno... supongo que todo eso también forma parte de su encanto y de lo que me gusta de él.

—¡Phi Fu! ¿Puedo ir contigo, por favor? —le pedí de repente.

—¿De verdad que quieres venir conmigo? —me preguntó sorprendido.

—¿Por qué te sorprendes? ¿Tiene algo de raro? —le dije, un poco ofendido.

—No, nada de raro... es que casi nunca te apetece venir conmigo a estos sitios —me contestó con dulzura.

—Es que me aburro muchísimo estando solo en casa... dar un paseíto no me vendría nada mal —le expliqué.

—Pues más que caminar, deberías ponerte a correr o hacer algo de ejercicio... que ya se te empieza a notar una barriguita, ¿eh? —me dijo con una sonrisa burlona.

—¡¡¡PHI FUUUU!!! —le grité molesto.

—¡Ay, perdóname, era solo una broma! Lo que quiero es que te cuides un poco, nada más. Porque no haces más que comer y dormir todo el día, y luego te pasas la vida quejándote de que estás gordo o que has subido de peso —me dijo con mucha calma, intentando calmarme.

—Cuando adelgace, me van a sobrar pretendientes.

—¿Acaso no te basta con lo que tienes ahora?

—Claro que no. Si tengo un buen cuerpo, van a llegar muchos más. Más guapos que tú, más atractivos que tú...

—¿Ah sí? ¿De verdad?

Apenas iba a terminar de hablar, cuando Phi Fu se me acercó tanto que casi me rozaba la nariz. Me tomó por sorpresa que se lanzara así de repente. Por todos los cielos... ¿ya vamos a empezar con esto?

Ja, ¿crees que con eso me vas a tener a tus pies? Sigue soñando. ¡Desde la última vez que estuvimos juntos he ganado mucha más resistencia! Ya te aviso que no me vas a ganar tan fácil. Esto ya no me afecta en absoluto; es demasiado básico para mí.

—¡Ay! ¿Qué haces?

Phi Fu me clavó la mirada y luego sonrió apenas, mientras bajaba la mano y me apretaba fuerte el muslo. Di un brinco del susto. Como andaba con pantalones cortos, tenía piel y tela suficiente para agarrar bien. ¿Qué le pasa de repente?

—Te dan unas ganas tremendas de morderte, Moo.

¿Pero qué está pasando? ¿De pronto me sale con que me quiere morder y empieza a apretarme las piernas así como si nada?

—Tienes la boca chica, pero sabes responder muy rápido.

—Ya estuvo. ¿Podrías dejar de andarme tocando la cara así de repente? Me vas a hacer salir granos.

Le quité la mano de un tirón. Phi Fu se reía encantado de verme tan molesto. Antes de que pudiera escapar, me agarró por la cintura y me acercó hasta él. Empezamos a empujarnos y a movernos de un lado a otro, como si estuviéramos peleando en broma. Él trataba de hacerme cosquillas, pero ni soñarlo. Yo soy Moo Ying, y no iba a dejarme ganar tan fácil. Al final logré zafarme de sus brazos. Apenas estuve libre, me fui hacia atrás de un salto, me di la vuelta y le saqué la lengua con toda intención. Phi Fu seguía sentado en el suelo, riéndose de mis ocurrencias.

En cuanto vi esa sonrisa inmensa que le hacía arrugar los ojos, sentí que por un momento se me iban las fuerzas. Esa debilidad que me da cada vez que lo veo empezó a crecer poco a poco. El corazón se me puso a mil. Me quedé parado ahí cerquita, apretando los labios con todas mis fuerzas. Si él se movía solo un poco, me podía agarrar sin problema. Me miró desde abajo con esos ojos tiernos y suaves que tiene, como los de un cachorrito. Antes de que pudiera reaccionar o defenderme, me volvió a atraer hacia sí. Esta vez no terminé en el piso, sino que me senté directamente sobre sus piernas. Me rodeó la cintura con esos brazos fuertes que tiene, con mucha seguridad y soltura.

—Suéltame ya.

—No. Quédate así un ratito más.

—Tengo que seguir guardando las cosas. ¿No ibas a salir a practicar tai chi con tu tío?

—Sí, sí, ya sé. Pero déjame estar un rato más jugando contigo.

—¿Jugar de qué? ¡Ay! ¡Phi Fu!

—Qué lindo eres. Eres tan lindo que me dan ganas de morderte.

Me quedé sin palabras al oírlo decirme eso tan a las claras. Sin previo aviso, bajó la cabeza y me mordió suavemente en la mejilla. No me hizo daño, pero igual me dio un susto tremendo y me hizo dar un brinco. ¿Cómo se le ocurre mordirme así de repente?

Lo miré con una cara de pocos amigos, como si quisiera matarlo con la mirada. Tenía ganas de darle un buen golpe, pero en cuanto vi la forma en que me estaba mirando, se me fueron todas las fuerzas. En lugar de pegarle fuerte, solo terminé dándole unas palmaditas suaves en el pecho. Él se echó a reír, me tomó la mano y me dio un beso muy suave en los dedos. Se me puso la piel de gallina cuando me miró de reojo con esa mirada tan profunda.

¿Qué le pasa? ¿Por qué de repente empieza a besarme y a tratarme así?

—Estoy muy feliz de que hayas aceptado ser mi novio —me dijo con mucha ternura.

Me quedé un poco confundido con sus palabras y no supe qué responder de inmediato, así que me limité a escucharlo.

—Sabes bien que te quiero muchísimo, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—De verdad que soy el hombre más feliz del mundo, Moo.

—Sí, ya lo sé.

—Si alguna vez hago algo mal o que no te guste, dímelo sin miedo, ¿está bien? Estoy dispuesto a cambiar todo lo que haga falta por ti.

—¿En serio lo dices?

—Totalmente en serio.

...

—Pero cuando me pongo así, me da mucho miedo que te canses de mí y te vayas... Si algún día me dices que ya no quieres estar conmigo, te aseguro que voy a terminar llorando como un niño chico.

Lo dijo poniendo la boca en forma de puchero, con esa cara de tristeza tan dulce. Por todos los cielos... ¿quién le habrá enseñado a ponerse así? Se ve tan adorable y tierno. Es el hermano mayor de todos, y sin embargo se comporta como si fuera un niño pequeño. Me dan ganas de grabarlo y enviárselo a sus hermanos menores, para que vean a Tong Qing Shan rogando por cariño y atención.

Verlo así me dio todavía más ganas de seguir molestandolo y haciéndolo hablar.

—Entonces... ¿me harías un favor? ¿Harías algo por mí?

—¿Qué es lo que quieres?

—Cierra los ojos un ratito.

—¿Cómo dices?

—Que sí, ciérralos. ¿Me haces el favor?

—Está bien... pero ¿por qué tengo que cerrar los ojos?

—¡Que te lo estoy pidiendo!

Le di la orden y me levanté un poco. Él se quedó quieto en su sitio. Tuve que insistirle varias veces, pero al final los cerró. Pasé la mano despacito por delante de su cara para asegurarme de que no miraba nada. Tenía toda la seguridad de que no me iba a engañar. Desde que éramos niños, cada vez que jugábamos así, él siempre cumplía las reglas al pie de la letra. Ni siquiera tenía que vendarle los ojos, porque siempre se quedaba con los párpados bien cerrados sin hacer trampa. Ya ves, te lo dije, no hay nadie más tierno que él.

Al verlo ahí sentado tan quieto y tranquilo, me acerqué despacito y me volví a acomodar justo frente a él. Él seguía esperando sin mover ni un solo músculo. Me puse a mirarlo con mucha atención: desde los párpados cerrados, pasando por el puente de la nariz, hasta llegar a esos labios tan rosados que tenía. Luego me incliné muy despacio y le di un beso suave y dulce. Enseguida vi que se le formaba una sonrisa enorme en la cara.

De vez en cuando hay que demostrarle cariño al hombre que uno ama, ¿no crees? No voy a perder nada por ser amable, ¿verdad, Moo Ying?

—¿Te gustó?

—Me encantó.

—¿Quieres otro?

—¡Claro que quiero!

—Si quieres otro, vuelve a cerrar los ojos.

—Ya los tengo cerrados, mi vida.

Me respondió con una voz clara y alegre, y se le notaba que estaba muy ansioso por recibir otro beso. Me acerqué más todavía, le tomé la cara con ambas manos e incliné un poco la cabeza para encontrar el ángulo justo y poder besarlo mucho más profundo y con más sentimiento. Este beso no fue como el anterior, que fue solo un roce rápido. En cuanto me concentré por completo en sus labios, él aprovechó el momento para pasarme los brazos por la cintura y atraerme con fuerza contra su cuerpo. Me levantó sin ningún esfuerzo y me volvió a acomodar justo encima de sus piernas. De ser yo quien llevaba la iniciativa, pasé a ser quien se dejaba llevar por completo.

—Mmm... —gemí bajito, casi como si me estuviera quejando, al notar que él se hacía dueño de la situación.

Me sujetaba con una mano por la nuca, mientras con la otra me apretaba y me acariciaba toda la cintura. Yo levanté un poco la cara, dejándome llevar y aceptando todo lo que me hacía y me decía. Me besaba con mucha fuerza y pasión, y su aliento caliente me rozaba toda la cara. Me mordía y me chupaba el labio inferior con tanta intensidad que al final casi no sentía ni el labio de lo entumecido que me lo dejó.

El sonido húmedo de nuestros besos me resonaba en los oídos, y tuve que cerrar los ojos con mucha fuerza. Sentía la cara arder como fuego. ¡Pasé de querer molestarlo un poco a quedar totalmente acorralado entre sus brazos!

—¡Ah... mmm! Phi Fu...

—Dime, mi amor.

—¿Qué te pasa? ¿Qué estás haciendo? ¡Ah!

—Ya no me dan ganas de ir a practicar tai chi con mi tío.

...

—Prefiero mucho más hacer ejercicio aquí contigo.

¡Espera! ¡Un momento! ¡Alto ahí! ¿Qué está pasando? Estábamos tranquilos guardando la ropa y de repente se le ocurre que me va a comer vivo. ¡Y encima estamos en la casa de su familia! ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo se le ocurre ponerse así de caliente y apasionado justo ahora? ¡Es una locura total!

—P... Phi Fu... ¡Mmm! —di un pequeño brinco cuando me apretó la cintura con tanta fuerza.

Aflojó un poco el abrazo para dejarme tomar aire, pero seguro que tenía la cara roja como un tomate y me ardía toda. Tenía el cabello totalmente revuelto y desordenado. Lo miré a esos ojos oscuros y profundos, y luego bajé la vista sin poder sostenerle la mirada. Se me hizo un nudo enorme en la garganta.

Estoy perdido... Moo Ying está perdido por completo. Phi Fu ya está listo para la batalla.

—Ahora yo mismo te voy a ayudar a bajar de peso. Ya no hace falta que salgas a correr —me dijo con voz profunda y segura.

Me quedé con la boca abierta cuando, sin decir más, se quitó la camiseta de un tirón y la lanzó sin mirar a un rincón de la habitación. Se me puso la piel de gallina y volví a tragar saliva al ver su cuerpo desnudo. Ver cómo se le tensaban y marcaban esos abdominales me excitaba hasta el alma, ¡qué pervertido soy! Él me dedicó una pequeña sonrisa y se volvió a inclinar sobre mí para besarme otra vez.

—¡Hermano! Te están buscando...

¡Dios mío!

Antes de que pudiéramos seguir avanzando, oímos la voz de uno de los otros miembros de la familia Tong llamándonos desde la puerta. Sentí que se me caía el mundo encima. Me solté de un salto, corrí hasta la cama y me cubrí entero con la manta que ahí había. ¡Qué vergüenza tan inmensa! ¡Me moría de la pena! Estábamos tan absortos el uno en el otro que se nos olvidó con llave la puerta. ¡Maldición! ¡Cuando Tee abrió la puerta, seguro que vio absolutamente todo lo que estábamos haciendo!

¡Ayúdame... ya ni siquiera me atrevo a sacar la cara de debajo de la manta! ¡Papá, mamá, perdónenme por favor!

—¿Por qué no tocaste antes de entrar, Tee?

—¿Y quién iba a imaginar que estarían haciendo eso a estas horas?

—Está bien, está bien. Salte primero, por favor.

—El tío Pae ya está esperando. ¿Vas a salir o no?

—Ya no voy a ir.

—Bueno. Entonces solo diré que mi hermano está ocupado cumpliendo una misión muy importante.

—¡Oye, Tee! Cada día te vuelves más atrevido. Y eso que eres el más pequeño de todos.

—¿Atrevido yo? Mejor piénsalo bien tú.

—¿Y quién te enseñó a hablarme así?

—¿Y quién te enseñó a hacer eso que estabas haciendo?

...

—Si no fuera por mí, a estas alturas no habrías logrado nada de nada.

—¡Ay, ya cállate... Tong Xue Tee, de verdad que eres un diablo disfrazado de niño, hermanito! Ahora sí, salte de una vez.

—Está bien. Pero procuren no hacer tanto ruido, ¿eh? Que el otro hermano todavía está jugando en su cuarto.

—No se va a atrever a decir ni una sola palabra.

—No es que me dé miedo que me regañe...

...

—Lo que me da miedo es que... ay, déjalo así, ni modo. Hagan lo que se les dé la gana.

La voz de Tee se fue apagando poco a poco mientras hablaba con Phi Fu, y al instante escuché el sonido de la puerta cerrándose. Unos segundos después, sentí que unos brazos me rodeaban con fuerza a través de la tela de la manta. No hacía falta preguntar para saber quién era.

—Perdóname, mi vida. Se me olvidó poner el seguro a la puerta, me dejé llevar y se me fue todo de la cabeza.

¡Déjate de cuentos! ¿Y ahora cómo le voy a volver a mirar la cara a Tee sin morirme de la vergüenza?

—No te enojas con él. Si ese muchacho no hubiera intervenido, quizás a estas alturas nosotros dos ni siquiera estaríamos juntos.

... ¿Qué diablos quiere decir con eso?

—¿Te crees que fue fácil para mí confesarte lo que sentía? Tenía un miedo terrible, de verdad.

...

—Fue tanta la insistencia y las quejas de Xue Jue Tee que al final tuve que tragarme todo el orgullo y ponerme de rodillas para decirte la verdad.

...

—Por eso estoy tan feliz de ser tu novio. No tienes ni idea de cuánto me costó lograr que por fin te fijaras en mí. Me rechazaste y me regañaste muchísimas veces, pero nunca me di por vencido ni dejé de intentarlo. ¿Cómo no voy a estar contento si al final aceptaste estar conmigo?

Apreté los labios con todas mis fuerzas, y el corazón me temblaba mientras escuchaba cada una de sus palabras.

Siempre supe el esfuerzo inmenso que hacía Phi Fu. Sabía muy bien cuánto tenía que aguantar y soportar cada vez que yo me quejaba o le hablaba mal.

Al recordar todo ese tiempo, me dan ganas de volver atrás y darme unos buenos golpes a mí mismo. No sé cuántas cosas le dije que seguramente le hicieron muchísimo daño. Él también me dijo cosas que me dolieron; aunque solo fue una vez, todavía me duele cada vez que me acuerdo... ¿y yo? ¿Cuántas veces le habré dicho cosas hirientes? Solo de pensarlo me siento terriblemente culpable.

De verdad que le doy las gracias con toda el alma por haberme esperado con tanta paciencia hasta el día de hoy.

Antes era demasiado terco y duro con él. Tanto, que si hubiera seguido así un poco más, seguramente se habría cansado de mí y me habría dejado solo. Si eso hubiera pasado, ahora estaríamos separados, y yo no estaría aquí, escondido bajo su manta y acostado en su cama.

—Phi Fu...

—Dime, mi vida.

—Perdóname por todas las cosas feas y malas que te dije alguna vez.

—No te preocupes, ya pasó. Probablemente me las merecía por lo que yo también te dije antes.

—Yo... yo no quiero volver a ser así contigo nunca más. Si alguna vez me pongo grosero o te digo algo que te lastime, tienes que avisarme enseguida, ¿me lo prometes?

—Está bien, te lo prometo.

—Y por favor... nunca me dejes solo.

—Jamás te voy a dejar, te lo aseguro.

Apreté los labios con mucha más fuerza todavía, mientras él levantaba el borde de la manta y se deslizaba suavemente hasta quedar justo encima de mí. Sus ojos oscuros se encontraron con los míos a muy corta distancia, y se me hizo imposible hasta respirar con normalidad. Él sonrió apenas, se inclinó muy despacio y me dio un beso suave y lento justo en la frente, antes de separarse de mí a regañadientes.

—¿Cómo podría dejarte ir? ¿Quién podría ser mejor, más lindo o perfecto que mi Moo?

—Ojalá sea verdad todo lo que me dices.

—Es la pura verdad.

—Phi Fu...

—Dime, mi amor.

—¿Me quieres de verdad?

No me contestó con palabras, solo me dedicó una sonrisa muy dulce y tierna. Con un brazo apartó un poco la manta, se arrastró hasta quedar justo encima de mí y se acomodó ahí mismo. Cuando me miró así, tan fijo y directamente, casi pierdo la cabeza por completo. Sentía que me ardía toda la cara de lo rojo que estaba.

Vaya... sin duda fue la mejor decisión de mi vida haberme quedado con él.

Espero de todo corazón que Phi Fu nunca me haga pasar malos momentos ni me haga sufrir... y también espero con toda mi alma que yo tampoco se lo haga pasar a él.

Durante todo este tiempo los dos cometimos errores, pero por lo menos tuvimos la oportunidad de darnos cuenta y enmendarlos. Los dos aprendimos mucho de lo que hicimos y maduramos juntos. Si no hubiera tenido a Phi Fu a mi lado, no sé en qué clase de persona tan mala y desagradable me habría convertido.

Gracias... mil gracias por haber aparecido en mi vida, Phi Fu. Vamos a seguir creciendo y madurando juntos, paso a paso y poco a poco. ¡Yo tampoco te voy a hacer sufrir nunca! ¡Te lo prometo!

—¡Oye! ¡Déjame en paz, que quiero leer mis historietas! ¡Quítate de en medio!

—¿Cómo dices?

—¡Phi Fu...!

—¡Maldita sea!

—¡¡Tee!! ¡Déjalo ya mismo! ¿Cómo se te ocurre comportarte así...? ¡Te voy a dar un golpe en la espalda, ya verás!

—¡Se oye todo lo que están haciendo allá adentro! ¿Qué vamos a hacer?

—¿Les tienes miedo o qué?

—¡Miedo no es lo que tengo!

—¿Entonces por qué te quedas ahí parado escuchando todo lo que dicen?

...

—¡Que ya paren de una vez!

—¡Ay... mi vida!

—Enséñale bien al pequeño Tee que no debe meterse ni hacerle la vida difícil a su cuñado (*).

(*) En cantonés, "sáu" significa cuñado o esposa del hermano mayor; en este contexto se refiere a Moo Ying, como pareja del hermano mayor.

—Hoy seguro que se ha alterado el buen agüero y la armonía de toda la familia (*).
Perdónennos, papá y mamá, de verdad que lo sentimos mucho.

(*) "Qilin" es un animal mítico que simboliza buena suerte, prosperidad y todo lo valioso o favorable; decir que "se altera el qilin de la familia" significa que se ha perturbado lo bueno y próspero, aunque esto se compensa con la llegada del nuevo miembro de la familia.

—¡Phi Fu!

—Pero no importa si se pierde la buena suerte... al menos logré que mi pimiento picante favorito se convirtiera en la nuera mayor de esta casa. ¡Ay! ¡Ay! ¡Moo, perdóname, perdóname! ¡Aaaaaay!

—¡Deja de llamarme así de una vez por todas!

FIN

ESPECIAL 01

—¿Y al final qué vas a hacer?

—Voy a celebrar nuestro aniversario con Phi Fu.

—¡Ah, ya entiendo! ¿Y entonces cuál es el problema?

—Tai, tú sabes perfectamente que no tengo ni la menor idea de cómo hacer cosas románticas. ¡En absoluto!

—¿Y tú crees que yo sí sé?

Moo Ying se agarraba la cabeza con las dos manos, como si le doliera terriblemente.

Estábamos los dos parados ahí, pareciendo un par de tontos, justo en medio de un centro comercial inmenso. Era tan grande y lujoso que nos habíamos pasado un buen rato caminando de un lado a otro sin saber ni qué hacer ni a dónde ir. Me había traído a Tai conmigo esperando que me ayudara a resolver este problema que tenía, pero hasta el momento no me había servido de nada. Él solo resoplaba, fruncía el ceño y esperaba pacientemente a que yo por fin terminara con la misión que nos había traído ese día.

Lo había arrastrado hasta aquí precisamente porque necesitaba su consejo: quería prepararle una sorpresa especial a Phi Fu por nuestro tercer aniversario juntos.

Ya estaba cursando mi último año de universidad; había madurado mucho y me había vuelto mucho más guapo. Por su parte, Phi Fu ya trabajaba como arquitecto en una empresa privada; seguía siendo el hombre más atractivo y genial del mundo, al menos a mis ojos. Se ponía más guapo y llamativo con cada día que pasaba, aunque nunca se olvidaba de llevar siempre consigo en su bolso esos pantalones de tela china que tanto le gustaban. Era una combinación un poco extraña, pero en el fondo eso no importaba en absoluto. Yo entendía perfectamente los gustos y preferencias de mi pareja.

Volviendo al asunto que nos traía aquí: tenía millones de ideas distintas para prepararle esa sorpresa, pero ninguna me parecía lo suficientemente buena ni adecuada para mí. Tenía mucho miedo de que cualquier cosa que se me ocurriera fuera algo que ya le había regalado o hecho en años anteriores y que no tuviera nada de especial.

—Mejor cómprale cualquier cosa y ya está. No le des tanta importancia, créeme que es lo más sencillo —me decía él.

—El año pasado también le compré algo —le recordé.

—Pues entonces cómprale algo diferente a lo que le diste el año pasado —me respondió como si fuera lo más fácil del mundo.

—Lo que yo quiero es que sea algo que realmente le sorprenda y le guste mucho —le expliqué.

—Ya está mayor, así que probablemente ya no ve muy bien. Cualquier cosa que le regales le va a causar sorpresa. Pero si te pasas con lo que prepares y le da un infarto, te quedas viuda de repente.

¡Tai! De verdad que no tiene remedio, siempre dice cada cosa.

Había sido totalmente inútil traerlo conmigo. No me ayudó en nada, nada más sirvió para hablar mal de Phi Fu todo el tiempo. Si Tian no estuviera saliendo con la chica que a él le gusta, sin duda hubiera preferido traerlo a él. Por lo menos Tian sabe cómo organizar sorpresas románticas mucho mejor que nosotros dos juntos.

De todos modos, tenía la intención de regalarle algo especial, y por eso estaba caminando de un lado a otro por todo el centro comercial cargando una bolsa enorme.

Si me preguntaran cuáles eran las cosas que más le gustaban a Phi Fu, la respuesta no sería relojes, zapatos de moda, perfumes ni ropa de marca ni nada por el estilo. Lo que más le encantaba en el mundo eran las castañas asadas y el ginseng coreano. Sentarse tranquilamente a comerlas por las mañanas, usando siempre esos pantalones de tela de estilo chino que tanto le gustaban... eso sí que era ser él mismo en todo su esplendor.

¿Pero cómo iba a lograr prepararle una sorpresa que lo impresionara aún más que las que le había hecho en los años anteriores?

—¿Te vas a quedar pensando en esto todo el día? Es que ya me estoy muriendo de hambre —se quejó él.

—¿Y qué vamos a comer...? ¡Ah!

—¿Qué pasa?

—¡Ya sé exactamente lo que voy a hacer!

—¿Qué se te ocurrió ahora?

—¿Y si le preparo un pastel yo mismo?

¡PUM!

—¿Cómo dices...? ¿Qué dijiste?

A Tai se le quedó la boca totalmente abierta de la impresión, y hasta se le cayó la bolsa que traía al suelo. Tenía una cara como si de repente se hubiera detenido el tiempo y todo el universo hubiera dejado de moverse. Por el contrario, yo me frotaba las manos lleno de determinación, y se me notaba en los ojos el entusiasmo y la emoción que sentía.

¡Está decidido! Hoy mismo Moo Ying va a preparar un pastel con sus propias manos. ¡Va a ser algo tan increíble que dejará a Phi Fu sin palabras ni respiración!

—Moo, por favor, piénsalo bien otra vez antes de hacer cualquier cosa —me pidió él, preocupado.

—Es solo hacer un pastel, no es nada del otro mundo ni tan difícil como te imaginas —le respondí seguro de mí mismo.

—¡Pero si ni siquiera eres capaz de romper un huevo bien y sin desastres y ahora quieres ponerte a hornear un pastel entero...!

—¡Entonces tú me ayudas!

—No puedo, estoy ocupado.

—¿Cómo que estás ocupado? ¡Tu mejor amigo, la persona que más quieres en todo el mundo, te necesita ahora mismo!

Me le eché encima, lo abracé y le rogué con los ojos muy abiertos y parpadeando sin parar, con la esperanza de que aceptara ayudarme con mi sorpresa. Tai se quejó y refunfuñó un buen rato, pero al final no tuvo corazón para decirle que no a este pobre y tierno Moo. Terminó cediendo, me tomó de la mano y fuimos a comprar todos los ingredientes necesarios, y luego nos fuimos directo al departamento.

Entre los dos llevamos todo lo que habíamos comprado hasta el elevador. Miré la hora en mi reloj: ya eran las tres de la tarde. Aún tenía tiempo de sobra para preparar el pastel, porque Phi Fu me había dicho que hoy iba a llegar mucho más tarde de lo habitual. Me alcanzaría perfectamente para dejar todo listo y esperar a que llegara para celebrar esta noche.

—¡Ay! ¡Ya te dije que no lo levantes tan alto! ¡Se está regando la harina por todos lados!

—¡Uf...!

—No pongas esa cara, solo hazlo con más cuidado y más despacio, así va a salir bien.

¡Hoy Tai está de muy mal humor, peor que nunca! Mil veces más que de costumbre.

Hice una mueca de disgusto y me quejé para mis adentros, pero igual seguí todas sus instrucciones al pie de la letra. Ninguno de los dos tenía mucha maña ni habilidad para la cocina, pero tenía que reconocer que, comparado conmigo, mi amigo era mucho más hábil y sabía bastante más que yo.

Una vez que preparamos la mezcla y metimos el pastel al horno, nos pusimos a preparar también el betún para decorarlo. Y como se trataba de Moo Ying, por supuesto que tenía que usar un color rojo muy vivo y llamativo. Mi idea era hacer rositas y corazoncitos bien bonitos y dulces, para que cuando Phi Fu lo viera se sintiera lleno de todo el cariño que le tengo.

—Tai, ¿ya está bien así?

—Pínchalo con un palillo. Si sale limpio, sin nada pegado, es que ya está listo.

—¿Y bien? ¿Cómo está?

—Mmm... ya está perfecto. Ahora viene la parte de decorar.

—¡¡Vamos!! ¡Esta es la parte que más me emocionaba y que más quería hacer!

—No tenemos espátula, usa este cuchillo de mesa.

—¿Y cómo se hace esto?

—Mira bien cómo lo hago yo y aprende.

Las manos largas y finas de Tai iban extendiendo el betún poco a poco sobre toda la superficie, hasta que quedó todo liso, parejo y muy bonito. Luego me tocó a mí. Al principio lo arruiné todo tan mal que hasta me regañó, pero en cuanto le agarré el truco, el resultado quedó bastante decente, teniendo en cuenta que era la primera vez que hacía algo así. Nos tomó casi media hora más dejar el pastel completamente terminado.

¡Vaya! ¿Ya casi era la hora en que llegaba Phi Fu?

—Tai, creo que ya está por llegar.

—Ah, ya entiendo. ¿Entonces ya me estás echando?

—¡Oye, no te enojés! Ven acá, mi mejor amigo, la persona que más quiero... ven y dame un abrazo.

—No tengo ganas.

—¡Ay, qué malo eres...!

Me quedé un momento más para guardar bien el pastel y luego acompañé a Tai hasta la puerta. En cuanto se fue, me apuré a limpiar toda la cocina y dejar todo tal cual estaba antes, sin dejar ni una bolsa ni restos de nada que pudiera delatar lo que habíamos hecho.

La verdad es que este departamento es de Phi Fu; él lo compró y lo va pagando poco a poco. Es un lugar excelente, muy bonito y con una decoración preciosa. Muchas veces... bueno, para ser exactos bastantes veces, me quedo a dormir aquí. La cama es súper suave

y cómoda, puedo estirarme como quiera sin que me estorbe nada. Y además... aquí está Phi Fu.

Ni siquiera me doy cuenta de desde cuándo empecé a extrañarlo con cada respiración que doy. Antes siempre me negaba a estar con él: «No quiero un novio bajito, no me gusta que tenga la piel muy blanca, no me atraen los hombres que parecen niños». ¡Y míranos ahora, terminamos durmiendo juntos todas las noches!

Estaba sacando la basura cuando escuché pasos que entraban al departamento. Abrí los ojos de par en par, llena de emoción. Me enderecé de golpe y corrí a recibirlo.

—¡Phi...!

...

Apenas iba a saludarlo, cuando él pasó de largo sin decir ni una palabra. Me quedé parado como una estatua, sin saber qué hacer. Se le veía mucho más cansado que de costumbre. Soltó un gran suspiro, dejó su bolso sobre la silla del escritorio y se notaba que estaba agotado hasta el alma. Ni siquiera tenía fuerzas para sonreír ni para decirme alguna broma como hacía siempre.

¿Qué habrá pasado? ¿Lo habrán regañado otra vez en el trabajo?

—¡Holaaaaa!... ¿te acuerdas qué día es hoy?

—Moo, me duele muchísimo la cabeza.

Me acerqué de puntitas, le tapé los ojos con las dos manos y empecé a hablarle con voz dulce y cariñosa, tratando de conmovirlo y alegrarlo. Pero todo salió mal. Él me contestó con una voz muy cansada, me quitó las manos de encima y se fue arrastrando los pies con sus pantuflas hacia el baño, sin decir ni una sola palabra más.

¿Qué estaba pasando? ¿Sería algo tan grave? ¿Qué le habrá pasado hoy para que se vea tan agotado y sin ánimos?

Apreté los labios con mucha fuerza y miré su bolso grande, que ya conocía tan bien, seguía ahí mismo, en el mismo sitio de siempre. Todo estaba igual que siempre; nada había cambiado ni había nada nuevo ni especial.

No sé por qué, pero de repente sentí un vacío enorme en el pecho. Llevaba semanas esperando este día con muchísima ilusión, preparando todo tipo de sorpresas y pensando día y noche en cómo podría sorprenderlo y hacerlo feliz. Pero ahora me daba cuenta de que solo yo estaba emocionado, solo yo lo había estado esperando con tantas ganas. Me sentí un poco triste y decepcionado. Quizás todo se debía a la diferencia que hay entre seguir estudiando y tener que trabajar. Phi Fu ya es un hombre adulto; es normal que ya no se emocione ni se entusiasme con estas cosas como lo hago yo.

Al verlo en ese estado, entendí perfectamente lo que pasaba. Seguramente estaba muy cansado después de un día difícil. Lo mejor que podía hacer era no molestarlo ni fastidiarlo con tonterías sin sentido.

Moo Ying bajó la cabeza, pareciendo un cachorrito triste y desanimado. Preparé un poco de té de jazmín, que olía delicioso, y corté un par de rebanadas de pan, y lo puse todo sobre la mesa junto con una botella de agua bien fría, con la esperanza de que cuando saliera del baño se sintiera un poquito mejor. Luego me senté en una silla cerca de la cocina, me abracé las rodillas, apoyé la barbilla encima y solté un gran suspiro. No pude evitar agarrar el celular y escribirle a Tai para desahogarme y contarle todo lo que me estaba pasando.

Se acabó todo. Tiré el dinero a la basura para nada.

Miré hacia adentro del refrigerador. Ahí estaba, justo en medio, el pastel que con tanto esfuerzo y dedicación habíamos preparado esa misma tarde. En mi imaginación todo había salido perfecto: me veía soplando las velas junto a Phi Fu, tomándonos muchas fotos para recordar nuestro aniversario y dándole un abrazo inmenso lleno de cariño... pero en la realidad no podía hacer absolutamente nada de eso, porque me daba miedo molestarlo o cansarlo todavía más.

Phi Fu ya es un hombre hecho y derecho. Es muy probable que ya no le llamen la atención ni le importen estas cosas.

Apoyé la cabeza sobre las rodillas y me quedé mirando mis pies pequeños, sin saber cuánto tiempo pasó así, hasta que de repente sentí algo frío que me tocó en la nuca y di un brinco del susto.

—¿Phi... Phi Fu? ¿Qué es eso?

Me quedé un poco sorprendido cuando él, el dueño del departamento, trajo otra silla de madera y se sentó justo a mi lado. Todavía llevaba puestos sus pantalones de satén que tanto le gustaban y una camiseta holgada de color oscuro. Me llegó un olor suave a jabón, así que supe que ya se había bañado. Aunque ya iba a cumplir los treinta años, tenía el rostro tan limpio y atractivo que hasta me daba un poco de envidia.

En una mano sostenía la taza de té de jazmín y en la otra la botella de agua fría que yo mismo había dejado lista para él.

¿Y ahora qué? ¿Por qué me mira así?

—Si estás cansado, mejor vete a dormir —le dije.

—¿Tú me preparaste este té? —me preguntó.

—¿Y si no fui yo, quién más iba a ser? —le respondí.

—Qué rico está —dijo con voz suave.

—Pues ya está bien. No hace falta que te pongas cariñoso ahora —le contesté, un poco seco.

Ya había sido suficiente. No tenía ni ganas de seguir con la sorpresa ni de celebrar nada. Era nuestro tercer aniversario y todo había salido mal. Me sentía peor que el agua de una acequia sucia.

—Vete a descansar. Yo me voy a mi cuarto —le dije mientras me levantaba para irme.

—Moo, espera —me llamó al instante y me agarró del brazo.

Traté de soltarme, pero en cuanto lo vi inclinarse y recostar la cabeza justo sobre mi brazo, me quedé totalmente inmóvil. Solté un suspiro y parpadeé muy rápido porque sentía que se me llenaban los ojos de lágrimas.

Estaba muy triste. Sabía perfectamente que no era culpa de él, pero igual me dolía en el alma.

Llevaba semanas esperando este día con muchísima ilusión. Me había esforzado mucho pensando qué regalarle y cómo sorprenderlo, y hasta había gastado dinero en ingredientes de buena calidad para prepararle ese pastel... Todo lo que me había imaginado era perfecto, pero la realidad fue todo lo contrario.

¿Y con quién iba a enojarme? ¿Con esa maldita empresa que lo deja tan agotado cada día?

—Ven aquí conmigo —me pidió suavemente.

—No hace falta. Mejor me voy a mi cuarto —le respondí casi en un susurro.

Traté de negarme, pero él dejó sus cosas sobre la mesa, se puso de pie y me abrazó con mucha fuerza. Hasta traté de contenerme para no llorar, pero en cuanto sentí que me estaba mirando, me di la vuelta enseguida para que no me viera la cara. Me daba mucha vergüenza ponerme a llorar frente a él, aunque ya me había visto llorar muchísimas veces antes.

—¿Por qué estás llorando?

—No estoy llorando.

—No me mientas, tienes toda la cara mojada, Moo.

—Suéltame. Me voy de aquí.

—Date la vuelta y hablemos bien, por favor. Vamos, date prisa.

—No quiero.

—Moo, por favor, mírame y hablemos.

En cuanto escuché su voz, más dulce y suave que nunca, sentí que se me ablandaba el corazón como un papel mojado. Me di la vuelta y me quedé frente a él. Él me sonrió apenas, tomó mi cara entre sus manos, que estaban frescas y suaves, me acercó hacia sí y me dio tres o cuatro besos muy tiernos y seguidos, antes de separarse un poquito. Tenía esos ojos rasgados que se le cerraban casi en dos líneas finas cuando sonreía, y ya se le empezaban a notar unas pequeñas arruguitas a los lados.

—No se me había olvidado —me dijo bajito.

—¿El qué?

—Lo que es hoy.

...

—Gracias por haber estado a mi lado durante estos tres años.

Así es él, siempre tan atento y cariñoso.

—¡Ay, mira! ¡Ahora estás llorando mucho más que antes! Ven aquí conmigo.

Me abrazó fuerte de inmediato para consolarme. Al fin y al cabo, todas las lágrimas que había estado aguantando me salieron de golpe, y terminé sollozando en sus brazos como un niño de cinco años. ¡Quién lo iba a decir! ¡De verdad que se acordaba de la fecha! Y todo ese rato haciéndose el que no se había dado cuenta... ¿es que no tenía ni idea de lo triste y desanimado que me había sentido yo?

Ya no me hacía falta ninguna sorpresa ni nada más. Aunque... ¿no podía enojarme con él un ratito más, por lo menos?

—Ya está, ya está... deja de llorar, mi vida.

—Es que yo preparé... —empecé a decir entre sollozos.

—Espera un momento, mi amor.

—¿El qué?

Me secó con mucho cuidado las lágrimas y luego sacó algo que traía dentro de una bolsita blanca pequeña. Lo miré y me quedé totalmente inmóvil: era una pulsera de metal plateado, lisa y brillante. Me la puso con mucho cuidado en la muñeca y, cuando terminó, levantó mi mano y la acercó a su propio brazo. Abrí los ojos como platos al ver que él llevaba puesta exactamente la misma pulsera, idéntica a la mía.

—¡Dios mío! ¡Qué tierno y adorable eres, Phi Fu!

—¿Te gusta?

—¡Sí, me encanta! Me parece preciosa.

—Qué alegría que te haya gustado.

—Yo también te tengo algo preparado —le dije.

Señalé hacia el refrigerador, di unos pasos hacia atrás y lo abrí con mucho cuidado para sacar el pastel. En ese momento, la forma en que me miró fue tan dulce y profunda que casi no pude aguantar la mirada; sentía como si me hiciera cosquillas en el alma. Tuve que bajar la vista y fijarme únicamente en lo que traía entre las manos. Bueno, la verdad es que no tenía velas ni nada de eso, pero lo dejaríamos así, sencillo y natural, tal como había quedado.

Volví a levantar la vista para mirarlo a él. Había madurado muchísimo durante este último año, pero seguía siendo igual de bueno, amable y maravilloso como siempre.

—Te pido un favor: que en los próximos años no me vuelva a tocar hacerte ningún pastel nunca más —le dije medio en broma medio en serio.

—Entonces tendré que tener mucha paciencia y esperar pacientemente a que me lo sirvas —me respondió sonriendo.

—Si no tienes paciencia y no lo esperas, le voy a decir a mi papá que vaya a tu casa y te dé unos buenos golpes —lo amenacé riendo.

—¡Qué mala eres conmigo! ¡Qué crueldad!

—¿Y cómo se te ocurre abandonar así a tu niño después de haberlo tenido?

—¡Oye! Yo soy el primero que se hace responsable de ti y de cuidarte siempre —me dijo con mucha ternura.

—¡Eso me gusta mucho oírlo!

—Moo...

—Dime, mi amor.

—¿Te parece bien si dejamos el pastel para más tarde?

...

—Es que en este preciso momento tú me apetece muchísimo más que cualquier pastel del mundo.

Está bien. Esta vez voy a hacerle caso a Phi Fu y acepto su propuesta.

Porque la verdad es que... hoy, él me parecía mucho más rico, más dulce y delicioso que cualquier pastel que pudiera existir.

—Phi Fu, ¿a qué hora vas a volver?

[Ya voy para casa ahorita mismo.]

—¿Vienes borracho?

—[¡Noooo, nada de eso!~]

—Si vienes borracho, no te regreses manejando solo. Mejor quédate a dormir en casa de algún amigo, ¿está bien?

La voz del otro lado sonaba muy extraña, casi no se le entendía nada. Unos segundos después, la llamada se cortó de golpe.

Moo Ying se agarró la cabeza con ambas manos, muy angustiado. ¿Qué iba a hacer? Estaba tan preocupado que ya no podía quedarse sentado ni un minuto más. Ahora entendía perfectamente lo que sentía Phi Fu antes, cuando yo era el que andaba de un lado a otro provocando problemas en los bares. Estaba seguro de que él se sentía exactamente igual que yo en este momento.

Desde que Phi Fu creció y empezó a trabajar, a veces tenía que salir a tomar algo con sus compañeros de oficina. Y claro, no iban a reunirse solo para tomarse un té de crisantemo en una tiendita de la esquina. Así que él, que siempre se había cuidado tanto y siempre estaba pendiente de su salud, terminaba yendo a esos lugares aunque no tuviera ganas ni le gustara.

¿Cómo no iba a estar yo preocupado? ¡Si estamos hablando de la misma persona que todos los días solo tomaba ginseng coreano por considerarlo saludable y ahora tenía que beber alcohol! Casi me daban ganas de quitarle las llaves del auto y beberme yo todo lo que él se tomara solo para que no sufriera. Solo de pensarlo se me hacía la boca amarga.

Llevaba ahí sentado en su departamento desde que se hizo de noche, caminando de un lado a otro sin parar de los nervios. Ya pasaba de la medianoche y todavía no regresaba. Traté de dormir, pero me fue totalmente imposible. Tenía que reconocer que estaba terriblemente preocupado por él. Revisaba el celular cada dos por tres. Al principio todavía me había mandado algunos mensajes preguntándome qué estaba haciendo, pero después de las once de la noche todo quedó en silencio. Desapareció por completo, y eso me puso mucho más inquieto y ansioso. Respiré hondo para calmarme y decidí volver a llamarlo. Esperé y esperé, pero nadie contestaba.

«¡Esta vez sí te vas a acordar de mí, Phi Fu! ¡Ya verás cómo te las vas a pagar!»

Me levanté y empecé a caminar de un lado a otro por todo el departamento sin descanso. Al fin, alguien contestó el teléfono. Casi le empiezo a regañar sin darle tiempo ni de hablar,

pero me contuve en el último segundo cuando me di cuenta de que no era él quien respondía, sino uno de sus compañeros de trabajo, que incluso tenía más antigüedad. Tuve que comportarme como un joven educado y amable, hablando con mucho respeto y buenos modales, aunque por dentro me moría de ganas de darle un puñetazo al que tenía al otro lado de la línea. Le pregunté cómo estaba Phi Fu y qué le pasaba, colgué, agarré mis llaves del auto y bajé directo al estacionamiento. Me fui manejando hasta llegar al bar donde se encontraba él. Y por favor, no me pregunten cómo supe exactamente a cuál lugar había ido... mejor pregúntense por qué no lo iba a saber yo.

Al llegar al bar y ver que sus compañeros mayores lo llevaban casi en brazos, no pude más que soltar un gran suspiro. Su estado era mucho peor de lo que me había imaginado. La verdad es que Phi Fu no tenía nada de buena mano para la bebida, no se podía comparar en absoluto con Tai, que se tomaba las copas como si fuera sopa de arroz con pollo.

—Muchas gracias, se lo agradezco mucho —les dije mientras ayudaba a llevarlo hasta el auto.

¡Pero qué pesado era! ¿Cómo era posible que yo, que soy tan delgado y pequeño, tuviera que cargar con semejante hombretón? ¿No sería mejor buscarme otro novio más liviano? Aunque... vamos, ¿quién en su sano juicio se atrevería a dejar a Phi Fu?

Desprendía un olor fuerte a alcohol como nunca antes le había percibido. Tenía la cara y todo el cuerpo completamente rojo. Y como él es de tez muy blanca, al estilo de los chinos, se le notaba muchísimo. Por un momento hasta me asusté y pensé que le había dado alguna reacción alérgica o algo así. Mírenlo ahora: estaba totalmente dormido y sin fuerzas, como un muñeco de trapo.

Moví la cabeza de un lado a otro, un poco molesto, y le acaricié suavemente la cara. Luego lo acomodé lo mejor posible para que estuviera cómodo, recliné el asiento y, cuando ya todo estuvo listo, salí del estacionamiento del bar y me puse en marcha. Él seguía profundamente dormido a mi lado mientras yo conducía. Ya era bastante tarde, y al salir a la avenida principal aceleré un poco más para llegar cuanto antes al edificio donde vivíamos. No tardé mucho en llegar y estacionar el auto.

Miré a mi alrededor y me dio un poco de miedo. El lugar donde había dejado el coche era un rincón muy oscuro, con muy poca luz y totalmente solitario; no pasaba nadie por ahí.

—Phi Fu... Phi... ¡Ay!

Me volví hacia él para despertarlo y que pudiéramos subir al departamento a dormir bien y cómodos, pero de repente una mano me agarró fuertemente por la muñeca. Esos ojos rasgados que hasta hace un momento estaban bien cerrados se fueron abriendo muy despacio. Phi Fu se quedó mirándome fijamente un instante y, de pronto, se incorporó de golpe y se me vino encima, empujándome con tanta fuerza que me dejó pegado contra la puerta del auto. El espacio del coche ya era de por sí muy reducido y estrecho, y ahora con él así... ¿en qué diablos estaba pensando?

—Phi Fu, estás completamente borracho —le dije.

...

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras de esa manera tan rara?

—Moo... —susurró con voz profunda.

—¿Qué pasa?

—Te amo, Moo.

¿P-péro qué le pasa? ¿Cómo se le ocurre decirme eso así de repente y sin venir a cuento?

—Hoy estás muy guapo —me dijo con voz arrastrada.

—Pues claro, todos los días me veo bien, no iba a ser menos hoy —le respondí con seguridad.

—Es verdad, eso no te lo puedo negar —admitió.

—Ya estuvo. ¿Será que estás tan borracho que ya no tienes filtro ni te cuidas de lo que dices? Levántate ya, que te voy a llevar arriba a descansar —le pedí tratando de mantener la calma.

...

—¡Phi Fu! ¡Hazme caso!

—Espera un momento... primero deja que se levante otra cosa —me contestó con media sonrisa.

—¿Cómo dices?

Arrugué la frente, sin entender para nada a qué se refería. Él esbozó una sonrisa maliciosa, bajó la mano y la puso justo sobre la protuberancia que se marcaba en sus pantalones, lo que me hizo dar un salto de la sorpresa. Abrí los ojos como platos y me quedé mirando sin saber qué hacer, alternando la mirada entre su cara y esa mano que me acariciaba a través de la ropa. Phi Fu, Phi Fu... ¿qué diablos se te está ocurriendo hacer?

¿De verdad está borracho? ¡Si tiene los ojos brillantes y llenos de vida! Empecé a sospechar que no estaba tan pasado de copas como aparentaba.

¡Oye, que no estoy jugando! ¡Esto es algo muy serio y no se toma a broma!

—¡Phi Fu! —le grité.

Puse una mano sobre su hombro tratando de empujarlo y apartarlo de mí, pero este hombre que supuestamente estaba completamente borracho no tenía ninguna intención de

detenerse ni retroceder. Me miró de reojo, me guiñó un ojo y levantó aún más las comisuras de sus labios con esa sonrisa tan pícaro y atrevida. Tenía una expresión tan traviesa y llena de malicia que me hizo dar un vuelco al corazón. Jamás en la vida había visto esta faceta de mi querido hermano mayor.

Esas manos finas y atractivas del arquitecto se posaron sobre mi muslo y luego empezaron a bajar poco a poco el borde de mi pantalón. Parecía que hoy Phi Fu tenía el carácter muy caprichoso y terco, y no iba a permitir que yo me negara ni pusiera ninguna objeción. En unos segundos me bajó el pantalón del pijama hasta la altura de las caderas, dejándome solo con mi ropa interior blanca puesta. Contraí todos los músculos del abdomen por la tensión, mientras él se inclinaba hacia mí y yo sentía su aliento caliente sobre mi piel.

¡Dios mío...!

—Eres todo un perverso, Moo. Ya estás bien duro —me dijo con esa voz suya.

¡De verdad que la boca de este hombre no tiene remedio y me saca de quicio!

¿Cómo iba a poder contenerse ante todo lo que me estaba haciendo? No soy de piedra ni mucho menos. Además, yo soy de los que se rinden con mucha facilidad; al más mínimo roce o caricia ya me tengo que rendir y entregarme por completo.

Pero hablando en serio... ¿era este el lugar adecuado para hacer semejantes cosas?
¡Estábamos nada menos que en el estacionamiento!

—Nadie nos va a ver —me susurró muy bajito al oído.

—Phi Fu, por favor, no hagas esto —le rogué.

—Déjame... solo un ratito, nada más —insistió con voz suave y dulce.

Esto es una verdadera locura...

Tenía que dejar de mirarme con esos ojos y dejar de usar esa voz tan tierna y persuasiva conmigo. No entendía cómo alguien que normalmente es tan tranquilo, reservado y sin mucha gracia podía transformarse de esa manera apenas tomaba un poco de alcohol.

Tai tenía toda la razón: la bebida saca a relucir su lado más ardiente y atrevido. Ese famoso «chile pimiento ojo de pájaro» (*) que todos conocían ahora mismo estaba ahí, en el asiento, respirando agitado y sin control, igual que un perro cuando hace calor.

(*) El chile pimiento ojo de pájaro es el nombre común en español de la variedad muy conocida en Tailandia, pequeña pero extremadamente picante, originaria de México y muy cultivada también en el sudeste asiático.

Está bien. Si él se atreve a proponérmelo, yo también me atrevo a aceptarlo. ¿Que si en el auto? Pues en el auto será. Vamos a ver hasta dónde llega mi valentía y hasta dónde aguanto sin perder el control.

En cuanto se dio cuenta de que ya no me resistía ni ponía trabas, deslizó la mano directamente dentro de mi ropa interior. Sentí un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo al contacto de esa mano fresca y suave. Él bajó la cabeza y sus cabellos negros cayeron sueltos entre mis piernas. Yo contraí todos los músculos del abdomen y, sin darme cuenta ni querer, me pasé la lengua por los labios, justo en el momento en que sentí esa lengua caliente y húmeda tocarme justo en la parte más sensible de todo mi cuerpo.

—Phi... Phi Fu... —decía yo con la voz temblorosa y casi sin salir.

Con una mano le agarré el cabello con mucha fuerza. Cerré los ojos con todas mis fuerzas mientras él me succionaba con mucha intensidad y pasión. Sentía que todo mi cuerpo se sacudía y temblaba sin parar. El corazón me latía con tanta fuerza y velocidad que hasta daba miedo escucharlo. El aire se volvió caliente y pesado dentro del auto. Cuando abrió bien la boca y me tomó por completo, sentí que me volvía loco de placer. Sin querer, di un golpe fuerte con la cabeza contra el vidrio de la ventanilla, pero ese dolor no era nada comparado con la sensación inmensa que estaba sintiendo.

—¡Mmm...!

Empecé a dejar escapar gemidos cada vez más fuertes y seguidos. Él parecía estar muy complacido y satisfecho con lo que hacía, y empezó a mover la cabeza cada vez más rápido y con más energía, usando esa boca húmeda y caliente para hacerme perder el juicio y torturarme de placer.

Al principio me quedaba totalmente inmóvil, pero poco a poco empecé a moverme y a mecer las caderas cada vez con más fuerza y ritmo. El auto se llenó con el sonido de mis respiraciones agitadas y entrecortadas. El aire que salía del aire acondicionado, que normalmente era fresco, ahora me parecía terriblemente caliente, así que tuve que subir la velocidad del ventilador al máximo. Mis piernas querían cerrarse por instinto, pero él las mantenía bien separadas con su propio cuerpo y con los brazos, sin darme ninguna oportunidad de escapar.

—Phi... Phi Fu, para... ah... espera un momento... se va a ensuciar todo —le supliqué entre gemidos.

—No —me contestó sin dudar ni un segundo.

—No me lo hagas encima de la cara... ¡Ay! Siento que me va a estallar la cabeza. Además, no tengo ni pañuelos aquí en el auto para limpiar nada —le dije, tratando de encontrar cualquier excusa.

—No importa, no te preocupes por eso —fue su única respuesta.

Apenas se separó de mí un segundo para contestarme y volvió a bajar la cabeza inmediatamente, concentrándose por completo en mi miembro, que era pequeño pero muy sensible. Ese día Phi Fu no tuvo ninguna compasión ni piedad conmigo. Con solo un par de succiones fuertes y profundas, todo mi cuerpo se tensó como una cuerda. Tuve que clavarme las uñas con mucha fuerza en sus hombros para aguantar la intensidad de lo que

sentía. Eché la cabeza hacia atrás, cerré los ojos con todas mis fuerzas y, en más de una ocasión, empujé las caderas hacia su boca sin ningún pudor ni vergüenza, totalmente dominado y arrastrado por el placer más inmenso que había sentido jamás.

Mientras tanto, su mano se deslizó por debajo de mi camiseta, subió despacio y empezó a pellizcar y frotar mis pezones, que estaban suaves y muy sensibles. Yo apretaba los labios con tanta fuerza que casi me los mordía, y tenía la cara completamente roja y ardiendo. No podía dejar de mirar su rostro, que estaba pegado contra mi vientre: tenía el cabello negro totalmente revuelto y desordenado, la cara tan roja como un tomate y los ojos brillantes y llenos de deseo puro y ardiente. Me costaba hasta respirar de lo embelesado que estaba.

«Dios mío... ¿desde cuándo se volvió Phi Fu tan increíblemente sexy y atractivo?»

Pero si ya estaba rojo, mi cara se puso aún más encendida cuando vi esa mancha blanca que se le había formado en la comisura de los labios. Él se detuvo apenas un instante, como si acabara de darse cuenta, y luego sacó la lengua y se limpió todo muy despacio y deliberadamente. Sentí una vergüenza tan grande que quise desaparecer o esconderme dentro del asiento. Terminé tapándome toda la cara con las manos y hundiendo la cabeza contra el respaldo, sin querer ver nada más.

Ya no podía más. No tenía fuerzas ni aguante. Me rendí del todo ante este nuevo Phi Fu, que parecía tener el mismo efecto que el ginseng: fuerte, potente y absolutamente irresistible.

—Ya está bien, Phi Fu. Por favor, ya basta —le rogué con voz suplicante.

Si Tai me viera en este estado, se estaría riendo de mí durante tres vidas enteras. ¿Quién hubiera podido imaginarse que este hermano mayor, al que yo tantas veces había despreciado o visto como alguien aburrido y que solo usaba esos pantalones de tela estilo chino, fuera capaz de dejarme así, sin fuerzas, con las piernas temblando y suplicándole que siguiera o parara? No sé qué clase de espíritu o demonio se habría apoderado del cuerpo del hermano mayor de mi mejor amigo, pero había cambiado por completo: pasó de ser una sopa de huesos de cerdo, suave y sin mucho sabor, a convertirse en una sopa tom yum, picante, intensa y llena de fuego y emoción. Y todo eso lo había logrado Phi Fu, solo él.

Phi Fu separó mis rodillas delgadas con las manos, dejándome totalmente expuesto y lleno de vergüenza. Se acercó más todavía, acarició la parte interior de mis muslos y me provocó con sus caricias. Incluyó la cabeza y me dedicó una sonrisa llena de malicia y picardía. Era algo extraño... jamás me hubiera imaginado que tomarse unas copas pudiera transformarlo en una persona tan distinta.

—Phi... Phi Fu —susurré sin voz.

—Dime, mi vida.

—Ya es suficiente, por favor.

—No puedes dejarme así, en este estado, Moo —me respondió con voz ronca y profunda, casi en un susurro.

Puso uno de mis pies justo sobre la protuberancia que se marcaba claramente en sus jeans claros. Sentí que un escalofrío inmenso me recorría todo el cuerpo. Abrí los ojos de par en par y tragué saliva con mucha dificultad al notar esa dureza y firmeza que se sentía incluso a través de la tela del pantalón.

¡Dios mío! ¿Es que acaso Phi Fu tenía un mango entero escondido ahí adentro o qué era eso tan grande?

Me quedé totalmente inmóvil y rígido. Él me besó suavemente la rodilla y luego empezó a pasarme la lengua muy despacio por toda la piel. Levantó la vista y me miró con los ojos brillantes y llenos de deseo, como si fuera un depredador listo para lanzarse sobre su presa en cualquier momento. El corazón me latía con tanta fuerza que sentía que se me iba a salir del pecho de un momento a otro. Apreté los puños con todas mis fuerzas y logré empujarlo apenas un poquito hacia atrás para separarlo de mí.

—Moo... —me llamó con voz suave y triste.

—Por ahora ya está bien, Phi Fu. dejémoslo así.

—No quiero parar ni un segundo —me contestó sin dudar.

—¿Es que no puedes dejar de ser tan caprichoso y terco? —le pregunté.

...

—Cuando se te pase el efecto de la bebida, salimos del auto y subimos al departamento.

—Pero es que yo quiero... —empezó a decirme.

—¿Me vas a hacer caso y vas a hacer lo que te digo? —le pregunté con firmeza.

...

—Mejor vamos a subir primero.

...

—¿Es que no podemos hacerlo bien y como se debe, cómodos en la cama? Es que no me gusta nada hacerlo así, de cualquier manera y aquí dentro del auto.

—¡Ay...! Cuando me hablas así, con esa voz tan dulce y cariñosa, siento que se me llena el corazón de felicidad —me dijo con una sonrisa inmensa.

—¿Te vas a seguir haciendo el difícil y jugando así mucho tiempo más?

—Ya no lo haré más.

—Pues apúrate entonces.

...

—Es que yo tampoco aguanto más las ganas.

—¡Sonríe bonito, por favor!

—¡Moo, estoy que no me cabe la emoción en el cuerpo!

—¿Qué te pasa?

—¡¡Aaaaaah!!

—¡Ay, por Dios! ¿Es que quieres casarte o no? ¡Levántate ya mismo! Que se te va a arrugar todo el vestido.

Moo Ying se puso las manos en la cintura y se quedó mirando tozudamente a su hermana mayor, Jee Lee. Ella estaba ahí agachada en el suelo, a pesar de llevar puesto un vestido de novia blanco, precioso y completamente impecable. Pasó de ser una mujer que solo vivía para trabajar, a convertirse hoy en una feliz novia. Antes, todos en la familia estábamos muy preocupados y nos preguntábamos si algún día Jee Lee llegaría a casarse o si terminaría siendo una solterona amargada y triste en su vejez. Pero por suerte, al final encontró al amor de su vida: un muchacho que trabajaba en la empresa de al lado de la suya. Y hoy por fin se estaban casando.

Pero mírenla también a mi mamá... estaba tan emocionada que no podía quedarse quieta ni un segundo en su silla.

—¿No decías tú que eras buena para todo y que nada te impresionaba? ¿Qué tiene de especial o emocionante esto? Si es el mismo muchacho de siempre... ¡hasta ya llevan durmiendo juntos no sé cuántas noches! ¿Por qué te pones así de alterada ahora?

—¡No es lo mismo, Moo, nada que ver!

—¿Y en qué se diferencia? A ver, explícame.

—Ni vale la pena que te lo cuente, si tú todavía ni te has casado ni sabes lo que es.

—¡Bah, qué cosas dices!

—El día de la boda es algo sumamente importante para cualquier novia, porque es algo que se vive una sola vez en la vida. Y es un día que se te queda grabado en la memoria para siempre, jamás se olvida. Aunque te volvieras a casar otras diez veces más, nunca se te va a borrar el recuerdo de tu primera boda.

—¡Ay, hablas como si fueras una señora de pueblo! ¡Y Jee, pero qué fuerte me has apretado, que me duele!

—¡Ay, Moo! ¡No sé qué tan ciego debe ser Fu para ver una rueda girando y creer que es una flor de loto! (*)

(*) Esta expresión significa que uno tiende a atribuir cualidades o significados especiales y elevados a cosas sencillas o comunes, como si la imaginación o la forma de ver el mundo transformara la realidad.

—De todos modos, el muchacho de esa familia me quiere muchísimo, eso te lo aseguro.

—¡Ja! Ya veremos.

—Voy a llevar el apellido de esa familia, te lo prometo y te lo cumplo.

Apenas terminó de decirme eso, mi hermana mayor me dio un empujón en la cabeza. En ese preciso instante se abrió la puerta: ya era el momento de que la novia saliera. Yo le di unas suaves palmaditas en el hombro, la miré directamente a los ojos y, sosteniéndola con ambas manos, la ayudé a levantarse. Luego le acomodé bien el vestido y le arreglé el cabello. Las dos hermanas nos miramos en silencio, y sentí que la gran emoción que tenía Jee Lee se había calmado un poco. Ella levantó la mano y me acarició suavemente la cabeza, mientras me sonreía con esa boca tan bonita que tenía.

—Ya me voy —me dijo—. Me caso yo primero, consigo esposo yo primero. ¡Adiós, hermanito pequeño, que eres un verdadero diablillo!

Los hermanos de esta familia se querían con toda el alma. Podíamos pelear y discutir hasta quedar casi muertos, pero en lugar de hacernos cosas malas o hablarnos mal a las espaldas, preferíamos darnos de empujones o tirarnos del cabello, todo de buena manera.

—¿Verdad que Jee Lee se ve preciosa? Casi nunca la había visto tan guapa como hoy —comenté.

—Ella vive solo para trabajar. Cuando estudiaba, tampoco hacía otra cosa que dedicarse a los libros y nunca se preocupó mucho por arreglarse ni verse bien. ¿Cómo iba a ser tan hermosa como tú, que te cuidas tanto? —me respondió alguien.

—¿Puedes dejar de comer un ratito, Moo? ¿Es que quieres que todos piensen que el hermano de la novia es un glotón que no hace otra cosa que tragar? —me regañó Tai.

—¡Pero si este pastel está riquísimo, no me puedo resistir! —le dije con la boca llena.

—¡Uf...! —soltó Tai con un gran suspiro, se cruzó de brazos y se quedó observando todo el desarrollo de la ceremonia.

En ese momento estábamos en la parte de la ceremonia tradicional tailandesa, en la que se vierte agua bendita sobre las manos de los novios. Como el esposo era tailandés, quisieron incluir estas costumbres en la celebración, y Jee Lee, por acompañarlo y estar de acuerdo con él, aceptó encantada. Al día siguiente llevarían a cabo también la parte de la ceremonia correspondiente a las tradiciones chinas.

Empezaron a subir uno por uno para verter el agua sobre las manos de los novios. Primero pasaron los parientes más cercanos, y yo acababa de bajar del estrado. Todavía estaba un poco molesto, porque Jee Lee no había perdido la oportunidad de levantar bien alto la mano para lucir su anillo de diamantes, y luego se quedó recostada sobre el hombro de su esposo, justo delante de mis propios ojos, solo para presumir.

¡Qué mala es! Mi hermana mayor es realmente malvada y traviesa.

—Tai, ¿tu hermano también salía y bebía tanto como yo? —le pregunté.

—En mis tiempos de estudiante también me iba de fiesta, pero nunca llegué al extremo ni me divertía tanto como tú —me respondió.

—Eso sí es verdad. En eso nadie te gana, Moo Ying —intervino alguien más.

—Pero ya se casó y dejó todos esos malos hábitos —comentó Tian, soltando una pequeña risa mientras hablaba.

Había venido hoy como invitado, por ser amigo mío, el hermano menor de la novia. En realidad, Jee Lee también conocía muy bien a Tian, ya que durante los primeros años de universidad él solía llevarla en su auto hasta su casa; pero en ese entonces ella siempre lo miraba con mala cara y mucha desconfianza, porque creía que él estaba saliendo conmigo. ¡Qué gracioso me parece todo esto cuando lo recuerdo ahora! En ese tiempo, incluso llegué a sentir una pequeña atracción por él, que era muy guapo y además era amigo de mi mejor amiga... pero al final solo fue eso: algo pasajero, simplemente porque me parecía muy atractivo. Nada más.

—Tu hermana se ve preciosa hoy —me dijo Tai.

—¡Yo también soy precioso! —le respondí de inmediato.

—Sí, sí, claro que sí —me dijo con paciencia.

—¡Pues entonces también tienes que alabar a tu amigo! —le reclamé.

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Es que no te han dicho ya suficientes cosas bonitas desde que amaneció hoy? —me contestó, sacudiendo la cabeza, ya un poco molesto conmigo.

Tai echó una mirada a la pantalla que estaba puesta a un lado, donde se proyectaba un video lleno de ternura con recuerdos de la pareja. Se veían cartas de amor, fotografías y grabaciones en las que salían juntos yendo a comer, paseando o simplemente pasando el tiempo. En todas y cada una de las imágenes, Jee Lee aparecía sonriendo con los ojos entrecerrados de felicidad; se veía tan dulce y adorable que me enternece.

Y además... se notaba claramente en cada detalle que el novio también estaba perdidamente enamorado de ella. Cuando ella se enfermaba, él le compraba todo lo que necesitaba; cuando se le antojaba comer algo en especial, salía a buscarlo sin importarle dónde estuviera; y el año pasado, cuando fue atropellada por una motocicleta, él se quedó a su lado cuidándola día y noche durante todo el tiempo que duró su recuperación. Sin duda alguna, había encontrado a un hombre maravilloso, de esos que valen la pena. Tenía un aire tan distinguido y noble que se notaba hasta a través de la pantalla.

—¡Uf...! —soltó Tai con un largo suspiro.

—¿Y qué me dices de mí? ¿Qué va a ser de mi vida? —le pregunté.

—Yo también quiero encontrar un esposo tan bueno y cariñoso como el de mi hermana —dije con aire soñador.

Tai volvió la cabeza, me miró entrecerrando los ojos y me agarró la barbilla con las dos manos, obligándome a girar la vista hacia un lugar en concreto. Allí estaba él: un hombre alto y delgado, vestido con un traje muy elegante, que sostenía una bandeja y servía con mucho cuidado y delicadeza los pasteles y postres a los invitados. Tenía el rostro pálido y muy atractivo, y se veía aún más guapo con su cabello negro perfectamente peinado y ordenado. Se mantenía siempre muy erguido, lo que hacía que sus hombros anchos se notaran todavía más.

—¿Y quién crees tú que podría cuidarte y tratarte mejor que tu hermano mayor? Si te consiente y te mimra tanto que pareces un niño que ni siquiera sabe caminar por sí mismo —me dijo con tono de broma.

—¡Tai, cuida lo que dices y usa mejor tu lengua! —le regañé.

—Pero si es la pura verdad. ¿Te atreves a decirme que él no se preocupa por ti ni te cuida como te mereces? —me desafió.

Me quedé callado, sin saber qué responderle.

—Te quiere y te adora más de lo que podría querer a su propio hijo —añadió con firmeza.

Se le notaba que estaba un poco molesto, pero me soltó la cara y volvió a sentarse tranquilamente donde estaba antes. En ese preciso instante, ese hombre de rasgos orientales que estaba repartiendo la comida se acercó directamente hacia nosotros. Se sentó rápidamente a mi lado y me dio otro plato lleno de dulces, ¡y eso que yo ya iba por mi tercera ración!

—Vaya, hoy estás comiendo como si no hubiera un mañana —me comentó con una sonrisa.

—¿Y qué tiene de malo? ¡Si soy nada menos que el hermano de la novia! Podría comerme todo el banquete entero y ni una sola persona se atrevería a decirme nada ni a reclamarme —le respondí con mucho orgullo.

—Eres un niño pequeño todavía, no hay duda —me dijo con cariño.

—Phi Fu, ¿me tienes pañuelos? —le pregunté.

—Gira un poquito la cara hacia el otro lado —me pidió.

—Pásame bien el pañuelo, con mucho cuidado, para que no me estropees ni me borres el maquillaje —le dije.

—Ya sé lo que hago, no te preocupes —me contestó con calma.

—¡Ay, no aguanto más, creo que voy a vomitar de tanta dulzura! Vámonos ya, Tian.
Dejemos solos a esta pareja empalagosa para que se mueran de amor y ternura entre ellos
—dijo Tai, que ya no podía soportar más esa atmósfera tan romántica.

Así que él y Tian, hartos de ver tanta demostración de cariño, se levantaron y se marcharon de allí. Yo me quedé riéndome mientras los veía irse. ¡Qué exagerados son! Si yo tuve que aguantar muchísimo más cuando ellos estaban con sus respectivas parejas y se hacían los cariñosos todo el tiempo. ¿Y ahora se hacen los que se quejan? Si yo soy dulce y cariñoso, ellos dos parecían que se bañaban en miel cada vez que se juntaban, ¡y eso delante de todo el mundo!

Solté una risita bajita y seguí disfrutando del pastel que tenía en el plato. Me sentía muy contento y satisfecho, porque había sido yo mismo quien había elegido la pastelería para preparar todo lo que se servía en la boda, y mi hermana me había dicho que todo estaba riquísimo y que a todos les había encantado.

—¿En qué estás pensando o qué estás mirando tanto? —me preguntó de repente, y di un salto del susto al volverse y ver que él estaba ahí a mi lado, observándome con la cabeza ladeada y una leve sonrisa en los labios.

—Moo, hoy estás comiendo demasiado. No paras de masticar ni un segundo —me dijo con tono de broma.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tiene de malo? —le contesté.

—¿Y qué plato vas a pedir ahora? Porque si se acaba la comida, seguro que me tocará a mí salir corriendo a buscar más para ti —siguió diciendo.

—Es que todo me gusta mucho y está todo riquísimo —le expliqué.

—¿Y estás seguro de que es solo porque te gusta el sabor? —insistió, mirándome con picardía.

—¿A qué te refieres? —le pregunté, sin entender bien a dónde quería llegar.

Phi Fu miró con mucha discreción a todos lados para asegurarse de que nadie nos estuviera escuchando, curvó los labios en una sonrisa que me puso muy nervioso y luego se inclinó muy despacio hasta mi oído para susurrarme bajito:

—¿Será que estás embarazado? Porque comes una cantidad impresionante...

—¡¡Phi Fu!! —grité, totalmente rojo de la vergüenza.

—Además, varias veces lo hicimos sin usar protección... ¡Ay! —añadió sin ningún tipo de reparo.

¡Esto ya fue demasiado! Este hombre de rasgos orientales no tiene ni un ápice de vergüenza ni decencia. ¿Cómo se atreve a decirme cosas así a plena luz del día, y nada menos que en la boda de mi propia hermana? ¡Si mi papá llegara a escucharlo, seguramente le exigiría una dote enorme y se armaría un escándalo tremendo! ¡Tenía unas ganas inmensas de pellizcarlo hasta dejarle la piel llena de moretones! Es que ya no se puede confiar en los hombres de hoy en día... ¡se han vuelto demasiado atrevidos y no tienen límites!

—¡Ya está bien, cállate de una vez por todas! —le grité.

Le di un empujón fuerte y levanté la cuchara que tenía en la mano como si fuera un arma, amenazándolo con ella. Él se echó un poco hacia atrás por precaución, pero sin levantarse de su sitio, y se quedó ahí sentado, mirándome comer con esa sonrisa suya que tanto me ponía nervioso.

La ceremonia siguió su curso. Cuando terminó la proyección de los videos y fotografías, Jee Lee tomó el micrófono y empezó a hablar con el corazón en la mano, contando todo lo que sentía por el que ya era su esposo. Los dos se quedaron mirándose fijamente a los ojos, llenos de amor y ternura, y luego se besaron con mucho cariño, lo que provocó que todos los invitados empezaran a aplaudir con mucha emoción y alegría.

Tengo que reconocer que por un instante sentí una pequeña punzada de envidia en el pecho. Aunque mi hermana y yo no siempre nos llevábamos bien ni estábamos de acuerdo en todo, no pude evitar sentir una mezcla de emoción y nostalgia al darme cuenta de que ella ya iba a empezar su propia vida y a formar su propia familia, lejos de nosotros.

Pronto llegarían los sobrinos y yo... ¡yo me convertiría en tío!

¡No, eso no puede ser! ¡Si todavía me veo tan joven y guapo como siempre! ¡De ninguna manera quiero ser el tío de nadie ni que me llamen así!

Nos quedamos en la celebración hasta que terminó todo el festejo. Jee Lee y sus amigos pusieron música muy alegre y estuvieron bailando y charlando entre ellos. Por su parte, el novio se fue a sentar con su grupo de amigos, como si quisiera despedirse por última vez de su vida de soltero y disfrutar de ese momento con ellos.

Más tarde, Jee Lee tomó el famoso ramo de flores de novia y llamó a todas las mujeres que todavía no se habían casado para que se acercaran y participaran en esa tradición tan conocida: lanzarlo al aire y ver quién era la afortunada que lo atrapaba.

Moo Ying dejó el plato en la mesa, se limpió la boca y salió corriendo de inmediato hacia donde estaban todas.

—¡Atrás todas! ¡Ese ramo es mío, solo mío! —grité con todas mis fuerzas.

¡Dios mío! ¿Por qué mi hermana tenía tantas amigas? ¡Eran muchísimas y no había forma de abrirse paso entre tanta gente!

Me puse de puntitas, con el corazón laténdome tan fuerte que casi se me sale del pecho, esperando a que ella lanzara el ramo y este volara por el aire. Me preparé bien para saltar y atraparlo, pero de repente me vi suspendido en el aire, porque ambos pies habían dejado de tocar el suelo. Miré hacia abajo y abrí los ojos como platos al ver que era él, ese hombre de rasgos orientales, quien me sostenía entre sus brazos con una gran sonrisa en la cara.

¿Por qué tenía que cargarme justo a mí?! ¡Por culpa de él no pude alcanzar ni tocar el ramo! ¡Me siento tan triste y decepcionado!

Me quedé mirando con mucha melancolía cómo el ramo terminaba en las manos de una de las amigas de Jee Lee. Si Phi Fu no hubiera aparecido de repente para levantarme, ese ramo estaría ahora mismo en mis manos, estaba totalmente seguro de ello.

No entendía qué le pasaba, pero me sentía realmente molesto y de mal humor. En cuanto él me bajó al suelo, me fui caminando derecho hacia la salida del salón y me senté en un lugar apartado con los brazos cruzados sobre el pecho. Sin embargo, no tardé mucho en escuchar esa voz dulce y cariñosa que me iba siguiendo paso a paso. Unos minutos después, él ya estaba justo a mi lado.

Su rostro pálido y atractivo se inclinó hacia mí para mirarme bien a los ojos. Levantó el dedo índice y me tocó suavemente la mejilla, como si quisiera consolarme o tratarme con mucho cariño, pero yo aparté la cara bruscamente, muy enfadado con él por haberme arruinado ese momento tan importante y especial.

Él sabía perfectamente cuánto deseaba yo atrapar ese ramo. Había esperado pacientemente hasta el final de toda la celebración solo por ese preciso instante. Tenía la firme determinación de ser yo el siguiente en casarme. ¡Y casi lo consigo! Solo tenía que estirar un poco más el brazo, pero justo en ese momento Phi Fu apareció y me levantó, quitándome toda oportunidad.

—¿Por qué estás tan enojado? Si no es más que un simple ramo de flores. Si te gusta tanto, solo tienes que decírmelo y te compro todos los que quieras, tantos como te puedas imaginar —me dijo sin entender mi molestia.

—No es lo mismo, nada que ver —le respondí con tono serio.

—¿Y en qué se diferencia? Para mí es igual —insistió él.

—¡Ay, Phi Fu! ¡Por favor, ¿cómo puedes ser así?! Es el ramo de la novia, el que ella llevó durante toda la ceremonia. La tradición dice que quien logra atraparlo será la siguiente persona en casarse, la próxima novia. ¿Es que no sabías nada de esto? —le expliqué, sorprendido de su ignorancia.

—¿Es que tienes tantas ganas de ser mi novia o de casarte conmigo? —me preguntó con una media sonrisa.

—¡Todo el mundo quiere encontrar el amor y casarse algún día! —le contesté con sinceridad.

—¿Ah, sí? ¿De verdad lo quieres?

—Sí, claro que sí. Y no te rías de mí, que estoy muy enojado y triste —le dije con el ceño fruncido.

—Moo... —me llamó con voz suave.

—¿Qué quieres ahora?! —le pregunté, todavía molesto.

Pero mi queja se quedó a medias, porque de pronto me dio un beso fuerte y sonoro en la mejilla. Phi Fu se reía mientras me atraía hacia sí para abrazarme con todas sus fuerzas. Ni siquiera me dio tiempo de protestar ni de decir nada; me llenó toda la mejilla de besos, como si quisiera comérmela a besos. ¡Se notaba que si pudiera, me habría cubierto toda la cabeza con su boca llena de cariño! ¿Pero qué le pasa al hermano mayor de Tai? ¿Por qué se pone así de repente?

—Atrapar el ramo no es más que una simple superstición, no tiene ningún sentido real —me dijo tratando de calmarme.

—¿Qué sabes tú de eso? —le respondí.

—En cuanto al ramo... te compraré uno entero, el más bonito que encuentre. Y si quieres, te compro un camión lleno de flores, todo lo que tú me pidas —me prometió con mucha ternura.

Me quedé callado, sin saber qué decirle.

—Si lo que de verdad quieres es casarte, entonces debes tener bien claro lo que es importante y lo que no. Dime: ¿qué eliges, el ramo o me eliges a mí? —me preguntó mirándome fijamente a los ojos.

Seguía sin contestar, aturdido por sus palabras.

—Si me eliges a mí, mañana mismo nos casamos, sin esperar ni un día más —aseguró con total seriedad.

—No digas tonterías ni hables cosas sin sentido —le dije, pensando que bromeaba.

—Te lo digo muy en serio, mi amor. ¿Sabes cuántas veces te he pedido que te cases conmigo? Ya te lo he dicho tantas que seguro que hasta te cansaste de escucharlo, pero tú nunca me dices que sí ni te decides —me recordó con un poco de tristeza.

—¿Y cuándo me lo has pedido tanto? —le pregunté sorprendido.

—¡Sí que lo he hecho! Y es totalmente posible hacerlo ya mismo. Si quieres, me pongo a organizar todo en este preciso instante. Dime tú dónde te gustaría ir: ¿a la playa, a la montaña, cerca de una cascada o quizás fuera del país? Te llevaré adonde tú más desees, sin importar dónde sea —me prometió con gran entusiasmo.

Moví la cabeza suavemente de un lado a otro, medio incrédulo. Phi Fu hablaba de casarse todo el tiempo, sin parar. Cuando estábamos comiendo, cuando salíamos a caminar, incluso mientras estaba lavando la ropa... en cualquier momento se acercaba a mí, me daba un beso en la mejilla y empezaba a hablarme de la boda y de nuestro futuro juntos. Si yo tenía muchas ganas de casarme, él las tenía diez veces más que yo, eso estaba más que claro.

Lo miré con atención: ese hombre que al principio no era más que el hermano mayor de mi mejor amigo y que con el paso de los años se había convertido en mi pareja y compañero de vida. Me estaba mirando, parpadeando suavemente, con una expresión llena de súplica y cariño en su rostro. Ya casi no quedaba nadie por ahí, pues todos los invitados seguían dentro del salón disfrutando de la fiesta.

Moo Ying lo miró otra vez, soltó un suspiro profundo y puso sus manitas sobre sus mejillas para acercar su rostro al suyo. Se puso de puntitas y le dio un beso en los labios. Él se quedó totalmente inmóvil, atónito por iniciativa tan valiente de su parte.

¡Uf! Este hombre a veces es realmente insoportable y me saca de quicio.

Pero por más insoportable que pudiera llegar a ser, seguía siendo mi querido Phi Fu, la persona más dulce, tierna y adorable de todo el universo. A veces ni yo mismo entiendo cómo fue posible que me enamorara tan profundamente de alguien que al principio me parecía tan soso y sin gracia. Se acabó el tiempo en el que yo solo me fijaba en hombres atractivos y llamativos: este muchacho de rasgos orientales me ha conquistado por completo y para siempre.

Mi corazón ya no me pertenece, ahora es todo suyo. ¡Qué cosas...!

—Te lo digo con toda la seriedad del mundo —me aseguró.

—¿Eh...? ¿Qué quieres decir?

—Que nos casamos mañana mismo. Y te prometo que nuestra boda será mucho más grande, bonita y espectacular que la de tu hermana Jee Lee.

—¡Vaya...! ¿Hablas en serio o solo estás bromeando otra vez? —le pregunté sin creer lo que oía.

—¿Y tú qué crees? —me respondió con una mirada fija y llena de determinación.

—Espera... espera un momento. ¿Es verdad lo que me dices? ¿De verdad te vas a casar conmigo?

—¡Sí, claro que sí! —afirmó sin dudar ni un segundo.

—¡Moo! ¡Mi querido Moo! —gritó lleno de alegría y me abrazó con tanta fuerza que casi no me dejaba respirar.

—¡Ya está bien, por favor! ¡Ay! ¿Puedes dejar ya de darme besos por toda la cara? Me duele todo de tanto apretar —le dije tratando de zafarme un poco.

—¡Sí, nos vamos a casar! ¡Y lo vamos a hacer ya mismo, sin esperar ni un día más! —decía él emocionado.

—Ya sé, ya sé que lo quieres... pero es que no podemos ir a registrar el matrimonio así de repente, sin preparar nada —le expliqué con calma.

—Eso no tiene ninguna importancia ni me importa lo más mínimo. Lo que yo quiero es hacer una gran fiesta, ponernos nuestra mejor ropa, intercambiarnos los anillos y tomar muchas fotos juntos. Con eso me siento más que satisfecho y feliz —me dijo con una sonrisa inmensa.

—¡Uf...! —suspiré, todavía aturdido por todo esto.

—Con que podamos hacer algo que sea oficial y real, aunque sea solo una vez en la vida, ya seré el hombre más feliz del mundo —añadió con voz suave y llena de sentimientos.

...

—Estoy inmensamente feliz, de verdad, más de lo que te puedes imaginar —me confesó.

—Sí, ya me doy cuenta. Pero por favor, suéltame ya un poco —le pedí.

—¿Es que no me dejas disfrutar ni un poquito más de tenerte así entre mis brazos? —me preguntó con tristeza.

—Si no me sueltas, ¿cómo vamos a poder irnos ya a nuestra habitación? —le dije con una media sonrisa.

...

—Vámonos ya a casa, Phi Fu —le invité suavemente.

...

—¿Crees que podemos entrar en la habitación nupcial antes de casarnos? Porque la verdad es que yo tampoco creo que pueda esperar ni un minuto más.